

LA SAGA DE CORMYR

Volumen II

LN RRTT · LIN

YN L04 · L004

REINOS OLVIDADOS™

Las siete plagas

Troy Denning

TIMUN MAS

Lectulandia

El vidente Alaundo profetizó que siete plagas azotarían Cormyr y lo reducirían a escombros. Durante siglos, la familia real se ha preparado para es día y ha dedicado su existencia a protegera al reino. Pero cuando sus antiguos guardianes duermen y sus siervos más leales desaparecen, un terrorífico mal se dispone a asolar su hogar... ¿quién protegerá a la familia real?

Lectulandia

Troy Denning

Las siete plagas

La saga de Cormyr II

ePUB v1.0

Garland 07.11.11

más libros en lectulandia.com

Para Mark Acres, mi viejo y fiel amigo

Agradecimientos

Deseo agradecer a Phil Athans, mi editor, su apoyo e intuición; a Mary Kirchoff que lo haya hecho posible; a Ed Greenwood, Jeff Grubb y Kate Novak que me hayan permitido jugar con sus juguetes; a Steven Schend y Julia Martin, su valiosa contribución; y al resto de componentes del equipo de trabajo de *Reinos Olvidados*, sus consejos y comentarios; y, muy especialmente, a Andria Hayday... simplemente porque si.



Prólogo

Un solo hombre no podría haber matado a tanta gente. Imposible. El rastro del asesino conducía al pie de un abeto de tronco nudoso, donde los soldados de una compañía entera de Dragones Púrpura yacían tendidos en el suelo, inmóviles como piedras. Había más de una veintena de soldados desparramados junto a los cadáveres de sus monturas, con sus cuerpos contorsionados. Las piernas y los brazos adoptaban posturas imposibles, los torsos estaban doblados por la columna, las cabezas sobre los hombros clavaban la mirada en un ángulo impropio. Muchos habían muerto antes de poder descolgar el escudo de la silla de montar. Algunos ni siquiera habían podido desenvainar el acero.

Emperel Ruousk desenvainó la espada y condujo su caballo colina abajo, atento a cualquier ruido mientras seguía la pista del reguero de cadáveres. Sólo descubrió unas huellas que se alejaban de la carnicería: aparecían en el terreno cada dos metros. Al parecer, el asesino seguía huyendo después de recorrer un centenar de kilómetros, lo cual constituía una proeza para cualquiera, sobre todo teniendo en cuenta que estaba borracho como una cuba cuando emprendió la huida.

El reguero de cadáveres de Dragones Púrpura discurría paralelo al del asesino, a una lanza de distancia. Observó que las huellas de cascos se disponían en columna de a dos, y no había señales que le indujeran a pensar que hubieran desplegado exploradores en avanzada. El comandante no había adoptado ninguna precaución para evitar una posible emboscada; sin duda había considerado una labor rutinaria capturar a un asesino borracho. Emperel no estaba dispuesto a cometer el mismo error.

Al acercarse al lugar de la carnicería, los cuervos arracimados sobre los cadáveres remontaron el vuelo y lo miraron con rencor. Observó cómo se alejaban, y después hizo un alto para asegurarse de que el asesino no se había ocultado entre los cadáveres para tenderle una emboscada. El lugar hedía a carne putrefacta. Las moscas cubrían los cadáveres, y al volar emitían un zumbido inquietante y ensordecedor. Las corazas de los soldados estaban resquebrajadas y salpicadas de sangre y entrañas secas. Algunos habían mirado a la muerte a la cara y tenían los bacinetes bajados. Echó de menos algunos yelmos... junto a las cabezas correspondientes. Buena parte de los escudos estaban cubiertos por las entrañas de los caballos, hasta tal punto que la enseña real del dragón púrpura había desaparecido; muchos de los hombres murieron con sus propios globos oculares en la boca. A uno lo habían estrangulado con sus propias entrañas.

Emperel empezó a sentir náuseas. Había visto docenas de matanzas en las Tierras de Piedra, pero ninguna tan feroz y sanguinaria. Se acercó al cadáver decapitado y desmontó. Después se arrodilló junto al cuello del cadáver. El corte era desigual, todo

cartílago y nervio, igual que el cuello decapitado del tabernero en Halfhap. Según los testigos, el asesino había mordido al pobre diablo debajo de la mandíbula y le había arrancado la cabeza.

Emperel se incorporó y caminó entre los cadáveres, procurando mantener el caballo a cierta distancia de él y del abeto nudoso que se erguía en medio de la carnicería. Perteneía a un espécimen de gran tamaño, y tenía un tronco retorcido y lo bastante grande como para ocultar a una docena de asesinos. La corteza era oscura y escamosa, salpicada de surcos de savia roja. La acícula era de color amarillo oscuro y tenía un tono enfermizo. Las ramas entrelazadas se alzaban en lo alto a lo largo de unos sesenta metros, para acabar en corona retorcida, donde se marchitaban formando unas matas que eran como garras.

Al otro lado del árbol, Emperel descubrió la entrada a una madriguera enorme que se adentraba en el tronco. La tierra amontonada alrededor de la entrada era desigual, oscura, y por ella asomaban las raíces. Encima de la entrada del túnel observó una ristra, sinuosa como una serpiente, de signos antiguos grabados en espiral en el tronco. No reconoció a qué lengua pertenecían, pero su forma se le antojó elegante a la par que vagamente amenazadora.

Emperel estudió la madriguera durante algunos minutos. Después se acercó al caballo y ató las riendas al tronco. El agujero tenía forma oval, y apenas era lo suficientemente grande como para que un hombre de altura normal pudiera pasar encogido. Había varias huellas de pisadas en la tierra, aunque le pareció que podían haberlas borrado de las paredes y del suelo del túnel, al arrastrar un cadáver. Emperel se agachó ante la entrada, y echó un vistazo a la boca del túnel, cuyo interior estaba oscuro como boca de lobo. Escuchó un ruido ahogado que podía corresponder al ronquido de un hombre, y el aire húmedo que flotaba en el ambiente le trajo el recuerdo del olor rancio a sudor.

Emperel se acercó de nuevo hacia los Dragones Púrpura. Al no ver nada más que moscas y cadáveres, echó mano a las alforjas y sacó una capa con la que se cubrió la coraza; después cerró el broche de la garganta para activar los hechizos de protección de la prenda. En calidad de agente de confianza del rey Azoun IV, tenía acceso a toda la magia estándar de la armería real, y en ese momento se alegró de ello. Se ciñó unos brazaletes de acero en las muñecas, deslizó un anillo de amatista en el dedo, añadió una daga mágica a la espada de acero y, acto seguido, se acercó de nuevo al agujero húmedo, ante el cual se acuclilló. El ronquido adquirió una cadencia errática, y el tufo a sudor aumentó ligeramente.

Emperel aspiró una última bocanada de aire fresco, y después se adentró de cuclillas en la oscuridad, moviéndose silenciosa y lentamente. El agujero era pequeño y apeataba a humedad; estaba surcado de las raíces quebradas del árbol, gruesas como su muñeca. Aunque había poco espacio para luchar (o para retirarse), Emperel

prefirió ignorar la posibilidad de esperar fuera a que saliera la presa. Antes de decapitar al tabernero, el asesino había alardeado sobre el modo en que se las apañaría para acabar con el rey Azoun: tales traidores no recibían cuartel por parte de Emperel Ruousk, tan sólo justicia, una justicia tan rápida y certera como la que cualquier agente al servicio del reino, poseedor de toda la magia y poder inherente al título, podía garantizar.

Después de recorrer unos metros, la oscuridad se volvió tan espesa que Emperel no podía distinguir la daga que empuñaba ante su nariz. Se detuvo y susurró: «La mira del rey».

La amatista del anillo parpadeó levemente, y Emperel empezó a distinguir las paredes del pasadizo, teñidas de una luz azulada y carmesí. El calor de su cuerpo hizo que su piel adquiriese un fulgor rojizo, mientras que la daga emitía una mágica luz argéntea. A unos tres metros, el túnel daba acceso a una estancia oblonga, decorada con líneas ambarinas que colgaban por doquier. Eran las puntas de las raíces profundas. Le pareció extraño no encontrar indicio alguno de la raíz principal, ausencia que justificaba ampliamente la forma nudosa del abeto.

Cuando Emperel se acercó a la entrada de la pequeña estancia, vio al asesino tumbado de espaldas; emitía un fulgor carmesí, recortado contra la palidez violeta del suelo de piedra. De no ser por la capa de sangre seca que lo cubría de pies a cabeza, Emperel hubiera jurado que aquél no era su hombre. Tenía los ojos cerrados y parecía dormir plácidamente; sus labios dibujaban una sonrisa beatífica, y tenía los brazos doblados sobre el pecho. Se le antojó muy demacrado como para haber asesinado a toda una compañía de Dragones Púrpura. Sus brazos eran delgados como lanzas, sus hombros chupados y fibrosos, y tenía las mejillas hundidas, al igual que los ojos.

De pronto, Emperel lo comprendió todo: de dónde había sacado energías para correr tanto, cómo se las había apañado para acabar con toda una compañía de soldados de elite, la razón de que se hubiera ensañado con los cadáveres. El sudor perlaba la frente de Emperel cuando consideró la posibilidad de regresar a Halfhap en busca de ayuda. ¿De qué serviría? El vampiro ya había demostrado que podía enfrentarse a más de un oponente; y al menos en ese momento, Emperel tenía cierta ventaja.

Siguió caminando hasta llegar al final del túnel, y el olor de su propia transpiración se impuso a la insufrible fetidez que inundaba toda la guarida. Aunque tenía encogido el estómago del miedo, hizo un esfuerzo por recordar que tan sólo un gesto lo separaba de la seguridad. Lo único que tenía que hacer era hundir la mano en el bolsillo de la capa, y se encontraría de pie junto al caballo, bajo la brillante luz del sol donde ningún vampiro podría seguirlo. Gateó en silencio para adentrarse en la estancia, sin poder evitar arrastrar los pies.

Cuando Emperel se incorporó, algo blando y pegajoso se enganchó a sus orejas.

El corazón le dio un vuelco, y tuvo que morderse la lengua sin saber si había gritado. Miró al asesino, que permanecía tan inmóvil como antes con las manos sobre el pecho y una sonrisa angelical dibujada en sus labios. Intentó no pensar en la clase de sueños que podían hacer feliz a un vampiro, y se llevó la mano a la cara para librarse de la telaraña que la cubría. Era pegajosa y sólida, como la telaraña de una viuda negra.

Emperel tuvo la sensación de que un centenar de patitas descendían por su túnica. Con la esperanza de que fuera fruto de su imaginación, se entretuvo en librarse de la telaraña, y a continuación sacó un guantelete de acero del cinturón, que se enfundó en la mano derecha. Cuando extendía la mano, el guante se convertía en el símbolo sagrado de su dios, Torm El Fiel, y ello bastaría para mantener a raya a cualquier vampiro. Después desenfundó el hacha de mano de la correa que colgaba del cinturón, y con la ayuda de la hoja afilada de la daga empezó a tallar el mango de madera del hacha para dar forma a una estaca.

Aunque tenía la impresión de que su propia respiración resultaba ensordecedora, el vampiro siguió durmiendo. La daga, que emitía un fulgor plateado, talló el mango del hacha librándolo de unas virutas gruesas como monedas. Envainó la daga, se arrodilló junto al vampiro y levantó la estaca. Le temblaban los brazos.

—Torm, guía mi mano —susurró.

Una gota de sudor se precipitó desde una de sus cejas hasta el hombro del vampiro. El monstruo parpadeó y sus ojos brillaron blancos ante la mirada perpleja de Emperel.

El agente empujó la estaca con todas sus fuerzas, y la hundió en la caja torácica del vampiro. Una sangre gélida y negra como la tinta manó de la herida. Un chillido agudo reverberó entre las paredes de la estancia, e inmediatamente algo cogió a Emperel de la coraza y lo empujó dando tumbos por el suelo de piedra.

Atravesó la cortina de filástica y fue a chocar contra la pared; la cabeza le daba vueltas y un dolor intenso atenazaba su pecho. Al mirar hacia abajo abrió los ojos como platos: en medio de la coraza tenía la marca de un puño cerrado, y ni siquiera había visto al asesino mover la mano.

Emperel se puso de rodillas; estaba demasiado atontado como para incorporarse, e hizo un esfuerzo para llenar de aire los pulmones. A unos pasos, el vampiro yacía tumbado de costado, retorciéndose de dolor mientras sacaba lentamente la estaca del pecho. Emperel lo observó con la boca abierta. Había matado a más de una docena de vampiros, y ninguno de ellos había podido hacer nada parecido. ¿Habría errado al intentar hundirla en el corazón?

El vampiro dirigió su mirada vacía hacia la pared.

—¡Rayos del rey! —gritó Emperel, levantando un dedo y señalando las manos espectrales del monstruo.

Los brazaletes de Emperel adquirieron una elevada temperatura y descargaron cuatro rayos dorados que iluminaron la cripta. La magia alcanzó las manos del vampiro con una descarga brillante y dorada, después penetraron en su carne y recorrieron sus brazos, que despidieron a su vez un pálido fulgor azafranado.

El vampiro arrancó la estaca de su corazón, y después se puso en pie trabajosamente para volverse hacia Emperel. Unos goterones de sangre oscura surgían del boquete abierto en el pecho, cosa que al parecer no le importó. Se limitó a sopesar el hacha y acercarse al agente del rey de Cormyr.

Emperel se puso en pie de un salto y cargó sobre el monstruo, desenvainando la daga mágica mientras levantaba en alto la palma de la mano enfundada en el guantelete, directa hacia su rostro.

—¡Atrás! —ordenó—. ¡Atrás en el nombre de Torm!

El vampiro descargó un manotazo contra la mano de Emperel, y lo hizo con tal fuerza que el guantelete de acero salió volando y se perdió en la oscuridad.

—¿Crees que tengo aspecto de estar muerto?

Emperel abrió los ojos desmesuradamente, levantó la daga mágica y hundió la hoja plateada en el estómago de la criatura para después levantarla hacia el corazón. El vampiro (fuera lo que fuese) cerró los ojos y a punto estuvo de ceder, pero entonces cerró sus dedos en torno a la mano de Emperel.

—Cuán... traicionero —susurró.

Emperel intentó retorcer la hoja en las entrañas de la criatura, pero lo tenía cogido con tal fuerza que no pudo hacerlo. Hizo un esfuerzo por sobreponerse a un acceso de pánico, retrocedió un paso y arremetió con el hombro contra la cabeza de su enemigo.

Pero el golpe ni siquiera logró alterarlo.

—¡Furia leal! —maldijo Emperel entre dientes—. ¿Qué suerte de diablo eres?

—El peor de todos... un diablo... enfadado.

El asesino empujó a Emperel contra la pared, desprendiendo con el golpe un puñado de tierra húmeda, que cayó sobre él, y a continuación se libró también de la daga. El fulgor plateado había desaparecido prácticamente de la hoja mágica, y ante los ojos de Emperel, el arma se tornó fría y adquirió una tonalidad negra. El asesino la arrojó a un lado y se acercó pesadamente hacia él, mientras la sangre oscura seguía manando de ambas heridas.

—¡Luz del rey! —gritó Emperel, levantando el dedo del anillo, sin poder dar crédito a sus ojos.

La amatista se encendió y produjo una luz que inundó toda la estancia con su fulgor azulado. Cogido por sorpresa, el asesino cerró los ojos y apartó la mirada, cegado momentáneamente. Emperel, que sabía lo que iba a suceder, saltó al tiempo que desenvainaba el acero y estampaba la planta del pie en la rodilla de su enemigo. El asesino cayó al suelo, rodó sobre sí y puso la zancadilla a Emperel, que perdió pie.

Emperel cayó mal y se golpeó la cabeza contra el suelo de piedra. Su visión se hizo borrosa y los oídos empezaron a silbarle con fuerza, cuando el monstruo se arrojó contra él, directo a su garganta, hincando los dientes en el cuello del yelmo. Levantó el brazo para guardarse de los golpes, y el asesino lo cogió de la muñeca. El anillo despidió un crujido estremecedor, y un dolor insoportable recorrió todo su brazo desde la punta de los dedos. Emperel profirió un grito y levantó la mano del arma para golpear la cabeza del atacante con el pomo de la espada.

El asesino cayó hacia atrás, arrancando la capa de los hombros de Emperel, y llevándose consigo el anillo mágico de su dedo... No, no sólo el anillo.

El asesino tenía en la mano una cosa delgada y ensangrentada, y la fibra blancuzca del nudillo asomaba bajo el muñón empapado en sangre. Aún lucía el anillo de Emperel, que iluminó la cabeza del asesino con una brillante luz azulada. Su rostro era como el de una mantis, tenía una barbilla afilada, era chupado y sus ojos, de forma oval, eran rojos como ascuas. Incluso iluminado por aquella luz, la complexión de la criatura permanecía envuelta en sombras, oscura, pero no tanto como para que Emperel no reparase en el aire familiar de su nariz afilada y el labio vuelto hacia arriba. Sacó la espada para interponer la hoja entre él y aquella cosa con forma humana.

—¿Te... te conozco?

—No por mucho tiempo —respondió el asesino en un hilo de voz, entornando los ojos rojos.

Emperel se incorporó pesadamente hasta ponerse en pie, y avanzó un paso hacia el asesino, adoptando con la espada una guardia alta. El vampiro hizo una mueca y retrocedió para mantener la distancia, cerrando el puño alrededor del anillo. Un suspiro de satisfacción surgió de sus labios cuando la luz que despedía la amatista fluyó en su mano, inundando la estancia con una luz desigual y fantasmagórica.

Emperel sintió que un escalofrío recorría su espina dorsal: el asesino absorbía la magia del anillo, al igual que había absorbido los rayos mágicos que despidieron sus brazaletes y la magia de la daga. La estancia empezó a difuminarse ante su mirada. Consciente de que no tardaría en encontrarse atrapado en la oscuridad, sin la capa ni otra vía de escape, Emperel echó un vistazo a la salida. El asesino se le adelantó para cortar el paso.

Perfecto. Emperel se arrojó al ataque, permitiéndose esbozar una sonrisa confiada cuando el último resquicio de luz desapareció de su anillo. Su espada carecía de magia, y cuando la hoja encontró su objetivo, el asesino gruñó y cayó en la oscuridad. Emperel giró sobre sus talones y lanzó varios tajos a uno y otro lado. Saltaron chispas cuando la hoja de la espada dio contra el suelo de piedra. Se dio la vuelta y retrocedió, esgrimiendo a oscuras y trazando en el aire todo tipo de guardias defensivas. Oyó un leve golpe, tan leve que apenas alcanzó a oírlo dado el silbido del

arma. Se acercó hacia el ruido sin dejar de trazar arcos con la espada, que finalmente golpeó contra una esquina de acceso al túnel, con el consiguiente desprendimiento de tierra y guijarros.

Un leve gemido reverberó en las paredes del túnel, seguido por el roce del cuero en la tierra. Emperel se adentró en el pasadizo con la punta de la espada por delante, que zarandeaba de un lado a otro. No alcanzó nada aparte de la tierra y las raíces.

Al cabo de un momento, su caballo relinchó y descubrió que el asesino había desaparecido.

1

Los cuatro permanecían sentados, balanceándose al unísono y cruzando sus miradas, mientras el carruaje de la princesa Tanalasta daba botes por High Heath, en dirección al paso de Worg. Las sombras se alargaban, recortadas contra el polvo del camino, y en el interior del carruaje se estaba a gusto y reinaba una luz tenue.

El guardián de las marcas orientales estaba sentado en diagonal con respecto de Tanalasta, tieso como un palo, enfundado en la armadura de combate y con una mirada de curiosidad clavada en el clérigo nervudo que se sentaba junto a la princesa. El clérigo, el maestro de cosechas Owden Foley, del monasterio de Huthduth, permanecía oculto en las sombras, con la cabeza vuelta hacia el mago cuya túnica repleta de lunas bordadas lo delataba como a uno de los magos guerreros más poderosos. El mago, Merula el Portentoso, permanecía sentado en un extremo del asiento, con las manos enjoyadas cerradas sobre el pomo plateado de su bastón. Observaba a Tanalasta con una mirada subrayada por las cejas espesas, que tan sólo cabía describir como muy intensa. Tanalasta estudiaba al guardián de las marcas orientales, un hombre con rostro de caballo que en cierto modo era atractivo, enfundado en la capa escarlata y el fajín púrpura propios de su cargo. Mientras le observaba pensó que una princesa podía contraer matrimonio con alguien menos adecuado que Dauneth Marliir.

Tanalasta no amaba a Dauneth, por supuesto, pero le gustaba, y no es muy frecuente que una princesa se case por amor. Pese a ser cinco años más joven que ella, Dauneth era leal, valiente y bastante atractivo para ser un noble del reino, lo cual debía bastarle a cualquiera. Hacía un año hubiera bastado, pero ahora quería algo más. Estaba a punto de cumplir los treinta y seis años, y toda Cormyr esperaba ansiosamente que diera a luz un heredero, de modo que no podía andar por ahí perdiendo el tiempo, tenía que enamorarse de la noche a la mañana.

Razón suficiente para que deseara abdicar.

Consciente al parecer de la intensidad de su mirada, Dauneth apartó la suya de Owden.

—Mis disculpas, princesa. Es difícil mantener en buen estado estas carreteras montañosas.

—Unos cuantos zarandeos no me perjudicarán, Dauneth. —Tanalasta entornó levemente la mirada como había practicado ante el espejo de las aguas de un arroyo—. Ya no soy la muñeca de porcelana que conoció hace un año.

—Por supuesto que no —replicó Dauneth, sonrojado—. No quise decir...

—Debió usted verme en Huthduth —continuó la princesa, en un tono alegre—. Limpiando los campos, conduciendo un tiro de bueyes, recogiendo naranjas y frambuesas o buscando setas silvestres...

Tanalasta hizo una pausa mientras pensaba que era mejor no añadir: «Nadando desnuda en los lagos de las montañas».

Merula el Portentoso enarcó una ceja, y la princesa sintió que le hervía la sangre en las venas. ¿Acaso el mago podía leer sus pensamientos?

—¿De veras buscasteis setas silvestres, mi señora? —preguntó Dauneth—. ¿En el bosque?

—Por supuesto. —Tanalasta miró a los ojos a Dauneth, pensando en cómo solucionar la intromisión del mago—. ¿En qué otro lugar podría haber hecho tal cosa?

—Pues no deberíais —opinó Dauneth—. Las montañas que hay alrededor de Huthduth son territorio orco. Si una banda de exploradores llega a encontraros...

—No sabía que mi seguridad fuese cosa suya, Dauneth. Me pregunto si el rey ha compartido alguna cosa con vos de la que deba enterarme.

La mirada de Dauneth delató sorpresa ante la mujer que regresaba de Huthduth.

—No, claro que no. El rey no me confiaría nada antes de hablarlo con su propia hija, pero tengo una... razón para preocuparme por vuestra seguridad.

Tanalasta guardó silencio, lo cual permitió a Dauneth añadir algunas palabras menos presuntuosas sobre el deber de cualquier noble por salvaguardar la seguridad de un miembro de la realeza. Cuando el guardián calló, advirtió que las cosas estaban peor de lo que había esperado. Dentro de dos días el rey Azoun cumpliría sesenta y tres años, y Tanalasta estaba a punto de cumplir treinta y cinco y seguía sin contraer matrimonio, por lo que el pueblo empezaba a preguntarse si podría darles un heredero. Algunos personajes se habían tomado la molestia de acelerar el proceso, sobre todo el mago de la corte y grano en el trasero particular de Tanalasta, de nombre Vangerdahast. Sin duda, el anciano mago lo había dispuesto todo para celebrar el cumpleaños del monarca en casa de los Marliir, con la intención de apoyar el cortejo de Dauneth.

Al principio Tanalasta no tuvo ningún problema en dar las cosas por sentadas, porque sabía mejor que nadie que se agotaba el tiempo en que podría dar a luz un heredero. A lo largo del último año, la princesa había tomado mayor conciencia de su deber para con Cormyr, mientras que Dauneth había probado su lealtad como noble y su valía personal para aspirar a su mano, cuando lo del asunto del abraxus hacía quince meses. Nada la hubiera hecho más feliz que llevar al buen guardián al altar, y después empezar el desagradable negocio de concebir un heredero, por lo que la princesa se hizo a la idea de lo que tenía que hacer cuando le llegaron noticias de los festejos que iban a celebrarse en Arabel.

Entonces tuvo una visión.

Rápidamente, Tanalasta borró de su mente hasta el último vestigio de la visión para, en su lugar, imaginar a Merula el Portentoso desnudo y trinchado como un

pavo, asándose a fuego lento. Si el mago espiaba sus pensamientos, quería que supiera lo que le esperaba en caso de que revelara determinadas cosas al mago supremo. Vangerdahast no tardaría en enterarse de su visión, y Tanalasta deseaba explicarle los pormenores personalmente.

Merula se limitó a mirarla fijamente.

—¿Algún problema, mi señora?

—Espero que no.

Tanalasta corrió la cortina de la ventanilla y contempló High Heath a través del cristal. Era una pequeña llanura de dorados campos ajedrezados, divididos en cuadrados por muros de piedra y moteado aquí y allá por chozas con techo de paja. Las gentes sencillas del lugar habían salido para observar el paso de la comitiva real, pero no fue hasta que hubo saludado a dos docenas de jóvenes de mirada ausente sin que respondieran al saludo, cuando la princesa cayó en la cuenta de que algo iba mal.

Se volvió al maestro de cosechas que estaba sentado a su lado.

—Owden, mire ahí fuera y dígame su opinión. No parece que las cosas vayan muy bien en esos campos de cebada.

El delgado clérigo se inclinó ante ella y echó un vistazo por la ventanilla.

—Así es, princesa. Es demasiado temprano para semejante colorido. Supongo que habrán sufrido una plaga.

—¿En todo el brezal? —preguntó Tanalasta, frunciendo el entrecejo.

—Eso parece.

Tanalasta asomó la cabeza por la ventanilla.

—¡Detengan el carruaje!

Merula frunció el entrecejo y echó mano de la cortina que tenía al lado para dar la contraorden, pero Tanalasta lo sujetó del brazo.

—¿Pretende desafiar las órdenes de una Obarskyr, mago?

Indignado, el mago se pellizcó las frondosas cejas.

—Las órdenes del mago real fueron muy claras. No debemos detenernos por ningún motivo, hasta dejar atrás las montañas.

—Entonces siga usted, si tanto interés tiene —replicó Tanalasta—. Vangerdahast no es mi dueño y señor. Quizá, suponiendo que le preste atención, pueda usted decírselo de mi parte.

El carruaje se detuvo, y un lacayo abrió la puerta. Tanalasta extendió la mano en dirección a Dauneth.

—¿Quiere acompañarme, guardián?

Dauneth no hizo ademán de coger su mano.

—Merula tiene razón, mi señora. Estas montañas no son lugar para...

—¿No? —Tanalasta se encogió de hombros y tendió la mano al lacayo—. Si tiene usted tanto miedo...

—No, en absoluto. —Al cabo de un instante, Dauneth salía por la puerta y apartaba al lacayo para ocupar su lugar, ofreciendo su mano a Tanalasta—. Tan sólo me preocupa vuestra seguridad.

—Sí, ya me dijo usted antes que tenía motivos para preocuparse por mí.

Tanalasta dedicó al guardián una agria sonrisa, y después le permitió que la ayudara a descender del carruaje, lo cual dio pie a un puñado de campesinos a boquear, ahogar gritos de emoción e inclinarse tanto que estuvieron a punto de dar con la nariz contra el suelo. Fuera del carruaje hacía una tarde espléndida, con un cielo color zafiro y un aire tan seco como la arena, y la princesa sintió cierta decepción al advertir que habían cruzado prácticamente todo el brezal. El paso de Worg tan sólo distaba un centenar de pasos; allí los campos de cebada cedían abruptamente terreno a un bosque de pinos.

Tanalasta hizo ademán a los campesinos para que dejaran de inclinarse, y después se volvió al maestro de agricultura, Owden, que salía del carruaje tras ella.

—¿Cree que sus ayudantes podrán hacer alguna cosa por salvar los campos, maestro de agricultura?

Owden observó un enorme carro tirado por bueyes que seguía al carruaje de la princesa. Una docena de monjes enfundados en túnicas de lana verde permanecían sentados y muy juntos en el carro, entre palas, azadas y demás utillaje propio de quienes rinden culto a Chauntea. Los monjes observaban los campos arruinados y murmuraban entre sí, sin duda tan preocupados como la princesa ante lo que veían.

Owden hizo un gesto para llamar su atención, y para que bajaran del carro.

—Nos llevará unas horas, princesa.

—¡Unas horas! —Merula asomó su voluminoso cuerpo por la portezuela del carruaje con sorprendente facilidad—. ¡No podemos permitirnoslo! El mago supremo...

—... No tiene por qué enterarse —interrumpió Tanalasta—. A menos que nos esté espiando en este preciso momento; y si ése es el caso, puede usted informarle de que la princesa de la corona prefiere pasar la tarde dando un paseo.

Tanalasta miró a los Dragones Púrpura que protegían su carruaje, una compañía montada en corceles que abría la comitiva y otra que cerraba la marcha en retaguardia, con las lanzas en ristre y los yelmos de acero brillantes bajo el sol. A la columna oficial le seguía una procesión interminable de carros de mercaderes, que aprovechaban la escolta de Tanalasta para asegurarse un paso seguro por las montañas. Al comprobar lo inútil que sería intentar disfrutar de un poco de intimidad con su pretendiente, Tanalasta se volvió a Dauneth.

—¿Me acompañará usted, guardián?

—A donde desee vuestra alteza —respondió Dauneth, algo incómodo.

Tanalasta hizo lo posible porque no le rechinaran los dientes de pura frustración,

cogió del brazo a Dauneth y lo arrastró hasta sobrepasar la columna de jinetes que iba a la vanguardia. Aunque llevaba los hombros cubiertos por una capa de seda color púrpura, como correspondía a la realeza, por debajo lucía un traje cómodo para viajar, y un par de botas gastadas, de modo que no tardaron mucho en llegar al paso de Worg. Envío por delante al capitán de la compañía, acompañado de dos exploradores, y ordenó al resto que los siguieran a veinte pasos, aunque no pudo evitar que Merula el Portentoso la siguiera jadeante.

—Confío en que... vuestra alteza no tendrá nada que objetar a mi... compañía — jadeó Merula.

—Pues claro que no. ¿Por qué lo pregunta? —inquirió Owden Foley, que apareció por detrás de la columna de caballería. El clérigo de piel curtida guiñó un ojo a la princesa, y después cogió del brazo a Merula—. Querido amigo, qué idea tan excelente ha tenido usted al querer unirse a la pareja. A quién no le apetece un paseo para estirar las piernas. Nada como una buena caminata para mover ese corazón y echar una meadita, ¿verdad?

Merula frunció el ceño y apartó el brazo.

—Tenía entendido que la princesa le había pedido que salvara estos campos.

—Así es —replicó Owden, que hundió el codo en un gesto desenfadado en las costillas acolchadas del mago—. Pero para eso tengo a mis monjes, ¿o no?

—Pues no sabría decirle —farfulló Merula.

Owden se limitó a sonreír de oreja a oreja y seguir charlando sobre los efectos saludables del sol de la montaña y el aire fresco de los pinos. Tanalasta sonrió y agradeció en silencio al clérigo que hubiera ido en su ayuda. Mientras el maestro de agricultura siguiera ensalzando los beneficios derivados de la vida en la montaña, Merula no tendría ocasión de inmiscuirse ni en su conversación ni en sus pensamientos.

Tanalasta caminaba en cabeza por la carretera, a buen paso. El camino ascendía empinado junto a una montaña desprovista prácticamente de vegetación, por lo que no tardó en dejar atrás los jadeos de Merula, aunque fueran reemplazados por los jadeos del guardián de las marcas orientales.

—Si me lo permitís, princesa, habéis cambiado tanto desde... —Dauneth hizo una pausa, sin duda destinada tanto a reconducir el comentario, como a recuperar el aliento, y después continuó—: Desde la última vez que os vi.

Tanalasta lo miró abiertamente.

—De acuerdo, Dauneth. Puede decirlo.

—¿Disculpad?

—Puede decir: «Desde que Aunadar Bleth os tomó el pelo» —dijo Tanalasta con desenfado, sin dejar de caminar—. Todo el reino sabe que intentó casarse conmigo para arrebatarnos la corona. De veras, es insultante que se comporte como si fuera la

única persona que no supiera lo que ocurrió.

—Estabais sometida a una gran presión —respondió Dauneth, rojo como la grana—. Habían envenenado a vuestro padre, y...

—Era una condenada niñita. Estuve a punto de perder el reino, y sólo yo tuve la culpa. —Pese a lo pronunciado de la subida, Tanalasta no mostró signos de fatiga. Un año en Huthduth había bastado para prepararla de cara a tareas más duras que una simple caminata por la montaña—. Al menos eso es lo que me dijo Vangerdahast. Le juro que no sé por qué razón no pidió a mi padre que nombrara princesa de la corona a Alusair.

Dauneth enarcó una ceja.

—Quizá porque comprendió lo mucho que os serviría la experiencia de lo sucedido. —El guardián pareció pensativo, y añadió—: O, ya que hablamos con sinceridad, quizá sea porque conoce a vuestra hermana. ¿Os imagináis a Alusair como reina? Ningún hijo de la nobleza estaría a salvo, porque los llevaría a morir en la guerra o los mantendría encerrados en su alcoba.

Tanalasta lo miró boquiabierta.

—¡Vigile su lengua, señor! —Sonrió y dio una suave palmada a Dauneth en la espalda—. Está usted difamando a mi hermana pequeña.

—¿De modo que la princesa de la corona está dispuesta a admitir sus propias debilidades, pero cierra los ojos ante las de los demás? —Dauneth sacudió la cabeza—. No os servirá de nada. De hecho, atenta contra el espíritu de la tradición del soberano. Después de todo, quizá deba tener una conversación con el anciano Vangerdahast.

—No creo que eso sea necesario. —Tanalasta bajó el tono de voz y se acercó un poco más—: Bastará con que lo mencione en presencia de nuestros acompañantes. Sin duda, basta con que Merula oiga cualquier cosa para que Vangey lo sepa al momento.

—¿De veras? —Dauneth volvió la mirada para observar al grueso mago, que parecía tan fatigado por la subida como por la interminable cháchara sobre la naturaleza de Owden—. No sabía que el mago supremo fuera un mirón.

—Ésa es una de las cosas a las que tendrá usted que acostumbrarse, si...

Tanalasta no terminó la frase, como si temiera tanto dejar claro que iba a conceder su mano a Dauneth como aceptar que no le quedaba más remedio que hacerlo.

El guardián era un hombre de armas y sabía aprovechar una oportunidad cuando se le presentaba.

—¿Si qué, mi señora?

Tanalasta se paró en seco y se volvió para mirar a Dauneth a los ojos, lo cual obligó a la comitiva de soldados y mercaderes a detenerse. Tan sólo Merula y Owden mantuvieron el paso, de hecho el mago parecía más dispuesto que nunca a escuchar

su conversación, mientras que el clérigo parecía empeñado en captar su atención con cualquier comentario sobre la naturaleza que pudiera ocurrírsele.

Intentando ignorar el hecho de que un millar de ojos la observaban, Tanalasta cogió la mano de Dauneth y respondió a su pregunta:

—Si vamos a hacer lo que mi padre y Vangerdahast desean que hagamos... claro que antes debemos confiar lo bastante el uno en el otro como para ser capaces de hablar honestamente, sin tapujos.

—Estoy convencido de que la princesa me considera una persona muy honesta —replicó Dauneth, con seriedad.

—Por supuesto. Nadie pondría en duda su honestidad, después del asunto del abraxus. Pero no me refería precisamente a ese tipo de honestidad.

Consciente de la cercanía de Merula, Tanalasta reemprendió la marcha. Estaban a punto de alcanzar la cumbre. De un momento a otro esperaba encontrar la cresta del paso de Worg, y divisar en la distancia las torres enormes de Cuerno Alto.

Dauneth apretó el paso para mantenerse a su altura.

—¿A qué os referís, alteza?

—Llámame Tanalasta, por favor. Si ni siquiera puedes llamarme por mi nombre...

—No quería faltaros al respeto —dijo Dauneth, a la defensiva—. De hecho, no me habíais dado permiso para hacerlo.

—Pues ahora tienes mi autorización.

—Excelente. Entonces, ¿a qué os referíais, Tanalasta?

La princesa levantó la mirada al cielo, preguntándose cómo iba a decir lo que pretendía decir sin que sus palabras parecieran una orden, y sin dar a entender que era la misma tontita que había estado a punto de permitir que Aunadar Bleth se apoderara del reino ante sus propias narices. Tanalasta albergaba pocas dudas de que Dauneth, educado conforme a los cánones tradicionales de la nobleza, consideraría que su intención de casarse por amor era tan improbable como la consideraba Vangerdahast. Por otro lado, era ella quien había planteado la necesidad de hablar con franqueza, de modo que a duras penas podía pedirle a Dauneth que hiciera tal cosa, cuando ella no estaba dispuesta a hacerlo. Tanalasta respiró profundamente y empezó.

—Primero, Dauneth, deben existir confianza y respeto.

Dauneth apretó los labios, y Tanalasta pensó que había empezado con mal pie.

—¡Oh, no, Dauneth! Yo siento toda la confianza y respeto por ti, como cualquier otra persona en su sano juicio. —Tanalasta hizo una pausa para elegir cuidadosamente las siguientes palabras—. A lo que me refiero, es... que, bueno, debe ser un sentimiento mutuo.

Dauneth frunció el ceño.

—Yo confío en vos, alte... esto, Tanalasta. Pues claro que os respeto.

—Si eso fuera cierto, ahora no me mentirías.

—¡Señora! Jamás os mentiría.

—¿De verdad? —preguntó Tanalasta, que moduló el tono de voz para dar a entender que tenía sus dudas—. ¿De veras respetas mi buen juicio, después de lo sucedido con el abraxus? ¿Confiarías el reino en manos de alguien a quien resulta tan sencillo manipular?

Dauneth quiso responder sin pensar, pero entonces sus ojos brillaron al comprender a qué se refería la princesa.

—Entiendo lo que queréis decir.

Tanalasta sintió un dolor agudo en la boca del estómago, que de inmediato achacó como la punzada del orgullo herido, así como la prueba de que Dauneth prestaba atención a sus palabras. Hizo un esfuerzo por sonreír, pero no pudo cogerse del brazo de Dauneth.

—Ahora veo que eres una persona honesta. Gracias.

—Desearía decir que no se merecen, pero en tal caso faltaría a mi deber. ¿De veras queréis que me comporte así?

—Es un principio.

—Un principio —repitió Dauneth, aturdido. Tiró de la tela de la capa de viaje de la princesa, y añadió—: Si queréis que sea honesto, ¿os importaría que os dijera que el gris no os sienta bien?

Tanalasta apartó su mano de un manotazo.

—Dije que fueras sincero, no que te comportaras con rudeza —rió—. Después de todo, no dejo de ser una princesa y espero que me trates con la cortesía debida.

2

Tanalasta recorrió el salón familiar de la mansión Marliir con una mano en el repulgo de la falda y la otra en la cintura del vestido. El corredor se le antojó larguísimo, había una interminable fila de columnas blancas que sostenían las correspondientes arcadas rematadas en voladizos y el centenar de puertas de roble que se alineaban a ambos lados del corredor. De camino por High Heath, había ordenado detener el carruaje tantas veces para salvar las plantaciones arruinadas, que habían llegado con un día de retraso. Aquella misma mañana descubrió que el traje de baile que había ordenado que se le enviara desde Suzail era una talla más que la suya. No había podido encargarse del regalo de cumpleaños de su padre, pero confiaba en que lo hubiera hecho el maestro de agricultura Foley.

Finalmente, Tanalasta llegó ante la puerta custodiada por dos Dragones Púrpura, que se pusieron firmes, dieron el taconazo de rigor y se llevaron la alabarda al hombro. Tanalasta se detuvo y levantó los brazos por encima de la cabeza.

—¿Algún problema, caballeros? —preguntó mientras daba una vuelta sobre sí, lentamente—. ¿Alguna hebra fuera de lugar, alguna cosa que no debería enseñar?

Los guardias intercambiaron una mirada azorada, pero guardaron silencio.

—¿Qué ocurre? —insistió Tanalasta bajando la mirada. El vestido era de seda de amatista, con un corpiño ahusado y un escote generoso, de modo que imaginó que enseñaba más de lo que debería mostrar una princesa modesta—. Respondan.

El guardia más joven extendió el brazo, y devolvió la alabarda a la posición de guardia.

—Nada en absoluto, alteza. —Una leve sonrisa cruzó fugaz por sus labios—. Tenéis un aspecto... En fin, increíble. Yo en vuestro lugar me guardaría mucho de que me viera la reina.

Tanalasta lo miró boquiabierta.

—¿Cómo?

—Os ruego que le disculpéis, alteza —dijo el más veterano, adoptando la posición de guardia—. Lundan no pretendía ofenderos. Es que hace tiempo que no os vemos por Suzail, y por lo visto habéis... esto... habéis cambiado mucho.

—¿De veras? —Tanalasta los obsequió con una amplia sonrisa, se puso de puntillas y besó a ambos en la mejilla—. ¡Que Chauntea os bendiga!

Desató el lazo que recogía su melena castaña y los largos rizos de su pelo cayeron como el agua de una cascada sobre su espalda. Acto seguido inclinó la cabeza.

Los guardias, aturdidos, abrieron la puerta que conducía al salón, y Tanalasta entró en la estancia, donde encontró a Dauneth Marliir de pie ante la chimenea de mármol, en compañía de su padre y de Vangerdahast. Los tres hombres estaban enfrascados en una animada conversación, con un vaso de licor en la mano y riendo

alguna gracia que Tanalasta confió en que no guardara relación con su tardanza. Sorprendentemente, Vangerdahast no se había esforzado lo más mínimo en vestirse para la ocasión. Había peinado los largos pelos de la barba en una masa compacta como una nube blanca, y su corpulencia quedaba oculta por una túnica color añil con unos cometas amarillos que, de hecho, parecían deslizarse a gran velocidad por la seda. Dauneth llevaba un jubón ribeteado en oro, que era el complemento perfecto al vestido amatista de Tanalasta, coincidencia que (estaba segura de ello) no era fruto del azar. El rey Azoun vestía una túnica de lino y una capa de terciopelo del color de la realeza, el púrpura, y ceñía al costado Symylazarr, la regia espada del honor, en una vaina enjoyada. Con una expresión fría y una mirada penetrante de sus ojos castaños, su padre estaba tan atractivo como de costumbre, aunque su real barba parecía más surcada de vetas grises que hacía un año.

—¡Por el señor de la mañana! —La exclamación no provenía de la chimenea, sino de la pared que quedaba a la izquierda de la puerta—. ¿Es posible que ésta sea mi Tanalasta?

La princesa se volvió para ver a su madre, que se incorporaba de una silla elegante con remates de pan de oro. Pese a la advertencia de los guardias, Tanalasta comprendió enseguida que nunca llegaría a eclipsar a su madre. La reina lucía un vestido sencillo color violeta, que tan sólo servía para enfatizar la belleza de su cuerpo, por lo que Filfaeril estaba tan atractiva como siempre. Con su mirada gélida y azul, la piel de alabastro y el pelo color miel era la mujer más bella de la estancia, aunque no lo pretendiera pero en aquella ocasión ponía todo su empeño en conseguirlo.

La reina cogió a Tanalasta de los hombros y la miró de arriba abajo.

—Las montañas te sientan de maravilla, querida. ¡Aunque Dauneth dijo que habías cambiado, nunca pude imaginar que el cambio fuera tan radical!

La princesa fingió sentirse decepcionada.

—¿No? Yo que tenía la intención de despistarlo con mi atuendo de viaje polvoriento. —Tanalasta abrazó con fuerza a su madre, y susurró—: Y ya que hablamos del buen guardián de las marcas orientales, ¿qué hace aquí? Pensaba que en esta sala sólo se reuniría la familia.

—Me temo que ha sido idea de Vangerdahast —susurró la reina en tono confidencial, pero acto seguido retrocedió un paso y preguntó—: ¿Algún problema?

—No, en realidad no —respondió Tanalasta después de lanzar un suspiro—, pero quería hablar a solas con vos y con el rey. Hay algo que debo contaros...

—¡Princesa, estáis bellísima!

Tanalasta volvió la mirada y vio que Dauneth apartaba a su padre y a Vangerdahast de la chimenea. Abandonada toda esperanza de poder disfrutar de un momento de intimidad, sonrió y tendió su mano para que la besara.

—Gracias, Dauneth, pero ¿qué dijimos acerca de mi nombre?

El guardián se sonrojó como un tomate mientras besaba su mano.

—Disculpadme, Tanalasta.

Las miradas de aprobación que cruzaron Vangerdahast y Azoun no pasaron desapercibidas a la princesa que, tras inclinarse ante su padre, dijo:

—Mis disculpas por el retraso, pero hicimos algunos descubrimientos alarmantes durante el trayecto.

—Sí, sí, Dauneth me lo ha explicado todo acerca de las cosechas arruinadas. —Azoun tomó la mano de su hija y la obsequió con una sonrisa en la que había cierto reproche no exento de cariño—. Ninguna princesa debería preocuparse por tales asuntos. Para eso tenemos a los magos, como sabrás.

—¿Cómo? —Tanalasta observó a Vangerdahast, que la inspeccionaba de arriba abajo, como si estuviera examinando a un caballo—. Quizás el mago supremo haya averiguado la naturaleza del problema.

—El mago supremo tiene asuntos más importantes de los que preocuparse, además de la cosecha de la cebada —repuso Vangerdahast—, pero Merula el Portentoso me ha asegurado que esta plaga no reviste tanta importancia como para hacer esperar a un rey.

—¿Merula? ¿Qué sabrá ese agitador de varitas sobre cosechas? —Pese al tono de su voz, Tanalasta se sintió aliviada. Si el mago supremo hubiera descubierto la naturaleza del problema, el valor de su regalo hubiera sido inferior. Sonrió a su padre y añadió—: Si queréis saber qué es lo que sucede, debéis preguntárselo al maestro de agricultura Foley...

—Eso es precisamente lo que pienso hacer —interrumpió Azoun—, si eres tan amable de presentármelo... después de la fiesta.

—Por supuesto —dijo Tanalasta, que se sentía halagada aunque no lo mostró abiertamente. Ni siquiera ella podía presentar a alguien al rey sin la aprobación previa del mago supremo, y la aceptación del monarca de conocer a Owden Foley sin habérselo consultado a Vangerdahast era un buen augurio para su obsequio.

»Dudo que las plagas aneguen Cormyr durante la celebración —concedió—. Mis disculpas por haberos hecho esperar.

—¿Esperar? —sonrió el rey—. No me había dado cuenta, y si hubiera tenido que esperar, habría merecido la pena. —Se volvió a Vangerdahast—. ¿O no, anciano mago?

El mago de la corte observó a Tanalasta con expresión agria, y respondió:

—Ha perdido peso, y personalmente no creo que sea bueno en una mujer ser tan huesuda, especialmente a la edad de Tanalasta.

Filfaeril dio una palmada en el hombro al mago.

—¡Vangerdahast! Tanalasta no estaba gruesa cuando se fue.

—No es necesario que me defendáis, madre —dijo Tanalasta. Hizo un esfuerzo por sonreír y dio una palmadita afectuosa al mago en la barriga—. Vangey y yo nos entendemos perfectamente, ¿verdad, *vuestra corpulencia*?

Vangerdahast la miró con los ojos abiertos como platos.

—Veo que habéis ganado en desparpajo lo que habéis perdido en otros lugares. Si me disculpáis, tengo que atender un asunto importante.

El mago se dirigió a un sofá color burdeos, donde se sentó, echó la cabeza hacia atrás y cerró los ojos. Filfaeril sonrió con aprobación, pero a juzgar por la expresión del rostro de Azoun, el rey parecía algo dolido.

—No deberías enfrentarte a él de esa manera, Tanalasta. Después de todo, será tu...

—Mi mago, lo sé. —Tanalasta respiró profundamente, y dio la respuesta que había preparado—: Aunque a todos nosotros nos vendría bien recordar que es el mago el que sirve a la corona, y no al contrario, no hay ninguna necesidad de recordarme las virtudes de Vangerdahast. El respeto que siento por él es tan profundo como el que siento por vos, aunque no me limite a responderle que sí a todo.

El rey enarcó una ceja, pero Tanalasta hizo de tripas corazón al observar la sorpresa dibujada en la reina, y decidió no dar su brazo a torcer. Después del asunto abraxus, Vangerdahast y ella habían pasado algunos meses viajando juntos, y la experiencia bastó para convencer a la princesa de que no debía permitir que el mago supremo la intimidara. Aunque la había enseñado cómo funcionaban las cosas en el mundo, y la había ayudado a olvidar la humillación sufrida a manos de Aunadar Bleth, también había hecho lo posible por aplacar el interés creciente de la princesa por Chauntea, para encauzarla hacia intereses más propios de su condición. El viaje terminó mal cuando la princesa se rebeló y declaró su decisión de entrar en la Casa de Huthduth. Seguro que Vangerdahast había contado a sus padres todo lo relativo a su decisión, pero también estaba convencida de que se había mostrado más discreto sobre el papel que él había desempeñado en dicha decisión.

Finalmente, el rey apoyó su mano en el hombro de la princesa:

—Veo que has encontrado hierro en esas montañas —dijo—. Eso es bueno, pero si quieres forjar un puño con ese hierro, no debes olvidar el terciopelo con el que debes cubrirlo.

Tanalasta inclinó la cabeza, decidida a no protestar y poner al rey de mal humor después de aquella recomendación tan suave.

—Tendré en cuenta vuestro consejo, padre.

—Bien. —El rey sonrió, y después la condujo del brazo al sofá, donde Vangerdahast permanecía sentado con la cabeza apoyada en el respaldo y los ojos cerrados—. Veamos ahora si podemos encontrar a tu hermana y empezar las celebraciones.

El mago levantó la cabeza.

—Me temo que tendremos que empezar sin Alusair.

—¿Empezar sin ella? —preguntó Filfaeril. La reina abrió sus pálidos ojos—. ¿Dónde está?

—Esto... yo, no lo sé exactamente —respondió, rojo como la grana. Vangerdahast se levantó—. Puede que siga en las Tierras de Piedra. Acabo de ponerme en contacto con ella, pero lo único que me ha dicho es: «Ahora no, viejo fisgón».

—¡Pues ve a buscarla! Hemos decidido celebrar la fiesta de cumpleaños del rey en Arabel, de modo que... —Filfaeril se mordió la lengua y miró a Dauneth, para después proseguir—: Cuando decidimos aceptar el amable ofrecimiento de Raynaar Marliir como anfitrión, fue para facilitar la asistencia de nuestras hijas.

—Así es, majestad —dijo Vangerdahast, inclinando la cabeza—, pero me temo que Alusair ha vuelto a quitarse el anillo.

Tanalasta vio que Dauneth clavaba la mirada en los anillos de sello que lucían los miembros de la realeza.

—Qué sed tengo, Dauneth. —Cogió el brazo del guardián y lo empujó hacia la puerta—. ¿Serías tan amable de traerme un poco de jerez?

—No es necesario que lo hagas salir, Tanalasta —reprendió el rey mientras jugueteaba con el anillo de sello—. Creo que podemos confiar en que Dauneth guarde nuestro pequeño secreto. Además, el guardián conoce mucho mejor que tú la situación.

Como para corroborar las palabras del rey, Dauneth se volvió a Tanalasta y dijo:

—Emperel ha desaparecido.

—¿Desaparecido? —preguntó Tanalasta, que se sintió menospreciada por no haberle escrito su padre a Huthduth comunicándole la noticia. Emperel era el guardián confidencial de la «Espada Dormiente», una camarilla secreta de valientes jóvenes nobles, a los que se había sumido en estado de hibernación, como medida de precaución contra una antigua profecía que anunciaba la destrucción de Cormyr. Que el rey hubiera confiado a Dauneth la desaparición era una prueba palpable de su confianza en él, y también del convencimiento de que no tardaría en convertirse en su suegro—. ¿Cómo ocurrió?

—Eso es lo que Alusair fue a investigar —respondió Azoun. Se volvió a Vangerdahast y preguntó—: ¿Tenemos motivos para preocuparnos por ella?

—¡Por supuesto! —exclamó el mago—. Esa muchacha nunca aprenderá. Sabéis muy bien que le he dicho mil veces que no se quite el anillo. ¿Y si hubiéramos necesitado comunicarle algo importante?

—Es importante —recalcó Filfaeril—. Se trata del sexagésimo tercer cumpleaños de Azoun. La ausencia de Alusair es inexcusable, y serán muchos los que reparen en ella.

—Procuremos no sacar las cosas de quicio —pidió el rey—. Estoy convencido de que tiene una buena razón para no estar aquí.

Tanalasta se mordió la lengua, consciente de que cualquier cosa que dijera le haría parecer más celosa de lo que en realidad estaba. Daba lo mismo que Alusair desapareciera en las Tierras de Piedra y olvidara su fiesta de cumpleaños sin una sola palabra de disculpa, pero el hecho de que la princesa de la corona hablara a Vangerdahast de según qué forma era motivo de reprimenda. No debía resultar tan extraño que Tanalasta se sintiera más a gusto en la austeridad de Huthduth que en el palacio de su propia familia.

El rey ofreció su brazo a Filfaeril, y después se volvió hacia la puerta doble que conducía a la sala de baile.

—Vangerdahast, tendrá usted que entrar solo —dijo el rey—, y no deje de intentar ponerse en contacto con Alusair. Estoy convencido de que se pondrá en contacto con usted si necesita ayuda, pero después de la desaparición de Emperel...

—No os preocupéis, que así se lo diré cuando consiga hablar con ella —respondió el mago.

Vangerdahast hizo un gesto con la mano señalando la puerta, e inmediatamente sonaron unos golpes en la misma. Enseguida oyeron las órdenes que el guardia apostado al otro lado daba a voz en cuello, y el rumor ahogado de las trompetas que precedió a la apertura de las puertas. El rey y la reina traspasaron el umbral en olor de multitudes.

Dauneth se situó junto a Tanalasta y le ofreció el brazo.

—Si me lo permitís.

—Por supuesto.

Tanalasta deslizó la mano bajo el brazo del noble, y juntos entraron en la famosa sala Rhodes de la mansión Marliir. La gigantesca sala de baile estaba tan atestada de nobles que no pudo ver ninguno de sus afamados tesoros, salvo los capiteles de pan de oro de las columnas y la bóveda luminiscente de su cúpula de alabastro. Sus padres les precedían a diez pasos de distancia, caminando por la alfombra púrpura que delimitaba el pasillo de cortesía, un pasillo que tan sólo podía ser utilizado por los miembros de la realeza, quienes se limitaron a inclinar levemente la cabeza a diestro y siniestro, a medida que pasaban junto a los nobles de rango inferior situados al fondo de la gran sala, pero su avance se tornó lento cuando empezaron a intercambiar los saludos de rigor con los nobles más importantes que estaban situados a ambos lados de la tribuna real.

Tanalasta se esforzó por sonreír y siguió a sus padres, consciente de las cejas enarcadas y las miradas que la estudiaban a medida que avanzaba por la alfombra. Estaba segura de que hasta el barón de menor rango de entre los presentes sabía lo bien que Aunadar Bleth la había engañado hasta enamorarla, con la única intención

de hacerse con el trono. Su aplauso fue correcto pero forzado, muestra palpable del temor que sentían ante lo que podía esperar a Cormyr cuando ella ocupara el lugar de su padre. La princesa continuó sonriendo e inclinando levemente la cabeza, recordando las montañas cubiertas por prados verdes, todo con tal de mantener la compostura, la tranquilidad. El primer paso para recuperar su reputación consistía en aparentar seguridad en sí misma, y para ello debía conseguir la serenidad interior.

A medida que avanzaban por el pasillo de cortesía, los tabardos de lana y las blusas de lino de los nobles más modestos dieron paso a las capas bordadas y los vestidos de tul. Empezó a distinguir broches de peltre y cierres de bronce en puntos estratégicos, a menudo decorados con brillantes de ojo de gato o fantasmagóricos cristales de luna. Dauneth saludó a estos hombres y mujeres por sus nombres, y Tanalasta se limitaba a decir lo mucho que le agradaba conocerlos. Nunca faltaba la sonrisa acompañando una expresión algo sorprendida como respuesta a sus palabras, lo cual hizo pensar a la princesa que quizás estaba causando mejor impresión de lo que había previsto.

Tanalasta y Dauneth llegaron al extremo de la sala donde se hallaban los nobles importantes, donde todo olía a aceite de lavanda y agua de lilas. La estancia parecía iluminada por la luz que despedían los rubíes y zafiros, y el eco de la vanidad reverberaba en la boca de su estómago. Los hombres iban tocados con gorras emplumadas y jubones de seda brillante, mientras que las mujeres se habían ataviado de metros y metros de encaje y gasa. Al contrario que los nobles de rango inferior, que estaban situados en un extremo de la sala, los lores y las señoras que se reunían allí conocían bien a la familia real, y no titubearon a la hora de alabar el aspecto de la reina o de felicitar a Azoun por cumplir un año más. Tanalasta visualizó los arroyos que discurrían entre las montañas, y amplió su sonrisa a medida que se acercaba.

Primero se volvió a las familias de cinco jóvenes nobles que la habían intentado asesinar durante el asunto abraxus, tanto para demostrar que no les guardaba rencor como para demostrarles que no los temía. Los duques se las apañaron para tartamudear sus saludos, pero las duquesas estaban tan aturcidas que apenas pudieron responder. Tanalasta se despidió de ellos con elegancia, después lanzó un suspiro de alivio y condujo a Dauneth por el pasillo hasta un lugar más cómodo. Ahí estaban sus amigos, los Wyvernspur: Cat resplandecía con su vestido blanco perla, y Giogi la vio acercarse tan elegante y afable como de costumbre, tocado con un traje púrpura con ribetes de oro.

—¡Por la Señora, alteza! —Giogi abrazó afectuosamente a la princesa, y después retrocedió un paso para admirarla con una mirada lasciva—. ¿Qué me he perdido? ¡Os habéis convertido en una auténtica belleza!

—¡Giogi! —Cat dio una palmada en el hombro a su marido, después se acercó al borde de la alfombra púrpura para abrazar también a Tanalasta—. Disculpad a mi

esposo, alteza, ya sabéis lo zoquete que puede llegar a ser.

—Prefiero los cumplidos de Giogi a la adulación de Bleth —rió Tanalasta, que tiró de Dauneth—. Seguro que recuerdan ustedes al buen guardián.

Los ojos de Cat titilaron al reparar en el jubón con guarniciones de oro que lucía Dauneth, consciente de lo bien que encajaba con el vestido de amatista de Tanalasta, y lo cerca que estaba la tela color añil del púrpura de la realeza.

—Tan atractivo como de costumbre. —Cat estrechó la mano de Tanalasta, y a continuación se inclinó hacia ella para susurrar—: Sois una mujer afortunada, querida.

Tanalasta enarcó una ceja ante el comentario de su amiga, pero guardó silencio.

—Más tarde tendremos ocasión de conversar, Cat.

—Espero ansiosamente que llegue ese momento. —Cat soltó su mano y se inclinó ante ella doblando las rodillas—. Me encantaría que me contarais todas vuestras aventuras en Huthduth.

—¿Aventuras? —preguntó Giogi, confuso—. Pero ¿no es un monasterio?

—Así es. —Cat descargó un codazo en sus costillas—. Despidete, Giogi.

—Hasta luego, alteza. —Giogi se inclinó.

Tanalasta respondió al saludo inclinando leve y amistosamente la cabeza, y después reemprendió el camino por el pasillo de cortesía. Se encontraban a cinco pasos de la tribuna de la realeza, donde a Tanalasta le alegró mucho distinguir la figura de pelo blanco de Alaphondar Emmarask, de pie y algo separado de la multitud. En calidad de sabio de la corte, Alaphondar era el tutor de Tanalasta en materia de leyes, filosofía, historia y casi todo lo demás. Después de tres décadas de sesudos estudios, ambos se profesaban una profunda amistad, pero no de la forma que algunos murmuraban en los salones de la realeza. Con la esperanza de hacerle partícipe, ni que fuera someramente, de la plaga que había retrasado su llegada de Huthduth, tiró suavemente de Dauneth, aunque cuando se disponía a saludar al sabio una mujer de baja estatura irrumpió en el pasillo de cortesía y le bloqueó el paso.

—Princesa Tanalasta, vuestra belleza excede incluso las alabanzas más alocadas de mi hijo.

Tanalasta estaba tan sorprendida que necesitó algunos segundos para comprender lo que había sucedido. Aquella mujer iba vestida con organdí y perlas, lucía zafiros que colgaban de los lóbulos de la oreja y los rubíes titilaban en todos y cada uno de sus dedos, incluso en los pulgares. Su pelo empolvado formaba una torre que se alzaba en espiral, y que se mantenía en su lugar gracias a la ayuda de diez alfileres de diamante dispuestos en forma de luna creciente. Por supuesto, aquella mujer pertenecía a la nobleza del reino, se había comportado como si bloquear el paso a una princesa fuera lo más normal del mundo.

Una pareja de guardaespaldas se adelantaron a la princesa y tomaron posiciones a

ambos lados de la mujer, a la espera de recibir alguna señal para resolver la situación. Tanalasta miró a Dauneth, cuyo rostro sonrojado le confirmó la identidad de la duquesa, y decidió no pedir a los guardias que se llevaran a la mujer. El guardián se separó de Tanalasta para ponerse junto a su madre.

—Alteza, permitid que os presente a mi madre, lady Merelda Marliir.

Tanalasta fue consciente del silencio que se adueñó de la sala cuando la mitad de los nobles presentes se volvieron para centrar su atención en el trío, lo cual les serviría para calibrar el progreso de Dauneth en el cortejo de la princesa. Tanalasta no permitió a la duquesa incorporarse, pues se había inclinado ante ella, pero tampoco pidió a los guardias que se la llevaran a un lugar más apropiado.

—Lady Marliir, qué amable por su parte presentarse usted misma. —A medida que hablaba, reparó en que sus padres la observaban sorprendidos, al pie de la tribuna—. Estaba buscándola, y me gustaría expresarle mi gratitud por servir de anfitriona en la fiesta de cumpleaños de mi padre.

—No se merece. —Merelda se sonrojó de puro gozo—. El placer es mío —añadió incorporándose sin que la princesa le diera permiso, y si escuchó las exclamaciones que ahogaron los nobles que la rodeaban, su sonrisa carnosa no dio muestras de ello—. ¡Me complace tanto conoceros, querida! ¡Dauneth me ha hablado tanto de vos!

—¿De veras?

—Oh, sí. —Sin reparar en la frialdad de Tanalasta, Merelda miró a su alrededor para asegurarse de contar con la atención de los nobles, cogió la mano de su hijo y dio un paso al frente—. Habla de vos continuamente, y del modo más favorable, os lo aseguro.

El rostro de Dauneth se volvió tan rojo como los rubíes que lucía su madre en los dedos.

—Madre, por favor. —Apretó su mano con fuerza e intentó inútilmente llevarla al borde de la alfombra, donde Raynaar Marliir observaba lo sucedido con una expresión de impotencia dibujada en el rostro—. ¿Por qué tanto empeño en dejarme mal en presencia de su alteza?

Su pregunta provocó una sonora carcajada en todos los presentes, salvo en Tanalasta. Por su parte, la princesa estaba perdiendo la paciencia con lady Marliir. Evidentemente, aquella mujer creía que podía doblegar a Tanalasta con la misma facilidad que lo hiciera el traidor de Aunadar Bleth. La princesa se volvió hacia sus padres, a quienes pidió ayuda con la mirada para evitar tener que hacer un feo a la anfitriona. El rey hizo ademán de dirigirse a la tribuna, lo cual daría rienda suelta a los clarines, después se volvió mirando más allá de Tanalasta, hacia donde se encontraba Vangerdahast, y al hacerlo se detuvo.

—Estoy tan deseosa de...

—No lo diga, se lo ruego —advirtió Tanalasta. El tono seco de su voz se debió tanto a su ira ante el hecho de que Vangerdahast hubiera impedido que su padre la ayudara, cómo a su impaciencia con lady Marliir—. Sería muy embarazoso...

—¿Embarazoso? Querida, que yo sepa Dauneth baila de maravilla. —Merelda levantó la barbilla, se unió al resto de nobles que habían prorrumpido de nuevo en carcajadas, y a continuación cogió la mano de la princesa—. Pero si no os gusta cómo baila, estoy convencida de que tendréis tiempo de sobra para enseñarle, ¿verdad?

El silencio se adueñó de pronto de la estancia, un silencio tan denso que podía cortarse con el filo de una espada, y a Tanalasta le fue imposible controlar la rabia acumulada. Si el rey insistía en permitir a Vangerdahast contravenir los deseos de su propia hija, que cargara él con las consecuencias. La princesa libró su mano de las garras de la duquesa y adoptó la más inocente de sus sonrisas.

—Lo siento, duquesa Marliir. No alcanzo a comprender a qué se refiere. ¿Acaso tiene la impresión de que Dauneth y servidora estamos prometidos?

Un leve murmullo se extendió por toda la estancia, y la sonrisa de lady Marliir se aguó. Su mandíbula empezó a moverse sin ton ni son, intentando dar un orden coherente a una ristra de sílabas que acudían a sus labios para dar una explicación, pero Tanalasta se negó a ofrecer una oportunidad a la mujer para que pudiera disculparse o profundizar en el tema. Miró a los guardias, aunque Dauneth ya tiraba de su madre para dejarla en manos del pasmado de su marido. El duque Marliir cogió a su esposa del hombro y se volvió hacia la salida más cercana.

En cuanto el rey Azoun comprendió lo que sucedía, dirigió una mirada fugaz a su hija, tan rápida que sólo los observadores más astutos pudieron advertir el reproche que la acompañaba. Tanalasta respondió a la mirada con un inocente encogimiento de hombros. No tenía ninguna intención de incomodar a su padre, y menos aún porque podía afectar el modo en que éste recibiera el regalo de cumpleaños que le había traído de Huthduth, pero debía mantenerse firme. Si con ello causaba algún problema, mejor achacar la responsabilidad a Vangerdahast, y no a ella.

Los labios de Azoun dibujaron una sonrisa tensa, y después se separó de Filfaeril.

—Lady Marliir, un momento por favor.

Los Marliir se detuvieron y se volvieron lentamente. Raynaar estaba rojo como la grana y su esposa, pálida de vergüenza. Merelda se inclinó levemente y esta vez no se incorporó.

—¿Ma... majestad?

El rey se acercó hacia ellos y cogió a la duquesa de la mano.

—Acabo de darme cuenta de que he cometido una pequeña injusticia con los dos —dijo mientras ponía a Merelda de pie—. El chambelán encargado del protocolo real debió invitarla tanto a usted como a lord Marliir a que caminaran por la alfombra en nuestra compañía.

La mujer le observó con los ojos abiertos como platos por la sorpresa, y otro murmullo, menos ahogado que el anterior, llenó la sala de baile.

—¿De veras?

—Pues sí —respondió Azoun—. Una anfitriona debe ser honrada por sus invitados, sobre todo cuando ha organizado un baile tan espléndido y regio. Espero que disculpe usted mi descuido. Me consta que el chambelán encargado del protocolo es una persona muy rigurosa, y sería una pena que tuviera que pasar el resto de la velada, y las próximas semanas, encerrado en un calabozo.

Aquella broma obtuvo la respuesta apropiada por parte de quienes se encontraban lo bastante cerca como para oírla. Lady Marliir se sonrojó y miró a su alrededor para asegurarse de que todos se habían dado cuenta de que acababa de recuperar la reputación. Azoun besó su mano y volvió junto a Filfaeril. La princesa de la corona esbozó una diplomática sonrisa e intentó no traslucir la rabia que bullía en su interior. Se había evitado un escándalo inesperado a costa del prestigio de Tanalasta. Su única esperanza estribaba ahora en que su padre reparase el daño que le había hecho, cuando le entregara el regalo de cumpleaños.

Dauneth regresó junto a Tanalasta, a quien ofreció su brazo algo envarado. Se sentía tan incómoda como él cuando deslizó la mano bajo su brazo, y siguió a sus padres hasta la tribuna real. Sonaron las trompetas, llamando al orden a los asistentes, y todos guardaron silencio a medida que la princesa y Dauneth subían las escaleras.

La rabia de Tanalasta dio paso a la reflexión, y empezó a preguntarse si alguien había sugerido a la pobre mujer que sacara el tema a colación. Por supuesto, sus sospechas no tardaron en recaer en la persona de Vangerdahast. El anciano mago no era de los que dejan las cosas en manos del destino, sobre todo cuando era el destino de Cormyr lo que dependía de ello.

Subieron a la tribuna y encontraron cuatro tronos con cojines púrpura, flanqueados por un par de sillas para Dauneth y Vangerdahast. Azoun y Filfaeril se sentaron en los tronos centrales, mientras que Tanalasta lo hacía a la derecha de su padre. El mago supremo retiró el otro trono con una palabra mascullada y un gesto de la mano, y después empujó su silla hasta situarla junto a la reina, para a continuación dejarse caer en ella. Ni siquiera miró en dirección a Tanalasta.

En cuanto todos se hubieron sentado, Dauneth dio la bienvenida oficial a los invitados a la mansión familiar, imponiéndose a lo sucedido hacía unos instantes con un chiste bien recibido acerca de la sordera de las abuelas. La noticia de la ausencia de la princesa Alusair fue recibida con un murmullo de profunda decepción, pero el guardián no tardó en despertar el entusiasmo de los asistentes al pedirles que se unieran a él a la hora de lanzar sesenta y tres hurras (uno por cada uno de los años que cumplía el rey Azoun). Se levantó tal estruendo, que Vangerdahast no pudo evitar lanzar una mirada inquieta a la cúpula de alabastro de la sala de baile.

Una vez terminados los vítores, Dauneth pidió a los nobles de alta alcurnia que despejaran el espacio situado ante la tribuna, donde a continuación una compañía de acróbatas cantarines ejecutaron diversas piruetas. Al cabo de unos minutos, toda la concurrencia, desde el señor de menor rango hasta el propio monarca, lloraban de la risa. Aunque Tanalasta no pudo olvidar el comportamiento impropio de lady Marliir, descubrió que era capaz de perdonarlo, sobre todo desde que había intercedido un miembro de la realeza. Para cuando terminó el espectáculo, los espectadores estaban tan agotados de tanto reír que muchos se retorcían por los suelos con las manos en el estómago.

Cuando los miembros de la compañía recogieron los bártulos y abandonaron la sala, Dauneth invitó a los nobles más importantes a que subieran a la tribuna para entregar sus regalos al rey. Después de la diversión proporcionada por los acróbatas, la nobleza tuvo ocasión de solazarse y relajarse, y un zumbido suave se extendió por la sala mientras Azoun abría los regalos envueltos con tanto cuidado. En su mayor parte, los obsequios reflejaban la idiosincrasia de las familias que los habían realizado. De los Dauntinghorn, marinos, un serení en todo su detalle hecho de oro puro, con velamen de seda que se recogía y extendía mediante una ruedecita con una cadena diminuta. Los Hawklin le obsequiaron una espada antigua forjada en la olvidada Netheril, demasiado antigua y débil como para esgrimirla en combate, pero que constituía una valiosa pieza para la colección que el rey tenía en Suzail. Cat y Giogi Wyvernspur le obsequiaron un alce blanco que habían capturado en su bosque de Hullack: estaba domesticado hasta el punto de que podía comer de la mano de un hombre, pero seguía siendo tan orgulloso que tan sólo permitía acercarse al rey.

Azoun agradeció profusamente cada uno de los regalos, sin escatimar elogios, y dando amplias muestras de su interés por todos los obsequios, de manera que nadie pudiera dudar de lo mucho que le había encantado recibirlos. Tanalasta pasaba tan pronto de la sorpresa a la exclamación, y después al aplauso que requería una pequeña fracción de toda su atención: rutina que compartía con tantos otros nobles de condición elevada que circulaban por la sala, enfrascados en conversaciones varias, eso cuando no se felicitaban mutuamente por la sabia elección de sus respectivos regalos. Al pie de la tribuna, Merelda era el centro de atención, incluso entre los reservados Huntsilver, y los Illance, que tenían por costumbre mostrarse envidiosos.

En cuanto se hubo encarrilado la entrega de regalos, Dauneth volvió a ocupar su asiento y se inclinó levemente para cruzar unas palabras con Tanalasta.

—Disculpad el comportamiento de mi madre. Como podéis ver, estaba muy ilusionada con nuestro matrimonio.

—Doy por sentado que no le habrás dicho nada que pueda haberla animado a actuar de esa forma —dijo Tanalasta con voz serena y esbozando una sonrisa forzada, pese a la furia que sentía.

Dauneth cedió posiciones, consciente del tono irónico de Tanalasta.

—¡Jamás se me hubiera ocurrido tal cosa!

—¿De veras? —La princesa Tanalasta fingió hacer pucheros—. ¿Y qué me dices de todos esos «alocados comentarios» tuyos acerca de mi belleza? ¿De veras quieres hacerme creer que tampoco eres responsable de ellos?

Dauneth parecía confundido.

—Pues claro que sí, os encuentro increíblemente bella, pero en verdad...

—No digas nada más, Dauneth. Hay ciertas cosas que una princesa no debería oír. —Tanalasta rió un poco y después apoyó la mano en su brazo. Vio por el rabillo del ojo que lady Marliir llamaba la atención de Alaslyn Rowanmantle para que observara su gesto, pero no por ello retiró la mano. Si de veras pretendía tranquilizar a Dauneth, primero debía tranquilizarse ella—. Además, no creo que tu madre sea la única empeñada en empujarnos al altar.

—Estoy seguro de que todos desean veros felizmente casada —dijo Dauneth, dirigiendo una mirada incómoda a sus padres y a Vangerdahast.

—¿De veras? Tenía la impresión de que Vangerdahast tan sólo quería verme casada, felizmente o no. —Tanalasta volvió a reír—. Créeme si te digo que estas conspiraciones me parecen demasiado obvias.

Dauneth evitó cruzar la mirada con el mago supremo.

—Lo único que le preocupa es el bienestar del reino.

—¡De modo que ha sido él!

—¿Qué? —preguntó Dauneth.

—El que convenció a tu madre para que se comportara así. —Sin soltar el brazo de Dauneth, Tanalasta sonrió en dirección a Merelda—. Conozco la reputación de lady Marliir, Dauneth. No creo que sea ella quien deba cargar con la culpa.

Dauneth parecía tan aliviado como sorprendido, y Tanalasta supo que dado su empeño por defender a su madre mordería el anzuelo. Guardó silencio mientras seguía mirando en dirección a Merelda, e inclinó la cabeza complacida cuando lady Marliir esbozó una sonrisa intrigada.

—Ahora que lo mencionáis —dijo Dauneth finalmente—, la vi conversando con el mago de la corte esta mañana. Debió de decirle que se comportara como si estuviéramos prometidos.

—Y a ti ¿qué te dijo? —preguntó Tanalasta, con indiferencia.

—¿Disculpad? —preguntó Dauneth, rebulléndose en su asiento.

—Tenía entendido que seríamos sinceros el uno con el otro, mi buen guardián. —Tanalasta retiró la mano de su brazo, y añadió—: Conozco demasiado bien a Vangerdahast como para creer que se limitaría a ejecutar la mitad del plan. ¿Cuándo se supone que deberías pedírmelo?

Dauneth cerró los ojos durante un momento, y a continuación suspiró.

—Durante el baile. Debía susurraros la petición al oído. Pero no sabía nada de lo de mi madre. Eso me ha sorprendido tanto como a vos.

—Lo cual no sirve de excusa para tu comportamiento. —Tanalasta lanzó una mirada furiosa a Vangerdahast, que permaneció impassible ante aquella muestra de malhumor, y que observaba divertido cómo el monarca jugueteaba con un gato de cuerda que parecía dispuesto a perseguir con encono a un ratón dorado—. ¿Por qué, Dauneth?

—¿Por qué, qué?

—¿Por qué te avienes a esto? —Tanalasta se esforzaba por no derramar lágrimas de la rabia que sentía—. Sé que no lo haces por el trono, sobre todo teniendo en cuenta la lealtad que demostraste durante el asunto abraxus. ¿Por qué me traicionas de esta manera?

—Yo... —Dauneth apartó la mirada.

Tanalasta observó que varios nobles los observaban desde la pista de baile, pero hizo caso omiso de sus miradas.

—Dímelo.

Cuando Dauneth volvió a mirarla, su rostro no delataba ninguna emoción.

—No os he traicionado. Si aquí hay algún traidor, ésa sois vos.

—¿Yo? —preguntó Tanalasta, frunciendo el entrecejo.

—Faltáis a vuestro deber —acusó Dauneth—. Si no concebís un heredero, el asunto abraxus no será nada comparado con lo que pueda suceder tras la muerte de vuestro padre.

—Mi reino será lo que suceda a la muerte de mi padre —dijo Tanalasta.

—Y sin un heredero, vuestro reino estará sembrado de intrigas y conspiraciones, pues hasta la última casa noble conspirará para reclamar el trono a vuestra muerte. Tarde o temprano, cualquiera de ellos considerará lo conveniente que sería asesinaros, y Cormyr tendrá por rey a un usurpador, o se verá inmerso en una guerra civil.

—¿Y tú has decidido que la mejor forma de impedirlo consiste en tener un hijo conmigo? No, de ninguna manera. Tendré un marido en quien pueda confiar, o no me casaré nunca.

El dolor afloró en los ojos de Dauneth.

—No pretendía ofenderos, mi señora, ni hablar en propio provecho, sino convenceros de que debéis casaros, y pronto. Si estáis molesta conmigo, tenéis muchos entre los que escoger. —Señaló a la multitud de caras que había en la sala—. Ahí tenéis, sin ir más lejos, a Amanthus Rowanmantle, eso si os acomoda un hombre atractivo; o cualquiera de los muchachos Silversword, si lo que buscáis es ingenio; quizás incluso Dier Emmarask, si preferís a alguien que comparta vuestra pasión por el saber.

—Te agradezco tus sugerencias —dijo Tanalasta, sorprendida ante lo absurdo que resultaba el hecho de que el propio Dauneth le recomendara a sus rivales—. Si tuviera que escoger un marido al que no amara, lo más probable es que fueras tú. Aunque no pueda confiar en ti, eres leal a Cormyr, y eso es lo que cuenta.

—Gracias, señora. —Un atisbo de esperanza iluminó la mirada de Dauneth—. ¿De veras tenéis tiempo de considerar el amor? Debemos pensar en Cormyr.

—Estoy pensando en Cormyr —repuso Tanalasta; dispuesta a reprender al guardián por intentar discutir con ella que debía casarse, pero se dio cuenta de que no tenía ningún sentido hacerlo. No amaba a Dauneth, y no iba a casarse con él—. Siempre pienso en Cormyr.

—Si eso fuera cierto, vos...

—Dauneth, por favor, no intentes decirme qué necesita o deja de necesitar Cormyr.

El guardián se sonrojó y apartó la mirada, consciente de que había estado haciendo eso todo el rato. Tanalasta quería explicárselo, hablar con él de la visión que había tenido en Huthduth, pero ¿cómo podía esperar que comprendiera algo si ella era incapaz de expresarlo con palabras? La revelación había constituido una de tantas cosas incomprensibles que una mente aguda puede retorcer a su antojo, con tal de atribuirle un millar de significados distintos, pero en los que un corazón leal tan sólo percibía uno. ¿Cómo podía confiar en que Dauneth comprendiera sus sentimientos, cuando acababa de demostrarle que no podía confiar en él?

—Lo siento, Dauneth, pero debe ser por amor. Te aseguro que no puedo conformarme con menos.

El guardián miró exasperado a la princesa, pero enseguida asintió con la cabeza y dijo:

—Muy bien, mi señora. Mañana por la mañana me enamoraré de vos.

Tanalasta lo miró boquiabierta, antes de reparar en el tono burlón de su voz.

—Ya me gustaría a mí que todo fuera tan sencillo, buen guardián —repuso la princesa sonriendo—. De veras que sí. —Enseguida borró su sonrisa y le cogió de la mano—. Pero me temo que no podría corresponder a tus sentimientos. En el fondo, no me respetas, y después del lío en que te ha metido Vangerdahast, no podría confiar en ti como una esposa debe confiar en su marido. Disculpa que sea tan franca, pero te mereces toda la sinceridad del mundo. Te la has ganado por tu lealtad a Cormyr.

Dauneth torció el gesto y, conmocionado ante las palabras de Tanalasta, retiró la mano. Los nobles no parecieron reparar en ello, pues observaban con atención a Azoun, que en ese momento les mostraba un dragón de un metro de altura, esculpido en un único trozo de cristal de amatista. A continuación aplaudieron a Ayesunder Truesilver cuando descendió de la tribuna con una sonrisa de oreja a oreja, después de que el rey lo obsequiara con unas palabras que daban fe de su real gratitud por el

obsequio.

Al ver que no había más nobles al pie de la tribuna, Dauneth Marliir recompuso el gesto y se levantó para expresar su admiración ante los muchos tesoros que se habían ido acumulando en la tribuna. Después de comentar que sería necesaria toda una cohorte de magos guerreros para transportar semejante cantidad de regalos a Suzail, animó a Alaphondar Emmarask para que hiciera entrega de su regalo. El sabio supremo subió a la tribuna y obsequió al rey Azoun con un volumen enorme que estaba encuadernado en piel, titulado *El vuelo del dragón, un relato completo y fiel de la vida de Azoun IV de Cormyr, volumen sesenta y dos*.

Al comentar Filfaeril su esperanza de que el relato no fuera tan completo, los nobles rieron a gusto; después, Vangerdahast se incorporó para presentar su regalo, limitándose a sacar un simple bastón de sauce de entre la túnica. El rey aceptó el regalo con una mirada de perplejidad.

—Os agradecemos el obsequio, mago —dijo Azoun—. ¿De qué clase de varita se trata?

—No es una varita, majestad. Es simplemente un bastón —respondió Vangerdahast mirando a Tanalasta, antes de añadir—: Creo que no tardaréis en necesitarlo.

Para sorpresa de Tanalasta, la seca respuesta del mago arrancó las carcajadas de la concurrencia. Poco podía hacer ella, excepto fingir que disfrutaba del chiste y renegar para sus adentros. Como Vangerdahast no podía doblegarla mediante trucos y jugarretas, recurría a la burla directa para minar su prestigio.

La princesa pensó que aquella especie de campaña podía continuar hasta que muriera su padre, y fuera como fuese no conseguiría más que debilitar su derecho a la corona cuando ascendiera al trono. El viejo zarandeador de varitas creía ser el único capaz de comprender lo que Cormyr necesitaba. Y así parecía ser, al menos por el momento, pero de ser cierto la princesa Tanalasta tendría que casarse con Dauneth en un abrir y cerrar de ojos. Pero en esta ocasión el mago supremo de la corte estaba equivocado; no debía decidirse el futuro de Cormyr con la cabeza, sino con el corazón, y no estaba segura de que Vangerdahast tuviera uno.

En cuanto cesaron las risas, Dauneth se volvió a la princesa y enarcó una ceja. Aunque se las ingenió para mantener su habitual expresión agradable, el resto de su rostro parecía luchar con su ancha sonrisa. Con la esperanza de que nadie pudiera entrever con la misma facilidad que ella lo decepcionado que se sentía, Tanalasta le devolvió la sonrisa e inclinó levemente la cabeza.

Dauneth extendió el brazo.

—Damas y caballeros, permítanme presentarles a la princesa Tanalasta Obarskyr.

Tanalasta respiró profundamente y se levantó en olor de multitudes, para después acercarse hasta el centro de la tribuna.

—Gracias. —La princesa Tanalasta solamente necesitó una palabra para silenciar los aplausos—. Como bien saben todos, el pasado año disfruté de un retiro en Huthduth. Pese a que el mago supremo pueda temer que los monjes humildes de Chauntea me hayan corrompido... —Tanalasta fue interrumpida por algunas risillas nerviosas cuando señaló el bastón que su padre seguía sosteniendo entre las piernas —, deseo asegurarles que nada está más lejos de la verdad. En las montañas pude disfrutar de una paz y una armonía sin igual, y para mi obsequio al rey Azoun IV me he limitado a traer conmigo parte de ese tesoro incomparable, tesoro que espero se extienda a toda Cormyr —concluyó.

Tanalasta señaló con el brazo la entrada a la sala de baile, donde Owden Foley permanecía de pie bajo la arcada, junto a una caja envuelta en seda del tamaño de una choza de campesino. Cuando los nobles se volvieron para mirar en aquella dirección, el maestro de agricultura agarró una cuerda dorada y arrastró el regalo por el piso. Al principio avanzó lenta y trabajosamente, obligándose a descansar tras arrastrar la caja unos pocos centímetros. Algunos nobles de los más modestos se ofrecieron a ayudarlo, y el hombre aceptó de buen grado.

Los nobles tiraron con fuerza de la cuerda, y la caja se les vino encima cayendo caóticamente al suelo. El silencio se adueñó de la sala, hasta que Owden Foley volvió a coger la cuerda. Afirmando que los condes y los barones eran demasiado torpes para tan arriesgada empresa, Owden los apartó animado por las carcajadas, antes de volver a tirar de la cuerda y avanzar lentamente por el piso de la sala en dirección a la tribuna. Sin embargo, ahora la caja parecía tener voluntad propia, y se le echó encima a tal velocidad que a duras penas pudo evitar ser arrollado; a continuación tiró y tiró con fuerza pero la caja no se movió un ápice por mucho que tiró de ella, pateándola y maldiciéndola. Para cuando llegó al pie de la tribuna y subió la escalera para tender la cuerda a la princesa Tanalasta, los reunidos en la sala no podían reprimir las carcajadas.

Los labios de Tanalasta dibujaron una amplia sonrisa, puesto que el numerito estaba acordado de antemano con Owden (habían pasado los últimos diez días de estancia en Huthduth practicando hasta el último movimiento). Agradeció el esfuerzo al maestro de agricultura, y después tendió a su vez la cuerda a su padre, que se había sumado a la alegría generalizada.

—Tendréis que tirar vos mismo de la cuerda, sire.

—¡Eso será si puedo! —respondió Azoun riendo. Se incorporó y asentó los pies como si fuera a realizar un esfuerzo considerable, y después tiró de la cuerda.

Las paredes de la caja se desplomaron, y en su interior apareció una docena de monjes con mirada culpable, subidos a una especie de carrito lleno de ollas de barro de gran tamaño. Cuando la concurrencia estalló de nuevo en carcajadas, dos monjes saltaron del carrito y colocaron un par de ollas al pie de la tribuna, antes de dirigirse

una rápida plegaria a Chauntea. Cuando terminaron, otros dos monjes colocaban otro par de ollas en el primer peldaño.

Cuando esta pareja rezó la plegaria, un par de arbolitos brotaron de las dos primeras ollas y empezaron a crecer ante la mirada atónita de la concurrencia. Otro equipo de monjes subió por la escalinata y colocó otro par de ollas en el tercer peldaño, y así continuaron hasta que cada peldaño tuvo sus correspondientes ollas. Los árboles se cubrieron de flores al crecer, dejando a todos los presentes boquiabiertos, excepto al mago Vangerdahast, que observaba el número con cierto aire de cansina impaciencia.

Acababan de brotar las últimas flores, cuando las ramas del primer árbol se cargaron de frutos. Sonriendo complacido, el rey descendió tres peldaños y arrancó una pera de una de las ramas. Después la mordió complacido.

—¡Es la fruta más sabrosa que he probado jamás! —exclamó Azoun. El rey recurrió a la bocamanga para limpiar el jugo de la barba, y después volvió a subir a la tribuna para dirigirse a Tanalasta—. Es un regalo excelente, princesa Tanalasta. ¡Os agradecemos sobremanera tan portentoso frutal!

Tanalasta sonrió y se inclinó levemente ante su padre.

—No se merecen, majestad, pero me temo que los árboles no tardarán en marchitarse tan pronto como crecieron. Mi obsequio no es el frutal, sino los monjes.

La sonrisa de Azoun se oscureció.

—¿Los monjes? —Paseó la mirada de su hija al maestro de agricultura Owden Foley y de éste a la docena de monjes que esperaban el momento de recoger los árboles marchitos. Finalmente se inclinó al oído de su hija para murmurar—: No comprendo, querida. ¿No pretenderás obsequiarme una docena de esclavos?

—De ninguna forma. —Animada por la exitosa entrada de Owden, Tanalasta le respondió de forma que todos pudieran oírla—: He convencido al maestro de agricultura Owden Foley y a sus monjes para que regresen a su hogar con nosotros y establezcan el templo real de Chauntea.

La expresión de Azoun pasó de la confusión a la conmoción, mientras Vangerdahast se acercaba para situarse junto al rey.

—¿El templo real de Chauntea? —preguntó el anciano mago—. ¡No lo diréis en serio!

—Hablo muy en serio. —Tanalasta ignoró la airada exclamación de Vangerdahast, y se dirigió directamente a los nobles—. El templo real se establecerá para asegurar la salud de todas las tierras de Cormyr. Empezaremos por los campos afectados por la plaga, situados en el límite norte de la nación.

3

Vangerdahast seguía dando vueltas a la melodía de la Alemanda final, mientras permanecía hundido en una de las sillas de los Marliir. Fruncía el ceño por el dolor que le producían sus miembros envejecidos. El rumor de los carruajes había cesado casi por completo cuando los últimos invitados abandonaron el patio, y Azoun no paraba de ir de un lado a otro, entre él y el calor del fuego que ardía en la chimenea.

—Veamos, majestad, creo que vais a tener que sentaros de una vez. —Vangerdahast señaló con un dedo nudoso los pies del rey—. Un anciano necesita de todo su fuego.

Azoun se detuvo ante la chimenea y se volvió para mirarlo.

—¿En qué estaría pensando?

—No sabría deciros —respondió Vangerdahast—. Quizá vuestra majestad haya olvidado que me prohibió leer los pensamientos de su hija.

—Eso no significa que no deba hacerlo de vez en cuando —replicó Filfaeril, levantándose de la cama del mago supremo, donde se había sentado a descansar.

Vangerdahast ignoró el comentario de la reina y masculló algunas sílabas de naturaleza arcana, al tiempo que gesticulaba rápidamente con los dedos. Azoun no pareció advertir que se deslizaba flotando de la chimenea, porque a continuación se acercó a la silla aunque no se sentó.

—Empieza a preocuparme la capacidad de Tanalasta para la regencia —dijo Azoun—. Primero, ese Bleth casi la engaña para que le ceda el trono...

—Tanalasta no fue la única persona a la que engañó Aunadar —dijo Filfaeril. Seguía vestida con el traje color violeta que había llevado en el baile, y se sentó en una silla junto a Vangerdahast—. Recuerdo muy bien que nos tenía encandilados. Si no le llego a llevar a la biblioteca en el momento oportuno, o si no le hubierais invitado a ir de caza aquel día, Tanalasta ni siquiera se hubiera fijado en él.

—Sólo por el hecho de que un hombre quiera conocer al prometido de su hija, no quiere decir que la obligue a casarse con él —repuso el rey, que arrugó el entrecejo, dolido por el comentario de su esposa.

—No más de lo que hemos estado presionando para que el pobre Dauneth se case con ella. —Filfaeril se volvió a Vangerdahast, que no se dio por aludido y siguió concentrando su atención en el fuego que crepitaba en la chimenea—. No me extraña que su madre diera por sentado más de lo que había.

—Sí —admitió Azoun—, supongo que yo soy el culpable... pero un padre puede animar a su hija, ¿o no? Sólo quiero que sea feliz.

—Qué esté felizmente casada —corrigió Filfaeril— y embarazada de un heredero.

—Sí, pero antes que nada, feliz —replicó el rey, mirando extrañado a su esposa.

—¿Sea cual fuere el precio que Cormyr deba pagar? —preguntó la reina.

Azoun consideró su pregunta durante algunos segundos, antes de responder:

—El precio del bienestar del reino no tiene por qué ser la felicidad de Tanalasta. Quizás haya llegado el momento de que tome conciencia de que tal vez no esté capacitada para ceñir la corona.

Vangerdahast se sorprendió tanto al oír hablar así al rey, que estuvo a punto de ahogarse con su propia saliva. Por supuesto, todos habían pensado en esa posibilidad cuando Tanalasta se vio involucrada en el asunto abraxus, aunque era la primera vez que Azoun expresaba sus dudas en voz alta.

Filfaeril no pareció tan sorprendida, y se limitó a enarcar una ceja.

—Es una decisión importante —dijo la reina en un tono inexpresivo.

—Pero no tiene por qué ser una decisión tan dura. Tanalasta tiene treinta y seis años. Cuando vos teníais su edad, ella ya había cumplido los quince años, y Foril tendría unos... —Azoun no concluyó la frase, porque al igual que su esposa, no gustaba de recordar la muerte de su joven hijo—. Quizá Tanalasta sería mucho más feliz si no tuviera que cargar con el peso de dar un heredero a Cormyr.

—Quizás —admitió Filfaeril—. Se acerca a una edad en que la elección ya no dependerá de ella, y es necesario que pensemos en el bien de Cormyr.

Vangerdahast no podía dar crédito a sus oídos. Hasta el momento, la reina había sido la principal valedora de Tanalasta, había sostenido que la princesa asumiría sus responsabilidades sin problema cuando llegara el momento. Si Filfaeril había perdido la fe en su hija mayor, ¿con qué apoyo contaría Tanalasta en todo el reino?

Azoun se acercó al fuego y miró fijamente las llamas, bloqueando de nuevo el calor que llegaba al mago.

—Tanalasta no es la misma. Quizá fuera un poco inocente cuando tuvo problemas con Bleth, pero no era ninguna estúpida. Ahora... —El rey dejó inacabada la frase, sacudiendo la cabeza apenado—. Incomodar a lady Marliir de esa forma no ha sido muy buena idea.

—Majestad, debemos recordar que Tanalasta ha tenido cierta... colaboración en ello —replicó Vangerdahast—. Creo recordar haber sacudido la cabeza cuando vos empezasteis a subir a la tribuna.

Azoun se volvió a Vangerdahast con el desconcierto en la mirada.

—Creí que no estaba usted convencido de la capacidad de la princesa de la corona.

—En su momento, tampoco vos me convencíais.

—¿Por qué aprovecháis la primera oportunidad que se presenta para emprenderla entre vosotros? —preguntó Filfaeril—. ¿Y por qué la defiende usted ahora?

—Porque me parece lo más justo —respondió el mago—. La muchacha se limita

a dar la cara en un momento inadecuado.

—¿Momento inadecuado? —Filfaeril entornó los ojos hasta no dejar entrever más que un par de diminutas franjas azules—. ¿Se puede saber a qué juega usted ahora, viejo malabarista? Fue usted quien sugirió la necesidad de que diéramos un empujoncito al destino, y que pidiéramos a los Marliir que aceptaran ser los anfitriones de los festejos por el cumpleaños del rey.

Vangerdahast sintió que se estaba sonrojando, pero fue incapaz de controlar su reacción espontánea.

—Es posible que esta vez haya presionado demasiado, mi señora —dijo el mago supremo en un tono de voz carente de inflexiones.

—¿Demasiado? —preguntó Filfaeril—. Si los hechiza usted con su ma...

—¡Os aseguro que no he hecho tal cosa! —exclamó Vangerdahast, enojado—. ¿Que recurra a mi magia para manipular las emociones de la princesa?

—Sólo como último recurso —gruñó Azoun—. Díganos qué hizo.

—Fue una cosita de nada. —Vangerdahast levantó su mano, presionando el pulgar y el índice para acompañar sus palabras—. Sólo fueron unas palabritas, de verdad.

—¿Susurrada a oídos de? —preguntó Filfaeril—. ¿De lady Marliir?

—Por poner un ejemplo —admitió Vangerdahast—. Pero eso no es lo importante.

—¡Ahora entiendo por qué le maltrata Tanalasta! —El rey sacudió la cabeza, incapaz de dar crédito a sus oídos—. Eso no excusa esa tontería del templo real que se le ha metido en la cabeza. La mitad de la nobleza del reino se convertirá a Chauntea aunque sólo sea por ganarse el favor de la reina, y la otra mitad se levantará en armas para defender sus propias creencias. ¿Cómo puede pretender mi hija que lo acepte sin más?

—Porque si no lo hacéis, su reputación quedará por los suelos —respondió Filfaeril. Se acercó a la chimenea para observar las llamas, lo cual privó completamente a Vangerdahast del calor del fuego—. Disculpadme por deciros esto, Azoun, pero creo que aquí somos nosotros los cortos de entendederas. Nuestra hija sabe perfectamente lo que hace.

Azoun frunció el entrecejo.

—Asumamos que eso es cier... Pero ¿con qué objeto?

—Para forzarnos a actuar, por supuesto —dijo Filfaeril—. Está claro que no quiere ser reina.

Antes de que el monarca pudiera replicar, Vangerdahast se había levantado de la silla y se había situado entre el rey y la reina.

—¡Mejor será que no saquemos conclusiones precipitadas, señora! Nadie ha oído a Tanalasta decir tal cosa.

La reina giró sobre sus talones con una vehemencia que, hasta el momento,

parecía coto privado de envenenadores y conspiradores.

—¿Y a usted qué más le da, viejo intrigante? Nunca quiso que Tanalasta fuera reina, no desde que empezó a sentarse en el regazo de Alaphondar en lugar de en el suyo.

Vangerdahast hizo un esfuerzo para sobreponerse a la furia de la reina, y en ese preciso momento observó el primer atisbo de debilidad en su carácter, cuarenta años después de haberse conocido. No era la princesa quien tenía sus reservas para ceñir la corona, sino Filfaeril. La reina no podía soportar que su hija se sacrificara y sufriera al convertirse en una persona diferente, mucho más fuerte, de lo que le exigía su propia naturaleza.

Si el anciano mago hubiera conocido aquellos sentimientos hacía un año, antes de partir de viaje con Tanalasta, quizás hubiese podido cumplir sus deseos. Filfaeril era para él lo más parecido a una hermana, una esposa o una amante, y no la habría herido ni por todos los tesoros del Millar de Mundos. Pero ya era demasiado tarde. Dibujó en su rostro una enigmática sonrisa, y se enfrentó a la mirada furiosa con una fiera determinación que en realidad no sentía.

—Lo que vos decís no se ajusta a la verdad, así de simple, mi señora. Si me he mostrado duro con la princesa, ha sido únicamente porque vos y el rey os habéis mostrado demasiado blandos con ella.

—¿Qué insinúa usted, mago? —preguntó la reina, echando chispas por los ojos.

—Qué habéis echado a perder a vuestra hija, majestad. Un pecado el vuestro comprensible, excepto, claro está, por el hecho de que se trata de la princesa de la corona, heredera de Cormyr.

—¡Cómo se atreve!

Filfaeril estiró la mano con tanta rapidez que hubiera hecho trastabillar a Vangerdahast si Azoun no la hubiera cogido de la muñeca.

—Aún no, querida, aún no. —La mirada de Azoun también hablaba de su enojo, tanto como la de su esposa—. Antes quiero que se explique.

Vangerdahast soltó un suspiro de alivio para sus adentros y se volvió hacia el rey, ante quien inclinó levemente la cabeza. Al menos Azoun no lo golpearía, a menos que fuera para matarlo.

—En realidad es muy sencillo, majestades —dijo—. Entre la infancia y la entrada en la vida de un adulto existe un período en que uno debe rebelarse. Vos y la reina habéis sido unos padres perfectos, pero algo blandos, y vuestras hijas no han tenido contra quien rebelarse. Yo he cargado con el privilegio de representar ese papel para Tanalasta.

—¿De modo que todo este tiempo la ha provocado deliberadamente? —inquirió Filfaeril.

—Más o menos —respondió Vangerdahast, que parecía orgulloso de sí mismo—.

Yo diría que no lo he hecho tan mal, ¿qué os parece?

La rapidez de reflejos de Azoun volvió a impedir que la reina pudiera golpear al anciano mago. Vangerdahast se sintió roto por dentro al comprender que la furia que leía en los ojos de la reina tardaría mucho en desaparecer. Sin embargo, hay ocasiones en que es necesario pagar un alto precio por decir las cosas tal y como son.

—Quiero que deje de hacerlo —dijo Azoun—. Por lo visto, no sirve de nada.

—Temo que ya no es posible. —Vangerdahast no disfrutó diciéndoselo al monarca—. Ahora que ya se ha dado rienda suelta a la furia de Tanalasta, ésta no desaparecerá sin más, sobre todo teniendo en cuenta que ella misma la ha alimentado durante los últimos veinte años. Tendrá que seguir su rumbo, y sin duda es preferible que esté enojada conmigo que con vuestras majestades. De ese modo, evitamos la posibilidad de una traición.

—¿Ha perdido la cabeza? —preguntó Filfaeril—. ¿Traición? ¿Por parte de Tanalasta?

—Tal cosa no sucederá —aseguró Vangerdahast—. Tal y como ya he dicho, la situación está bajo control. Tanalasta se convertirá en una reina espléndida.

—¡Y un cuerno! —repuso Azoun indignado—. Supongo que lo siguiente que me va usted a pedir, es que le permita construir ese templo real de Chauntea.

—Por supuesto que no. Lo del templo no me lo esperaba. —Vangerdahast hacía un esfuerzo por no perder la paciencia—. Pero tendré que encargarme personalmente de ello. Si empezáis a desautorizarla ante la que será su propia corte...

—¡Yo soy el rey! —rugió Azoun—. ¡Haré lo que sea mejor para Cormyr, y si es necesario negar a la princesa de la corona la construcción del dichoso templo con el que jugar, lo haré!

—¿Con el que jugar? —Vangerdahast levantó la mirada al techo—. De eso, precisamente, os estoy hablando: no es una niña, majestad. Es una princesa de treinta y seis años que necesita un marido que sea adecuado, y cuanto antes mejor.

—No me gusta nada todo esto, Azoun. —Filfaeril empezó a caminar por la estancia, en dirección a la puerta que conducía a las habitaciones que les habían asignado—. ¿Qué sabrá el mago sobre la educación de mis hijos? Yo conozco a mi hija. Ella no quiere ser reina, y yo opino que no debemos forzarla. Además, Alusair es un año menor que ella.

—¿Alusair? —exclamó Vangerdahast, perdiendo el control—. ¿Y quién hará de ella una reina? Ella sí que no quiere saber nada de la corona, y personalmente no sabría por dónde empezar para solucionar sus problemas.

—Mucho me temo que Vangerdahast tiene razón en cuanto a eso —dijo Azoun dirigiéndose a su esposa, que ya se marchaba—. Si no queremos que Tanalasta sea reina, a duras penas podremos conseguir que Alusair la sustituya.

—Entonces quizá sea preferible que adoptes a otro heredero, esposo mío, alguien

a quien Vangerdahast pueda amoldar para que sea en el futuro un buen monarca — dijo Filfaeril, con una frialdad equiparable al hielo de su mirada—. Pero mucho me temo que necesitarás de una reina más joven que yo. Una que sea una década más joven que cualquiera de tus hijas, de hecho, para que puedas asegurar el tiro.

Filfaeril cerró la puerta al salir.

Azoun suspiró y se hundió en la silla donde ella se había sentado; después arrojó la corona al suelo y empezó a frotarse las sienes.

—Vangerdahast, por favor, dígame si tiene la menor idea de lo que está usted haciendo.

—Por supuesto, sire. Recordaréis cómo os ayudé a conducirlos a través de...

El mago fue interrumpido por alguien que llamaba a la puerta con apremio, y sin esperar respuesta, Alaphondar asomó la cabeza por la puerta. Su larga melena blanca parecía más enmarañada de lo habitual, y a juzgar por la expresión de su rostro, cualquiera hubiera dicho que estaba rendido.

—Ruego excuséis esta interrupción, sire, pero una multitud de clérigos de alto rango se ha presentado en el patio de los Marliir.

—Sin duda han venido para ofrecerse a establecer templos reales por cuenta propia —aventuró Azoun.

El sabio supremo de la corte se miró la punta de los pies.

—Yo más bien diría que han venido para algo más que ofrecerse a ello.

—He aquí el comienzo. —El rey exhaló profundamente, antes de agacharse a recoger la corona del suelo—. ¿Alguna otra cosa?

—Así es, sire. Merula el Portentoso solicita vuestro permiso para celebrar una entrevista con Vangerdahast, sobre los problemas que se derivarán de la subversión de los magos guerreros en favor de...

—Dígale a Merula que más tarde hablaré con él —interrumpió Vangerdahast—, y asegúrele que la posición de los magos guerreros no corre ningún peligro.

Azoun miró a Vangerdahast por el rabillo del ojo.

—¿Estamos muy seguros de nosotros mismos, no es así?

—Bastante seguros —replicó el mago, dando a entender una mayor convicción de la que sentía realmente.

El sabio supremo no se había retirado.

—¿Algo más? —preguntó Azoun.

—Me temo que sí, majestad. El duque Marliir exige que lo recibáis en audiencia —dijo Alaphondar—. Está molesto porque le pidierais ser el anfitrión de una fiesta en la que Tanalasta anunciaría que no pensaba casarse con su hijo.

—Por supuesto. Acompañelo usted aquí. —Azoun dio un hondo suspiro, jugueteando con la corona entre las manos—. Señor mago —dijo observando a Vangerdahast—, para cuando termine el día, estoy convencido de que tendrá usted un

plan para resolver el brillante lío que ha orquestado.

—Por supuesto, sire. —Vangerdahast cogió la corona, y la puso tan inclinada sobre la cabeza de Azoun que cualquiera hubiera dicho que el monarca había celebrado su cumpleaños por todo lo alto—. Será como habéis ordenado.

Los establos olían a paja, cuero y a escarcha del amanecer, y también al resultado del trabajo duro y honesto que algunos se habían guardado de mantener oculto a los ojos de Tanalasta durante buena parte de su vida. Cuando regresara a Suzail, echaría en falta el olor que deriva del esfuerzo, aunque sabría dónde podría encontrarlo cuando el aroma del ramillete de perfumes y prevaricaciones de palacio se volviera demasiado embriagador. Tanalasta deslizó las riendas por el cuello de la mula, ajustó las cinchas y tendió las riendas al maestro de agricultura Foley, que seguía sentado en el pescante del carro. Los demás monjes permanecían arrodillados en el vehículo, con sus herramientas y equipo, ansiosos por enfrentarse a una jornada de trabajo.

El rumor de unos pasos procedentes del exterior reverberó en el interior del establo. Tanalasta se volvió y vio acercarse a sus padres bajo la luz tenue del amanecer. Los seguían Vangerdahast y la habitual cohorte de guardias. Aunque el sol apenas tardaría una hora en brillar en lo alto, parecían soñolientos a juzgar por las bolsas que lucían bajo los ojos, y también porque no se habían peinado con el celo habitual.

—El rey y la reina —dijo Owden—, y no parecen muy contentos.

—Yo no aventuraría tanto sólo por su aspecto —repuso Tanalasta—. No es costumbre en palacio levantarse antes del amanecer. —No hacía mucho que Tanalasta hubiera considerado el hecho de levantarse tan temprano como una interrupción innecesaria del sueño—. Seguro que Vangerdahast ha pasado toda la noche intentando convencer a mis padres de que deben oponerse a la creación del templo real.

El rostro de Owden adoptó una expresión afligida, pero Tanalasta le sonrió para que se relajara, antes de acercarse a la salida del establo y saludar a sus padres.

—Majestades, no esperaba veros levantados tan temprano.

—¿No? ¿Entonces pensabas escabullirte amparada en la oscuridad?

El rey lo preguntó con ironía, pero a nadie se le escapó el reproche en el tono de su voz. Tanalasta pudo advertir que existía cierto distanciamiento entre sus padres y el mago de la corte. Aunque por regla general los tres eran inseparables, Azoun y Vangey apenas se miraban, mientras que su madre permanecía ligeramente apartada de ambos. Tanalasta se inclinó ante su padre, respondiendo a la irritación del tono de su voz.

—Es costumbre de las gentes de Chauntea levantarse temprano —a medida que así hablaba, los guardias reales formaron un pequeño círculo alrededor del grupo,

para evitar que ninguno de los muchachos que servían en el establo pudieran oír la conversación—. Hemos recibido inquietantes noticias de Tyrluk. La plaga afecta a diez granjas situadas alrededor del pueblo, y la cosecha estaba a punto de perderse cuando partió el mensajero.

Owden Foley pasó de largo junto a un guardia para ponerse junto a Tanalasta.

—A este paso, majestad, todos los campos entre Carretera Alta y Cuerno Alto quedarán completamente arruinados en diez días.

—Por ese motivo es por lo que mantenemos existencias de emergencia en los graneros del rey. —Azoun ignoró al maestro de agricultura y siguió observando a Tanalasta—. No hemos visto a la princesa en todo un año. Preferiría que no huyera de esta...

—¿En diez días, decís? —interrumpió Vangerdahast, dirigiéndose a Owden—. Muy rápido, ¿no le parece?

—Esta plaga es la más rápida que he visto —asintió Owden, hosco—. Si no actuamos rápidamente, toda Cormyr perderá la cosecha del año.

—¿De veras? —Vangerdahast se acarició su larga barba, y se volvió a la real pareja—. Majestades, quizá tengamos ante nosotros un problema que exige toda nuestra atención.

Azoun frunció el ceño, confundido.

—Ayer mismo, usted me dijo que Merula el Portentoso...

—Temo que Tanalasta esté en lo cierto respecto a él —replicó Vangerdahast, volviendo a interrumpirlo—. A menos que queráis destripar un dragón, o a una compañía de orcos durmiendo a la bartola, Merula el Portentoso es un zarandeador de varitas.

El rey y la reina intercambiaron una mirada de incredulidad.

—¿Disculpe? —dijo la reina.

—Merula no distinguiría una plaga de una erupción cutánea —respondió Vangerdahast—. Me aseguró que la plaga no se extendería más allá de las montañas, y al día siguiente ya la tenemos en Tyrluk. Tratándose de plantas, lo mejor que podemos hacer es confiar plenamente en el maestro de agricultura.

Tanalasta se preguntó qué estaría tramando Vangerdahast, y frunció el ceño cuando el anciano charlatán se dirigió de nuevo a Owden.

—Maestro de agricultura Foley, ¿cuál puede ser el origen de esta plaga?

—Primero apareció en las montañas, y tiene sus raíces bajo la superficie. —Owden se acarició la barbilla con expresión pensativa, antes de añadir—: Podría tratarse de un hongo de las cuevas propagado por los orcos. Esas asquerosas criaturas pasan buena parte de su tiempo gateando por las cavernas, y una banda errante podría suponer la explicación de por qué la enfermedad parece reproducirse en lugares distantes entre sí.

—Excelente observación, Owden... si me permite ser tan informal —dijo Vangerdahast.

—Por supuesto, señor mago supremo —respondió Owden.

—Llámeme Vangerdahast, por favor, o Vangey si así lo prefiere. No es necesario guardar las formalidades cuando hablamos en privado. —El anciano mago miró de reojo a Tanalasta, y aprovechó la oportunidad que se le brindaba para añadir—: Como ya sabrá, a menudo se me conoce por «el muy condenado y viejo Agitavaritas».

—¿En serio? Primera noticia —dijo Owden, mintiendo de maravilla. Tanalasta había pasado los primeros diez días de estancia en Huthduth quejándose del mago y poco más, y lo consideraba un tributo a la paciencia del maestro de agricultura el hecho de que no le pidieran que se fuera—. La princesa siempre habla de usted con tal respeto que cualquiera pensaría que es su padre.

—Qué amable por su parte exponerlo de esa forma.

Tanalasta sospechaba del tono educado de Vangerdahast, y estudió a sus padres para ver si descubría por qué el mago se había empeñado en granjearse la amistad de Owden. Incluso bajo la aurora rosácea que a esas alturas iluminaba la entrada a los establos, sus expresiones traslucían la misma confusión que ella sentía.

—Majestad —dijo Vangerdahast, volviéndose hacia el rey—, quizá debamos enviar un mensajero a Cuerno Alto para que tripliquen las patrullas de búsqueda de orcos, y se ocupen de alejar a esas bestias de Cormyr. Si me permitís tomar prestados algunos exploradores de los Dragones Púrpura, también instaré a los magos guerreros para que despachen algunos equipos y sellen cualquier caverna en la que puedan haberse refugiado los orcos.

—Lo cual le permitirá afirmar que han sido los magos guerreros quienes han impedido que se extendiera la plaga —repuso Tanalasta—. Ya veo por dónde va, viejo ladrón.

Vangerdahast se volvió hacia ella con una expresión de inocencia dibujada en el rostro.

—Intento impedir que se extienda la plaga —dijo—. Creí que era eso lo que vos queríais.

—Por supuesto —aseguró Tanalasta—, pero si de veras cree que podrá utilizar el conocimiento de Owden para restar méritos al templo real...

—Vangerdahast no está robando méritos a nadie —dijo Azoun—. No habrá ningún templo real.

—¿Qué? —Tanalasta giró sobre sus talones para enfrentarse a su padre, y lo hizo tan rápido que algunos guardias se pusieron nerviosos—. ¿Habéis permitido que Vangerdahast os convenciera de ello, sin escucharme antes? Eso no es justo.

—De hecho, Vangerdahast no ha dicho una sola palabra en contra de tu templo

real —dijo el rey—. Tu madre y yo apenas nos habíamos retirado del baile cuando algunos clérigos de alto rango empezaron a reunirse en el patio de armas de los Marliir, insistiendo en que el palacio debía establecer templos reales para cada uno de sus dioses y diosas.

—Y ¿por qué no? —preguntó Tanalasta sin elevar el tono de su voz. Owden permanecía a su lado, inalterable. Habían decidido de antemano que la mejor estrategia era que Owden mantuviera un aire de paciente confianza en sí mismo—. Siempre y cuando cada iglesia pague el coste de su construcción, no veo qué mal puede causarse a los demás dioses.

Filfaeril observó a Tanalasta como si su hija estuviera loca.

—¿Favorecer al Príncipe de las Mentiras? ¿O a la Doncella del Dolor? —La reina sacudió la cabeza como si fuera incapaz de dar crédito a sus oídos—. Quizá tú misma deberías erigirte en primera acólita real de Loviatar, porque no sabes el disgusto que estás dando a tus padres.

Tanalasta guardó silencio, no porque no hubiera preparado una respuesta ante semejante argumento, sino porque le había sorprendido oírlo en boca de la reina, en lugar de la de Vangerdahast. Antes, su madre siempre la apoyaba contra el mago, y el hecho de ver cómo intercambiaban los papeles la había cogido desprevenida. Sonrió a uno de los muchachos que trabajaban en los establos, que en ese momento pasaba cerca con dos cubos llenos de leche de cabra, e inmediatamente clavó sus ojos en su madre.

—El término «real» implica el apoyo de un miembro de la casa Obarskyr, ¿o no? —Tanalasta reprimió el tono de su voz porque no podía hablar a la reina de ese modo—. Tengo la suficiente fe en la familia como para creer que ni siquiera el nuevo Serafín de las Mentiras de Cyric podría haber dispuesto algo parecido.

—Y yo comparto esa fe —dijo Azoun. Al contrario que Filfaeril, el rey hablaba con voz firme y paciente—. Pero hay otras consideraciones a las que debemos dar preferencia. Primero, ya sabes cómo se apuntan los nobles a cualquier cosa que hacemos.

—Pues hay caprichos mucho peores, digo yo.

—Quizá, pero debemos también pensar en los magos guerreros. Considerarán un grave insulto a su habilidad y lealtad el que la corona autorice, de pronto, el establecimiento de una nueva orden de magos.

—No debería ser necesario recordar a la princesa de la corona el importante papel que los magos guerreros desempeñan en el bienestar del reino —añadió la reina. El amanecer se había tornado amarillo, y bajo la luz dorada Filfaeril parecía más un serafín celestial enfadado que la madre de Tanalasta—. Ni de los peligros que derivarían de minar su posición, creando un ambiente de discordia. Esta misma mañana, he oído a varios magos tachar a tus monjes de «pedigüenos mágicos» e

«hijos de mamá».

—No lo hacen con mala intención, por supuesto —se disculpó Vangerdahast—. En cuanto se presente la oportunidad, hablaré con ellos sobre el uso de semejantes epítetos.

—No es necesario —dijo el maestro de agricultura, que no pudo disimular la indignación del tono de su voz—: Comprendo sus celos... bueno, su resentimiento.

Vangerdahast se limitó a sonreír ante lo que todos sabían que era un desliz intencionado, y Tanalasta empezó a temer que su madre pudiera tener razón. Si Owden no podía manejar a Vangerdahast cuando se mostraba tan simpático, temblaba sólo de pensar en la terrible enemistad que se desataría entre ambos cuando el anciano mago diera rienda suelta a su indignación.

—Si la corona debe temer las consecuencias que derivarían del malestar de los magos guerreros —dijo Tanalasta a la reina—, entonces es probable que no sean un factor tan importante para el bienestar del reino. —Sonrió en dirección a Vangerdahast—. Estoy convencida de que podemos confiar plenamente en la destreza del mago supremo para mantenerlos controlados. De veras, sería una lástima que la política nos impidiera hacer lo que es mejor para el reino. El propio Vangerdahast ha señalado que tan sólo los clérigos de Chauntea pueden tratar una crisis como ésta.

Incluso estando como estaba, de buen humor, aquello fue demasiado para Vangerdahast.

—Eso no es exactamente lo que he dicho, jovencita. Una plaga sin importancia como ésta no supone una crisis para un reino como Cormyr.

—Y tampoco nos interesa que lo parezca —precisó Azoun—. Crear una nueva organización para responder a ella no hará sino fomentar esa impresión. Provocará un pánico generalizado que desembocará en robos, saqueos y otras tropelías. Lo siento, Tanalasta. Tendrás que anunciar que Chauntea ha pedido a Owden y a sus clérigos que regresen a Huthduth.

—Pero el caso es que no ha sido así —replicó Tanalasta—. La diosa nunca haría tal petición.

—No tiene nada que ver con Owden o Chauntea, ni siquiera con tu decisión de venerar a la Madre —dijo Filfaeril—. El caso es que éste no es el mejor momento para establecer un templo real. No debiste anunciarlo sin consultarlo con nosotros, y estoy segura de que ya lo sabías. El hecho de que intentaras obligarnos a ello es... tan imperdonable como que Vangey te incomodara de esa forma en su empeño por que contraigas matrimonio antes de que sea demasiado tarde.

—¿Demasiado tarde? —Aquella pregunta le había salido del alma, porque su madre había tocado una fibra sensible. Se volvió a Vangerdahast, y le dijo—: Eso es lo que se ha propuesto, volver a mis propios padres contra mí para conseguir su objetivo.

Vangerdahast enarcó sus pobladas cejas, y el dolor se dibujó en el brillo oscuro de su mirada.

—Lo siento, mi señora, pero no tengo la menor idea de a qué os referís.

—Un matrimonio a cambio de un templo real. ¿Es ése el trato? —Tanalasta miró a sus padres—. Si lo único que se me permite dar al reino es un hijo, entonces al menos hagamos las cosas bien. Confiad en mí, porque os aseguro que sería preferible dejar mi campo en barbecho, a que siembre un hombre al que no ame.

Azoun palideció y miró a su alrededor en el patio del establo, para después hacer algunos gestos con la cabeza y ordenar a los guardias que lo despejaran. La reacción de Filfaeril fue muy diferente. Aunque tenía los ojos empañados en lágrimas, dedicó a Tanalasta la misma mirada dura, capaz de silenciar a las duquesas de lengua viperina y a los mariscales bregados en cien mil batallas.

—La decisión de tu padre no se debe a ninguna sugerencia de Vangerdahast. —Le tembló la voz, pero dio un paso al frente para acercarse a su hija y añadir en un tono aún más duro—: Al rey le preocupa Cormyr. Ha llegado el momento de que dejes de ser tan egoísta y hagas lo propio.

—Majestad —suplicó Vangerdahast con los ojos muy abiertos—, no deberíais.

En la mano del mago apareció una bolita de algodón, pero Filfaeril lo cogió por la muñeca antes de que pudiera recitar el encantamiento.

—¡Vangerdahast! —exclamó Filfaeril en tono amenazador—. Si lanza ese hechizo de silencio, ni siquiera Azoun tendrá suficiente poder para que mantenga usted la cabeza sobre los hombros.

La bolita de algodón desapareció en la manga del mago.

—Quizá, pero ya ha tenido veinte años para encontrar un marido que le gustara. Ahora tendrá que apañarse con Dauneth Marliir —dijo mirando a Tanalasta.

Owden Foley se puso junto a la princesa.

—Majestad, si me permitís intervenir, creo que hay algo que deberíais saber.

—¡No, Owden! —Tanalasta cogió por el hombro al maestro de agricultura y lo empujó hacia un guardia—. Llévase de aquí a este hombre.

—Nada de eso —dijo el rey, que hizo un gesto a Owden para que se acercara—. ¿Hay algo que deberíamos saber acerca del estado de Tanalasta?

—¿«Estado», padre? —preguntó ésta—. Si hubiera algo que vos deberíais saber, creo que...

—Estoy hablando con Owden —replicó Azoun.

Tanalasta observó furiosa al clérigo.

—Ya ha oído usted cuáles son los deseos del rey.

Owden tragó saliva y después volvió a mirar a Azoun.

—Sire, creo que deberíais saber que vuestra hija no piensa en otra cosa que no sea Cormyr. De hecho, cuando la invitación de lady Marliir llegó a Huthduth, me dijo que

volvía a Cormyr para desposarse con un hombre al que no amaba.

—Entonces, ¿por qué no lo ha hecho? —inquirió Filfaeril.

—Temo que sea culpa mía. —Owden se miraba las puntas de los pies—. Le aconsejé que sería mejor reina para Cormyr si esperaba hasta encontrar un hombre al que amara.

Tanalasta tuvo que hacer un gran esfuerzo para ocultar su sorpresa, porque, hasta entonces no se había dado cuenta de la fértil imaginación del maestro de agricultura. La verdad era que Owden le había deseado lo mejor y le había dicho que, a juzgar por lo que se sabía del mozo, Dauneth Marliir era un hombre estupendo. Fue entonces cuando ella salió a dar su último paseo y tuvo la visión, por lo que Owden Foley no tuvo que convencerla de nada.

Filfaeril abrió unos ojos como platos al oír las palabras del maestro de agricultura.

—En estas presentes circunstancias, su consejo podría ser considerado un delito de alta traición.

—O simplemente un buen consejo. —Azoun miró ceñudo en dirección tanto de Filfaeril como de Vangerdahast—. Eso debe decidirlo Tanalasta, y sólo ella. Lo que ella no puede decidir es el destino del templo real. Anunciará que desde Huthduth se ha llamado a los clérigos de Chauntea para que regresen.

Vangerdahast sacudió la cabeza con fuerza.

—Pero, majestad...

—Y confiaremos en nuestros magos guerreros para que resuelvan el problema de la plaga —interrumpió Azoun levantando una mano—. Aunque se tomen su tiempo para solucionar el problema, las gentes de Cormyr se sentirán reconfortadas con su presencia.

Tanalasta empezó a perder el rumbo. Las duras palabras de Filfaeril la habían herido tan profundamente que estaba desorientada y no podía concentrarse, por lo que no pudo evitar pensar que había hecho algo terrible para que la reina estuviera tan molesta con ella. Lo cierto es que el apoyo inesperado de Vangerdahast no pudo compensar el enfado de su madre. Además, había visto aquella sonrisa de cobra hechizar a sus oponentes en demasiadas ocasiones, como para ahora caer en sus redes.

Azoun asintió en dirección a Owden.

—Le agradecemos el que haya recorrido usted tan largo camino, maestro de agricultura, pero deberá usted acompañar a sus clérigos de vuelta a Huthduth. Tanalasta se encargará de dar las explicaciones pertinentes.

La expresión de Owden reflejaba su profunda decepción, pero hizo una profunda inclinación para mostrar su obediencia, después se volvió y cogió las manos de Tanalasta para despedirse. Mientras el maestro de agricultura se despedía de ella, apenas pudo oír sus palabras porque de pronto sintió el peso de la mirada de su

madre, y al volverse hacia ella vio sus pálidos ojos observándola fijamente. La gélida expresión de la reina hizo que retrocediera un paso de forma involuntaria, momento en que la furia de Tanalasta si cabe redoblada, volvió a hacerse con las riendas. No importaba lo que su madre pudiera creer: la princesa estaba haciendo lo mejor para Cormyr, y permitir que nadie le dijera lo contrario supondría un desastre para el reino.

Cuando Owden se dirigió al establo, Tanalasta lo cogió del brazo.

—Maestre de agricultura Foley, el rey comete un error. No voy a dar ninguna explicación para justificar su marcha.

Al oír aquello, el rostro de Azoun adoptó una expresión amenazadora.

—¿Me desafías?

Tanalasta miró a su madre y observó que el labio inferior de la reina empezaba a temblar.

—Debo mostrarme fiel a mis convicciones, sire —repuso.

Owden palideció mientras el rey se sonrojaba como la grana.

—Princesa Tanalasta, no hay ninguna necesidad de discutir por...

—El caso es que sí que hay una razón, maestre de agricultura —replicó Tanalasta—. Cormyr le necesita a usted y a sus clérigos... Tanto ahora como en el futuro.

—Yo soy el rey —dijo Azoun en el tono neutro que empleaba cuando estaba a punto de perder el control—. Mis convicciones determinan las necesidades de Cormyr.

—Y ¿qué sucederá cuando os vayáis, padre? ¿Debo pedir a Vangerdahast que os levante de la tumba para saber cuáles son las necesidades del reino? —Tanalasta sacudió la cabeza—. Debo hacer lo que creo más correcto... y debo hacerlo ahora, porque estoy convencida de que en el futuro no tendré otra oportunidad.

Vangerdahast dio un hondo suspiro y masculló algunas palabras ininteligibles, mientras Filfaeril se llevaba la mano a la boca. La furia desapareció de su mirada, pero volvió un instante después cuando miró a Vangerdahast. Azoun se limitó a mirar fijamente a Tanalasta con una expresión cada vez más dura, mientras hacía lo imposible por no perder el control.

—Quizá pueda libraros de semejante peso, princesa —dijo finalmente el rey—. Os recuerdo que tengo dos hijas.

Tanalasta hizo un esfuerzo por no trastabillar.

—Lo sé.

—Bien —celebró el rey—. Vangerdahast ha sido incapaz de ponerse en contacto con Alusair. Acompañarás a tus clérigos hacia las Tierras de Piedra para buscarla y le dirás que debo hablar con ella urgentemente. Debe regresar a Arabel lo antes posible y llevar una vida acorde con la que corresponde a la heredera de la corona.

Tras pronunciar estas palabras, Azoun giró sobre sus talones y se dirigió hacia la

mansión, dejando a Vangerdahast y Filfaeril inmóviles y boquiabiertos. Las lágrimas empañaron la mirada de la reina, que hizo ademán de extender sus brazos hacia Tanalasta, cuando de pronto se echó las manos a la espalda y se volvió hacia el mago supremo de la corte.

—Maldito sea —dijo en un tono de voz tan sereno, que aún pareció más terrible—. ¡Maldito sea, mentiroso hijo de Cyric!

Vangerdahast se encogió de hombros, y de pronto pareció tan viejo como la propia tierra de Cormyr.

—Os dije que ya era demasiado tarde —susurró. Las arrugas de sus ojos cansados enrojecieron y se humedecieron, mientras observaba sus nudosos brazos como si se concentrara con todas sus fuerzas para evitar coger a la reina de las manos—. Yo la acompañaré. No me apartaré de ella ni un solo momento.

—¿De veras cree usted que eso me tranquilizará? —La reina miró de nuevo a Tanalasta, se volvió y siguió a Azoun.

Tanalasta permaneció inmóvil, intentando comprender lo que había pasado, cuando sintió que Owden la cogía del brazo. Hizo un gesto para librarse de la mano, pues para su sorpresa no necesitaba de su apoyo.

Nunca en su vida se había sentido tan fuerte.

Este año, La Última Morada no cosecharía nabos.

Una capa de moho ceniciento cubría los campos, y el aire arrastraba un olor a rancio y podrido tan intenso, que Tanalasta tuvo que cubrirse la boca para evitar las arcadas. Pequeños túmulos grises señalaban el lugar donde los tallos habían horadado la tierra, pero no había ni rastro de las plantas. Al otro lado del campo, un granjero libre y su familia se encargaban de cargar el contenido de su choza en un carro tirado por bueyes.

—¡Por lo más sagrado! —maldijo Owden—. ¡Qué horror!

—Triste espectáculo —convino Tanalasta. Animó al comandante de su escolta de Dragones Púrpura a disponer un perímetro alrededor de la zona, y después azuzó con las riendas a su caballo para que siguiera andando—. Resulta extraño no haber encontrado otras señales de la plaga en la zona.

—Sí que lo es —dijo Owden, siguiéndola por el borde del campo—. ¿Por qué se molestarían los orcos en asaltar esta alquería, cuando está mucho más cerca de una población que las que hemos visitado hasta ahora?

—Quizá les gusten los nabos —señaló Vangerdahast, que cabalgaba junto a Tanalasta—. Dudo que los orcos tengan un motivo para escoger una granja concreta.

—No me interesa tanto el porqué, sino el cuándo —dijo Tanalasta. Hacía kilómetro y medio que había descubierto el rastro de los orcos, al pie de una cresta montañosa por la que habían cruzado. Pese a las objeciones carentes de convicción de Vangerdahast, la princesa condujo a la compañía corriente arriba, siguiendo un rastro desigual de piedras removidas y huellas arenosas de pezuñas, hasta que los llevó a escasos pasos del campo arrasado por la plaga. Sin embargo, al comprobar que no habían asaltado la choza del campesino, se preguntó si cabía la posibilidad de que los orcos no fueran responsables de la plaga—. No es propio de los orcos renunciar a un objetivo tan apetitoso como esa choza.

—¿Ahora os preocupa que no asolaran el lugar? —Vangerdahast levantó la mirada al cielo, haciendo acopio de paciencia—. ¿No estáis perdiendo ya bastante tiempo para, además, darle vueltas a la cabeza a semejantes cosas? El rey nos envió al norte en busca de Alusair...

—¿Y cómo sabe usted que esos granjeros no podrán ayudarnos? —Tanalasta observó al anciano mago—. Conozco la razón por la que el rey nos envió al norte, y tiene menos que ver con encontrar a Alusair que con alejarme de Arabel. Dudo que, de estar aquí, se opusiera a que nos tomemos algún tiempo para determinar si son los orcos los que extienden la plaga.

—De acuerdo —suspiró Vangerdahast, negándose a prolongar la discusión—, pero no vamos a seguirlos.

Tanalasta estudió al mago con expresión pensativa. Había pasado los dos últimos días intentando averiguar a qué jugaba, y la verdad es que se sentía algo incómoda. No sabía si su padre había dicho en serio lo de nombrar un nuevo heredero, aunque la verdad era que le importaba muy poco. Mientras se alejaban a caballo de Arabel, la invadió una inesperada sensación de alivio, que interpretó como un indicio de lo poco que le interesaba ceñir la corona de Cormyr.

Más tarde, cuando se hubo acostumbrado a la nueva situación, tuvo cierta sensación de pérdida, y llegó a comprender que lo que sentía no era alivio, sino orgullo. Por primera vez en su vida había apostado todo su futuro por sus propias convicciones. La posibilidad de que como consecuencia pudiera perder el reino no la atemorizaba, sino que la hacía sentirse más fuerte.

En cuanto Tanalasta tomó conciencia de ello, fue mucho más sencillo concentrarse en el peculiar comportamiento de Vangerdahast. Dada la actitud que había adoptado con ella, hubiera esperado que aceptara encantado su sustitución en la sucesión al trono por su hermana. Sin embargo, no parecía muy satisfecho con la perspectiva y la decisión del rey, y desde entonces se había mostrado muy correcto con ella. No le quedaba otra opción que mantenerse ojo avizor. Estaba convencida de que Vangerdahast planeaba alguna cosa, y cuando se mostraba cordial, aún era más peligroso.

—¿Y bien? ¿Hacemos un trato, o tendré que meteros en un saco el resto del viaje? —preguntó Vangerdahast al cabo de un rato, enarcando una de sus pobladas cejas.

—Eso no será necesario —replicó Tanalasta—. Yo no voy por ahí cazando orcos. Sólo quiero descubrir qué han hecho en esta alquería.

Cuando Tanalasta y su séquito bordearon el campo, el granjero hizo entrar a su familia en la choza, y se acercó a los visitantes para saludarlos. Pese a la túnica ajada y la melena de pelo enmarañado, la princesa tuvo la certeza de que había sido soldado; es más, probablemente había servido como Dragón Púrpura hasta que aceptó un pedazo de tierra en la frontera, a cambio de la paga de licencia.

Cuando se acercó al hombre, Tanalasta deslizó el anillo en su bolsillo, y devolvió el saludo con cierta torpeza. Como princesa ignoraba el protocolo militar, pero lo cierto es que su compañía viajaba de incógnito disfrazada de Dragones Púrpura. Al igual que Vangerdahast y Owden, Tanalasta lucía la capa negra de un mago guerrero, mientras que la docena de clérigos que los acompañaban estaban vestidos con las capas y cotas de malla de cualquier Dragón.

El granjero paseó la mirada de tal forma que pareció asimilar toda esta información en un instante y después volvió a mirar a Tanalasta.

—Hag Gordon a vuestros pies, señora mago. No sabía que hubieran asignado una nueva patrulla al desfiladero del Gnoll.

—Así es —replicó Tanalasta. Por el tono de voz de Hag, la princesa dedujo que el

hombre pensaba que no se trataba de una patrulla ordinaria—. ¿Sirvió usted con...?

—Los Violentos de Hullack. —Hag posó la mirada en las capas carentes de divisa alguna que lucían los clérigos de Owden, antes de añadir—: Mi señora.

Tanalasta advirtió que estaba faltando a alguna norma del estamento militar, pero no podía revelar la verdadera naturaleza de su compañía. Aunque estuviera completamente segura de la lealtad de Hag, no había necesidad alguna de que supiera que la princesa de la corona (o, en todo caso, la anterior princesa de la corona) cabalgaba por el reino protegida tan sólo por una modesta escolta de Dragones Púrpura. Uno no revela ese tipo de información al primero que pasa.

Tanalasta señaló con la mano los campos del veterano soldado.

—Pasábamos por aquí cuando observamos huellas de orcos junto al riachuelo.

—¿Orcos? —Hag abrió los ojos como platos—. No hay orcos en esta parte del desfiladero.

—Reconozco las huellas de orcos cuando las veo —insistió Tanalasta—. Incluso bajo el agua. Tienen la costumbre de caminar por el agua, para que los perros no puedan seguir su rastro.

Hag enarcó una ceja y la examinó de arriba abajo, momento en que Tanalasta advirtió su error. La princesa se volvió hacia Owden y Vangerdahast.

—Esto no es cosa de los orcos —dijo señalando los campos azotados por la plaga—. Al menos no de los orcos a los que estamos buscando.

Owden frunció el ceño, dirigiendo su mirada a los campos desolados.

—Así es. La coincidencia es...

—Simplemente eso: una coincidencia... o quizás exista alguna relación que no alcanzamos a comprender —dijo—. Pese a la corriente, las huellas que vimos en el arroyo apenas tenían unas horas.

—Y mis nabos empezaron a echarse a perder hará unos diez días —señaló Hag, a quien no costó relacionar las preguntas de Tanalasta con el estado de sus tierras—. ¿Qué está buscando?

—Como sargento veterano de los Violentos de Hullack, sabe usted perfectamente que no debería hacer tales preguntas —dijo Vangerdahast. Aunque sus palabras no consiguieron intimidar a Hag, sí impresionaron a Tanalasta. Le parecía imposible que Vangerdahast, por mucha memoria que tuviera, recordara el rango de todos y cada uno de los hombres que habían servido, o servían, en los Dragones Púrpura. El mago añadió una coletilla para impresionar al granjero—: De creer que podía ser asunto suyo, le hubiéramos explicado por qué nuestra compañía carece de insignia.

—¿Y también el porqué de que sus Dragones ciñan maza en lugar de espada? Sea cual fuere el mal que aqueja a mis tierras, lo cierto es que también aqueja a otras, y el viejo *Rayosycentellas* debe estar de los nervios.

El rostro de Vangerdahast enrojeció como la grana.

—¿«Rayosycentellas», sargento Gordon?

—El mago supremo de Cormyr —aclaró el granjero.

Tanalasta tuvo que morderse la lengua para no soltar una carcajada, pero lo cierto es que el rostro del mago adquirió toda suerte de tonalidades, a cual más oscura. Si el sargento era consciente de lo peligroso que era despertar la ira del mago que tenía ante sí no dio la menor muestra de ello.

—Todos conocen cómo agarra las riendas del poder el viejo *Dedosenjoyados*. — Tras pronunciar estas palabras, Hag echó un vistazo a las manos enjoyadas de Vangerdahast, y se acercó un paso—. Nunca reuniría una compañía de clérigos si el asunto fuera una nadería. Si él está asustado, también yo lo estoy. De modo que, dígame, señor, ¿qué le ocurre a mis tierras?

Vangey miró a Tanalasta con los ojos inyectados en sangre, pero no dijo ni una palabra. No tenía por qué. Uno de los muchos recelos de su padre a establecer un templo real había provocado en ella un temor innecesario, y ahora comprendía por qué.

—Yo en su lugar no sacaría conclusiones precipitadas sobre la compañía de las Mazas sin Insignia —dijo Tanalasta. De nuevo el granjero enarcó una ceja al oír el supuesto nombre de la compañía, y la princesa no pudo evitar pensar que estaba cometiendo un error de protocolo, error que alimentaba la desconfianza del granjero—. Pero como antiguo miembro de los Dragones Púrpura, está usted obligado a servir a la corona cuando se requieran sus servicios. ¿Debo recordárselo para conseguir su cooperación?

Hag parecía más intimidado por la amenaza de Tanalasta, que por el azoramiento de Vangerdahast.

—Ese deber es necesario invocarlo mediante un escrito real. Si puede usted mostrármelo, aceptaré gustoso sus órdenes. De otro modo, no tengo por qué dar más respuestas que las que crea oportuno.

—¡Un mandato real! —exclamó Vangerdahast al tiempo que hundía la mano en la túnica—. ¡Menudo mandato voy a darle a usted aho...!

—Faerun ya tiene suficientes sapos, señor mago. —Tanalasta hizo un gesto para impedir que Vangerdahast pudiera atacar al campesino—. Aunque estoy segura de que este veterano miembro de los Dragones Púrpura guardará silencio, me pregunto si puedo esperar que sus hijos hagan lo mismo.

Tanalasta observó la choza, donde la familia del granjero asomaba la cabeza por la puerta entreabierta. Los ojos de Hag brillaron febriles al comprender, y asintió con gravedad, como la princesa había previsto. No había vivido en el palacio de los Dragones Púrpura durante casi cuatro décadas, sin desarrollar cierta habilidad para hacer que la gente se sintiera especial.

Hag hizo un gesto hacia el extremo de la plantación.

—Acompañenme —dijo—, hay una cosa que deseo enseñarles.

—Cómo no. —Tanalasta sonrió y desmontó del caballo, agradecida de que al menos parte de su experiencia en palacio fuera útil pese a lo lejos que se encontraban de Suzail. Animó a Owden y, a regañadientes, también animó a Vangerdahast para que la siguiera—. Hag, puesto que ya ha deducido usted la verdadera naturaleza de nuestros «Dragones Púrpura», ¿le importaría que se encargaran de hacer lo que puedan para salvar sus tierras? Dudo que podamos hacer nada por la cosecha de este año, pero quizá puedan impedir que la plaga arruine el suelo.

La consternación de Hag afloró a la expresión de su rostro, y Tanalasta supo entonces que ni siquiera se le había pasado por la cabeza que sus tierras pudieran echarse a perder para siempre.

—Agradeceré mucho todo lo que puedan hacer —respondió el granjero—. Ya será duro tener que trabajar en la ciudad todo este año, sin saber si para la primavera podré cultivar de nuevo estas tierras.

Owden hizo un gesto con la cabeza a sus clérigos. Desmontaron y se dispusieron a preparar las pocas herramientas apiladas en el carro del granjero, porque habían dejado sus palas y azadas en Arabel. Pese a haberle ofrecido su ayuda, Hag seguía reacio a facilitarles información. Llevó a Tanalasta y a sus dos acompañantes hasta la esquina del campo, donde se detuvo y los miró expectante.

Tanalasta hundió las manos en los bolsillos de su capa.

—Debe usted jurar por su honor de Dragón Púrpura que no explicará a nadie lo que voy a decirle. —Con diestro ademán, se puso dos de los anillos mágicos que Vangerdahast la había obligado a llevar, antes de partir de Arabel—. No puede usted explicarlo ni a su esposa.

—Lo juro —dijo Hag—. Ni siquiera a mi esposa.

—Muy bien. Está bien claro que usted se ha dado cuenta de que no soy un mago guerrero, y que la mayor parte de los miembros de mi compañía no son Dragones Púrpura normales y corrientes.

Vangerdahast se aclaró la garganta aposta.

—Mi señora, no creo que sea muy aconsejable...

—Es mi decisión, señor mago. —Tanalasta sacó la mano del bolsillo, y mostró a Hag la franja dorada en forma de anillo que lucía un comandante de los Dragones Púrpura—. No me cabe la menor duda de que también reconocerá esto, y asimismo lo que significa para alguien capaz de distinguir entre una tropa de soldados y un campo de tulipanes.

—Sé lo que es, como usted dice —dijo Hag—, pero no se me ocurre una razón para que usted lo tenga.

—Por supuesto que sí. —Tanalasta señaló a la docena de clérigos que se disponían a trabajar en el campo—. Ya se ha dado cuenta, y la verdad es que no ha

tenido ninguna ayuda por nuestra parte. Tenemos intención de atajar la plaga antes de que se convierta en un problema serio para Cormyr. Para conseguirlo, necesitamos encontrar a los orcos que la extienden.

Hag entornó un ojo y reflexionó un instante, antes de hablar:

—Supongo que en realidad carece de importancia quién pueda ser usted.

—No si valora su lengua —amenazó Vangerdahast.

El granjero asintió a regañadientes y cogió una vara de madera.

—Seguro que les interesará lo que les voy a enseñar —dijo mientras trabajaba.

Hag empezó a escarbar el mantillo que cubría el campo, hasta llegar al suelo de tierra blanda que había debajo—. Imagino que debió de estar cerca de nosotros. Los perros no empezaron a ladrar hasta que estuvo en el campo, y cuando yo lo vi ya estaba a medio camino.

—¿Quién? —preguntó Owden.

—Quienquiera que hiciera esto. —Hag señaló un rastro que había descubierto. Parecía la huella de un pie humano desnudo, pero, era mucho más largo y tenía una marca imperceptible ante cada uno de los dedos, correspondiente a una garra.

—Esa huella no es de orco —dijo Tanalasta.

—A mí me pareció más un mendigo —dijo Hag—. Un mendigo bastante alto, la verdad, con una capa raída y larga y una especie de capucha. Iba a invitarlo a dormir en la cabaña de las cabras, hasta que se volvió para mirarme y tuve oportunidad de verle los ojos.

—¿Sus ojos? —preguntó Tanalasta.

—Estaban inyectados de sangre. —Hag titubeó antes de añadir—: Además de que... bueno, era de noche, y brillaban de un modo extraño.

—¿Cómo? —preguntó Vangerdahast—. Sea un poco más explícito, sargento.

Hag adquirió un porte más orgulloso al erguir la espalda.

—Era de noche, señor mago. Ese tipo sólo era una sombra, pero pude verle los ojos. Brillaban y la verdad es que fue lo único que pude distinguir en la oscuridad.

—¿Le amenazó? —preguntó Tanalasta.

—En realidad, no —respondió Hag sonrojándose—. Pero consiguió atemorizarme. Azucé a los perros para que lo echaran de las tierras. Lo persiguieron hasta el lugar por donde entraron ustedes, y ésa fue la última vez que los vi con vida.

—¿Cómo murieron? —preguntó Vangerdahast.

—No sabría decirle. Por la mañana, mi hijo los encontró durmiendo en la orilla del arroyo. No despertaron jamás.

—¿Envió usted a su hijo a buscarlos? —preguntó Owden.

—Sí, a llamarlos más bien —respondió Hag, molesto ante el tono de reproche del maestro de agricultura—. Mi esposa y yo teníamos que trabajar el campo.

—¿La plaga? —preguntó Tanalasta.

—Descubrimos una franja diagonal justo por donde pasó el visitante nocturno. Arrancamos las raíces contiguas hasta dos pasos a ambos lados, pero a la mañana siguiente toda la cosecha se había echado a perder. —Hag señaló el campo—. Ya conocen el resto.

Owden y Vangerdahast intercambiaron una mirada de preocupación.

—Me equivoqué al pensar que se debía a los orcos. Lo siento —se disculpó Owden.

Vangerdahast apoyó una mano en el hombro del maestro de agricultura.

—No sea usted tan duro consigo mismo. Era una teoría, y una buena teoría si me permite decirlo. ¿Qué más puede usted decirnos del vagabundo? —preguntó a Hag.

—Nada más —respondió encogiéndose de hombros—. Vino de noche y se fue de noche, y de pronto todas las plantas murieron.

—¿De dónde vino? —preguntó Vangerdahast, observando la tierra montañosa que rodeaba la granja—. ¿Adónde fue?

—Ahora no servirá de nada buscar su rastro. Hace dos días sopló un fuerte viento —dijo Hag—. Además, yo mismo eché un vistazo cuando Jarl encontró los perros. El vagabundo, o como quieran llamarlo, no dejó otras huellas.

Tanalasta estudió la zona. La granja estaba situada a un centenar de pasos al norte del riachuelo de La Última Morada, cerca de donde la Vereda de la Montaña se adentraba en las estribaciones de las montañas del Diente de Dragón hasta llegar al desfiladero de Gnoll. La vegetación alternaba el sauce pelado con tocones de haya, además de piedras y otros impedimentos que hablaban claramente de las dificultades que tendría un granjero para despejar el terreno para los pastos. Nadie que se acercara a los campos de Hag, rodeados de arbustos, lo hubiera hecho sin dejar un rastro a su paso.

—No soy explorador, pero sé cómo buscar huellas —dijo Hag, interpretando correctamente la mirada escrutadora de Tanalasta—. No hay ramas rotas, ni piedras vueltas, ni tierra removida, al menos nada que pueda interpretarse como una huella de su paso.

Vangerdahast trazó una línea recta con su mano desde la esquina del campo hasta el lugar donde se encontraban, y después se volvió para continuar la línea. Discurría entre dos picos enormes que quedaban a la izquierda del desfiladero de Gnoll.

—Las Tierras de Piedra —observó Tanalasta.

—Bien —asintió Vangerdahast—, supongo que no debería sorprendernos. Uno no puede esperar nada bueno de las Tierras de Piedra.

—Quizá podamos averiguar algo acerca del vagabundo si examinamos los cadáveres de los perros —dijo Owden a Hag—. ¿Le importa que les eche un vistazo?

—Si está dispuesto a desenterrarlos. —Hag señaló hacia un montículo que quedaba junto al cobertizo de las cabras.

Vangerdahast arrugó el entrecejo y miró a Tanalasta.

—Estoy seguro de que no tengo necesidad de recordarle la naturaleza de nuestra misión. No podemos perder toda la mañana, para que el maestro de agricultura desentierre a esas pobres criaturas.

—Por supuesto que no —dijo Tanalasta, dirigiéndose hacia su caballo haciendo un gesto para que la siguieran—. Usted y yo nos dirigiremos a las montañas del Diente de Dragón sin perder ni un solo segundo. El maestro de agricultura y sus clérigos permanecerán aquí para averiguar lo que puedan de los campos de Hag, y después seguirán la pista del presunto vagabundo.

Ahora sí frunció el entrecejo Vangerdahast.

—No creo que sea necesario que se retrasen. Cualquiera de nosotros podría informar de...

—Ésas son mis órdenes —dijo Tanalasta—. Y si pretende usted discutir las, sepa que puedo librar a las Mazas sin Insignia del servicio del rey. En tal caso tendré que confiscar sus capas, y no tendrán más remedio que cabalgar por todo el reino haciendo preguntas y persiguiendo a vagabundos sin ningún disfraz.

—¡No haréis tal cosa!

—¿Está seguro? —Tanalasta se acercó a su caballo, cogió las riendas que le tendía un joven clérigo, y se encaramó a la silla—. Póngame a prueba.

Vangerdahast hizo lo posible por cubrir su arrugado rostro con una expresión de furia.

—El rey tendrá noticias de esto.

—No me cabe la menor duda. Sospecho que lo más probable es que no constituya ninguna sorpresa para él. —Hizo lo posible por evitar sonreír y se volvió a Hag—: El reino le da las gracias, y espero que los clérigos sean capaces de salvar sus tierras.

Hag se inclinó cuanto pudo.

—Y usted cuenta con todo mi agradecimiento por intentarlo. Tenga la seguridad de que guardaré sus secretos... todos sus secretos.

—Más le vale —gruñó Vangerdahast al subirse a la silla—. Tenga la seguridad de que estaré escuchando.

Hag volvió a inclinarse, y ante aquella nueva amenaza, el temor lo hizo palidecer. Tanalasta se despidió de Owden, prometiendo reunirse con él en Arabel al cabo de veinte días, antes de hacer un gesto a los verdaderos Dragones Púrpura para que cerraran el perímetro y volvieran a formar en orden de marcha.

Al cabalgar por el riachuelo en dirección al vado donde Tanalasta había descubierto las pisadas de orco, Vangerdahast se acercó a la princesa y le dijo:

—Debéis saber que estoy dispuesto a ponerme en contacto con vuestro padre. No podéis pretender ignorar sus deseos y esperar que os perdone por desobedecerle.

—Me preocupa más el hecho de que pueda haber orcos por ahí sueltos que el

perdón de mi padre. —Tanalasta señaló el lecho del riachuelo—. ¿Ha enviado usted algún mensaje al Castillo del Peñasco para informar de su presencia?

—Yo... bueno, sí, por supuesto.

—¿De veras, Vangerdahast?

Las mejillas del mago supremo de Cormyr se arrebolaron por encima del pelo de su barba.

—Estoy convencido de que el comandante lord Tallsword ya ha enviado una patrulla en su busca.

—Seguro que sí. —Tanalasta sonrió para sus adentros antes de preguntar—: Dígame, ¿cuándo oyó usted hablar de ese campo?

—¿Alteza? —preguntó a su vez Vangerdahast, confuso.

—El rango que ostentaba Hag Gordon —aclaró Tanalasta—. ¿Cómo podía saberlo si Bren Tallsword no le había informado sobre el campo azotado por la plaga? Espero que el buen sargento no forme parte del engaño. Odiaría pensar que el maestro de agricultura Foley pueda andar por ahí golpeando al primer vagabundo que encuentre sin tener un motivo de peso.

Vangerdahast suspiró ruidosamente.

—Por desgracia, mucho me temo que el maestro de agricultura tiene sobrados motivos para ello. Bren Tallsword me habló del campo de Gordon hace unos tres días, pero hoy es la primera vez que oigo hablar del vagabundo, y sí, ya me he puesto en contacto con el comandante para decirle que permanezca atento por si aparece. —El anciano mago sonrió—. También le he pedido que haga lo posible por mantener a vuestros amigos los clérigos lejos de quienes puedan informar al rey.

—No son los informadores del rey los que me preocupan —dijo Tanalasta—. Al igual que usted, tiene ojos y oídos en todas partes.

Vangerdahast la miró poco convencido.

—Una princesa no debería permitirse exageraciones.

—¿Y qué le hace pensar que hago tal cosa? —Tanalasta rió. Permaneció en silencio durante un tiempo, saboreando aquel momento tan agradable, que hacía casi veinte años que no experimentaba con Vangerdahast—. ¿Sabe? No resultará.

—¿Alteza? —Vangerdahast enarcó una ceja espesa con cómica inocencia—. Os aseguro que no sé a qué os referís.

—Y yo estoy segura de todo lo contrario, pero no me engañaréis para que cambie de opinión. Soy lo bastante mayor como para saber lo que debo creer y lo que no.

—¿De veras? —La expresión que adoptó el rostro de Vangerdahast era de genuina envidia—. Eso debe de ser estupendo.

Azoun observó la bandeja de galletas untadas de paté que le ofrecía Filfaeril, y su boca se llenó de pronto con un gusto que sólo podía compararse con el julepe de

boñiga de buey. La reina y él habían acudido a su quinta recepción en los cinco días que llevaban en Arabel; se celebraba en la mansión de la poderosa familia de mercaderes Misrim, y el rey estaba tan cansado de las delicias que se servían en el lugar, que no podía mirar nada que le recordara a la comida sin sentir náuseas.

Fingió escuchar la animosa sugerencia del conde Bhela de que la corona estableciese un entramado de carreteras empedradas para la circulación de mercancías en todo el reino, miró a su esposa e inclinó la cabeza tan levemente que nadie se dio cuenta de que no quería probar una sola cosa más con aquel aspecto tan enfermizo.

Filfaeril esbozó una sonrisa forzada y se deslizó a su lado sin tropezar, ni trastabillar, ni recurrir a ninguna excusa que permitiera a uno solo de los canapés caer de la bandeja. Se las apañó para interrumpir la diatriba del joven Bhela con una sonrisa de dientes blancos como la nieve, consiguiendo así lo que el rey llevaba media hora intentando, y después empujó hacia adelante la bandeja. El olor a grasa mentolada llegó a las fosas nasales de Azoun, que de pronto se puso tan malo que tuvo que recurrir a toda su fuerza de voluntad para no arrojar el contenido del vaso de vino que sostenía en la mano.

—¿Paté, querido? —preguntó Filfaeril—. Es de codorniz.

—¡Será un placer! —Azoun cogió la bandeja y mordió uno de los canapés, masticó rápidamente tres veces y lo engulló tratando de impedir, sin conseguirlo, que su lengua pudiera saborearlo—. Excelente. ¿No le apetecería uno, conde Bhela?

—¿De vuestra bandeja, majestad? —preguntó Bhela, abriendo unos ojos como platos. Azoun asintió con entusiasmo.

—Conozco lo bastante a su familia como para confiar en que no me hayan envenenado.

Bhela observó los canapés con una gula que no logró disimular, y cuando iba a coger uno se contuvo y negó con la cabeza.

—No estaría bien, sire. Sólo soy un conde.

—Por favor, insisto.

Bhela adoptó una expresión nerviosa, y miró a los nobles reunidos a su alrededor, que no le habían quitado ojo durante el último cuarto de hora.

—Os lo ruego, majestad. Como comprenderéis, los nobles del reino me condenarían por mi arrogancia —dijo—. De hecho, deberíais permitir que me retirara. Creerán que he estado monopolizando vuestro tiempo.

—Sí, sí, por supuesto. Qué distraído soy. —Azoun le dio permiso para que se retirara con una palmadita en la espalda, antes de suspirar cansino—. Envíeme un informe con esa idea suya, conde. ¡Imagínese, empedrar toda una carretera!

—Lo tendréis antes de diez días, majestad.

Con una sonrisa de oreja a oreja, henchido de orgullo, Bhela se inclinó ante

ambos soberanos, se volvió y se reunió con el resto de nobles, con los que podría comentar la larga audiencia que le había concedido el rey. Filfaeril cogió otro canapé de la bandeja y se lo ofreció a Azoun. Lo aceptó con una sonrisa, pero lo sostuvo entre dos dedos mientras se echaba al colete un generoso trago de vino, con la esperanza de anegar en la boca el sabor perdurable del otro.

—Cómelo, cariño —urgió Filfaeril—. No querrás que nuestros anfitriones piensen que temes al veneno.

Azoun dejó la copa en la mesa, y después se concentró para mantener una sonrisa complacida mientras respondía a su esposa:

—Dame cuartel. No logré soportar todo esto sin tu ayuda.

—Y te estoy ayudando. Si queremos reparar el daño hecho por Tanalasta, debemos mostrarnos afables con nuestros nobles. —Filfaeril paseó la mirada por la sala, hasta reparar en un hombre grosero con calzones amarillos y ligas cruzadas—. ¿Ése no es el conde Hiloar? Por lo visto tiene un gran plan para limpiar el Bosque del Dragón. Voy a hablar con él.

—Todavía no —dijo Azoun, introduciendo el canapé de paté en la boca y cogiendo a Filfaeril por el hombro. Había logrado pronunciar dos palabras sin escupir paté en el vestido de damasco. Masticó media docena de veces y engulló el canapé—. Tanalasta no me ha dado otra opción.

—Tú siempre tienes otras opciones: para eso eres el rey.

—Sabes mejor que yo lo que es ser rey —replicó Azoun, frunciendo el ceño por un instante—. ¿Y se puede saber por qué razón estás molesta conmigo? Por el modo en que la provocaste, creí que querías un nuevo heredero.

—Quiero lo que sea mejor para Tanalasta —repuso Filfaeril—. En lugar de ello, te las apañaste para permitir que Vangey la manipulara hasta desafiarte.

—Con tu ayuda.

—Inconsciente. —Sin apartar la mirada de Azoun, la reina estiró la mano que tenía libre. Un lacayo llegó a su lado y puso una copa de vino en su mano, copa de la que sorbió hasta que el lacayo se hubo retirado—. Vangey me utilizó. De haber sabido lo mucho que había cambiado nuestra hija, jamás hubiera... El caso es que no sabía cuánto había cambiado.

—Después del asunto abraxus, me pareció que lo considerarías como algo positivo —dijo Azoun—. Ella sí lo hace, de eso puedes estar segura. Y yo también, al igual que Vangerdahast.

—Será una reina más fuerte, sí —dijo Filfaeril—, pero ¿será feliz?

Azoun sintió una punzada de dolor en el pecho, y tuvo que apartar la mirada. Amaba a Tanalasta como un padre ama a su hija, pero él no podía preocuparse exclusivamente por su felicidad. El bienestar del reino exigía que hiciera de ella una regente capacitada, lo cual constituía un precio muy alto para un padre.

—Tanalasta era mi favorita, ya lo sabes —dijo al cabo de un momento—. Siempre se ha mostrado dispuesta a aprender. Sólo hacía falta decirle las cosas una vez, y al cabo de un año las repetía palabra por palabra. Y es tan dulce. Cómo ilumina con su sonrisa sincera cualquier lugar...

—Lo recuerdo. —El tono de voz de la reina siguió siendo frío como el hielo—. Temo que lo que más amamos de ella pueda haberlo destruido Vangey.

—El mago de la corona hizo lo mejor para el reino —replicó el rey, estoico. Hizo un esfuerzo para mirar a los ojos a su esposa, y añadió—: Nos mostramos fuertes para proteger a la princesa de la corona de la parte más dura de la vida en la corte. Aunque Aunadar Bleth no hubiera puesto un pie en palacio, la inocencia de Tanalasta le hubiera hecho un flaco favor sentada en el trono.

—Y ahora que Vangerdahast le ha robado su inocencia —susurró enfadada Filfaeril—, ¿a quién prefieres? ¿A la Tanalasta de ahora o a la que fue, teniendo en cuenta que le niegas el trono?

—Aún no ha perdido el trono —dijo el rey—. Tanalasta puede llegar a ser una reina estupenda en el futuro, siempre y cuando encuentre a un hombre que acepte como marido, y deje de mostrarse tan cabezota con ese asunto de Chauntea.

La mirada pálida de Filfaeril adquirió la dureza del acero.

—Tú y Vangey sois los responsables de su carácter. Si no os gusta en lo que se ha convertido, la culpa es vuestra y no suya. —La reina terminó el vino de un trago, y extendió la mano para que le sirvieran más—. ¿Cómo estás tan seguro de que está equivocada? La plaga se extiende, ya lo sabes.

—Sí, lo sé —dijo Azoun—, y Tanalasta también me desafía en eso. He recibido informes tanto de los Immerflow como de los Starwater de que unos Dragones Púrpura han recurrido a la magia de Chauntea para salvar los campos azotados por la plaga.

—Bien. —Filfaeril tendió el vaso al lacayo e hizo un gesto para que se retirara, después acercó otro canapé de paté hasta la nariz de Azoun—. No te prives.

Azoun no tuvo más remedio que aceptarlo. Cuando se lo llevó a la boca, la reina sonrió a Raynaar Marliir y le hizo un gesto para que se acercara. El rey gruñó para sus adentros, aunque sabía que no había forma de salvar la situación. Había oído que Marliir había organizado una coalición de nobles, magos guerreros y altos clérigos deseosos de discutir «el destino del reino». Sin embargo, sospechaba que estaban mucho menos interesados en discutir el destino del reino que en dictarlo (sobre todo en lo que respecta a la princesa de la corona); no tenía más remedio que escuchar sus comentarios con paciencia. La lealtad de la familia Marliir era su principal baluarte contra la desagradable tendencia de Arabel por rebelarse en los momentos más inoportunos.

Azoun se pasó la lengua por entre los dientes, para limpiarlos de cualquier resto

de paté que pudiera quedar; después, sonrió con tanta franqueza como pudo.

—Duque Marliir, cuánto me alegro de verle. Confío en que lady Marliir se encuentre mejor.

—Lamentablemente, no —se limitó a responder Raynaar—. Sigue guardando cama aquejada de fiebres intermitentes; si no fuera por ello, os aseguro que no hubiera dejado pasar la ocasión de saludaros.

Habían cruzado saludos de índole similar a lo largo de los cuatro últimos días. Después de que Tanalasta rechazase a Dauneth, Merelda Marliir se había puesto enferma y pidió permiso a la real pareja para partir hacia su casa en aras de su salud. Sabedor de que no tardaría mucho en verse obligado a enfrentarse a una nueva revuelta si se marchaba tan pronto después del desaire de Tanalasta, Azoun había aprovechado la excusa del brote de plaga en las tierras del norte para quedarse diez días más, imponiendo a su gobernador, Myrmeen Lhal, que ejerciera de anfitrión de la pareja real en el palacio de la ciudad. Entonces invitó a los nobles más notables del lugar a una extravagante comida de Estado, y ellos respondieron con una cadena de recepciones, en las que se degustaba toda suerte de patés exóticos que, como no podría ser de otra forma, iban a acabar con su estómago. Por supuesto, lady Marliir había estado tan enferma que no pudo asistir a ninguna de las recepciones, y Azoun estaba seguro de que continuaría enferma hasta uno o dos días después de marcharse.

Azoun demoró la respuesta a Marliir lo suficiente para que todos supieran que conocía la verdad, y luego dijo:

—Dígale que espero sinceramente que se recupere pronto.

Marliir enarcó una ceja al percibir que faltaba el «por favor», y después se volvió hacia quienes lo seguían.

—Estoy seguro de que vuestra majestad conoce a estas buenas gentes: lady Kraliqh, Merula el Portentoso y Damos el Alto, de la Casa de la Señora en Arabel.

—Por supuesto.

Azoun sonrió a todos y cada uno de ellos: a lady Kraliqh de mirada grave, al rotundo Merula y a Damos, en cuyos ojos brillaba el fanatismo. De todos ellos conocía sobre todo a Damos Lauthyr. Era un fanático, un hombre tan devoto de la gloria de la diosa Tymora como de establecer una iglesia central en Arabel, donde tenía intención de erigirse en el patriarca absoluto, establecido por orden divina.

—¿Les apetece un poco de paté? —dijo Azoun cogiendo la bandeja de manos de su esposa, y ofreciéndosela al grupo de Marliir—. Es de hígado de codorniz.

La oferta pareció desarmar a los cuatro. Intercambiaron una mirada, y el duque Marliir aceptó uno de los canapés de la bandeja, seguido por los otros tres. Pero aún quedaba otro, y Azoun se lo ofreció a Filfaeril.

—¿Un canapé, querida?

Ella le obsequió con una mirada adorable, aceptó la bandeja y le tendió el canapé.

—No, tómalo tú, querido: iré a buscar más.

Azoun aceptó el canapé e intentó no torcer el gesto mientras le hincaba el diente.

—Son buenísimos, ¿verdad?

—Pues sí —dijo el duque Marliir—. Majestad, hay algo muy importante que deberíamos discutir.

—¿De veras? —Azoun engulló el canapé—. ¿Y de qué se trata? Si les preocupa la plaga, les aseguro que los magos guerreros están trabajando en ello.

—La plaga forma parte de nuestras preocupaciones —afirmó lady Kraliqh. Según los espías de Azoun, sus tratos con el duque Marliir se limitaban a asuntos de negocios—. Pero nos preocupa mucho más el futuro de la corona.

—¿El futuro de la corona? —Azoun fingió sorprenderse, pero tomó nota de la seriedad con que la noble había abordado el asunto. No se contentaría con respuestas o promesas vagas, de modo que optó por seguir otro camino—. Entonces se refieren a Tanalasta.

—Nos preocupa que se oponga a contraer matrimonio —dijo Marliir—. Su relación con Dauneth Marliir parecía ir viento en popa. Tiene que haber alguna razón para que decidiera rechazarlo de aquella manera. Lo cierto es que la situación fue bastante embarazosa para todos.

—Soy yo el responsable del malentendido, lord Marliir —aseguró Azoun—. Aprecio tanto a Dauneth que ha habido quienes han malinterpretado mi afecto cuando le pedí que acompañara a Tanalasta a la fiesta. Me disculpo por el daño que haya podido causar, y quiero que todo el mundo en Arabel sepa del cariño que siento por él. De hecho, estaba pensando en la posibilidad de nombrarlo lord guardián del norte. —Azoun se volvió hacia el duque Marliir—. ¿Cree que tendrá tiempo para todo el trabajo que se le avecina?

—Por... por supuesto —respondió Marliir, boquiabierto.

—Excelente. —Por la expresión asombrada del duque, Azoun comprendió que acababa de recuperar la lealtad de toda la familia Marliir—. Pídale que se acerque mañana al palacio de Arabel, para que podamos discutir los pormenores.

—Eso será una magnífica noticia para Dauneth —intervino lady Kraliqh—, pero sigue pendiente nuestra preocupación por el futuro de la corona. Después de todo, sé que cuando una mujer cumple cierta edad, tiene ciertas dificultades para engendrar un hijo.

—¿Sí? En tal caso tiene usted un aspecto de lo más juvenil para su edad, y Tanalasta parece aún más joven que usted. Dudo que haya necesidad alguna de preocuparse por su capacidad para engendrar un heredero, cuando ni siquiera lo ha intentado aún... ¡A no ser que lo haya hecho ya, y no haya considerado oportuno contárselo a su padre!

Azoun guiñó un ojo al pronunciar esta última frase, arrancando unas risas

estridentes entre la concurrencia, excepto en la propia lady Kraliqh. Consciente de ello, apartó la mirada con la esperanza de ver si sus palabras habían producido el efecto esperado, y de paso evitar que aquella mujer lo sacara de quicio.

—Si eso es lo único que les preocupa —continuó el rey—, creo que...

—Hay otro asunto, majestad —interrumpió Merula. El mago no esperó a que le diera permiso para continuar—: Ese asunto tan desafortunado del templo real. Quizá la princesa no haya tenido tiempo de reflexionar sobre la opinión que merecería a los clérigos de la realeza. Un sirviente con dos amos no puede evitar ver su lealtad dividida.

—Pese a lo cual, el reino podría resultar muy beneficiado al buscar las bendiciones de los dioses —señaló Damos—. Tymora siempre ha cuidado de las gentes de Cormyr. De no haberse refugiado aquí en los tiempos difíciles, lo más probable es que el reino hubiera sufrido más de lo que sufrió.

—Nadie discute que su presencia resultó muy favorecedora —admitió Azoun—, pero me cuesta creer que eso sea óbice para erigir un templo real.

Las venas de los ojos de Damos se hincharon como la cuerda de un instrumento, y antes de que Azoun pudiera terminar lo que pretendía decir, el clérigo supremo hizo gala de lo que consideró una indignación justificada.

—Después de la gentileza que Tymora ha mostrado a vuestro reino, ¿la insultaríais estableciendo un templo real a la diosa Chauntea? —Damos el fanático retrocedió con el rostro tembloroso y enrojecido por la indignación—. ¡No desafiéis a la Señora, reyezuelo! La fortuna tiene dos caras, y sólo una os sonreirá.

Aquella amenaza sumió en un profundo silencio a toda la concurrencia, y el trío de guardaespaldas dio un paso al frente rodeando al clérigo supremo.

—De eso precisamente quería yo hablaros, majestad —dijo Merula, devolviendo una diminuta varita de cristal a uno de los bolsillos de su capa. Al parecer temió por un momento que Damos pudiera atacar al rey—. Uno no puede confiar en los clérigos. Tienen que rogar por sus hechizos a los dioses, por lo que siempre están supeditados a su capricho.

—Agradecemos su opinión, Merula. —En silencio, Azoun maldijo la rabieta de Damos, y se preguntó hasta qué punto estaría obsesionado aquel hombre. Por la estancia de la diosa Tymora en los tiempos difíciles, la fe en la diosa tenía casi tanto poder en Arabel como lo tenía el propio gobernador, por lo que no era aconsejable desairar a Damos Lauthyr. A menos que Azoun quisiera verse obligado a aplastar otra revuelta en la zona. Hizo un gesto a los guardias para que se apartaran, y dijo—: Tendremos en cuenta la opinión del sacerdote supremo. Aunque la princesa y yo hemos tenido poco tiempo para discutir el asunto, no habrá un templo real en Cormyr, ni de Chauntea ni de ningún otro dios.

El rostro de Damos empezó a recuperar la tonalidad normal, pero no parecía

haberse calmado lo más mínimo.

—Por supuesto, tenéis razón en lo que respecta a los demás dioses, majestad, pero Tymora ha bendecido a los Obarskyr durante más de un millar de años.

—Por eso precisamente no la deshonraría estableciendo un templo real —dijo Azoun.

—¿Que la deshonraría? —preguntó Daramos, confundido.

—Tymora se refugió aquí, en Arabel, cuando los problemas asolaron la zona, pero la capital de Cormyr es Suzail —dijo Azoun—. No puedo evitar pensar que la ofendería al establecer un templo más grande en el sur. Siempre tuve la impresión de que ella deseaba que su culto se centrara en vuestro propio templo.

—Os comprendo muy bien, majestad —respondió Daramos, con un brillo de alarma en la mirada.

Azoun se encogió de hombros, y después se volvió a Merula.

—Me temo que tiene usted razón, Merula. Cormyr tendrá que conformarse sin ningún templo real.

—Entonces supongo que sólo tendréis a vuestros magos guerreros en quienes confiar para todos aquellos asuntos que requieran de la magia —respondió el mago, esbozando una sonrisa irónica.

—Eso parece —replicó Azoun—. El reino puede descansar tranquilo, teniendo en cuenta las veces que han probado su valía a lo largo de todos estos años. No me gustaría pensar qué podría ocurrirle a Cormyr si ellos faltaran.

—Sería un peligro, sin duda —admitió lady Kraliqh—. Lo que nos conduce de nuevo al tema de Tanalasta. No habrá templo real mientras vos gobernéis, majestad, pero ¿qué sucederá cuando muráis, cosa que quieran los dioses que no suceda hasta dentro de un centenar de años?

—Lady Kraliqh —dijo Azoun, esbozando una forzada sonrisa—, tiene usted tan poca mano para calcular la edad de la gente que empiezo a creer que está perdiendo vista —bromeó, intentando averiguar qué necesitaría para aplacar el ánimo de la dama—. Incluso con las innumerables bendiciones de la diosa de Daramos, dudo que llegue a cumplir veinte años más.

—Razón de más para dar respuesta a mi pregunta —replicó lady Kraliqh, haciéndose a un lado para dejar sitio a Filfaeril, que regresaba con una bandeja llena de canapés de paté—. De un tiempo a esta parte, Tanalasta ha demostrado ser una princesa inteligente y dotada de una gran fuerza de voluntad. Dudo mucho que ni siquiera seáis capaz de doblegar su voluntad desde la tumba. ¿Qué pretendéis hacer al respecto?

—Sí, Azoun —dijo Filfaeril, ofreciendo la bandeja de canapés a Marliir y sus acompañantes—. ¿Qué haréis entonces?

Azoun observó uno tras otro a los contertulios y comprendió que, pese a las

concesiones que ya había hecho, ninguno estaba dispuesto a echarle una mano. Tanalasta había regresado de Huthduth fortalecida y rebosante de ideas, lo cual les atemorizaba mucho más que la posibilidad de que alguien como Aunadar Bleth pudiera haber regido el reino desde las sombras de su falda. A él también le daba miedo.

—Mientras yo sea rey, gobernaré del modo que juzgue más conveniente, lo cual incluye la elección del heredero más adecuado —dijo, rechazando los canapés—. En cuanto me haya decidido, será Cormyr quien tendrá que estar a la altura de su reina.

Filfaeril esbozó una sonrisa, y después entregó la bandeja a lady Kraliqh, que parecía perpleja por la respuesta del soberano.

—¿Se encargará usted de darle esto a alguien para que se lo lleve? —preguntó—. El rey odia los canapés de paté.

Un viento lacerante, lleno de tierra y ceniza, silbó al sur de las Tierras de Piedra, ascendiendo por la cara norte de los Picos de las Tormentas y arrastrando unos nubarrones capaces de dejar ronco a cualquiera, densos como la niebla. A través de la niebla podía escucharse el lejano entrecocar del acero, y un rumor de voces que maldecían en el gutural idioma orco, y también en la lengua común de las gentes civilizadas. En ocasiones, Tanalasta alcanzaba a ver figuras grises y pequeñas que tiraban de espada para matarse. Reconoció la postura inmóvil de los orcos que redoblaban el ataque, y también las formas más erguidas de los hombres que defendían un montículo en forma de huevo que podía fácilmente corresponder a unos carros con lona.

Los orcos habían alcanzado a la caravana en el borde de la llanura, donde el sendero del Rayo de Piedra abandonaba las montañas para seguir por la tierra estéril que conducía al Valle de las Sombras. Aquel lugar era el favorito para tales asaltos, puesto que allí iba a parar el viento cálido que soplaba desde el sur, procedente del lejano desierto de Anauroch, para topar con los Picos de las Tormentas (también llamadas montañas del Diente de Dragón) y descargar la arena que arrastraba consigo. El resultado eran casi dos kilómetros de tierra arenosa y desigual, que impedía avanzar a los carros con la rapidez que hubiera sido aconsejable.

—¡Menuda pandilla de marranos! —observó Vangerdahast.

—Sí —admitió Ryban Winter. Ryban tenía la piel cuarteada, y era de la misma edad que Tanalasta. Era el capitán del destacamento de Dragones Púrpura que la acompañaban. Escupió la arena que se había introducido en su garganta por las fosas nasales, y añadió—: Aunque con esta tormenta, es difícil decirlo.

—Al menos habrá unos doscientos —informó Vangerdahast. Señaló el lugar donde los carromatos formaban en círculo, cuya presencia fue la única señal visible de la existencia del sendero del Rayo de Piedra—. No es precisamente una caravana modesta. Los orcos no se habrían molestado, a menos que superaran en número a los guardias.

—En tal caso, la caravana necesita nuestra ayuda. —Tanalasta se volvió al mago y añadió—: ¿Vamos a hacer algo? ¿O se trata de otra de sus tretas, Vangerdahast?

—¿Qué podría ganar yo con algo así? —Vangerdahast la dirigió una mirada amenazadora y ordenó a Ryban—: Acompañe usted a la princesa para dar un rodeo. Yo me encargaré de distraerlos y me reuniré con ustedes dentro de una hora.

—¿Distraerlos? —preguntó Tanalasta—. ¿Y que ataquen después la próxima caravana? No, creo que no. Destruiremos a esa banda de orcos ahora, antes de que se convierta en un ejército.

—Por lo visto a la princesa Tanalasta le parece fácil lo que a un servidor le parece

imposible —replicó Vangerdahast, ceñudo—. Ni siquiera yo puedo con tantos orcos, sin llevarme por delante algunos seres humanos.

—No tiene por qué hacerlo —dijo Tanalasta—. Disponemos de veinticinco Dragones Púrpura. El capitán Ryban permanecerá aquí en la montaña junto a veinte de sus hombres, mientras nosotros rodeamos a los orcos y los expulsamos de la colina, lejos de la caravana.

—¿Veinte contra doscientos? —preguntó Ryban, mirándola con incredulidad—. ¿En esta oscuridad?

—La oscuridad nos favorecerá. Los orcos no sabrán cuántos somos —dijo Tanalasta—. Ustedes tan sólo deben frenarlos lo suficiente para que Vangey se acerque por la retaguardia. Entonces tendrán que cabalgar al galope para alejarse todo lo posible. En realidad, no creo que sea necesario que disparen ustedes más que una o dos andanadas de flechas.

—No —dijo el mago después de que Ryban se volviese para mirarlo—. Hay demasiadas cosas que pueden ir mal. No podemos arriesgarnos, no estando con nosotros la princesa.

Oyeron un grito procedente del campo de batalla, Tanalasta alcanzó a distinguir una docena de siluetas de orcos empujando de lado una caravana. Tres personas se refugiaron tras el carro y siguieron combatiendo al enemigo a sangre y fuego, con el acero y con la magia, antes de que la escena se desvaneciera ocultada por la tormenta de arena.

—¿Acaso Alusair se contentaría con atemorizarlos? —preguntó Tanalasta.

—Vos no sois Alusair.

—Y al parecer tampoco soy la princesa de la corona —repuso Tanalasta, ante lo cual Ryban la miró sorprendido—. Podríamos seguir aquí hablando todo el día de lo que soy o lo que dejo de ser, pero eso no detendrá a esos orcos. —Se volvió hacia el capitán de los Dragones y extendió el brazo—. Déme su espada.

—El rey —dijo Vangerdahast, cogiéndola de la muñeca— no dijo que su decisión fuera definitiva. Estoy convencido de que está ansioso por reconsiderar su postura, siempre y cuando os avengáis a aceptar alguna de sus exigencias.

—¿Incluirían tales exigencias que renunciara al templo real?

—Por supuesto —asintió Vangerdahast—, aunque el rey ha dejado bien claro que debéis elegir a un marido que sea de vuestro agrado.

—Qué amable por parte de su majestad, pero creo que debemos considerar su decisión como algo definitivo. A menos que el rey esté dispuesto a aceptar mis puntos de vista, no voy a ceñir la corona. —Tanalasta se volvió hacia Ryban, preguntándose si no estaría precipitándose en sus conclusiones. La visión que había tenido sólo le había advertido de las consecuencias que se derivarían de un matrimonio desafortunado, pero ahora le pareció que afectaba también a su habilidad para

respaldar todas sus decisiones—. Puede darme esa espada, capitán Ryban. A partir de ahora es a Alusair a quien hay que proteger.

Ryban miró a Vangerdahast.

—¿Por qué se dirige a él, Ryban? —preguntó Tanalasta—. Soy yo el miembro de la realeza. Usted responde ante mí, al igual que Vangerdahast, tal y como él no pierde la ocasión de recordar cuando le interesa, claro.

—A vuestras órdenes. —Ryban apretó la mandíbula ante semejante bronca, mientras desenvainaba el acero.

Tendió la espada a Tanalasta por la empuñadura. La princesa se inclinó para cubrir el espacio que mediaba entre sus monturas, cogió el arma que le ofrecía y trazó una floritura en el aire con la hoja. La espada no estaba tan equilibrada como los espadines que esgrimía en la sala de armas de palacio, pero sin duda era un arma sólida que prestaría buen servicio.

—No ponga esa cara de pasmarote, capitán —dijo la princesa, riendo desenfadada—. Quizá yo no sea Alusair, pero soy una Obarskyr. He manejado la espada desde que aprendí a caminar.

—Esto será algo distinto, mi señora —advirtió Ryban, cuya mirada pasó del asombro a la preocupación—. ¿Habéis tenido ocasión de enfrentaros alguna vez a un orco?

—No, a menos que Aunadar Bleth sea considerado como tal. —Tanalasta rió al ver la expresión incómoda del oficial—. Quizá desee usted hacerme alguna sugerencia.

—No haría más que perder el tiempo, créame —gruñó Vangerdahast. Condujo su caballo junto a Tanalasta, después le quitó la espada de la mano y se la devolvió a Ryban—. Me parece que la princesa no la necesitará.

Tanalasta clavó en él la mirada más altiva que pudo.

—¿Quizás el rey ha cambiado de opinión respecto al templo real?

—Lo dudo mucho, pero si insistís en seguir adelante, no puedo permitir que arriesguéis las vidas de buenos soldados con esa bobada de acompañarlos al combate. —El mago señaló con un dedo nudoso colina abajo, donde había un promontorio de granito situado al oeste del campo de batalla—. Esperaréis allí, acompañada por cinco de los mejores hombres de Ryban. Si se acerca un solo orco a menos de cien pasos de vos, los soldados se os llevarán a todo galope (por la fuerza, si es necesario) hacia el oeste. ¿Comprendido?

A Tanalasta le ofendió el tono de Vangerdahast, pero también percibió cierto alivio en la mirada de Ryban, lo cual le confirmó que el capitán compartía la preocupación del mago. Agradeció en silencio a la diosa que acabara de ahorrarle más aventuras de las que quería correr. Aunque Tanalasta estaba decidida a representar el papel de princesa aventurera y poner a Vangerdahast a prueba, también

era lo bastante inteligente como para darse cuenta de que una proporción de diez contra uno podía ser empresa excesivamente ambiciosa para su primera batalla, aunque el hecho de contar con el mago supremo de Cormyr fuera un factor a tener muy en cuenta.

—¿Compartís la opinión de Vangerdahast, capitán? —preguntó con tono desafiante.

—Así es —respondió el soldado—. No pretendo negar vuestra destreza con el acero, mi señora, pero esos cerdos no respetan las reglas. Vuestra presencia sería una carga para nosotros.

—Excelente. —Tanalasta se hundió de hombros. Su decepción no era del todo fingida, ya que había envidiado desde siempre las maravillosas historias de combates que su hermana pequeña contaba en casa, al volver de las Tierras de Piedra—. Destaque a dos hombres para mi protección. Si no voy a tomar parte en el combate, usted necesitará disponer de todos los hombres posibles.

Vangerdahast frunció el ceño ante la perspectiva de reducir los guardias que protegerían a la princesa, pero se mordió la lengua a regañadientes e inclinó la cabeza en dirección a las alforjas de la princesa.

—¿Tenéis el bastón y los brazaletes que os di? —preguntó—. Ah, ¿y el anillo?

Tanalasta hurgó en el bolsillo de la capa y encontró los anillos guardados en bolsillos especiales. A continuación se los puso.

—No os preocupéis. Adoptaré todas las precauciones posibles. —Agitó la mano para mostrarles los anillos—. No quiero que nadie se preocupe por mí. De hecho, creo que incluso podría recordar aquel hechizo que me enseñó para mantener alejados a los osos.

—¿Estáis preparada para realizarlo? —preguntó Vangerdahast sorprendido.

—No me queda más remedio. —Tanalasta llevó a cabo una serie de gestos con las manos—. ¿Lo ve? El tiempo que pasamos juntos no fue una pérdida de tiempo.

—La vida puede ser tan sorprendente... incluso para alguien de mi edad. —Vangerdahast sacudió la cabeza—. Quizás aún podamos convertirnos en un buen mago guerrero, siempre y cuando sigáis decidida a no ser reina.

A continuación, el mago de la corte tiró de las riendas y se dirigió al galope hacia la retaguardia de la batalla. Ryban ordenó a tres Dragones Púrpura que lo escoltaran por si necesitaba ayuda, y asignó un par de jinetes a Tanalasta.

La princesa y sus compañeros desmontaron y llevaron a los caballos de las riendas por la pendiente. Las colinas eran tan arenosas como el terreno que se encontraba al pie de las mismas, aunque era tan desigual y rocoso como las Tierras de Piedra, por lo que cualquier orco que echara un vistazo si despejaba la tormenta vería a los tres jinetes que cruzaban la ladera de la colina. Al avanzar a pie no podían tener la seguridad de que no los descubrieran, pero sería más difícil verlos porque

procuraban pasar inadvertidos. Sin embargo, la princesa no hizo nada por reducir el ruido que hacían los cascos de los caballos al avanzar por terreno rocoso, porque con el estruendo del combate ni siquiera ella conseguía oírlo.

Cuando Tanalasta se acercó al lugar que el mago le había asignado, el terreno se volvió más arenoso, y se dio cuenta de que Vangerdahast no lo había elegido sólo para mantenerla alejada del combate. La tierra estéril se precipitaba por la pronunciada pendiente, y aquel lugar disfrutaba de una posición privilegiada para observar el desarrollo de la batalla. Calculó que había cerca de doscientas cincuenta figuras jorobadas que intentaban superar la barrera de caravanas, muchas de las cuales ardían envueltas en llamas. En el interior de esta barrera había unos cincuenta guardias que protegían la caravana, que se defendían con espadas, hachas, y, de vez en cuando, un rayo mágico o una llamarada de fuego, y que se esforzaban por defender al grupo situado en mitad del reducto, donde se apiñaban las mujeres, los niños y algunos mercaderes que maldecían a destajo.

Varias mujeres y la mayoría de los mercaderes empuñaban lanzas de madera, dispuestos a cargar contra los marranos que pudieran romper el perímetro defensivo establecido por los guardias. A juzgar por el número de cuerpos, tanto los humanos como los orcos, que yacían diseminados a lo largo del diminuto círculo, ya habían tenido que emplearse a fondo en más de una ocasión. La princesa no vio ni rastro de los animales que tiraban de los carros. Probablemente los hombres los habían liberado de las riendas, o los orcos se los habían llevado a rastras.

Los tres aseguraron las riendas de sus monturas al otro lado de la cima de la colina, de manera que nadie pudiera verlas. Tanalasta abrió las alforjas, se ciñó los brazaletes y cogió un bastoncillo de color negro antes de volver a gatas a la cima. Aunque no había tenido ocasión de usar ni los brazaletes ni el bastón, había practicado algunas veces con ellos y sabía cómo recurrir a su magia. Consideraba un ejemplo del peligro que acechaba en las Tierras de Piedra, el hecho de que, antes de partir de Arabel, Vangerdahast se hubiera ocupado de requisar tanta magia de la armería de los Dragones Púrpura para confiársela a ella. En cambio, cuando la dejó en Huthduth no le dejó más que una daga mágica, sin duda porque esperaba que volviera a su lado en unos diez días para exigirle que la teletransportara de inmediato de vuelta a casa. Sólo su empeño por demostrarle lo equivocado que estaba le dio fuerzas para aguantar el primer mes de tedio, antes de descubrir las satisfacciones que proporcionan el duro trabajo en el campo.

La princesa llegó a la cima de la colina y vio que una columna de orcos arremetía por el hueco que había entre dos carros, cargando en estampida contra los cuerpos caídos de cuatro fornidos guardias de la caravana. Un tembloroso grito de batalla surgió de las gargantas de las mujeres y los mercaderes apiñados en el centro del perímetro defensivo, cuando se arrojaron dispuestos a enfrentarse al enemigo.

Tanalasta extendió el dedo donde llevaba puesto el anillo de sello, e imaginó el rostro del mago supremo.

«¿Vangerdahast?»

Éste apareció en forma de silueta borrosa a doscientos metros por detrás de la caravana, cuando surgía de una cresta arenosa agitando una vara por encima de la cabeza de la que se materializó una bola de fuego. La esfera ígnea superó los carromatos y alcanzó la columna de orcos, que quedaron reducidos a un montón de cenizas, cuando no se consumieron retorcidos en el suelo y con la piel chamuscada. Los marranos se desintegraron en una columna de humo negruzco que dio paso a una polvareda de ceniza, y el viento arrastró los gemidos angustiosos de los moribundos.

Tres de aquellos cerdos, ennegrecidos, salieron indemnes del ataque, y al trastabillar cegados fueron objeto de las atenciones de las mujeres y mercaderes, que no perdieron ocasión de atacarlos con las lanzas hasta que quedaron inmóviles en el suelo.

«Sí.» La voz de Vangerdahast surgió en la mente de Tanalasta. «Estoy ocupado en este momento, si no se trata de algo importante.»

El mago bajó la vara y media docena de rayos en forma de tridente alcanzaron a una cuadrilla de orcos que intentaban volcar un carromato pesado. Al otro lado del perímetro, Tanalasta observó que otros tantos estaban a punto de acabar con tres guardias que luchaban fatigados.

«Problemas a la derecha... no, a su izquierda —dijo Tanalasta mentalmente—. No están muy lejos. Puedo verlo todo desde mi posición.»

«Por supuesto. ¿De veras creíais que os iba a privar así como así de la diversión?»

Vangerdahast guardó la vara entre las cinchas de las alforjas, y después de sacar una cosa del bolsillo que tenía en la manga de la túnica señaló hacia donde le había indicado Tanalasta. Una niebla amarillenta se cernió sobre el tropel de orcos a medida que descendía a ras de suelo. Cualquiera guerrero al que acariciara la niebla perdería el arma y se vería reducido a un cuerpo tembloroso. Por el bien de los guardias de la caravana, Tanalasta deseó que el efecto de la niebla se redujera a sumir en un sueño profundo y que no contuviera un hechizo mortífero.

Los jinetes que debían acudir a la carga aparecieron a retaguardia de Vangerdahast, con los brazos alrededor del cuello del caballo mientras las bestias se esforzaban en vano por mantenerse a la altura de la montura del mago. Empuñaban aceros y en el otro brazo llevaban asegurados escudos redondos, pero a Tanalasta le pareció ver que para cuando alcanzaran al mago los pobres caballos estarían muy cansados para entrar en combate.

Cuando Vangerdahast se acercó a doscientos pasos de la batalla, volvió a empuñar la vara. Hundió el extremo inferior bajo la axila y empezó a zarandear la punta de un lado a otro, invocando crepitantes rayos luminosos que se dirigieron hacia un lado del

círculo formado por los carromatos, mientras surgían de la vara unos meteoritos fulminantes que se dirigieron al otro extremo. Los orcos cayeron a docenas, y los que se encontraban en esa zona del perímetro no tardaron en emprender una retirada confusa. Los cansados guardias de la caravana hicieron una pausa que les permitió mirar en su dirección y levantar la hoja de la espada, en señal de agradecimiento. Después se apresuraron a ayudar a los compañeros que sufrían la peor parte del combate, y que eran los que estaban situados más cerca de Tanalasta.

Los orcos no tardaron en descubrir la causa de sus problemas. Cuando Vangerdahast se acercó a unos setenta pasos de los carromatos, un marrano de los grandes, situado a la derecha, empezó a gritar órdenes y a señalar en dirección al mago. Ignorando el constante flujo mortífero que surgía de su vara mágica, más de cincuenta orcos se arrojaron contra él para formar una línea defensiva y mantener alejado al mago del perímetro donde se defendían los caravaneros.

Vangerdahast emprendió el galope para atacar desde otro ángulo.

«¡Por ahí no! —advirtió Tanalasta—. El líder está en el flanco opuesto. Si puede...»

«¡Sé muy bien lo que debo... hacer! —protestó Vangerdahast trabajosamente—. ¡Yo ganaba batallas... para Cormyr... antes de que vuestro padre fuera coronado rey!»

El mago supremo tiró de las riendas para cambiar de dirección y dirigirse al lado opuesto de la caravana. Los orcos que habían formado para detenerlo lanzaron gritos triunfales, pero Vangerdahast no tardó en demostrarles su error cuando les arrojó una bola de fuego que fue a caer en medio de la formación. Los jinetes que acudían a apoyar al mago formaron en su retaguardia y a ambos flancos.

El líder orco miró en dirección a Vangerdahast, y después animó a sus orcos a que se lanzaran contra él formando en diagonal. Cuando el mago no corrigió la posición, Tanalasta se dio cuenta de que o bien el mago no tenía línea de visión, o se estaba tomando la molestia de separar al líder de los orcos que lo acompañaban.

«Un pedazo de pastel a la derecha», advirtió Tanalasta.

«¿Un pedazo de pastel?» Pese a su tono jocoso, el mago tiró con fuerza de las riendas a la derecha.

«¡Dije un pedazo, no una cuarta parte! —corrigió Tanalasta. El volumen de la barriga de Vangerdahast debió haberle proporcionado un concepto más claro de lo que el mago consideraba un pedazo—. El orco que busca es mayor que los demás, tiene una cabeza prominente y el morro pintado.»

«¡Lo veo!»

Un relámpago cegador surgió del extremo de la vara de Vangerdahast, y partió por la mitad a un simple guerrero al que el líder había empujado en el último momento. El comandante se arrojó al suelo y desapareció bajo una nube de polvo. El mago invocó un nuevo hechizo de la vara, gracias al cual consiguió sumir toda el área

bajo una enorme bola de fuego.

Vangerdahast y sus compañeros alcanzaron el muro de espadas y colmillos que el líder había animado al combate con tal de detenerlos. El mago no prestó la menor atención a los marranos, y se limitó a picar espuelas en su montura para superar la barrera de acero orco, que arremetió sin resultado contra los flancos del caballo. Sus compañeros, que no disfrutaban del escudo mágico, tuvieron que depender de defensas más convencionales, y cargaron contra la línea orca acero en mano, ayudados por los cascos de los caballos.

En cuanto hubieron pasado, Vangerdahast tiró de las riendas lo suficiente como para dedicar a los orcos que habían quedado atrás una llamarada impresionante, para acercarse a continuación a los carromatos al galope mientras chamuscaba a los orcos que iba encontrando a diestro y siniestro. A menudo tan sólo necesitaba hacer un simple gesto con la vara. Los escoltas del mago no tuvieron mucho trabajo, la verdad. El enemigo no se atrevía a acercarse lo suficiente como para enfrentarse a ellos.

Los guardias de la caravana procedieron a tirar de uno de los carromatos para permitir acceder a Vangerdahast al perímetro, cuando Tanalasta vio que el líder orco, que se había agazapado bajo una pequeña duna, mojaba la punta de varias lanzas en un cubo. Un puñado de guerreros orcos asomaba por encima de la duna, para observar nerviosos a Vangerdahast, mientras empuñaban las lanzas que el líder les iba pasando.

«Vangey, el líder sigue vivo —advirtió Tanalasta—. A su espalda, a unos veinte pasos y un poco a la izquierda.»

El mago frenó el caballo e hizo un gesto a los mercaderes para que cerraran el perímetro.

«¿A un pedacito de pastel, o a un pedazo grande?»

«A una octava parte del pastel —respondió Tanalasta—. Tras esa duna donde se agazapan. Tenga cuidado. Tienen lanzas, y están untando las puntas en algo.»

Vangerdahast se limitó a reír a modo de respuesta. Volvió a deshacerse de la vara, y después tomó prestado un escudo de uno de los jinetes, sobre cuya superficie pasó la mano. Tanalasta no pudo ver qué se proponía, pero sí que movía los labios mientras murmuraba un hechizo.

Los orcos habían empezado a recobrase, y formaron un amplio semicírculo alrededor de Vangerdahast y los tres jinetes que tenía más cerca. Vangerdahast no les prestó atención, y siguió pasando la mano por encima del escudo mientras murmuraba palabras arcanas. Esto pareció inquietar al enemigo más que el hecho de verlo con la vara en alto, y Tanalasta pensó en la posibilidad de que el mago lo estuviera haciendo aposta. Indudablemente, conocía toda suerte de hechizos que no se invocaban en cuestión de segundos, pero era lo bastante inteligente como para no recurrir a ellos en pleno combate. Empezó a oírse un chillido nervioso, procedente de

las filas de orcos. En dos ocasiones un puñado de guerreros valientes intentaron iniciar una carga, pero se frenaron en cuanto el mago supremo miró en su dirección.

Finalmente, Vangerdahast apretó la mano contra la parte frontal del escudo y guardó silencio.

«Doy por sentado que Ryban y los suyos están preparados.»

Tanalasta miró hacia la colina, donde apenas alcanzaba a distinguir las siluetas borrosas de Ryban y sus Dragones Púrpura. Estaban diseminados a lo largo de la cresta de la colina, con los arcos preparados y el carcaj colgando de la perilla de la silla de montar. Hasta el último de ellos parecía auscultar la polvareda en dirección a la llanura, dispuestos a distinguir cuanto pudieran del curso de la batalla.

«Dispuestos —dijo Tanalasta—. Es más, yo diría que están ansiosos por entrar en combate.»

Vangerdahast asintió y empezó a zarandear el escudo de un lado a otro, como si buscara un pozo de agua donde cavar un pozo. Cada vez que el escudo pasaba ante ellos, los orcos que formaban en semicírculo se arredaban alarmados, dispuestos a echarse al suelo. A continuación, en cuanto el mago apartaba el escudo, los orcos se ponían en pie de un salto y gritaban y agitaban las espadas en el aire sin perder de vista al mago.

Por desgracia, al resto de la tribu le asaltaban las mismas dudas. Los guerreros armados con hachas volvían lentamente a las secciones del perímetro que Vangerdahast acababa de despejar, mientras los orcos situados en el extremo de la caravana más cercano a Tanalasta parecían arrojar sobre los carromatos con más vigor que nunca. Tanalasta vio que los guardias de la caravana estaban exhaustos, que se agarraban a las ruedas o permanecían subidos en el pescante, y que esgrimían el acero a dos manos, cuando incluso alguien como Tanalasta podría hacerlo con una.

La princesa estaba a punto de animar a Vangerdahast para que emprendiera el ataque, cuando vio un gran pájaro que apareció en el cielo por el oeste. La criatura era un punto borroso en la polvareda, por lo que la princesa no supo a qué podía obedecer, excepto que parecía mucho mayor que cualquier águila y que volaba más raudo que un halcón en plena caza. El ave emprendió un descenso en picado, y después de sobrevolar en círculos sobre el escenario de la batalla, se alejó para desaparecer tras una loma.

—¿Qué era eso? —preguntó Tanalasta.

—¿El qué? —preguntó a su vez uno de sus guardias.

—¿No lo han visto? —Señaló en dirección al lugar donde el pájaro había desaparecido—. Era un ave enorme, dos veces mayor que un águila... y rápida, muy rápida.

—Tal vez fuera un buitre, alteza —dijo el segundo guardia—. Les atrae el olor de la sangre.

—Era mucho mayor que un buitre —insistió Tanalasta—. Y los buitres no son tan rápidos.

—La polvareda de estas tierras tiene la particularidad de dar pie a espejismos, alteza —dijo el primero de los guardias, tras intercambiar una mirada con su compañero—. Vos no os preocupéis por ello.

Por mucho que le costara obedecer (sobre todo teniendo en cuenta que ninguno de los guardias había visto aquella ave), la princesa no insistió más. Fuera lo que fuese aquella extraña criatura, no se interponía en el desarrollo de los acontecimientos. Tanalasta se guardó el enfado y volvió a prestar atención a Vangerdahast, que finalmente parecía haberse cansado de las triquiñuelas. Cuando el mago zarandó el escudo hechizado hacia el lugar donde se ocultaba el comandante orco, pareció titubear y después lo volvió a zarandear hacia el montículo, antes de pararse en seco.

Los orcos que se reunían alrededor de su líder empezaron a gorgotear nerviosos. El líder se incorporó para asomar la cabeza por encima del montículo. Vangerdahast hincó los talones en los flancos del caballo y su montura salió a galope con tanta decisión que el mago ya había recorrido la mitad del trecho que lo separaba del montículo cuando su escolta salió tras él.

El comandante orco se levantó y empezó a gesticular en dirección a Vangerdahast. Unos lanceros abandonaron la protección del montículo y se dispusieron en fila ante el líder, clavando el extremo de la lanza en el suelo, e inclinando la punta de manera amenazadora contra el caballo del mago.

«¡En nombre del rey! —Vangerdahast tiró con fuerza de las riendas, pero inmediatamente cambió de opinión, se deshizo del escudo y se inclinó sobre el cuello del caballo—. ¡Dijisteis lanzas, no picas!»

Antes de que Tanalasta pudiera replicar, uno de los guardias que la escoltaban exclamó:

—¡Por el guantelete de hierro!

—¿Acaso pretende que lo atraviesen de parte a parte? —preguntó el otro.

La princesa Tanalasta se encogió del miedo y quiso apartar la mirada cuando recordó cómo habían rebotado las espadas orcas contra el lomo del caballo.

—No le pasará nada —dijo, esperando que el mago atravesara la línea de defensa orca, formada por la ristra de lanzas.

En lugar de ello, aquel magnífico caballo saltó y se mantuvo en el aire, galopando como si apoyara los cascos en el suelo. Cuando el caballo pasó por encima de los atónitos orcos, Vangerdahast sacó algo del bolsillo y lo arrojó contra el enemigo. Los marranos, aterrorizados, soltaron las picas y se pusieron en pie dándose palmadas en la espalda mientras chillaban aterrorizados.

No murieron hasta que los jinetes que seguían a Vangerdahast los remataron en un torbellino de acero y cascos. Tan furioso fue su ataque, que Tanalasta no se dio cuenta

de que sólo eran dos los jinetes atacantes. El tercero yacía en el suelo, cerca del círculo de caravanas, con el pecho abierto por una herida visible incluso desde la posición elevada que ocupaba Tanalasta. Su caballo se encontraba a unos metros de distancia del cuerpo: andaba perdido, temeroso, y sacudía la cabeza.

La princesa no tuvo tiempo de preguntar a sus compañeros si habían visto lo que había sucedido. La montura de Vangerdahast cayó a retaguardia del líder orco, obligando al muy cerdo a volverse y emprender la huida por el terreno cubierto de arena, tan deprisa que incluso el caballo de Vangerdahast tardó un par de segundos en alcanzarlo. Para entonces, Vangerdahast había recuperado la vara y la empuñó como si fuera una lanza.

Tanalasta esperaba que un hechizo redujera el cráneo del orco a una pulpa sanguinolenta, pero Vangerdahast se limitó a apuntar su lanza improvisada a la nuca del enemigo, mientras el ímpetu del caballo hacía el resto. El líder orco salió volando una docena de pasos, antes de caer finalmente al suelo. El mago supremo tiró de las riendas para detener el galope del caballo y volvió grupas hacia la caravana.

Los orcos empezaron a dispersarse, gritando y chillando como si su demoníaco señor acabara de aparecer subido del más negro pozo del Abismo. Un par de bolas de fuego estratégicamente lanzadas avivaron el pánico, y los marranos que estaban más cerca de Vangerdahast emprendieron la huida en masa. El mago encendió un par de cortinas ígneas para obligarlos a correr hacia donde se ocultaba Ryban, y después se dirigió a la caravana para arremeter contra los guerreros orcos que luchaban al otro lado.

Un relámpago negro surgió detrás de uno de los carromatos que habían ardido, y a continuación explotó produciendo una oscuridad creciente. Antes de que Tanalasta comprendiera que se trataba de la misma ave enorme que había visto apenas hacía un momento, la sombra se elevó en el aire y golpeó de lleno en el flanco a uno de los jinetes que escoltaban a Vangerdahast. El jinete perdió limpiamente el torso, y el caballo siguió galopando con medio cuerpo del jinete agarrado a la silla, como si no hubiera pasado nada.

El fantasma cayó sobre el segundo jinete cuando éste se volvió para ver qué le había pasado a su compañero. El Dragón Púrpura desapareció bajo las enormes alas negras de la criatura, mientras hacía ademán de tirar de la espada. Su caballo apareció al cabo de un instante: había perdido la silla y tenía tres tajos en el flanco, por los que sangraba profusamente.

—¡Que Helm nos proteja! —gritó uno de los guardias de Tanalasta—. ¿Qué es esa cosa?

—Según usted, un buitres —repuso Tanalasta con amargura.

Al ver que Vangerdahast seguía al galope, sin saber lo que ocurría a su espalda, la princesa imaginó el rostro del mago en su mente.

«¡Vangerdahast, a su espalda! Es una especie de demonio, o...»

Tanalasta no pudo terminar la frase, puesto que al comenzarla el fantasma se volvió hacia donde ella estaba. La extraña cosa parecía una fusión grotesca de mujer y avispa, tenía un torso enorme, una cintura muy delgada, y unas extremidades como bastones articuladas de forma inhumana. Su pelo era tan oscuro como relampagueantes y claros eran sus ojos, y la princesa creyó entrever una sonrisa jalonada de colmillos amarillentos.

«Quieta, Tanalasta.»

La princesa se volvió hacia Vangerdahast y vio que el mago tiraba de las riendas para dirigir su montura en dirección opuesta. Apuntó con la vara al fantasma y lanzó un rayo brillante de luz esmeralda, pero la criatura ya se había elevado en el aire. El rayo cayó en el lugar que había ocupado la cosa hacía un instante, y los restos del cadáver del segundo jinete que acompañaba a Vangerdahast salieron desperdigados en todas direcciones.

El fantasma batió sus alas en pleno vuelo, y se lanzó sobre la caravana en dirección al lugar donde se ocultaba Tanalasta. La princesa alcanzó a ver un par de pechos desnudos y diez garras de ébano que surgían de los dedos delgados de aquella cosa. Una esferita flamígera partió de Vangerdahast: su intención era alcanzar de lleno el flanco de la criatura. El demonio perdió ímpetu, cayó hacia un lado, pero después bajó las alas oscuras y se alejó volando, haciendo que la esfera del mago explotara en una bola de fuego. Cuando la cosa se acercó, la princesa distinguió el puente estrecho de la nariz y una barbilla larga, como de bruja, empapada en restos sanguinolentos.

Una furia incontenible ardió en el interior de Tanalasta, y de pronto no pudo pensar en otra cosa que no fuera matar al enemigo. Se puso en pie y hundió la mano en el bolsillo de la capa, mientras buscaba nerviosa la varita pacificadora que le había dado Vangerdahast. Comprobó sorprendida que no sentía ningún temor, sólo un ansia de sangre insaciable que le infundía una euforia peculiar y que nublaba sus pensamientos. ¿Se trataría del éxtasis de la batalla del que tanto le había hablado Alusair?

Uno de los guardias de Tanalasta la cogió del hombro y la empujó hacia el caballo.

—¡Corred!

El hecho de que el Dragón Púrpura la empujara la hizo volver en sí, y el terror se apoderó de ella en el momento en que recordó con qué facilidad el fantasma había matado a los jinetes que escoltaban a Vangerdahast. Trastabilló dos pasos, después se detuvo cuando los guardias desenvainaron sus aceros y se situaron ante ella al borde del risco, para protegerla.

—¡No sean temerarios! ¡Guardias, retírense! —gritó la princesa Tanalasta. Soltó

la varita metálica y sacó la mano del bolsillo para jugar con uno de los anillos que Vangerdahast le había dado en Arabel—. ¡Ahora!

Los guardias no obedecieron. En lugar de ello, empuñaron con fuerza el acero por encima de sus cabezas y lanzaron el grito de batalla, pero era demasiado tarde.

El fantasma sobrevoló el terreno arenoso, alcanzó el risco y atravesó de parte a parte con la garra a uno de los guardias, mientras con el ala precipitaba al otro al vacío, sin detener el vuelo trepidante que lo acercaba a Tanalasta.

—¡Muro de Dragón! —gritó ella, apuntando el anillo al suelo.

Tanalasta sintió un intenso dolor en el dedo, y acto seguido un muro de fuerza se levantó entre ella y el fantasma. Un sonido ahogado reverberó a través del terreno, y la criatura quedó colgando en el aire ante ella, con las alas extendidas contra el horizonte, a ambos lados de la barrera mágica.

El fantasma profirió un chillido capaz de helar la sangre en las venas, y sus ojos blancos se volvieron humanos, propios de una mujer. De repente, la oscuridad desapareció de su rostro, para revelar la faz de una noble atractiva de la misma edad, más o menos, que su madre, la reina Filfaeril. Tanalasta trastabilló de nuevo ante tal aparición, tan conmovida y aterrorizada estaba que le parecía que hubiera olvidado correr.

«¿Tanalasta?», preguntó la voz de Vangerdahast en su cabeza.

El fantasma liberó su rostro del muro mágico y se volvió hacia el mago. A Tanalasta se le encogió el corazón al comprender lo que eso significaba. La criatura era capaz de oír lo que decían mentalmente.

«¡Responded!»

El fantasma liberó un ala de la barrera, y Tanalasta recuperó el sentido del peligro.

«¡Silencio, viejo estúpido!» La princesa se volvió hacia los caballos.

De pronto Vangerdahast apareció allí mismo, ante ella, sentado en la silla de montar de su caballo, entre la princesa y su montura, oscilando con intermitencia arrastrado por los caprichos de la teletransportación. Tanalasta volvió la mirada y vio que el fantasma pretendía superar el muro mágico por encima y que su rostro volvía a ser una máscara de oscuridad. La princesa lo señaló con el brazo y recordó el brazalete que lucía en la otra mano.

—¡Rayos del rey!

Un dolor lacerante sacudió la mano de la princesa Tanalasta y cuatro relámpagos de magia dorada salieron directos hacia el pecho del fantasma.

El ala de la criatura comenzó a fundirse en un borrón oscuro, y los relámpagos alcanzaron el ala provocando una sucesión de descargas luminosas. El apéndice se volvió levemente translúcido, y en él Tanalasta pudo ver la compleja estructura ósea de la criatura, parecida a la de un murciélago pero mucho más resistente. Luego

recuperó su oscuridad.

—Ya habéis demostrado que teníais razón, princesa —dijo el mago después de acercarse y darle un golpecito en la espalda con el extremo de la vara—. Y ahora, ¿por qué no dejáis que este viejo estúpido vuestro se las vea con esa desagradable fulana?

Demasiado cansada como para discutir, Tanalasta se limitó a inclinar la cabeza y a correr hacia su caballo, subiéndose a la silla cuando el primer hechizo del mago relampagueaba en el cielo a su espalda. Se inclinó hacia abajo para liberar las riendas de la montura del guardia, y después vio que el fantasma se arrojaba contra Vangerdahast fundido en una bola de pálida furia. El mago puso horizontalmente la vara que esgrimía, y a continuación la levantó por encima de su cabeza. Un seto compuesto por arbustos de espinas argéneas se elevó en lo alto, surgido de la nada, para detener al atacante.

Tanalasta dirigió su montura hacia donde se encontraba su compañía, pero vio que una horda de orcos ascendía por la montaña, y comprendió que le sería imposible reunirse con los Dragones Púrpura. Rogando a la diosa que Ryban pudiera ver lo que sucedía allí arriba, dio media vuelta y clavó los talones en los flancos del caballo.

La bestia, aterrorizada, subió por la ladera escarpada como si fuera una cabra montesa, y lo último que Tanalasta oyó a su espalda fue la maldición que profirió Vangerdahast, atónito:

—¿Qué engendro de súcubo te ha incubado?

6

El mago supremo estaba asustado —sólo un loco hubiera permanecido sereno en semejante situación—, pero también se sentía cegado por la furia. Su corazón latía con fuerza en su pecho, latía como no lo había hecho en setenta años. Cada latido de su corazón le impelía a chamuscar al fantasma con el rayo y la tormenta, a atacarlo una y otra vez hasta reducirlo a un montón de cenizas, a una mancha en la cima del risco.

Vangerdahast nunca había experimentado la furia de la batalla, y no alcanzaba a comprender a qué se debía. El mago supremo había advertido a Azoun en más de una ocasión que las batallas no las ganaba uno por lo rabioso que estuviera, sino por lo frío que se mantuviera, por el cálculo desapasionado, y ahora allí estaba él, luchando tan encarnizadamente por controlar sus propias emociones como por derrotar al enemigo. Era desesperante. Los restos de su último rayo mágico seguían trazando parches transparentes a lo largo de la estructura de cuero del ala del fantasma, y el mago se dispuso a bajar la vara y pronunciar las palabras arcanas que volverían a invocar el mismo hechizo inútil. La situación le parecía descorazonadora.

Vangerdahast bajó la vara y deslizó una mano en el interior de la manga de su túnica. Mientras buscaba en un bolsillo diminuto, lo más rápido posible, la telaraña que siempre llevaba encima, el fantasma lo observó por encima del ala y se arrojó contra él. La montura de Vangerdahast dio un respingo y estuvo a punto de tirarlo de la silla. El fantasma cayó sobre un ala, empujando al aterrorizado caballo hacia el borde del risco. El mago sacó la mano de la manga, y arrojó una bola de telaraña contra aquella cosa oscura mientras recitaba un encantamiento.

Antes de que acabara de pronunciar la primera palabra del hechizo, el fantasma replegó las alas y cayó al suelo. Al caer, una maraña enorme de fibra pegajosa surgió a su alrededor, atrapando a la criatura en una masa amorfa de filamento blanco.

El caballo de Vangerdahast estuvo a punto de caer por el precipicio, pero al frenar en seco el mago salió volando de la silla. Maldijo a su montura por ser tan cobarde, y extendió la mano para agarrarse a las crines del animal mientras volaba hacia una duna situada a cientos de metros de distancia.

Vangerdahast experimentó una irritante molestia cuando la magia de la túnica se activó por sí misma, y las solapas de la capa se extendieron hacia fuera para improvisar una especie de vela. Planeó hacia el suelo y pasó volando junto al guardia al que el monstruo había golpeado con el ala. El pobre diablo había caído de cabeza sobre la arena, donde yacía enterrado hasta los hombros después de partirse el cuello. Un desgarró sanguinolento en la coraza señalaba el lugar donde lo había golpeado el ala del fantasma.

Vangerdahast se volvió mientras sacaba una pluma del interior de la túnica.

Seguía invadido por aquella extraña furia asesina, y recitó un hechizo rápido al tiempo que estiraba los brazos; en ese preciso momento se elevó en el aire, diciéndose que tenía una buena razón para volver al combate antes de comprobar si Tanalasta se encontraba bien. Tenía que averiguar de dónde había salido aquel fantasma. Necesitaba saber por qué había ayudado a la tribu de orcos. Tenía que matarlo antes de que burlara la seguridad de su magia y pudiera escapar. De todo ello lo último era sin duda lo más importante.

El mago se elevó con gracia, ascendiendo por el acantilado sin que su enemigo pudiera verlo. Al subir, oyó el entrecocar del acero y los relinchos de los caballos en la lejanía. Por alguna razón que no alcanzó a comprender, Ryban se había enfrentado a los orcos en lugar de huir de ellos como habían planeado. Maldijo al soldado por ser tan valiente y se tocó el broche de garganta de la túnica. Cuando el bronce empezó a producirle un cosquilleo en los dedos, imaginó el rostro de Ryban.

«¡A menos que esté usted defendiendo a la princesa, abandone el combate y vaya a buscarla!»

«No la encuentro, y aunque pudiera retirarme no lo haría —respondió Ryban—. ¡Nos veremos en Everwatch!»

El cierre de la garganta se tornó frío al tacto de Vangerdahast, quien de pronto cobró conciencia del sentimiento de pena y perplejidad que sentía. No era propio del capitán de los Dragones Púrpura negarse a cumplir con su deber, ni pensar que alcanzaría Everwatch después de desobedecer una orden directa. Everwatch era el palacio celestial de Helm, el dios de los guardianes, y sólo los guardianes más fieles aspiraban a servir allí por toda la eternidad.

Vangerdahast voló en círculos para ganar la cima por la parte opuesta al risco por donde había caído, y al llegar puso el pie en tierra. Descubrió que la telaraña mágica empezaba a disolverse, transformándose en una sustancia viscosa y translúcida de color gris seda, bajo la cual vio la forma de una femenina columna vertebral, muy marcada, de la que surgían las bases de dos alas de cuero blanco. Poco más podía verse de la figura. Parecía hecha un ovillo, tenía el cuello y los hombros inclinados hacia adelante, las piernas encogidas ante la barbilla, y las alas plegadas alrededor del cuerpo.

Vangerdahast se acercó caminando a gatas, luchando por recuperar el control de sus emociones antes de atacar. Vio el extremo de su vara de guerra que asomaba por entre la masa viscosa. El fantasma no parecía forcejear, pero la telaraña se disolvía a pasos agigantados, encogiéndose alrededor de la criatura como si fuera una especie de capullo. El mago hizo memoria del hechizo más rápido y mortífero que conocía, lo preparó y se acercó a cinco pasos de la criatura, que hizo ademán de retorcer las alas blancas.

—Bien hecho, mago —dijo con voz rasposa—. No hay muchos que puedan

alardear de haber capturado a una ghazneth y vivan para contarlo. ¿Qué es lo que deseas?

—¿Ghazneth?

—¿Eso es lo que deseas? —preguntó el fantasma—. ¿Saber qué soy?

La telaraña seguía encogiéndose alrededor de la ghazneth, o como quiera que se llamara el monstruo.

Vangerdahast apuntó el dedo a la espalda del fantasma.

—Entre otras cosas.

—¿Qué otras cosas? —La voz de la ghazneth empezaba a parecer vagamente humana... femenina, con un acento arcaico de Cormyr—. Sabes que sólo es posible un deseo.

—No soy yo quien corre peligro de ser objeto de un hechizo mortífero —repuso Vangerdahast—. Ni soy del tipo de personas que aceptaría un deseo de alguien como tú. Yo preguntaré y tú responderás. Si eres honesta conmigo, quizá te envíe de vuelta al infierno del que saliste, en lugar de permitir que tu cadáver se pudra y corrompa en estas tierras.

La ghazneth flexionó un poco las alas (lo suficiente como para dar a entender al mago que no estaba tan atrapada como parecía).

—Deseo por deseo —dijo—. Extraño deseo es ése, pero te lo concedo.

—No he pedido nada —replicó Vangerdahast, consciente de que el fantasma intentaba dar la vuelta al sentido de todo lo que decía. Tanto le molestó que estuvo a punto de pronunciar la sílaba que desataría su hechizo mortífero—. No te debo nada.

—No es cierto.

La telaraña se reducía a una simple capa de tela que envolvía el cuerpo de la ghazneth. Vangerdahast avanzó un paso para recuperar la vara, y retrocedió enseguida al observar que el color negro volvía a envolver los extremos de las alas de la criatura.

—Me debes mucho más de lo que crees, Vangerdahast —prosiguió la ghazneth—, y vas a pagar... tú y Cormyr.

—¿Vangerdahast? Qué honrado estoy de que sepas mi nombre, ghazneth. Sólo soy un modesto mago guerrero.

—Cuidado con las mentiras que digas —advirtió la ghazneth—. O acabarás como yo.

—Por muy innecesario que pueda parecerme semejante consejo, te aseguro que lo tendré en cuenta —dijo Vangerdahast, más dispuesto que nunca a negar su nombre. Aquella cosa tenía cada vez más pinta de ser un demonio, y nunca era aconsejable admitir el nombre de uno ante un demonio—. ¿De dónde dices que conoces a ese Vangerdahast? Me gustaría informarle de su deuda.

—No hablaré del asunto si no es con Vangerdahast. —El cuerpo de la ghazneth

adquirió un brillo húmedo, surcado por filamentos grisáceos, restos del hechizo utilizado por Vangerdahast para retener a la criatura—. Sin embargo, podéis decirle lo siguiente: si no paga, Cormyr lo hará.

—¿Cómo? —Al ver que la criatura no respondía de inmediato, Vangerdahast espetó—: ¡Responde! Se me agota la paciencia, tanto como se disuelve esta telaraña.

—¡Qué lástima... nada me retiene! —El fantasma rodó hacia Vangerdahast, levantando un ala para escudarse y otra para tirarlo al suelo.

El mago saltó hacia atrás, colocándose fuera del alcance de las alas. Tuvo tiempo de atisbar el rostro grave y de perfil aguileño de una anciana, antes de que los ojos de la ghazneth abandonaran el azul para tornarse blancos y su rostro quedara oculto por un velo de oscuridad. Señaló con el dedo al pecho de la criatura y escupió la sílaba que desataría el hechizo mortífero que había memorizado. La ghazneth plegó el ala superior con la intención de protegerse, pero Vangerdahast apenas había cerrado los labios cuando un círculo blanco se dibujó en el torso de la criatura.

El fantasma profirió un chillido agudo y se encogió por el pecho, mientras las garras largas que tenía arañaban surcos en el pecho desnudo. La carne que había bajo la mano se tornó pálida y blanda, y empezó a rezumar entre sus dedos como cera caliente.

El mago se encogió de hombros.

—Tenías razón: soy Vangerdahast.

Debió saber con quién se las jugaba.

La mano de la ghazneth resbaló por su pecho, para revelar un vacío desigual allí donde el mago había atacado a la criatura. A través del agujero vio una maraña de venas y una masa informe de moho viscoso, cuya forma recordaba a la de un corazón. Vangerdahast trastabilló sorprendido ante la sensación de pánico que lo embargaba. Era incapaz de recordar la última vez que había experimentado aquella sensación, pero muy probablemente se remontara a antes de que el rey Azoun ciñera la corona.

La ghazneth se apoyó despacio en sus patas de avispa, mientras Vangerdahast se esforzaba en pensar.

«De modo que el corazón de esa cosa está cubierto de moho. Eso no significa que sea indestructible. Podía ser de naturaleza no muerta o demoníaca», pensó.

Tenía medios para combatir ambas posibilidades. Lo único que debía hacer era suponer exactamente de qué se trataba, y lanzar un hechizo o dos que burlara el escudo de sus alas, sin permitir que esa cosa le arrancara antes las tripas de cuajo.

La ghazneth dio dos pasos a un lado, para situarse entre Vangerdahast y la batalla interminable entre los orcos y los Dragones Púrpura de Ryban. El mago se preguntó si habría llegado el momento de recurrir a lo que los magos guerreros consideraban el artilugio más útil de la túnica: el bolsillo de huida. Rebuscó en la túnica el bolsillo secreto, pero entonces cayó en la cuenta de que huir no era la solución. Tanalasta no

estaba muy lejos, y era muy probable que la criatura la encontrara si volvía a elevarse en el aire.

La ghazneth extendió sus alas, cortándole la vía de escape, salvo que quisiera volar o saltar por el acantilado. El pánico de Vangerdahast se convirtió en decisión, y encontró el bastón pacificador enfundado en el interior de la túnica. Era una herramienta muy común, que estaba al alcance de cualquier capitán de los Dragones Púrpura; un bastoncillo casi tan poderoso como las varitas que seguían enfundadas en los correspondientes bolsillos de su túnica, aunque el bastón tenía la ventaja de ser muy manejable y rápido.

La ghazneth avanzó sin quitar ojo a la mano del mago. Vangerdahast permitió que lo llevara hacia el borde del acantilado, rogando que el monstruo no supiera que podía volar. No había ninguna razón para creer tal cosa. La criatura era presa del hechizo de telaraña cuando él cayó por el precipicio y, por supuesto, estaba de espaldas cuando volvió a subir.

Vangerdahast alcanzó el borde del precipicio y se detuvo. La ghazneth se dispuso a saltar sobre él, y el mago sacó el negro bastón pacificador del interior de su túnica.

—Última oportunidad para rendirte. De otro modo, no quedará ni rastro de ti, ni siquiera para hacerme un par de botas.

Apuntó el extremo del bastón a la ghazneth y, como era de esperar, el fantasma plegó el ala oscura sobre sí para absorber la bola de fuego que esperaba recibir.

Vangerdahast se arrojó hacia atrás y emprendió el vuelo. Giró sobre sí mismo en el aire y ascendió volando en línea recta a lo largo de la pared del acantilado, con intención de regresar al lugar donde había saltado. La ghazneth apareció en aquel preciso instante, saltando al vacío con las alas extendidas.

Vangerdahast golpeó su pecho con el bastón pacificador, y gritó:

—¡Al este!

La ghazneth se vio impulsada repentinamente hacia el cielo, como si la hubieran arrojado desde una catapulta, y después se alejó en dirección este entre chillidos de rabia y confusión.

Vangerdahast rió quedo durante algunos segundos, y regresó a la cima. La criatura tardaría una media hora en recuperarse de la magia de repulsión que había invocado con el bastón. Tiempo más que suficiente para reunirse con Tanalasta y marcharse de allí. Guardó el bastón en su túnica y cogió el anillo de sello.

Agazapada tras la última duna que daba paso a las Tierras de Piedra, Tanalasta observó cómo el fantasma se alejaba volando hacia el este, y guardó el anillo de sello en un bolsillo de la capa. Lo último que quería en aquel momento era hablar con Vangerdahast. La criatura podía oír su conversación gracias al anillo, y fuera lo que fuese lo que el mago hubiera hecho a la criatura, no quería que ésta las pagara con

ella.

El fantasma fue alejándose hasta convertirse en una mota, y finalmente desapareció. Sólo entonces volvió Tanalasta hacia su caballo, y empezó a desandar el camino que había recorrido al alejarse de la cima, procurando no perder su propio rastro. Las primeras dos veces que tuvo que coronar una duna, vio que Vangerdahast la buscaba desde la cima de la colina, asomándose por la ladera de la montaña u observando la caravana, que parecía recuperarse del ataque. La tercera vez encontró al caballo del mago escondido en una depresión del terreno, agachado contra el lado de sombra de una roca, temblando de terror. Condujo su caballo hacia la montura del mago, y habló a la asustada bestia en un tono de voz tranquilizador. El caballo la miró con ojos cansados, abiertos y desconfiados.

Tanalasta se detuvo a una docena de pasos del caballo.

—Vamos, *Cadimus*. —Mantuvo las manos en la perilla de la silla, consciente de que lo asustaría si intentaba acercarse o precipitar las cosas—. ¿No me reconoces? Soy amiga de Vangerdahast.

El caballo inclinó las orejas hacia adelante al oír el nombre de su amo. Tanalasta levantó lentamente la mano y señaló hacia el risco.

—Vangerdahast —dijo—. ¿Le conoces, verdad? Vangerdahast está bien. ¿Por qué no me acompañas a verle? Vangerdahast está ahí mismo.

El caballo se volvió hacia donde señalaba Tanalasta. Al no ver el risco, oculto tras una duna de arena, empezó a andar lentamente, Tanalasta se inclinó para coger las riendas, pero el caballo resopló a modo de advertencia e inclinó la cabeza para apartarla de la princesa.

—De acuerdo, *Cadimus*. —Tanalasta volvió a enderezarse en la silla—. Sígueme tú solito. Vamos a reunirnos con Vangerdahast.

Volvió su propia montura y se dirigió sin prisas hacia el risco, procurando no poner nervioso al caballo. No sabía qué había ocurrido allí arriba, pero debía de haber sido terrible. *Cadimus* era un caballo valiente, criado en el espíritu de la lucha. Su hermano, *Damask Dragon*, era el caballo de batalla favorito de su padre.

Finalmente se acercaron tanto a la cima que el lugar empezó a asomar sobre la cresta de la duna. *Cadimus* se puso más nervioso que nunca, se detuvo para resoplar y escarbar el terreno con los cascos. Al principio, Tanalasta intentó tranquilizarlo con susurros, pero cuanto más hablaba mayor empeño ponía el caballo en volver sobre sus pasos.

La princesa decidió intentar una estrategia diferente: volvió la mirada y se alejó al galope sin decir una sola palabra. Era una estrategia muy arriesgada, no sólo porque temiera que el pobre animal se quedara vagabundeando por las Tierras de Piedra, sino también porque Vangerdahast era un hombre bastante corpulento. Aunque podían viajar los dos en su propio caballo, a Tanalasta no le apetecía lo más mínimo

compartir la silla de montar con el mago en las jornadas de viaje que se avecinaban.

La princesa cabalgó casi cincuenta pasos antes de que *Cadimus* emprendiera el trote detrás de ella; resoplaba enfadado e intentaba ponerse a la altura del caballo de Tanalasta para desequilibrarlo, como si quisiera convencerlo de que diera la vuelta. Tanalasta se dejó alcanzar y consiguió hacerse con las riendas de la montura de Vangerdahast y tirar de ellas.

—¡Menudo caballo de batalla estás tú hecho!

Cadimus resopló disgustado, pero agachó las orejas y dejó de empujar a la yegua. Tanalasta suspiró aliviada y lo condujo otra docena de pasos colina arriba, momento en que no les quedó más remedio que disponerse a superar la duna.

A la sombra del risco, tenían que ascender trabajosamente por la ladera de la montaña si querían llegar a la cima. *Cadimus* movió la cabeza para tirar de las riendas a modo de protesta, pero Tanalasta emprendió el ascenso apartándose ligeramente de la línea de visión del risco, para que el caballo no creyera que se dirigían al mismo lugar del que antes había huido al galope.

Al descender por la duna se produjo a su espalda un ruido similar al de una corriente de aire. *Cadimus* profirió un relincho aterrorizado y salió al galope, estando a punto de tirar a Tanalasta de la silla. Consiguió cogerse a la perilla, y después desmontó y se volvió hacia la cima de la duna, señalando con una mano hacia el sonido, mientras con la otra acariciaba el brazalete mágico.

—¡Ni se os ocurra! —ordenó Vangerdahast, que aterrizó sobre la duna acompañado por una pequeña tormenta de arena—. Ya he sufrido bastantes golpes por hoy.

Tanalasta bajó el brazo, no muy sorprendida de ver volar al mago.

—¿La próxima vez podría usted avisarme? —Bajó la mirada y reparó en *Cadimus*, que se alejaba al galope—. Mire lo que ha hecho.

—¡No tengo tiempo que malgastar en advertencias! —El mago señaló al dedo de la princesa, donde esperaba encontrar el anillo de sello—. Además, ¿cómo podía avisaros? ¡Hace quince minutos que estoy intentando hablar con vos a través del dichoso anillo!

—Eso me pareció que haría. —Tanalasta volvió a encaramarse en la silla de montar—. Por eso me lo quité.

—¿Qué? —preguntó Vangerdahast, cuyas mejillas se arrebolaron hasta semejar rubíes.

—Temía atraer la atención del fantasma. —A regañadientes, Tanalasta le ofreció la mano para que montara en la silla—. Puede oír todo lo que decimos a través de los anillos.

—No seáis ridícula —replicó Vangerdahast, frunciendo el entrecejo. Enarcó una ceja y con la mirada ausente hizo un gesto con la mano para rechazar la oferta—. Por

otro lado...

Sin molestarse en terminar la frase, se llevó dos dedos a la boca y silbó para llamar la atención de su caballo.

—Por otra parte, ¿qué? —preguntó Tanalasta.

—Acompañadme. —Vangey extendió los brazos, saltó en pleno aire y sobrevoló la posición de Tanalasta—. No tenemos mucho tiempo.

Tanalasta no tuvo que preguntar la causa de las prisas del mago. Si había intentado hablar con ella mediante el anillo, el fantasma sabía que se habían separado y podía volver con la esperanza de encontrarla. Galopó siguiendo al mago y *Cadimus* no tardó en unirse a ellos: el caballo parecía haber recuperado la confianza en sí mismo, simplemente por haber visto a su amo.

Tanalasta alcanzó al mago volador y se puso a su altura para poder hablar.

—Vangey, ¿por qué huye usted de esa cosa? —Tuvo que inclinar el cuello para que pudiera oírlo—. ¿Por qué no la mató cuando tuvo ocasión de hacerlo?

Cuando Vangerdahast la miró desde arriba, pudo leer en sus ojos cierta preocupación.

—Me cogió un poco por sorpresa —admitió—. Y para seros sincero, en realidad no tengo la menor idea de a qué puede obedecer una ghazneth.

—¿Ghazneth?

Alcanzaron la base de la colina, y Vangerdahast se alejó volando, por lo que no pudieron seguir hablando. Ascendieron en diagonal por la ladera en dirección oeste, hasta que se volvió lo bastante rocosa como para poder ocultar las huellas de cascos en caso de que los siguieran. Después se dirigieron hacia el este, alejándose de los orcos que aún se movían por todas partes en el campo de batalla del sendero del Rayo de Piedra. Tanalasta observó el lugar y pudo ver que Ryban se había quedado para enfrentarse a los marranos. Vio a una docena de Dragones Púrpura tendidos entre los muertos, mientras cuadrillas de orcos disputaban entre sí por las sillas de, al menos, el doble de caballos. Se le hizo un nudo en la garganta, y rogó que ninguno de esos Dragones hubiera permanecido en la batalla por creer que ella estaba en peligro, aunque le pareció que era el único motivo plausible.

En cuanto hubieron ascendido a suficiente altura para que la llanura quedara oculta por la tormenta de polvo, Vangerdahast se dirigió a la loma de la montaña. Abrió el camino hasta llegar a un refugio que se reducía a un entrante en la roca, y después dejó a Tanalasta que diera de comer a los caballos e hiciera guardia, mientras él daba una vuelta en busca de posibles vías de escape. Al volver, señaló una montaña que se encontraba a un kilómetro de distancia, en cuya cresta había una roca enorme en forma de espiral.

—Si la ghazneth nos encuentra, usad el bolsillo de huida de la capa para dirigiros allí, después descended por la ladera opuesta y cabalgad como alma que lleva el

diablo. —La miró entornando un ojo—. No lo habéis utilizado aún, ¿verdad?

Tanalasta hizo un gesto de negación.

—¿Y os acordáis de cómo se hace?

—No soy sorda. —Tanalasta hizo ademán de meter la mano en el bolsillo secreto de su capa—. Estas capas no son tan difíciles de usar. Pero ¿por qué preocuparse tanto? Matemos a esa cosa y acabemos de una vez por todas.

—No creo que sea tan fácil. —Vangerdahast volvió a sonrojarse.

—Creí que podía usted con cualquier cosa —dijo Tanalasta.

—No me gusta adelantar acontecimientos —dijo Vangerdahast, evitando así nuevas preguntas. Sacó un puñado de componentes para hechizos del bolsillo, y empezó a disponerlos todos sobre la superficie de una roca, recurriendo al trabajo como excusa para evitar la mirada de Tanalasta—. Conocía mi nombre.

—Pues claro que sabía su nombre. —No por hablar, Tanalasta dejó de hacer guardia—. Ya le dije que podía escuchar lo que decíamos a través de los anillos.

Vangerdahast replicó, pero Tanalasta no lo oyó bien. De pronto se le había ocurrido algo terrible, e intentó desesperadamente encontrar una razón que invalidara sus peores temores. Al no conseguirlo, la princesa cogió a Vangerdahast por el hombro.

—Vangey, ¿y si ésa es la razón de que Alusair se quitara el anillo?

Vangerdahast la miró confundido, pero no dijo nada, y la princesa se dio cuenta de que no le había prestado más atención de la que ella le había prestado a él. Sacó el anillo de sello del bolsillo y lo observó sobre la palma de su mano.

—Vangerdahast, me lo quité para no llamar la atención de la ghazneth —dijo—. ¿Y si Alusair se vio obligada a hacer lo mismo?

—¿Por qué iba a hacer algo así? —preguntó Vangerdahast molesto—. La ghazneth está aquí. —La mirada del mago se iluminó al comprender a qué se refería—. ¡No!

—No sabemos lo que ha sucedido —intentó tranquilizarlo Tanalasta—. El silencio de Alusair podría deberse a que se limita a ser cautelosa. Después de todo, no sabe dónde está esa cosa.

Más preocupado que nunca, Vangerdahast se volvió hacia Tanalasta.

—Muchísimas gracias: antes no estaba preocupado por Alusair. —El mago palidecía ante la mirada de la princesa—. Ya os lo dije. La ghazneth dijo que le debía algo. Si no pago, Cormyr lo hará.

—¿Habló usted con esa cosa? —Tanalasta clavó la mirada en el arrugado rostro del mago, en lugar de mantenerse ojo avizor.

—Lo decís como si hubiéramos tomado juntos el té —gruñó Vangerdahast—. Tenía atrapada a esa cosa en una telaraña mágica.

—¿Y la soltó?

—No hice nada de nada. No sé cómo, pero logró disolver mi telaraña... quizá la absorbió, o algo así. El caso es que no tengo la menor idea de cómo lo hizo. —El mago se acercó a *Cadimus* para sacar el libro de sortilegios de las alforjas del caballo—. Cuando volvamos a Arabel, quizás el sabio supremo pueda decirme qué es exactamente una ghazneth. No puedo teletransportarnos de vuelta hasta mañana por la mañana, pero si podemos hacer noche aquí...

—¿Volver? —preguntó Tanalasta—. ¿A Arabel?

Vangerdahast abrió el libro de sortilegios y empezó a pasar páginas, sin prestar atención a la princesa.

—Por supuesto. ¿No pensaréis que permitiré que sigáis aquí?

—¡Y usted no creerá que voy a volver sin haber encontrado a mi hermana Alusair!

—¡Basta, alteza! —Vangerdahast cerró el libro con fuerza—. Vuestra temeridad ya nos ha costado la vida de muchos hombres valientes.

—¿Mi temeridad, Vangerdahast?

—Vuestra temeridad —insistió el mago—. ¿No fuisteis vos quien insistió en que debíamos destruir a la tribu de orcos, «como lo hubiera hecho Alusair»?

—Sí, pero eso no quiere decir...

—Y como consecuencia de ello hemos perdido a toda la compañía de Ryban.

—¿Cómo puede usted decir que ha sido por mi culpa? —Tanalasta se sentía dolida—. ¡Se suponía que debían disparar unas cuantas flechas y emprender la huida!

—Eso no cambia la situación —insistió Vangerdahast—. Habéis jugado con la vida de los hombres, y no voy a permitir que toméis más decisiones que no os competan.

—Vangerdahast, lamento la pérdida de Ryban y sus hombres —dijo Tanalasta, abriendo los ojos como platos—, pero no soy temeraria. Si usted y el rey están jugando conmigo, me gustaría que me lo dijera ahora.

—El rey habló en serio, eso os lo aseguro. No permitirá que una orden de monjes ocupe un puesto de semejante influencia.

—¿Él no lo permitirá, Vangerdahast? —preguntó Tanalasta—. ¿O es usted quién no lo permitirá?

—En este asunto ambos compartimos la misma opinión —insistió Vangerdahast—. Pero eso no tiene nada que ver con vuestro inminente regreso a Arabel. Constituye un acto de traición el hecho de que os empeñéis en arriesgar la corona, arriesgar de este modo tanto vuestra vida como la de los demás.

—Sería un chantaje si el rey jugara de farol —replicó Tanalasta—. Y si es así, la traición pesará sobre vuestra conciencia, no sobre la mía. No he hecho otra cosa que tomar las palabras de mi padre al pie de la letra.

—El rey no jugaría de farol con su propia hija.

—Entonces sólo hay una forma de interpretar cuál es nuestro deber —afirmó ella—. El rey nos ha enviado a buscar a la princesa de la corona, y esta criatura ghazneth nos ha apremiado a encontrarla.

Vangerdahast soltó un hondo suspiro, claramente frustrado por el dilema en que se encontraba sumido. Tanalasta volvió a vigilar los alrededores, a ver si entre la polvareda atisbaba el borrón de unas alas oscuras en el horizonte.

—Princesa, sed razonable —dijo Vangerdahast—. Aunque todo lo que me decís es cierto, ni siquiera vos podéis admitir que vuestro padre pudiera pensar que sucedería algo así cuando os envió a las...

—No sé qué tendría el rey en la mente —interrumpió Tanalasta—. Lo que sí sé es que estoy aquí, y que el rey me ordenó que buscara a Alusair.

En silencio, la princesa añadió que precisamente debía cumplir la misión porque el rey nunca había supuesto que pudiera entrañar ningún peligro. El hecho de permitir que el fantasma les obligara a volver a Arabel, tan sólo confirmaría la convicción de su padre de que debía protegerla. Pero si encontraba a Alusair y descubría lo que ocurría en las Tierras de Piedra, quizás empezara a confiar en las decisiones que algún día tomaría como soberana.

Un instante después, Vangerdahast suspiró.

—De acuerdo. Si os empeñáis en fingir que no comprendéis cuál es el motivo real de este viaje, os lo explicaré.

—No es necesario, Vangerdahast —dijo Tanalasta, levantando la palma de la mano—. Lo que usted no parece comprender es que en realidad ya sé el porqué de todo esto. Los magos guerreros temen que los clérigos reales ocupen su lugar; usted teme tener en breve un maestro de agricultura real que compita por el oído del monarca, y el rey teme incomodar tanto a unos como a otros.

—Nuestras reservas no son de una naturaleza tan mezquina —replicó Vangerdahast—. A mí me preocupan los celos que puedan generarse entre las diversas religiones, mientras que la cuestión que hace referencia a la lealtad dividida es completamente inadmisibile...

—Sí, sí. Conozco de sobra los argumentos en contra, y sé que usted es la única cabeza pensante de todo el reino. Que no piensa en otra cosa, vamos. —Tanalasta hizo una pausa y después añadió con ironía—: Jamás cuestionaría su lealtad, sólo su convicción de que ninguna otra persona pueda saber lo que es bueno para Cormyr.

—¡Señora! —vaciló Vangerdahast—. Eso no es justo.

—No, pero es cierto. Quizás usted sea la única persona que conozca las necesidades de Cormyr. Incluso yo debo admitir que, por lo general, tiene razón en todo. —Tanalasta cogió aire y reunió valor para continuar—: Es a mí a quien todos vosotros no comprendéis. Si no puedo ser reina a mi manera, entonces no reinaré.

Vangerdahast la observó como si acabara de conocerla.

—¡Por la Urdimbre! ¿Renunciaríais al trono por un puñado de clérigos?

—Renunciaría por varios motivos —respondió Tanalasta—. Por esa razón me corresponde a mí decidir que es necesario encontrar a Alusair. Al parecer, soy la única persona que se ha tomado en serio esta misión.

Vangerdahast apartó la mirada y observó la polvareda.

Tanalasta lo dejó a solas con sus pensamientos, satisfecha, pues creía que había ganado por la mano la discusión. Siguieron de ese modo, planeando la siguiente maniobra en su particular guerra de voluntades, hasta que una mancha borrosa en forma de «V» se recortó contra el cielo, hacia el este. Era tan pequeña, que si la princesa no llega a estar mirando en esa dirección, no la habría visto.

La forma distante se volvió más y más grande a una velocidad alarmante, y Tanalasta no tardó en distinguir las alas de cuero que se movían arriba y abajo entre la polvareda. Seguía un rumbo paralelo al lugar donde se ocultaban en las montañas, y pasó de largo sin volverse hacia ellos. La princesa deseó con todas sus fuerzas que los supervivientes de la caravana y los de la compañía de Ryban se hubieran alejado todo lo posible.

En cuanto desapareció tras la montaña, Vangerdahast se volvió hacia la dirección aproximada en donde se encontraba la polvorienta llanura, y apiló tres piedras al borde de una zanja.

—Vendrá por aquí.

—¿Vendrá? —preguntó Tanalasta.

—Siempre y cuando estéis en lo cierto de que pudo oír la conversación que mantuvimos a través de los anillos —explicó el mago mientras hundía la mano en el bolsillo interior de la capa—. Claro que lo que voy a hacer es convertirme en el emisor, aunque dudo que eso suponga alguna diferencia. Si esa cosa puede interceptar una forma de telepatía, sospecho que podrá interceptar la otra.

—¿De qué está hablando? —preguntó Tanalasta, contrariada.

—De encontrar a Alusair, por supuesto —respondió el mago—. Dijisteis que eso era lo que os proponíais hacer.

—Me refería a buscarla físicamente, no a convidar a la ghazneth a que nos siguiera la pista.

—¿Y por dónde os habéis propuesto buscarla? —preguntó Vangerdahast.

—¿No lo sabéis? —preguntó a su vez Tanalasta, incrédula—. ¿Ni siquiera habéis intentado encontrarla?

—¿Y de qué hubiera servido? Cuando no quiere que nadie la encuentre, se quita el anillo de sello y se oculta de todas las miradas. —El mago se refería al anillo mágico de intimidad que Alusair había obtenido después de mucho insistir a Azoun. Al ponérselo, podía impedir que ni siquiera la magia de Vangerdahast la localizara—. Aunque no se haya puesto el anillo de ocultación, Alusair se mueve rápidamente. No

tiene sentido intentar localizarla, hasta que estemos en posición de emprender la caza.

—Y hasta que usted haya tenido tiempo suficiente para quitarme de la cabeza todas las ideas inconvenientes que pueda tener —añadió Tanalasta secamente.

—Quizá. —Vangerdahast se encogió de hombros—. Lo cual nos lleva al mismo dilema: ¿dónde buscar?

—Puesto que Alusair iba tras la pista de Emperel, no creo que tarde mucho en pasar por la Caverna de la Espada Durmiente —señaló Tanalasta. La caverna era un refugio secreto de los Señores Que Duermen, una compañía de guerreros hibernados a quienes Emperel tenía el encargo de cuidar—. Creo que podríamos empezar por ahí.

—¿Y llevar allí a la ghazneth? —replicó Vangerdahast—. No me parece que sea muy buena idea. Intentamos mantener el emplazamiento de la compañía en secreto, como bien sabéis.

—¿Y por dónde empezaría usted? —preguntó Tanalasta condescendiente, abriendo los ojos.

—¿Por qué no se lo preguntamos a Alusair? —replicó Vangey.

—Porque Alusair no lleva puesto el anillo de sello —respondió Tanalasta, exasperada—. Y porque tenemos razones para creer que tiene un buen motivo para no ponérselo.

—Cierto, pero ese motivo está por aquí, buscándonos a nosotros. —Vangerdahast señaló hacia el risco donde se había enfrentado a la criatura—. Probablemente sea la única oportunidad que tendremos de establecer contacto con Alusair, sin poner su vida en peligro. Además, podemos poner a prueba vuestra teoría de que la ghazneth puede oír todo lo que digamos a través de los anillos.

El mago no dio a entender que si Tanalasta tenía razón, no tendrían más remedio que huir a toda prisa para no enfrentarse a la ghazneth. No obstante, a juzgar por los preparativos, Vangerdahast estaba dispuesto a aceptar el combate.

—Antes de dar mi conformidad, dígame cuáles son sus planes. —Tanalasta señaló el montoncillo de chucherías dispuestas sobre la piedra. Reconoció un diente de ajo, una rama de romero, un vial de agua bendita, además de otros objetos extraños—. ¿Para qué quiere todo eso?

—Se trata de un experimento sin importancia —respondió Vangerdahast, con una de sus sonrisas inocentes que ponían nerviosa a Tanalasta desde que tuvo edad para articular palabra. Cogió una pluma de paloma y añadió—: No sé exactamente qué es una ghazneth, de modo que me es muy difícil averiguar qué puede rechazarla, pero apostaría algo a que esto servirá. Jamás me he cruzado con un demonio al que le guste la pluma de una paloma.

—¿Planea expulsarla?

—Si estáis en lo cierto de que puede leer nuestras mentes, sí. —Vangerdahast

cogió una roca, y después empezó a dibujar un pentagrama sobre su superficie—. Pienso enviarla derechita al infierno del que salió, sea cual fuere.

—¿Y si no lo consigue?

Vangerdahast señaló con un dedo nudoso la estribación montañosa, en cuya cima se erigía la piedra en forma de espiral que había señalado cuando llegaron.

—Para eso están las vías de escape. ¿Pensáis ayudarme o no?

—Espero que todo esto no sea fruto de su orgullo —asintió Tanalasta. Después de haber recordado al mago cuál era su deber, no podía negarle su ayuda—. ¿Qué quiere que haga?

Vangerdahast le explicó su parte del plan, y después se volvió para continuar con los preparativos, mientras ella desataba los caballos. Cuando volvió con las bestias, el mago había terminado de trazar el signo de protección y estaba dispuesto a empezar. Se subió a la piedra y se adentró en el interior de la estrella de cinco puntas, cogiendo con fuerza aquel conjunto extraño de componentes para hechizos.

—Podéis observarlo todo desde la cresta —dijo—. Si esto funciona, veréis un portal abierto que absorberá a la ghazneth de vuelta a su hogar infernal.

—¿Y si la ghazneth no desaparece? —preguntó Tanalasta.

—Entonces me reuniré con vos en la cresta... Y será mejor que no escatiméis esfuerzos a la hora de huir. —Inclinó la cabeza ante ella, y se volvió hacia las tres piedras que había apilado en el borde de la zanja—. Preparado.

Tanalasta se volvió hacia la cresta e imaginó el pelo rubio ceniza y la mirada de ojos negros de su hermana Alusair, después rozó con la mano el broche de la capa. El metal vibró al tacto y vio la cabeza de su hermana inclinada a un lado.

«Estoy con Vangey en el sendero del Rayo de Piedra, al borde de los Picos de las Tormentas. El fantasma nos persigue. Debo encontrarte.»

«¿Tanalasta? —El rostro maduro de Alusair traicionó su enfado—. Estanque del Orco, Vangey sabe dónde está. ¡A partir de ahora nada de magia, o no conseguiréis dar ni dos pasos!»

A continuación, el rostro de Alusair se desvaneció. Tanalasta sacudió la cabeza para despejarse y miró a Vangerdahast.

—¿Conoce usted un lugar llamado Estanque del Orco?

—He estado allí en más de una ocasión. —El mago siguió estudiando el cielo situado sobre las piedras apiladas sobre la zanja—. Ahora debéis iros.

—Alusair me dijo que, a partir de ahora, nada de magia. —La princesa Tanalasta no parecía dispuesta a obedecer al mago y meter la mano en el bolsillo mágico.

—¿Qué? —Vangerdahast la miró, asombrado—. ¿Cómo pretende que encontremos Estanque del Orco?

—A mí me preocupa más nuestro plan —replicó Tanalasta, con una sensación de desmayo—. Alusair me dijo que nada de magia, o que no lo conseguiríamos.

Era difícil determinar si la expresión de Vangerdahast correspondía a la de una persona intrigada, o a la de la irritación en persona, pero una cosa sí era clara y es que no parecía tener miedo.

—Demasiado tarde para cambiar de planes. —Volvió la mirada hacia el risco, y después hizo un gesto a Tanalasta para que se apartara—. Idos, que ahí viene.

Tanalasta levantó la mirada de forma involuntaria, y vio la figura oscura que asomaba por encima de la montaña. Volvió grupas mirando hacia la aguja de la siguiente cresta y metió la mano en el bolsillo de huida de la capa. Sintió que se le dormía el brazo, se produjo un restallido agudo y un rectángulo de oscuridad en forma de puerta se materializó ante ella.

Cadimus lanzó un quejido e intentó echarse atrás, amenazando con soltar las riendas que sostenía la princesa.

—¡Ahora no, cobardica! —La princesa Tanalasta tiró con todas sus fuerzas de las riendas del caballo y animó a su propia montura a franquear el portal.

El mundo se hizo todo oscuridad, y la princesa experimentó la sensación atemporal y extraña de precipitarse en el vacío durante una eternidad. Se mareó antes de que un frío intenso se extendiese por sus dedos y su nariz. Sus oídos se llenaron con un rugido susurrante y sobrecogedor, como el del agua que se precipita con fuerza por una cascada, y su estómago reverberó como si acogiera la vibración de un millar de tambores. Entonces, en menos tiempo del que tardaría en pestañear, volvió a la luz: le daba vueltas la cabeza y el viento silbaba en su oído.

Cadimus resopló tras ella; parecía tan confuso como alarmado, y Tanalasta recordó de pronto dónde estaba y qué estaba haciendo. Descargó una patada en los flancos de su montura, y el pobre caballo emprendió la marcha a ciegas, tan aturdido como el jinete que lo montaba. La princesa dejó que continuara hasta que sintió que habían subido una cuesta, momento en que descabalgó y ató a los dos animales a unos arbustos escuálidos que tenía a mano.

Cuando Tanalasta volvió al risco, la cabeza ya no le daba vueltas. Se tumbó bajo la espiral de granito y asomó la cabeza para echar un vistazo a la cresta. Más allá vio a la ghazneth que se arrojaba sobre Vangerdahast.

Cuando el fantasma estaba a punto de echarse encima del mago, se contuvo y volvió a ganar altura. Durante un instante terrible, la princesa pensó que iría a por ella, pero entonces vio que el monstruo caía sobre un ala negra y enorme, al tiempo que extendía sus garras para atacar al mago por la espalda. Vangerdahast se volvió rápido como el rayo, pero la ghazneth ya estaba encima de él. Tanalasta supo que el hechizo del mago no actuaría antes de que la criatura le abriera las tripas con sus garras. Se puso en pie antes de pensar en lo que estaba a punto de hacer, y hundió una mano en el bolsillo de huida de la capa, mientras con la otra cogía el bastón pacificador.

Por suerte tanto para la princesa como para el mago, Tanalasta siguió donde estaba. Como el broche capaz de enviar y recibir mensajes, el bolsillo de huida de la capa sólo podía utilizarse una vez al día. Se hundió en el suelo y observó asombrada cómo la ghazneth rebotó contra la estrella protectora, hasta chocar contra la ladera de la montaña.

Vangerdahast se hundió de hombros aliviado, antes de que su voz empezase a reverberar en las rocas a medida que gritaba el encantamiento y arrojaba al aire los cachivaches que había reunido. La ghazneth trazó círculos alrededor del pico donde se encontraba el mago, arrojándose hacia él de vez en cuando, pese a que siempre salía rebotada y se golpeaba contra la ladera de la montaña una y otra vez. Una espiral de luz brillante apareció en el aire ante la criatura, y empezó a seguir sus movimientos como una segunda sombra de cuya existencia no tenía noticia.

Cuando finalmente la ghazneth se cansó de golpearse contra la ladera de la montaña, se posó en la zanja cercana a Vangerdahast. Le pareció que decía algo, después se tumbó y envolvió el pedazo de tierra con las alas. La piedra empezó a temblar, y Tanalasta comprendió, debido a la postura tensa del mago, que a Vangerdahast jamás se le había pasado por la cabeza la posibilidad de que el monstruo pudiera arrancar la posición elevada donde había organizado su defensa.

La voz de Vangerdahast reverberó con mayor apremio, y se inclinó para arrojar los objetos contra los hombros de su atacante. El tornado que seguía a espaldas de la ghazneth creció en intensidad, mientras parecía absorber las alas de cuero hacia el fondo de la espiral. La criatura miró inquieta por encima de su hombro, y después un pequeño ojo apareció en medio del tornado. A partir de la descripción de Vangerdahast, Tanalasta esperaba ver una especie de infierno ígneo o desierto cubierto de sangre, pero aquel pequeño círculo se parecía a las Tierras de Piedra como dos gotas de agua.

La ghazneth profirió un rugido y giró sobre sí misma. Se oyó un restallido que reverberó en las montañas y el pedazo de tierra donde Vangerdahast había trazado la estrella se abrió.

La princesa Tanalasta volvió a ponerse en pie, gritando al mago que utilizara el bolsillo mágico, aunque era consciente de que no podría oírla dado el estruendo de la piedra desgajada. Cuando Vangerdahast se acercó al borde, sacó una pluma de paloma y golpeó a la extraña criatura en la cabeza.

Se oyó un chillido agudo en la montaña. La ghazneth desapareció en el torbellino, arrastrando consigo el pedazo de tierra. El mago, por su parte, cayó boca abajo en la zanja, donde yació tembloroso. Finalmente, el hechizo se fundió en un punto de fuerza y desapareció para dejar paso al silencio más absoluto.

Tanalasta lanzó un grito de júbilo, después vio una silueta familiar en el cielo y se tumbó de nuevo. Vangerdahast levantó la cabeza y ella se puso de rodillas para

señalar al cielo, tras él. El mago se levantó y se volvió hacia la ladera de la montaña, donde la silueta de la ghazneth se recortaba entre la polvareda.

Vangerdahast permaneció inmóvil durante un tiempo que le pareció una eternidad, aunque muy bien pudo ser menos de un segundo. Tanalasta empezó a levantarse para gritar, pero aún no se había puesto de rodillas cuando el mago se volvió hacia ella y apareció a su lado, teletransportado mágicamente. Allí estaba, un poco aturdido y mareado a causa del hechizo, extendiendo la mano para cogerla de la manga.

—¡Salgamos de aquí!

Estaban perdidos en el arenoso mar. El sol se ocultaba tras un banco de nubes color perla oscuro, y un viento racheado del norte había cubierto el horizonte con una cortina de polvo pardusco. La llanura estaba pavimentada con bloques desiguales de basalto marrón rojizo, dispuestos sin orden ni concierto sobre un lecho de arena amarillenta, mientras que las escasas matas de arbustos capaces de resistir la aridez parecían la versión enfermiza de un avellano. Incluso los calzones de montar de Tanalasta y la gloriosa barba de Vangerdahast habían adoptado un tono marrón caqui bajo la gruesa capa de polvo de las Tierras de Piedra.

Por muy incómodo que pudiera resultar viajar bajo la polvareda, la princesa agradecía el hecho de que nadie pudiera verlos con facilidad. Después del fútil intento de Vangerdahast por librarse de la ghazneth, cualquier cosa que pudiera ayudarles a ocultarse era un gran alivio para ella. Habían visto a la cosa en dos ocasiones desde que se adentraron en las Tierras de Piedra. La primera vez, hacía dos noches, cuando su forma oscura se recortó contra el horizonte, entre ellos y las montañas. La segunda vez hacía tan sólo unas horas, cuando apareció lejos, al norte, volando en círculos como un halcón en busca de su presa.

El fracaso de Vangerdahast en su intento por exorcizarla había minado su confianza. Pasaba horas enteras sumido en un profundo silencio, y de pronto ofrecía a Tanalasta interminables análisis sobre lo que podía haber fallado para que la ghazneth no se encontrara desterrada en su plano originario. Después de haber leído (y de haber memorizado, según decían algunos) todos y cada uno de los libros de palacio, la princesa pudo discutir algunas de sus teorías sin necesidad de hablar demasiado. Hasta el momento, según ella, el hecho era que el exorcismo no había sido un fracaso, y que la ghazneth había vuelto a su plano originario. Por desgracia, su plano era Toril.

Vangerdahast rechazó aquella posibilidad por considerarla una contradicción en sí misma, y se limitó a señalar que un demonio no podía pertenecer a Toril, y que nada en Toril podía ser un demonio. Tanalasta consideró la discusión como una cuestión de pura semántica. A su entender, cualquier cosa que tuviera aspecto, que actuara y matara como un demonio, era un demonio. Es más, cuando señaló que a aquella cosa le habían afectado no uno, sino dos hechizos que, supuestamente, sólo podían afectar a un demonio (tanto la estrella de protección, como el exorcismo en sí), Vangerdahast fue incapaz de refutar sus argumentos. Quizá la criatura no se ajustara a la definición de demonio aceptada por un mago guerrero, pero para la princesa si no lo era, le faltaba muy poco.

Tanalasta deseó que Vangerdahast no la hubiera engañado para separarse de Owden Foley. Había leído en *El libro Immaskari de la guerra* (en traducción de

Alaphondar, por supuesto) que los clérigos están mejor preparados que los magos para enfrentarse a los demonios. Al menos los clérigos no se dejan matar por una cuestión de orgullo con la misma facilidad que los magos.

Por segunda vez en el último cuarto de hora, Tanalasta descubrió que tenía una película de polvo en el rostro: primero pasó la mano para limpiarse los ojos, y después recurrió a la cantimplora para enjugarse los dientes. O bien se habían desviado del rumbo que seguían hacia el oeste, o bien el viento había rolado, y si recordaba algo del modesto *Estudio sobre la flora de las tierras áridas*, de Gaspaeril Gofar, era que el viento no acostumbra a rolar en las Tierras de Piedra.

Tanalasta observó la piedra imán que colgaba de la muñeca correspondiente a la mano con que Vangerdahast sujetaba las riendas. Seguían viajando en la dirección adecuada según la aguja, lo cual significaba que se dirigían hacia el oeste. Entonces, ¿por qué azotaba el viento del norte sus rostros? Y si no era el viento del norte, ¿por qué arrastraba la arena de Anauroch? Cuando el viento rolaba, desaparecía la polvareda. Al menos esto es lo que afirmaba el estudio de Gaspaeril.

—Algo va mal —dijo Tanalasta, tirando de las riendas para frenar el paso.

Vangerdahast siguió adelante, concentrado en sus pensamientos, sin reparar en la ausencia de Tanalasta. Ella esperó a que *Cadimus* diera algunos pasos más, y entonces sacudió la cabeza ante la poca atención que le prestaba su «protector».

—¡Vangerdahast!

El mago se irguió en la silla y miró a ambos lados. Cuando no vio a la princesa en el lugar donde solía estar, profirió un juramento y levantó la mirada al cielo mientras cogía una de sus varitas.

—¡Nada de magia, Vangerdahast! —gritó Tanalasta.

Desde que habían dejado atrás a la ghazneth, habían seguido el consejo de Alusair y evitaban la magia como si fuera una enfermedad contagiosa. Habían guardado los anillos, los brazaletes y las capas en las alforjas, y enterrado las varitas pacificadoras, las dagas mágicas y todo cuanto irradiara un aura de magia. Hasta el momento tenían sobrados motivos para felicitarse por el resultado.

El mago seguía sin verla, y Tanalasta agitó la mano en el aire.

—Estoy aquí.

Vangerdahast tiró de las riendas y volvió grupas, mientras en sus ojos cansados se reflejaba un profundo alivio.

—¿Qué sucede? —preguntó oteando el horizonte—. ¿Habéis visto algo?

—Es lo que no he visto lo que me preocupa. ¿A estas alturas no tendríamos que haber llegado a Ensenada Carmesí?

—Según parece, no, puesto que aún no hemos llegado. —Vangerdahast apartó la mano de la capa que llevaba colgada a lomos del caballo—. Tened paciencia. Las Tierras de Piedra son muy extensas.

—Si usted considera grande una extensión de seis mil kilómetros cuadrados, entonces sí lo son —replicó Tanalasta—, pero no se trata de eso. Usted dijo que alcanzaríamos Ensenada Carmesí en un día, y ya llevamos dos.

—¿Y cómo voy a saber cuánto podemos tardar? —repuso Vangerdahast encogiéndose de hombros—. Jamás en la vida he cabalgado hasta allí, como bien sabéis.

—Imagino que no —suspiró Tanalasta. Con lo ocupado que solía estar, era difícil para el mago disponer del tiempo necesario para cubrir distancias a caballo, sobre todo teniendo en cuenta que se podía teletransportar—. ¿A qué distancia está del sendero del Rayo de Piedra?

—Poco importa, ¿no os parece? —El mago sacudió la cabeza. Señaló con la mano la llanura rocosa que los rodeaba, y añadió—: No creo que nos perdamos.

—Es posible que sí, si nunca la cruzamos. —Tanalasta señaló la piedra imán que colgaba de la muñeca de Vangerdahast—. ¿Está usted seguro de que esa cosa señala el norte?

Vangerdahast extendió el brazo para ponerlo en la misma dirección que señalaba la aguja. La piedra imán colgó por un momento hacia el lado, y luego giró para recuperar su posición original, perpendicular al viento.

—¿Lo veis? Siempre señala el norte.

—Entonces, ¿por qué nos da de cara el viento del norte? —preguntó Tanalasta.

—No es el viento del norte, sino el del oeste. —Vangerdahast respondió con tanta rapidez que dio la impresión de estar muy seguro de sí.

—¿Con arena de Anauroch? —preguntó Tanalasta.

El mago frunció el ceño y guardó silencio unos segundos, antes de señalar el suelo.

—La arena viene de las Tierras de Piedra.

—No si hacemos caso a Gaspaeril Gofar. —Tanalasta alargó la mano—. Déjeme ver el mapa. A menos que Ensenada Carmesí esté a más de sesenta kilómetros del sendero, yo diría que nos hemos adentrado demasiado.

—Yo diría que la ensenada está a unos sesenta kilómetros del sendero del Rayo de Piedra —replicó Vangerdahast, sin tenderle el mapa.

—¿Tiene usted el mapa, verdad? —insistió la princesa, que seguía con la mano extendida.

—Por supuesto —aseguró el mago, dando una palmadita a las alforjas—. Un mapa mágico.

—Estupendo —dijo Tanalasta—. Supongo que deberíamos dar las gracias. Vamos a aprender una lección valiosísima.

—¿Vamos? —preguntó Vangerdahast, ceñudo—. ¿A qué os referís al utilizar el plural?

—Sin magia ni siquiera podemos consultar un mapa. ¿No cree que todo esto es un poco ridículo? —preguntó Tanalasta—. ¿Y si necesitáramos ese mapa para ganar una batalla?

—Si esto fuera una batalla, nosotros no estaríamos aquí —replicó Vangerdahast, envarado—. Y si intentáis sugerir que vuestros clérigos pedigüeños lo harían mejor, recordad que también ellos recitan sus hechizos a la manera tradicional: una sílaba detrás de otra.

—Vangey, no me refería a eso. —Tanalasta se inclinó sobre la silla para tocarle el brazo—. Sólo intento decir que la magia también tiene su punto flaco, como cualquier otra cosa.

—Mi magia es lo bastante poderosa como para llevarnos a ambos de vuelta, sanos y salvos, a Arabel. —Vangerdahast apartó el brazo—. Precisamente eso es lo que deberíamos hacer, sobre todo ahora que sabemos que Alusair está a salvo.

—Hemos descubierto que sigue con vida, pero no que esté a salvo —dijo Tanalasta en un tono irritado—. Ignoramos si ha averiguado algo sobre la desaparición de Emperel o de la ghazneth, hechos ambos que sospecho que están relacionados. Y lo que aún es más importante: no hemos informado a Alusair que ella es la nueva princesa de la corona. Ya puede usted dejar de lado el tema del hechizo de teletransportación, y seguir cabalgando.

Tanalasta hincó los talones en los ijares del caballo hasta pasar de largo junto a Vangerdahast, tiró de las riendas para situarse perpendicular al viento y emprendió el trote hacia lo que esperaba que fuera el oeste. El mago no tardó en seguirla.

—Si insistís en continuar con esta locura, ¿os importaría mucho dejar de cabalgar en dirección contraria?

—No voy en dirección contraria. —Tanalasta recordó el texto de un panfleto sobre navegación, escrito hacía un centenar de años por un Dauntinghorn—. Si puedo probárselo, ¿me promete dejar de repetir cada dos por tres eso de que tenemos que teletransportarnos a Arabel?

Vangerdahast frunció el entrecejo. La observó pensativo, sin responder, y Tanalasta empezó a temer que se le hubiera ocurrido lo mismo que a ella.

Cuando finalmente habló el mago, tuvo la completa seguridad de que ni siquiera se le había ocurrido pensar en la posibilidad de que tuviera razón.

—¿Y cuando no podáis probarlo, dejaréis que os devuelva a Arabel sana y salva, y me permitiréis que me encargue yo solito de este asunto?

—De acuerdo.

—Muy bien. Entonces, adelante —animó el mago, dibujando una involuntaria sonrisa.

Tanalasta también sonrió al pellizcar la mejilla del mago.

—Tengo la sensación de que vamos a llevarnos muy bien después de esto.

Desmontó y trasladó sus pertenencias a una de las alforjas. En cuanto las hubo vaciado, se dedicó a llenarlas con piedras como puños de grandes, y se dispuso a caminar ante su caballo.

—Usted delante, Vangerdahast. Caminaremos durante algunos minutos, guiados por su piedra imán.

Vangerdahast observó la alforja llena de piedras como si la princesa pretendiera lapidarlos después, pero asintió y tiró de las riendas para que la aguja de la piedra imán señalara en dirección norte. Se dirigieron poco a poco en la dirección adecuada según la aguja, procurando no desviarse del rumbo. Tanalasta le siguió a pie, conduciendo su caballo y haciendo una pausa cada diez pasos para colocar una de las piedras que llevaba en la alforja sobre cualquiera de las piedras mayores que Vangerdahast encontraba a su paso.

El mago supremo no dejó de mirar atrás todo el rato, primero la observó burlón, luego intrigado, asombrado, y... finalmente, desazonado. Cuando la alforja quedó vacía, estaba sonrojado hasta las cachas. Sacudió la cabeza disgustado, y se deshizo de la piedra imán que llevaba en la muñeca.

—¡Hemos estado cabalgando en círculo! —El mago levantó el brazo para arrojar la piedra a lo lejos.

—¡Espere! ¡No es culpa de la piedra! —Tanalasta se volvió para mirar el trecho que habían recorrido y vio que las piedras dibujaban una curva suave pero visible—. Cecil Dauntinghorn descubrió un fenómeno similar hará un centenar de años, cuando estuvo navegando alrededor de una diminuta isla en el Mar de las Estrellas Fugaces. Resultó que la piedra imán señalaba un extraño acantilado de piedra negra, y que en cuanto se hubo alejado empezó a señalar de nuevo el norte.

Vangerdahast observó las piedras que la princesa había distribuido en la llanura.

—Seré idiota. Confío en que estéis orgullosa después de burlaros de mí.

—En realidad, no. —Tanalasta volvió a redistribuir el peso en sus alforjas—. Es decir, quizás un poco, pero no era mi intención hacerle quedar como un idiota. Sólo quería que confiara en mi buen juicio.

—Confiaría mucho más en él si me permitierais tele... —empezó a decir el mago, enarcando una ceja.

—Vangey...

—No, a Arabel no —dijo el mago al tiempo que levantaba una mano—, sino al Estanque del Orco. No me cabe la menor duda de que Alusair estará maldiciendo nuestra tardanza, y ahora tardaremos el doble en encontrarlo... si es que lo conseguimos.

—Alusair tendrá que esperar unas horas más. Sospecho que se molestaría mucho más con nosotros si atrajéramos a la ghazneth a su campamento. —Tanalasta aseguró las alforjas, y después volvió a limpiarse el polvo de los ojos—. Además, dudo que

hayamos perdido mucho tiempo. Si hubiéramos avanzado de cara al viento antes, estoy segura de que me habría dado cuenta.

La princesa montó y tomó una dirección perpendicular al viento, segura de dirigirse hacia el oeste. Cabalgaron durante tres horas, y en dos ocasiones se percataron de la presencia de pequeñas bandas de siluetas jorobadas, que asomaban por entre la polvareda. En ambas ocasiones se alejaron de ellas, cabalgando en dirección contraria, antes de retomar el rumbo oeste. Al final, el cielo amarillento empezó a tornarse marrón y turbio, y Tanalasta estaba a punto de sugerir que acamparan para pasar la noche, cuando el viento arrastró el aroma de la muerte.

La princesa tiró de las riendas y el hedor desapareció con la misma rapidez con que había llegado.

—¿Ha olido usted eso, Vangerdahast? —preguntó segura de haber palidecido.

—¿Un olor a sangre rancia? —Señaló el viento—. ¿Procedente de esa dirección? Tanalasta asintió.

—No, no lo he olido.

El mago volvió grupas hacia el viento y azuzó a *Cadimus* dejando a Tanalasta preguntándose el porqué de aquel comportamiento tan rudo. Lo siguió a unos pasos de distancia, deseando disponer de algún otro medio de defenderse aparte de la magia. El hedor se intensificó y empezó a aparecer y desaparecer a intervalos cada vez más frecuentes. Vangerdahast siguió alterando el rumbo hasta que se hizo más y más constante. La princesa observó el musgo que crecía entre las rocas. Finalmente, una cortina de vapor blanco apareció ante su mirada, destacando una columna de árboles descarnados, dispuestos a lo largo de una cadena de montes rocosos.

Vangerdahast detuvo el caballo bajo una rama delgada y observó la base de los montes. Tanalasta llegó a su altura, a punto de romper a toser ante el olor a azufre y hierro que impregnaba la zona, e inmediatamente se dispuso a observar el terreno empinado de tierra rojiza. Abajo, en el barranco, vio un arroyo de agua teñida de rojo, que discurría hacia el norte por encima de un lecho de cantos corroídos y desiguales.

—¿Ensenada Carmesí? —preguntó.

—Precisamente donde vos dijisteis que lo encontraríamos —asintió Vangerdahast, que se dirigió aguas arriba y emprendió el galope a lo largo del borde del barranco—. Vamos, adelante. Acamparemos en el Estanque del Orco.

—¿Sabe dónde está?

—Nunca he estado aquí —respondió el mago.

—Creo que sería mejor que acampáramos aquí. —Tanalasta observó el cielo tenue, antes de añadir—: No tardará en hacerse de noche, demasiada oscuridad para seguir cabalgando.

—Tenemos tiempo. —Vangerdahast siguió cabalgando. Cuando vio que Tanalasta no le seguía, tiró de las riendas y se volvió hacia ella—. ¿Quizá queráis hacer una

apuesta? ¿Qué tal doble o nada?

—¿Doble o nada? —Tanalasta observó el arroyo y sacudió la cabeza. Para que el agua estuviera tan caliente la fuente no debía de andar muy lejos—. No hay trato, viejo fisgón. Ya veo lo que pretende.

—¿De veras? —Vangerdahast sonrió, después volvió a azuzar al caballo—. Supongo que sois demasiado lista para mí, Tanalasta, que no es decir poco.

La fuente estaba más cerca de lo que había supuesto la princesa. Siguió a Vangerdahast a lo largo del barranco unos cuatrocientos metros, momento en que la cortina de vapor empezó a aclarar, y el riachuelo se volvió tan incoloro como el cielo. Pasaron varios minutos contemplando el barranco intrigados, y finalmente desmontaron y se dispusieron a llevar los caballos hacia el terraplén. A medida que descendían, una cinta escarlata tiñó el vapor ante su mirada, rizada entre las protuberancias nebulosas de dos montecillos rocosos situados en la costa lejana.

—Doy por sentado que el Estanque del Orco tendrá un aspecto sangriento —dijo Tanalasta, al tiempo que señalaba hacia la cinta escarlata.

—Así debería ser. ¿Estáis segura de que vuestros clérigos de tres al cuarto de Huthduth no os convirtieron en pitonisa?

Tanalasta frunció el ceño mientras intentaba decidir si el mago se burlaba de ella o intentaba echarle un piropo.

—Sentido común.

—Según tengo entendido, de eso andan sobradas las pitonisas —replicó el mago—. Veamos, la magia de verdad...

—No nos prestaría ningún servicio en las actuales circunstancias —interrumpió Tanalasta—. Y desearía que dejara usted de referirse a mis amigos de ese modo tan despectivo.

—Como deseéis, alteza —repuso Vangerdahast, llevándose la mano a la cabeza.

Alcanzaron el fondo del barranco y cruzaron un trecho cubierto de hierba hasta la orilla, donde comprobaron la temperatura del agua con el dedo antes de montar y disponerse a cruzar el riachuelo. Al otro lado, siguieron el arroyo de aguas rojizas hasta llegar a un valle que dibujaba una suave pendiente. Aunque no había vegetación a dos pasos del río, la hierba virgen cubría las paredes del valle, y el hedor pasó de un olor a azufre y hierro a sólo hierro. En cuanto Tanalasta se acostumbró al olor y dejó de asociarlo a la sangre, ya no le pareció tan apestoso.

Finalmente alcanzaron el extremo del valle, donde el arroyo se desbordaba por un precipicio rocoso desde una cuenca cubierta de vapor. Cuando no apareció ningún centinela para saludar o desafiarlos, ataron los caballos a una morera y cubrieron el resto del trayecto a pie, conscientes de la posibilidad de que una tribu de orcos, o algo peor, hubiera obligado a Alusair a abandonar el punto de reunión. No encontraron nada excepto un pequeño estanque de aguas teñidas de rojo, rodeado por un

montículo cubierto de hierba, en cuyo pie encontraron formaciones de basalto rojo.

—¿Esto es el Estanque del Orco? —preguntó Tanalasta.

—Por supuesto. ¿Cuántos estanques rojos diríais que hay en las Tierras de Piedra?

—Ahora que lo menciona —respondió Tanalasta, molesta—, el ensayo de Gaspaeril Gofar mencionaba cerca de sesenta conjuntos de agua teñida de hierro.

—Aquí lo tenéis —dijo Vangerdahast—. Lo reconozco.

El mago subió gateando por la caída y caminó hacia el conjunto de cantos que había en la orilla sur del estanque. Mientras cruzaban la vega, Tanalasta descubrió un metro cuadrado de suelo recién levantado. Dejó a Vangerdahast solo y se detuvo para examinar el terreno. Las piedras habían sido cuidadosamente extraídas del suelo y apiladas en los bordes, y había un pequeño hoyo en el centro, donde habían mojado el suelo con una taza de agua.

—Están aquí —dijo Vangerdahast desde arriba—. Bueno, como mínimo aquí hay alguien.

Tanalasta se reunió con el mago ante el círculo de piedras. Al acercarse, olió el aroma familiar del heno y vio el extremo de una cola de caballo que asomaba por detrás de una roca.

—¿Alusair? —llamó.

—No lo creo —respondió Vangerdahast.

Tanalasta se acercó a la roca y descubrió un campamento oculto, lo bastante grande como para acomodar a una compañía de veinte personas. En aquel momento sólo había un caballo atado y Vangerdahast, sentado en la silla de su propia montura. A sus pies había un par de botas polvorientas, y el mago registraba los bolsillos y calzones de una túnica que alguien había doblado cuidadosamente para dejarlos junto a una capa.

—Vangerdahast, pero ¿qué diantre está haciendo? —preguntó Tanalasta.

—Intento averiguar a quién pertenece esto —replicó el mago—, y si es o no uno de los hombres de Alusair.

—Así es.

Alguien había respondido a espaldas de Tanalasta, tan cerca que la princesa se llevó un susto, gritó y dio un respingo. Se volvió hacia la persona que había hablado, apretando en la mano una piedra que llevaba en lugar de la daga mágica. El hombre estaba desnudo y mojado, tenía el pelo a la altura de los hombros y la piel brillante del calor del estanque; no tenía mal aspecto. De hecho, tenía muy buen aspecto, el pelo tan oscuro como la mirada, un rostro atractivo y una barbilla en la que destacaba un hoyuelo. Era de hombros anchos como una puerta, los brazos del tamaño de los muslos de Tanalasta, el abdomen plano como una tabla y... Tanalasta se sonrojó, pues una princesa no tenía ocasión todos los días de ver según qué cosas.

—¡Alteza, perdonadme! —exclamó el hombre, mortificado. Empuñaba la espada y la vaina, y bajó las manos para cubrir su desnudez—. No esperaba que llegarais hoy con la polvareda que ha habido, y estaba en el agua cuando oí que se acercaba alguien.

Al ver que Tanalasta no respondía, el hombre insistió.

—Ruego me perdonéis, alteza, pero hemos perdido algunos hombres en este viaje, y tenía que moverme con cautela.

Finalmente Tanalasta se percató de que lo miraba boquiabierto.

—¡Por mi honor! —La princesa Tanalasta soltó la piedra y se dio la vuelta, con el rostro rojo como el tomate, como si acabara de sacar la cabeza de las humeantes aguas del estanque—. Por... por favor, no le deis más vueltas.

Tanalasta vio la sonrisa de Vangerdahast por el rabillo del ojo.

—Vaya, quizás este viaje haya merecido la pena, después de todo —dijo el mago, tendiendo la ropa al hombre—. ¿Se puede saber quién es usted, hijo?

—Me llamo Rowen —respondió. Tanalasta oyó que el recién llegado sacudía los pantalones para ponérselos—. Rowen Cormaeril.

Al oír su nombre, a Tanalasta se le encogió el corazón. Se volvió lentamente y comprobó que ya se había puesto los calzones y la túnica.

—¿Familiar de Gaspar Cormaeril? —preguntó.

—Gaspar era mi primo, y tan traidor al honor de nuestra familia como del reino —asintió Rowen.

A Tanalasta se le cayó el alma a los pies. Junto a Aunadar Bleth, Gaspar Cormaeril había sido uno de los cabecillas del asunto abraxus. Como castigo por lo sucedido, su padre incautó todas las tierras de la familia Cormaeril.

Tanalasta no pudo encontrar palabras para expresar su sorpresa.

—Ruego que disculpéis cómo me he comportado en vuestra presencia, alteza —dijo Rowen, inclinándose profundamente—. De haber sido posible, estoy convencido de que la princesa Alusair habría enviado a otra persona a esperaros.

—Lo dudo —gruñó Vangerdahast. El mago miró a Tanalasta y sacudió la cabeza—. No creo que le hiciera mucha gracia saber que estabais cerca, y os lo ha demostrado de este modo.

—¿Por qué siempre piensa lo peor de la gente, señor mago? —Tanalasta se acercó a Rowen—. Estoy convencida de que envió a sir Rowen porque sabía que era el hombre más capacitado para la misión que le encargó.

La princesa tendió su mano a Rowen, quien se sorprendió tanto que levantó la mirada sin cogerla. Ella sonrió e inclinó la cabeza, sin retirar la mano. No sin ciertos reparos, Rowen cogió su mano por los dedos y rozó con los labios el dorso.

—Simplemente Rowen, alteza —dijo—. Me privaron del título junto con las tierras de mi familia.

—En tal caso, simplemente Rowen. —Tanalasta observó que Vangerdahast levantaba la mirada antes de mirarlo ceñudo. Hizo un gesto para que Rowen Cormaeril se incorporara—. Dígame, Rowen, o mucho me equivoco o eso que he visto en el borde del estanque obedecía a una obra de fe.

—Así es, alteza —respondió Rowen, con los ojos abiertos como platos—, pero me sorprende que sepáis tal cosa. No creí que nadie pudiera reconocerlo, a excepción de los Hijos de Chauntea.

—Y no se equivoca —sonrió Tanalasta—, y, por favor, no me trate de alteza. Basta con que me llame Tanalasta.

—¡Por el dragón azul! —exclamó Vangerdahast, poniéndose en pie—. ¡Alusair nos ha enviado a un granjero!

La col había empezado a marchitarse, y los bordes de sus hojas se teñían de color marrón mientras las cabezas verdes se abrían. Un pordiosero alto, envuelto en una capa hecha jirones, cruzaba el campo en diagonal, sin prestar atención al granjero, empeñado en dedicarle insultos y en animar a los patanes que lo rodeaban a perseguir al intruso. Bajo la luz del atardecer, el intruso no era sino una silueta alargada, de andares peculiares y una mirada vidriosa capaz de asomar por debajo de la capucha que ensombrecía el resto de sus facciones.

—Ésa es la señal —susurró Azoun—. Ya los tiene.

—Bien hecho, sire —dijo Dauneth Marliir—. Mejor será librarse de esa gentuza.

—Yo no los tacharía de gentuza, señor guardián. —Azoun ató el caballo alrededor de un fresno—. Sólo pretenden ayudar.

—Sí, pero ¿a quién? —Dauneth lo siguió hacia la sombra—. Estoy convencido de que su majestad ya ha considerado la posibilidad de que hayan divulgado la noticia apostada, con tal de ganar adeptos para el templo real. Debo admitir que por el momento se han salido con la suya. Tal y como están las cosas, la plaga echará a perder la mitad de los campos cultivables del reino, y los campesinos tendrán por héroes a estos plantadores de semillas.

Una docena de jinetes abandonaron a galope tendido los bosques que se extendían al otro lado del campo, gritando promesas de restitución al pasar. El pordiosero, a unos pasos del lugar de la emboscada, no prestó atención a los jinetes y siguió avanzando impertérrito.

—Si la plaga se cobra la mitad de los campos del reino, quizá sean héroes —reflexionó Azoun—. Sólo significará decir una cosa, guardián: que habremos descuidado nuestras obligaciones. Además, Owden y sus clérigos no son los únicos que han visto al que disemina la plaga.

—Por supuesto... Los campesinos ven a ese tipo por doquier —dijo Dauneth—. En Bospir han quemado a otro esta mañana, uno que ni siquiera era alto como lo describen. Simplemente llevaba puesta una capa negra cuando un granjero lo vio haciendo sus necesidades en el margen de la carretera.

Azoun torció el gesto. Era el séptimo linchamiento del que tenía noticia en los últimos tres días, y al parecer la cosa iba en aumento. Quizá debió haber hecho caso a Dauneth hacía dos días, cuando le pidió que enviara una cuadrilla de magos guerreros para que buscaran a las «Mazas sin Insignia»; sin embargo, no quería incomodar a Tanalasta llevando a sus amigos a Arabel cargados de cadenas. Además, había considerado los motivos de Dauneth algo sospechosos, porque temía que el joven noble hubiera planteado aquella sugerencia por despecho a Tanalasta.

Azoun debió haberlo considerado con más cuidado. El alto guardián era

demasiado leal como para permitir que sus sentimientos personales interfirieran en su deber. Los clérigos habían dado pie al pánico que Dauneth tanto había temido, y como resultado eran asesinadas personas inocentes. El rey casi se sintió aliviado al descubrir que el alto guardián había analizado el asunto mejor que él, y eso significaba que Dauneth no estaba dolido, y el trono necesitaba de un guardián leal en Arabel. En cuanto tuvieran a Owden Foley y sus «Mazas sin Insignia» bajo control, quizás Azoun pudiera reparar el daño que había causado Tanalasta.

El pordiosero de ojos rojos pasó junto al escondrijo de Azoun y desapareció tras adentrarse en los árboles que había detrás del claro, seguido de cerca por los Mazas sin Insignia. Una línea de Dragones Púrpura surgió de la espesura para enfrentarse a la compañía de clérigos. Los Dragones no lucían los visores bajados y empuñaban las lanzas sujetas al estribo, pero la fiera expresión de sus rostros no dejaba lugar a dudas de que estaban dispuestos a emprender el combate. Los Mazas sin Insignia tiraron de las riendas y lograron detener las monturas ante los Dragones.

Confusos como estaban, los clérigos seguían decididos a capturar a la presa. Un puñado de ellos intentó pasar junto a los Dragones Púrpura, que empuñaron las lanzas en ristre para detenerlos. Otros volvieron grupas para rodear la línea de jinetes, pero fueron detenidos por otra columna de Dragones Púrpura que surgieron de entre los árboles para impedirles el paso. Incluso entonces, los clérigos no parecieron caer en la cuenta de que su encuentro con los jinetes del rey no era casual.

—¿Qué estáis haciendo? —Owden hizo un gesto para señalar hacia el bosque, donde había desaparecido el pedigüeño alto—. ¡Sigamos a ese hombre! ¡Es un peligro para estas tierras!

—No lo creo —dijo Merula el Portentoso, al salir del bosque con los ojos aún rojos y la capucha de la capa negra echada hacia atrás—. No soy yo quien se dedica a cabalgar por el norte, atemorizando a campesinos idiotas con todos esos cuentos de fantasmas oscuros y las plagas que se avecinan.

Owden se hundió de hombros, bajó la maza y clavó la mirada en el elegante mago.

—¿Merula el Gordo? ¡Explíquese! Está interfiriendo en una misión real, cuyo objetivo es resolver un asunto de la mayor importancia.

—¿De veras? —Azoun azuzó el caballo para que asomara del escondrijo a espaldas de los clérigos, acompañado por Dauneth Marliir y otra tropa de Dragones Púrpura—. Qué extraño, no recuerdo haber incluido a la compañía de «Mazas sin Insignia» entre las filas de los Dragones Púrpura.

Toda la banda de clérigos volvió grupas, pálidos al ver la corona que ceñía Azoun en la cabeza.

—¡Majestad!

Owden saltó de la silla, se arrodilló en el suelo e inclinó la cabeza. Sus clérigos,

que lo seguían a un paso, lo imitaron, moviéndose tan rápido que algunos de los Dragones más celosos de su deber estuvieron a punto de atravesarlos con las lanzas.

Azoun hizo un gesto para que retiraran las lanzas, y siguió mirando a Owden y a sus clérigos.

—De hecho, no recuerdo haber auspiciado la creación de ninguna compañía de clérigos, ni de haberles encargado... —Miró a Dauneth—. ¿Cuál es la frase, señor guardián?

—Creo que «una misión real, cuyo objetivo es resolver un asunto de la mayor importancia», sire.

—Ah, sí. —Azoun repitió la frase como si intentara refrescar su memoria, y después sacudió la cabeza—. No, estoy convencido de no haber dicho tal cosa.

Owden se atrevió a levantar la cabeza.

—Perdonad mi presunción, majestad, pero nosotros, esto... asumimos tal título.

—¿«Asumimos», maestro de agricultura Owden? —inquirió Merula. Se acercó hasta situarse junto a Owden, y después miró a Dauneth—. Sabrá que eso le convierte en un impostor. Les convierte a todos en impostores.

El rey se mordió la lengua, intentando desesperadamente reprimir la ira. Merula hacía lo posible por acorralar a Owden de manera que no le quedara más remedio que confesar que se había hecho pasar por un agente de la corona, o admitir que Tanalasta había desafiado las órdenes del rey. Al parecer, el mago seguía preocupado por el futuro de los magos guerreros después de que Tanalasta asumiera el trono... a pesar de contar con la garantía personal de Azoun de que su posición estaba garantizada, independientemente de quién pudiera sucederlo.

—¿Quizá fue la princesa Tanalasta quien le dio tales órdenes, maestro de agricultura Owden? —Merula siguió mirando a Dauneth.

Azoun hizo un esfuerzo por mantenerse impávido y guardar silencio. Aquel asunto estaba sometido a la jurisdicción del alto guardián, y la menor interferencia del rey sería interpretada como una muestra de favoritismo a los clérigos, o como una falta de confianza en la obediencia al deber de la princesa de la corona.

—Lamento decir que la princesa Tanalasta no nos ordenó nada. —Owden se dirigió directamente a Azoun—. Veréis, sire, se trataba de una emergencia. Tropezamos con un granjero que había visto al responsable de extender la plaga...

—Ese pordiosero alto por el que han estado preguntando —dijo Azoun, satisfecho de tener un pretexto para asumir el control de la conversación—. Sabrán, por supuesto, que sus preguntas han extendido el pánico.

—Mis disculpas, majestad —dijo Owden, señalando la capa púrpura—, pero ésa es la razón de nuestros disfraces. Esperábamos que las preguntas de una compañía de Dragones Púrpura parecieran menos sospechosas.

—Y quizá hubiese sido así, si en verdad hubieran actuado ustedes como una

compañía de soldados —dijo Azoun—. Pero al detenerse a reparar todos los campos azotados por la plaga que han encontrado a su paso, han persuadido a todo el mundo de que yo estaba tan preocupado por la situación que he nombrado a compañías enteras de clérigos para que la resolvieran.

—Quizá no falte mucho para que tengáis que hacerlo, majestad —dijo Owden.

—Estoy seguro de que eso es precisamente lo que más les gustaría a ustedes que sucediera —replicó Dauneth—, pero no pienso permitir que extiendan el pánico simplemente para convertirse en héroes a ojos del pueblo. Los campesinos ya empiezan a quemar los campos del vecino cuando aparece el primer indicio de la plaga, y siete hombres han sido asesinados por el simple crimen de obedecer a la descripción del pordiosero al que buscan.

Owden, cariacontecido ante semejantes nuevas, mantuvo la mirada clavada en Azoun.

—Lamento haber causado tantos problemas, majestad, pero aun así la situación en nada cambia. Es necesario encontrar al causante de extender la plaga e impedir que siga vagabundeando por nuestros campos. Mientras no lo consigamos, no podemos dejar de atender los campos que infecta e impedir que la plaga se extienda.

—No tardará en caer —dijo Azoun—. Todas las compañías de Dragones Púrpura al norte de Carretera Alta han sido puestas sobre aviso. No creo que haya muchas posibilidades de que la plaga se extienda por sí misma, al menos teniendo en cuenta que los campesinos queman las tierras ante el menor indicio de su aparición.

—No dudo que eso será de gran ayuda, pero nosotros tenemos mucha práctica en estos asuntos —dijo Owden—. Permitidnos proseguir nuestra búsqueda, si no como Dragones Púrpura, como humildes clérigos.

—Temo que eso no sea posible —dijo Dauneth.

Finalmente Owden prestó atención al alto guardián de las marcas.

—¿Va a arrestarnos?

—El señor guardián de las marcas no tiene elección —dijo Merula con media sonrisa dibujada en los labios—. Hacerse pasar por un agente de la corona es un grave delito, castigado con la pena de muerte.

—¿De muerte? —preguntó uno de los clérigos de Owden, una joven pelirroja de apenas veinte años—. ¡Sólo pretendíamos ayudar!

—Lo siento, pero a menos que la princesa Tanalasta les encargara esta misión... —sugirió Merula, dedicando a la joven una sonrisa de cocodrilo.

—No lo hizo —replicó Owden, volviéndose a la joven pelirroja con el ceño fruncido a modo de advertencia, para después incorporarse y acercarse a Dauneth—. Haga con nosotros lo que deba hacer, señor guardián, pero se lo ruego, no permita que ese oscuro pordiosero campe a sus anchas por estas tierras. Quizá la plaga le parezca a usted una cosa sin importancia, pero si nosotros no la hubiéramos

contenido...

Se acercó lentamente a las alforjas del caballo para no poner nerviosos a los guardias, sacó la maza de las cinchas y se la tendió a Dauneth por la empuñadura.

Azoun dirigió a Merula una mirada que no le dejó duda alguna acerca de cómo había encajado su desconfianza. Merula desvió la mirada y fingió no reparar en ella, plenamente convencido de que Vangerdahast lo protegería de la ira real. Su suficiencia era mejor argumento que cualquier cosa que pudiera haber hecho la princesa Tanalasta para desprestigiar a los magos guerreros.

Dauneth mantuvo las manos en la perilla de la silla de montar, sin hacer ademán de coger la maza del clérigo.

—De hecho, es posible que Merula haya llevado demasiado lejos todo este asunto. —El guardián dirigió una mirada inquisitiva al rey, que sonrió para sus adentros con expresión inflexible al tiempo que asentía cortésmente—. Creo recordar que estos ropajes os fueron dados por el mago de la corte con el propósito de escoltar a la princesa Tanalasta a las Tierras de Piedra.

—Y aunque quizás eso pueda darles a ustedes una excusa en ausencia de una orden real, eso no disculpa el hecho de que aún las lleven puestas —apuntó Azoun. Aunque aprobaba la capacidad de recursos de Dauneth, no estaba dispuesto a permitir que las Mazas sin Insignia camparan a sus anchas. Después de todo, había trabajado duro para controlar los alborotos de aquellos últimos días—. Deben responder por desobedecer mis deseos y reemprender la tarea de perseguir al pordiosero, en lugar de acompañarla a las Tierras de Piedra.

Owden volvió a introducir la maza en la tira de cuero que colgaba de la silla de montar, con una expresión de alivio dibujada en su rostro.

—Por supuesto, majestad. Hay una explicación muy sencilla para eso. De hecho, he llegado a pensar que era lo que Vangerdahast pretendía desde el primer momento.

—¿De veras? Eso justificaría muchas cosas. —Azoun levantó la mano para ordenar al maestro de agricultura que guardara silencio hasta que terminara de hablar—. Estoy seguro de que la reina querrá saber exactamente qué se dijo o se hizo. Le invito a usted y a los clérigos que le acompañan a regresar conmigo a Arabel, donde serán mis invitados hasta que hayan redactado un informe que satisfaga a la reina.

Los ojos de Owden se apagaron al comprender lo que el rey quería decir.

—Como ordenéis, majestad —dijo el maestro de agricultura, inclinándose envarado.

—Bien. Durante el camino de vuelta quizá sea usted tan amable de explicarnos a Merula y a mí todo lo que hayan descubierto sobre ese pordiosero y la plaga. —Azoun dirigió una sombría mirada a Merula, y añadió—: Estoy convencido de que los magos guerreros tomarán cartas en el asunto... al menos en cuanto tengan una vaga idea de lo que está ocurriendo.

La coletilla satisfizo tanto a Owden como irritó a Merula.

—Será un placer, sire. A Merula y a mí nos gusta mucho conversar mientras viajamos.

—Oh, muchísimo —gruñó el mago.

—Excelente —dijo Azoun sonriendo al ver la mirada de Merula. Tuvo la sensación de que finalmente había logrado hacerse con las riendas de la situación—. Dauneth, ¿dónde le parece que deberíamos hacer noche? Es demasiado tarde para emprender el camino de vuelta, y no queremos echar a este pobre campesino de su casa.

—Buena idea, sire —respondió el guardián, y después hizo algunos gestos a sus hombres para empezar los preparativos.

Azoun levantó la mirada al cielo vespertino y vio la luz que despedía la primera estrella que apareció por el este.

—Ha pasado tanto tiempo desde la última vez que lo hice. —Empezó a ponerse el anillo de sello en el dedo, y después dibujó mentalmente el rostro barbudo de Vangerdahast—. Tanto tiempo.

Cuando oyó en su mente la voz de Azoun, Vangerdahast estaba de pie sobre la hierba que cubría la orilla de la desembocadura del Estanque del Orco mientras los caballos pacían unos minutos.

«Esta noche dormiré bajo un manto de estrellas, amigo mío.»

Vangerdahast bajó la mirada y lanzó un hondo suspiro de cansancio. Aunque el anillo de sello del mago estaba en el interior de las alforjas que colgaban a lomos de *Cadimus* (como el resto de objetos mágicos), Azoun no tuvo mayores problemas para ponerse en contacto con él. Consciente de que debía estar disponible para la familia real incluso cuando se librara del anillo para trabajar en el laboratorio o tomar un baño, el mago supremo había adoptado la precaución de hacer aquellos anillos familiares de manera que ellos siempre pudieran ponerse en contacto con él, aunque no llevara puesto el suyo. Aquélla no era la primera vez que se arrepentía de haber tomado tantas precauciones (recordó de inmediato una noche en particular, acompañado por una ninfa marina muy juguetona), pero sí era la primera vez que podía causarle serios problemas, tan serios que incluso se asustó.

«Pues yo no creo que duerma un ápice, gracias a vos —replicó Vangerdahast, hablando en voz alta—. ¿Qué se os ofrece?»

«Aquí las cosas están bajo control. Ya puede traer a Tanalasta de vuelta en cuanto le parezca.»

«Me temo que eso no va a ser posible. —Vangerdahast empezó a rebuscar en las alforjas de Tanalasta los brazaletes, anillos y la capa—. Tanalasta ganó una apuesta. Nos encontramos en el Estanque del Orco.»

«¿Una apuesta?»

«No preguntéis más —dijo el mago—. La cosa ha empeorado.»

«¿No está dispuesta a abandonar la idea del templo?»

«Peor aún.»

«¿Qué podría ser peor que eso?»

«Un Cormaeril —explicó Vangerdahast—. Un explorador Cormaeril que adora a Chauntea, llamado Rowen. Yo diría que la ha impresionado más de lo deseable.»

«¡Creí que tenía usted un plan! —protestó Azoun—. ¿Qué clase de plan es éste?»

«No os pongáis nervioso. Quizás el explorador tenga un carácter desagradable, que odie a la realeza o algo parecido. —Vangerdahast cerró las alforjas de Tanalasta y se dirigió a lo largo del estanque hasta el campamento—. Pero en este momento tenemos problemas aún más acuciantes. Pedid a Alaphondar que busque toda la información posible acerca de una criatura llamada ghazneth. Es un fantasma, un demonio o algo peor, cuyas alas lo protegen de los efectos de la magia. No soy capaz de acabar con él.»

«¿Que usted qué?»

«Nos ha estado hostigando, y al parecer también ha importunado a Alusair. — Cuando Vangerdahast se acercó al campamento, oyó un chapoteo en el agua—. Quizá tenga algo que ver con la desaparición de Emperel, pero no lo sé. Aún no hemos podido encontrar a Alusair.»

«Esto no debería llevar tanto tiempo. ¿Qué diantre sucede?»

«Parece que la ghazneth siente cierta atracción por la magia —dijo Vangerdahast—, razón por la que Alusair tuvo que quitarse el anillo cuando intenté ponerme en contacto con ella desde la mansión de los Marliir. Me temo que no podremos hablar así mucho más rato, viejo amigo.»

«Espere —dijo Azoun, preocupado—. Enviaré a Merula, acompañado de algunos Dragones Púrpura... también tengo a Owden aquí, conmigo.»

«Eso no haría sino empeorar las cosas en lo referente a Tanalasta —repuso Vangerdahast—. Si las cosas vuelven a ponerse feas...»

«¿Vuelven?»

«No temáis, sire, la chica se manejó muy bien. —Vangerdahast se detuvo cerca de las piedras y bajó el tono de su voz—. Como estaba diciendo, siempre podremos teletransportarnos a Arabel.»

«Vangerdahast, espero que sepa lo que hace.»

«¡Pues claro que sí! —Vangerdahast parecía muy dolido—. Ahora no podemos abandonar... a menos que estéis dispuesto a permitir que vuestro desfile real se convierta en un cuadro de hortalizas.»

Azoun se limitó a proferir un gruñido como respuesta. El mago sonrió para sí, y se adentró en el campamento, donde vio a Rowen sentado junto a la orilla,

contemplando por entre el vapor un borrón blancuzco que tan sólo podía corresponder a la persona de la princesa Tanalasta, que flotaba en la superficie del oscuro estanque. Vangerdahast se acercó a ellos, boquiabierto y a grandes zancadas, atravesando el campamento para dar una suave patada con la suela en la espalda del explorador, y tirarlo de cabeza al agua caliente.

Rowen desapareció bajo la superficie durante unos segundos, y después asomó la cabeza a tres pasos a la izquierda con la espada desenvainada.

Cuando vio a Vangerdahast de pie bajo la luz de la luna, apartó el arma.

—¿Ha sido usted?

—Así es —gruñó Vangerdahast—. Y ya puede usted considerarse afortunado por haber recibido sólo un chapuzón. Espiar a la princesa de la corona cuando se baña podría considerarse un crimen contra la corona.

—¡Yo no espiaba a nadie! —exclamó Rowen, abriendo unos ojos como platos.

—¿Ah, no? Mirón.

—¡Vangerdahast! —Tanalasta nadó hasta la orilla y salió del agua, cruzada de brazos para ocultar como pudo su desnudez—. Es necesario que se disculpe ante Rowen. Yo le pedí que hiciera guardia mientras me bañaba.

—Dudo que le pidiera que os vigilara —gruñó el mago, pese a sospechar que quizá se le pudiera haber ocurrido tal cosa a la princesa. Vangerdahast miró fijamente a Rowen—. De haber cuidado de la seguridad de la princesa, en lugar de mirarla con esos ojos de bobo, quizá me habría oído acercarme.

—Vigilaba el horizonte —protestó Rowen. Aunque Tanalasta seguía cubriéndose con los brazos, el explorador se cuidó mucho de mirarla mientras hablaba—. Mi señora, debéis creerme. El motivo de que no le oyera...

—No le haga usted caso, Rowen —interrumpió Tanalasta—. Este viejo fisgón tiene fama de caminar de puntillas por todos los salones de palacio. Nadie puede mantener una conversación privada, sin haberse asegurado antes que está a solas, mirando tras las cortinas, vestidores y alcobas en veinte pasos a la redonda.

Aunque veinte pasos era una cifra poco aproximada, Vangerdahast optó por fingirse dolido.

—Aunque eso fuera cierto, princesa, ahora no estaba fisgoneando. —Se acercó a la orilla y tendió la capa a Tanalasta—. He estado hablando con vuestro padre.

Rowen se puso tan pálido como la luz de la luna, y después miró hacia el círculo de piedras.

—¿Está aquí el rey?

—No. —Vangerdahast hizo un gesto para que el explorador saliera del agua, y después apartó la mirada para que Tanalasta pudiera ponerse tranquilamente la capa—. Daos prisa, que no tenemos mucho tiempo.

—¿Tiempo? —Rowen salió del agua sin mirar a la princesa—. ¿Por qué?

—El rey está en Arabel —dijo Tanalasta mientras se ponía la capa. Hablaban a distancia.

—¿Magia? —preguntó Rowen, volviéndose hacia Vangerdahast—. ¡Alusair ya le advirtió que...!

—Pero no advirtió al rey, joven —repuso Vangerdahast—. Ahora, sea buen chico y prepare los caballos.

—Por supuesto. —La expresión de Rowen pasó de la rabia a la desazón—. Tiene usted razón, no disponemos de mucho tiempo.

El explorador envainó la espada, cogió su silla de montar y se dirigió donde estaban los caballos. Tanalasta hizo ademán de seguirlo, pero Vangerdahast la cogió del brazo.

—¿No olvidáis algo, princesa? —Señaló el lugar donde había dejado perfectamente dobladas la falda de montar y la túnica—. No deberíais tentar al pobre Rowen. No es justo que lo alentéis a obtener un premio que no tiene oportunidad de ganar.

—¿Y quién dice que no tiene oportunidad de hacerlo? —La princesa cogió su ropa y se dirigió hacia unas rocas para cambiarse.

Vangerdahast gruñó para sí. Sacó una moneda de oro del bolsillo, la arrojó al aire y recitó un encantamiento cuando empezó a caer. La moneda se detuvo a la altura de sus ojos.

—Vangerdahast, ¿ha perdido el juicio? —Tanalasta se asomaba detrás de la roca—. ¡Conseguiré atraerla!

—Eso me han dicho.

Vangerdahast cogió la moneda suspendida del aire y empezó a frotarla entre las palmas de sus manos. Un aura verdosa rodeó a la moneda, menos brillante que la luz de la luna que iluminaba la mano del mago.

—Ahora, observad y aprended, querida, observad y aprended. —Vangerdahast esperó a que Rowen volviera de preparar los caballos, y le preguntó—: ¿Adónde debemos dirigirnos, joven?

Cuando Rowen señaló hacia las colinas, Vangerdahast se volvió y arrojó la moneda en la dirección contraria. La moneda se alejó con un silbido en dirección al barranco, sobrevolando las tierras llanas y desapareciendo de su vista como una estrella fugaz.

—¿Una pista falsa? —preguntó Rowen.

—Bastará para que tomemos una o dos horas de ventaja —asintió Vangerdahast.

—Quizás infravalore usted la velocidad de la ghazneth.

Rowen se agazapó tras una roca, donde la luz de la luna iluminaba la lejana silueta de la ghazneth cuando ésta apareció sobrevolando la llanura.

—¿Cuánto tiempo permanecerá la moneda suspendida en el aire? —preguntó

Tanalasta.

—El tiempo que tarde la ghazneth en cogerla. —Vangerdahast siguió mirando la solitaria llanura, asombrado de la velocidad a la que había perdido de vista a la oscura criatura—. ¿Quién sabe?

—Antes de lo que nos gustaría —concluyó Tanalasta.

La princesa salió completamente vestida de detrás de las rocas; lucía dos brazaletes en un brazo, y se había echado la capa por encima de los hombros, sin cerrar el broche. Los brazaletes no irradiarían magia a menos que se pusiera cualquiera de ellos en el otro brazo, pero si cerraba el broche de la capa activaría automáticamente diversas medidas mágicas que a buen seguro llamarían la atención de la ghazneth. Vangerdahast se puso su capa por encima de los hombros sin abrocharla, y después de montar se alejaron en silencio del Estanque del Orco.

La pendiente se extendía ante ellos, cubierta por una oscuridad tan impenetrable como la tinta. Vangerdahast cabalgaba en silencio, vigilando el cielo oscuro que se abría a sus espaldas, y lamentándose para sus adentros del constante rumor de los cascos de los caballos. Esperaba ver en cualquier momento a la ghazneth surgir de la niebla que cubría el Estanque del Orco, aunque su mayor temor, en realidad, era no poder verla, que apareciera agitando sus alas de algún oscuro rincón del cielo y que los desarmara antes de poder lanzar un hechizo. Sus dedos seguían trazando signos de protección. Sólo el saber que la magia atraía al fantasma como si encendieran un fuego en mitad de la noche le impedía vocalizar las palabras arcanas que darían pie a que se activaran sus encantamientos.

Finalmente, coronaron la cresta de una colina y empezaron a atravesar un claro desnudo iluminado por la luna, sin una sola piedra detrás de la que poder ocultarse. Ni siquiera podían escudarse en la polvareda, puesto que las colinas hacían del viento algo demasiado errático y disperso como para cargar con toda aquella arena. Los tres espolearon sus monturas y cruzaron el claro al trote.

Finalmente, Vangerdahast empezó a tranquilizarse cuando alcanzaron el otro lado del altozano y descendieron al abrigo de las sombras del barranco adyacente, aunque Rowen no parecía muy tranquilo. El explorador siguió espoleando su montura, conduciéndolos hacia la cima de una colina arenosa casi al galope durante varios minutos, para desmontar después y recorrer a pie el cuello de un lecho de roca. Volvieron a montar cuando alcanzaron la cumbre, cabalgaron al trote hacia otra cima, y repitieron la misma operación tres veces más antes de que Rowen, finalmente, descendiera hasta el fondo de un barranco donde soplaba el viento, con intención de hacer un alto en el camino.

El explorador observó el cielo una vez más, y después hizo señas a Vangerdahast y Tanalasta para que se unieran a él.

—Seguiremos barranco arriba hasta que nos conduzca a las llanuras de Gnoll —dijo Rowen—, después nos dirigiremos al sur hacia los Picos de las Tormentas. Allí nos espera una gran polvareda, pero amainará un poco cuando amanezca. Buscamos un par de montañas que Alusair denomina los Ojos de la Mula.

—Seguro que las reconoceremos cuando las veamos —dijo Vangerdahast. No preguntó por qué Rowen les informaba de la ruta que iban a seguir. Con la ghazneth siguiéndoles la pista, si se separaban lo mejor sería que cada uno supiera adónde dirigirse—. ¿Allí nos reuniremos con Alusair?

Rowen rebulló en la silla sin apartar la mirada del sendero que seguían.

—De hecho, no. Allí estaba hace tres días, cuando recibió el mensaje de Tanalasta.

—¿Y dónde está ahora? —preguntó Vangerdahast, convencido de que no iba a gustarle la respuesta.

—Habrá que verlo —se encogió de hombros Rowen, antes de volverse a Tanalasta—. Podéis seguir el sendero, ¿verdad?

—Sí.

Rowen asintió como si no hubiera esperado menos, lo cual arrancó una sonrisa de sorpresa de labios de Tanalasta. Al no observar el efecto que sus palabras causaban en ella, siguió dirigiéndose a la princesa e ignorando por completo al mago supremo.

—Alusair parecía algo... reacia a abandonar su búsqueda —explicó el Cormaeril—. Nos dirigiremos al último campamento y le seguiremos la pista desde allí.

—Eso significa que aún no ha encontrado a Emperel. —Vangerdahast se inclinó cogido a la perilla de la silla, con la esperanza de sumarse a la conversación—. ¿Y qué ha estado haciendo allí arriba?

—Siguiéndolo, por supuesto —dijo Tanalasta—. ¿Va a dejarle hablar, Vangey?

Vangerdahast miró ceñudo a la princesa, que no pareció darse cuenta de ello. Quizás estaba demasiado pendiente del explorador.

—Siga usted, Rowen.

—Como ordenéis, alteza.

—Le recuerdo que le ha pedido que la llame Tanalasta —gruñó Vangerdahast. Aquel muchacho se estaba granjeando la atención de la princesa demasiado deprisa con aquella deferencia con que la trataba—. ¿Y por qué no iba a hacerlo? Después de todo, ya ha visto las joyas de la corona.

—¡Vangerdahast! —Tanalasta le dirigió una mirada fulminante, y después se volvió a Rowen—. ¿Debo recurrir a Rowen para que le recuerde quién manda aquí?

Rowen se volvió con la mirada febril y los ojos muy abiertos, iluminados por la luz de la luna. Miró el espacio que mediaba entre Tanalasta y Vangerdahast, y como quien no quiere la cosa apoyó la palma de la mano en el pomo de su acero. El mago estaba a punto de advertirle de su error, pero se contuvo y lo pensó dos veces. Cuanto más se mofara del muchacho, más se pondría Tanalasta de su parte.

Vangerdahast apartó la mirada, dispuesto a disculparse, lo cual no era precisamente plato de su gusto.

—Espero que la princesa me perdone. Sólo intentaba que el muchacho se sintiera más a gusto.

—Se llama Rowen —recordó Tanalasta.

—Por favor, si el mago supremo desea llamarme muchacho, no me ofenderé —dijo Rowen—. A decir verdad, han pasado tantos años ya desde que me llamaban así que lo encuentro divertido.

—Entonces no me importa que le haga reír, Rowen —dijo Tanalasta—. A partir de ahora, el mago supremo puede llamarnos muchacho y muchacha, y nosotros lo

llamaremos a él «abuelo».

—Estoy convencido de que la corte real considerará vuestra decisión muy divertida —replicó Vangerdahast, antes de morderse la lengua. Por mucho que confiaran en Rowen, Vangerdahast no iba a permitir que Tanalasta se enamorara de un Cormaeril. Después del asunto abraxus, equivaldría a comprometerse con un sembiano—. Si ya hemos terminado de hacer reír al joven Cormaeril, quizá pueda contarnos todo lo que sepa de Emperel.

Rowen miró a Tanalasta, esperando su asentimiento antes de responder.

—En realidad no hay mucho que contar. Encontramos su rastro a unos kilómetros al este de Halfgap y lo seguimos por el Sendero del Rayo de Piedra en dirección a Emboscada de Shouk, después fue como si de pronto hubiera encontrado el rastro de otra persona y lo hubiera seguido al sur, hasta una tumba al pie de unas colinas.

—¿Una tumba? —preguntó Vangerdahast.

—¿Muy antigua? —preguntó Tanalasta al mismo tiempo—. ¿De qué tipo?

—Era muy antigua, alteza —respondió Rowen—. Respecto al tipo, veréis, no soy precisamente un experto en la materia. Estaba situada bajo las raíces de un roble nudoso y viejo, de negra corteza y tan lleno de raíces que es una maravilla que se sostenga. Había unos signos antiguos grabados en el tronco, pero nunca los había visto en ninguna parte.

—¿Signos? —preguntó Tanalasta, cada vez más emocionada—. ¿Eran élficos?

—No sabría decirlo —respondió el explorador, encogido de hombros—. Eran sinuosos y elegantes.

—Parece élfico.

—Al igual que la tumba —admitió Vangerdahast.

—Piensa usted en el Árbol del Cuerpo...

—¿Pero retorcido y negro?

Rowen movía la cabeza entre uno y el otro, pero, aun así, no parecía comprender de qué hablaban.

—Nudoso y negro —dijo Tanalasta—. Sí, es muy interesante.

—Ningún elfo hubiera plantado nada parecido, y si se está pudriendo...

—Recuerde a los elfos malvados.

—Cierto, pero los elfos oscuros cultivan setas, no árboles —dijo Vangerdahast—. Y viven bajo tierra.

—Hablo de elfos del bosque, no de los elfos oscuros. ¿Ha olvidado usted el Año del Trueno Lejano?

—Si me per... —intervino Rowen, dirigiéndose hacia Tanalasta.

—La familia Bleth, cómo no —dijo Vangerdahast, interrumpiendo al explorador—, pero entonces Mondar estaba equivocado.

—Quizá se lo dijeron antes de matar a toda su familia —dijo Tanalasta—. Fue

una matanza... una matanza élfica.

—¡Discúlpeme! —exclamó Rowen, que levantó la voz lo suficiente como para hacerse oír—. Lamento decepcionarles, pero los elfos no tienen nada que ver con esa tumba.

Tanto Vangerdahast como Tanalasta fruncieron el ceño.

—¿Seguro? —preguntaron al unísono.

—Descubrimos unos anillos antiguos muy llamativos, y un peine de plata —explicó Rowen—, y un estilete, oculto en el mango de un abanico de bronce.

—Eso no es precisamente élfico —dijo la princesa.

—Ni los avambrazos de la siguiente tumba —afirmó Rowen.

—¿Había otra tumba? —exclamó Vangerdahast—. ¿Dos tumbas?

—De hecho —respondió Rowen, sacudiendo la cabeza— había tres... al menos tres vimos nosotros. Todas abiertas. Emperel siguió a quienquiera que fuera a cada una de ellas. Creemos que allí es donde se topó con la ghazneth.

Vangerdahast y Tanalasta guardaron silencio, intentando encontrar un sentido a lo que el explorador les explicaba. Las tumbas que describía Rowen no pertenecían a la Espada Durmiente. Vangerdahast visitaba esa caverna con cierta regularidad, para inspeccionar su estado y renovar el hechizo de estasis que mantenía a los jóvenes señores en animación suspendida, por lo que estaba convencido de que no había ni un solo árbol a tres kilómetros a la redonda.

—Las tumbas —dijo Tanalasta—. ¿Eran similares?

—Unas parecían más antiguas que otras —respondió Rowen—. O al menos los árboles estaban más crecidos, y tenían los mismos signos grabados en el tronco. Pero las cosas que había en cada una de ellas eran diferentes. En la última había un broche de un mago guerrero.

El explorador señaló con el dedo los broches de las capas que llevaban puestas sus acompañantes.

—¿No llevará por casualidad encima ese broche? —preguntó Vangerdahast.

—Lo siento. La princesa Alusair dijo que...

—Ya imagino lo que dijo —replicó Vangerdahast.

—¡Silencio! —ordenó Tanalasta en un susurro.

La princesa se adelantó a sus compañeros, y los obligó a detenerse. Vangerdahast dirigió su mirada al cielo, y su mano se cerró en torno al broche de la capa. Si la ghazneth los había encontrado sin haber recurrido a la magia...

Tanalasta extendió la mano para cogerlo del brazo.

—Orcos —susurró.

Vangerdahast estuvo a punto de lanzar un suspiro de alivio, pero entonces se dio cuenta de que era imposible despistar a los orcos sin recurrir a la magia y, a la vez, revelar a la ghazneth su posición. Observó el contorno de las colinas, mientras

planeaba una secuencia devastadora de hechizos en los que el fuego desempeñaba un papel preponderante. Si Tanalasta podía ver a esos marranos, también ellos podían verla. Los ojos de los orcos eran tan sensibles que percibían el calor que desprendía el cuerpo de una criatura en la oscuridad.

—¿Dónde? —preguntó Vangerdahast, al no advertir signo alguno de su presencia.

—No lo sé —respondió Tanalasta—, los huelo.

—¿Qué? —susurró Vangerdahast—. Si estuvieran tan cerca como para que pudiéramos olerlos, a estas alturas ya estaríamos muertos.

—Sí si dependiéramos de nuestro olfato —susurró Rowen—, pero Tanalasta se ha bañado, y puede oler algo más aparte de su propio olor.

El explorador desmontó y cogió un puñado de tierra, que resbaló entre sus dedos. En cuanto hubo determinado que la brisa soplaba por el barranco, condujo a Vangerdahast y a Tanalasta hacia la parte de la garganta de donde soplaba el viento y les pidió con un gesto que desmontaran. Los tres pasaron la siguiente media hora tropezando a oscuras, sin ver ni rastro de los orcos. Vangerdahast estaba a punto de insistir en que volvieran a montar, cuando un ruido lejano hizo eco en el barranco que había tras ellos. Se detuvieron para escuchar hasta que los orcos pasaron de largo, y después volvieron a montar y reemprendieron su camino barranco arriba.

Permanecieron en silencio durante otra media hora, hasta que alcanzaron la punta del barranco y ascendieron a la extensión de las Llanuras de Gnoll iluminada por la luna. Pese a las advertencias de Rowen, la polvareda no era tan intensa como había supuesto (al menos comparada con las llanuras cercanas al Sendero del Rayo de Piedra), pero Vangerdahast apenas podía distinguir en la distancia el muro oscuro de los Picos de las Tormentas. Por mucho que lo intentó, no vio ningún pico que le recordara a las orejas de una mula.

Se mantuvieron cerca del borde de la llanura, dispuestos a agazaparse tras el barranco en caso de que aparecieran los orcos o la ghazneth. Pasado el barranco, donde podían refugiarse, las vacías llanuras hicieron que Vangerdahast se sintiera desvalido e inseguro, y sólo pensar en cruzar aquel trecho a plena luz del día le impidió sugerir que acamparan al amparo de cualquier barranco.

Si la falta de abrigo inquietaba a Tanalasta y Rowen, no lo demostraron. Ambos cabalgaron uno junto al otro el resto de la noche, a tan poca distancia que sus piernas se rozaban de vez en cuando. Pese al cansancio y su petulancia habitual, Vangerdahast no estaba de humor para entrometerse en aquellos momentos, aunque fuera por el bien del reino. El explorador respetaba a la princesa por sus conocimientos y talento, y ella parecía responder a ese respeto con una amabilidad que no era precisamente forzada. Excepto Alaphondar y los miembros de su propia familia, nadie había tratado así a Tanalasta en palacio. Si había encontrado respeto en las Tierras de Piedra con Rowen Cormaeril, bien podía el mago supremo dejar a un

lado los intereses de Cormyr durante un par de horas. Pese a los problemas que le causaba, Vangerdahast amaba a la princesa como a una hija, y quería que fuera feliz como una reina.

Sin embargo, Vangerdahast jamás permitiría que se casaran. Permitir que un miembro de los Cormaeril subiera al trono constituiría un insulto para las familias que habían sido leales durante el asunto abraxus, y daría pie a malentendidos entre quienes habían intrigado contra la corona, pero el matrimonio no era el único camino que conducía a la satisfacción carnal. Si su amistad seguía por ese camino, quizá pudiera hablar con Tanalasta acerca de disponer de cierto asunto. En más de una ocasión había hecho lo propio por Azoun, y quizá fuera el medio de conseguir que olvidara todo ese sinsentido del templo real.

Al este, el horizonte empezaba a clarear ante la proximidad del amanecer. Vangerdahast oyó a la pareja murmurar en voz muy baja. Se encogió de hombros y bajó la cabeza hasta dar con la barbilla en el pecho; después espolé un poco su montura para que se acercara lentamente a fin de oír su conversación. Sus hechizos de fisgón eran mucho más efectivos y convenientes, pero con la ghazneth tan cerca, no tenía más remedio que recurrir a los métodos más convencionales.

—¿... Le llevó a adorar a la Madre? —preguntaba Tanalasta—. Chauntea no es una divinidad muy popular entre los miembros de la nobleza.

—Hasta que Gaspar nos deshonró, nosotros, los Cormaeril, no éramos una familia muy aficionada al politiqueo, sino a la tierra —respondió Rowen—. Chauntea consideró conveniente bendecir nuestras granjas, y nosotros la veneramos para corresponderla.

—Comprendo —dijo Tanalasta—. ¿Y usted aún la adora, pese a haber perdido sus tierras?

—Así es. —Rowen apartó la mirada, pero enseguida añadió—: Después de que redima mi nombre sirviendo al mando de la princesa Alusair, tengo la esperanza de que el rey, algún día, me conceda una pequeña propiedad.

Tanalasta extendió la mano para coger al explorador de la mano.

—No pierda la fe, Rowen. Chauntea siempre recompensa a quienes la sirven bien.

—Sí, quienes sirven a la Madre siempre obtienen su recompensa.

Aquel breve intercambio bastó para que Vangerdahast sintiera un escalofrío en el cuerpo. Golpeó los flancos del caballo con el tacón y se interpuso entre ambos, obligando a la princesa a retirar su mano.

—¿Ocurre algo? —preguntó el mago, fingiendo un bostezo. Comprendió que Rowen sería más peligroso como amante que como esposo—. ¿Algo va mal?

—Nada que un poco de consideración no pueda curar —respondió Tanalasta, contrariada.

—¿Interrumpo? —preguntó entonces el mago, mientras pestañeaba como si

estuviera adormilado. Sin embargo, por su tono de voz había dado a entender que prefería que no fuera así, y entonces paseó la mirada de la princesa a Rowen—. ¿Otra vez en danza con las joyas de la corona?

—¡Vangerdahast! —Tanalasta levantó la mano como si tuviera intención de abofetear al mago, después sacudió la cabeza, frustrada—. Aquí el único que se ha comportado de una forma lamentable es usted... ¡Y estoy segura de que no es necesario que se lo diga!

—¿Y bien? —insistió Vangerdahast, mirando con unos ojos como platos a Rowen.

—Sería un crimen si le respondiera como se merece, señor mago —respondió el explorador, cuyo rostro se ensombreció—, pero debe usted saber que está mancillando mi honor. Tan sólo albergo sentimientos puros hacia la princesa.

—Excelente. —Vangerdahast miró a Tanalasta lo suficiente como para torcer el gesto ante la furia que traslucía su mirada, y después se volvió de nuevo a Rowen—. Ya puede suponer lo inadecuado que sería que ella se... esto... se encariñara de usted.

—¿Que se encariñara? —preguntó Rowen, confuso—. ¿De mí?

—No le haga caso —dijo Tanalasta—. Vangerdahast es famoso por su mente retorcida.

—Comprendo —dijo Rowen, que de pronto se había envarado en la silla de montar—. En fin, no hay peligro de que suceda tal cosa. Los gansos no persiguen a los cisnes.

—No, así es —apostilló Vangerdahast—. Mantienen la distancia, porque de lo contrario la gente empezaría a tratar al cisne como si fuera una gallina.

—Yo no soy ninguna ave de corral. —Tanalasta levantó la barbilla y golpeó el cuello de su montura con las riendas, saliendo al galope—. Les agradecería a ambos que...

Su frase quedó interrumpida cuando su caballo profirió un agudo quejido.

Temiendo que el caballo de Tanalasta pudiera haberse partido una pata, Vangerdahast hundió los talones en los ijares de *Cadimus* y salió disparado tras la princesa. Al acercarse, la princesa volvió grupas y pasó al galope en dirección contraria, inclinándose en la silla para coger algo que había caído al suelo. De pronto surgieron una serie de gritos y burlas en la llanura, y el mago comprendió que el quejido del caballo se había debido a algo más serio que una pata rota.

Vangerdahast empujó a *Cadimus* hacia el ruido y vio un muro formado por siluetas de orcos que ascendía hasta el borde de la llanura. Los marranos no se encontraban a más de un centenar de pasos de distancia, y sus gruesos hocicos y orejas puntiagudas se recortaban contra el horizonte púrpura. Más cerca, una docena de formas jorobadas se incorporaban después de haber permanecido ocultos en una zanja próxima al lugar donde se encontraba Rowen. El explorador se esforzaba por

librarse del caballo para no quedar aplastado bajo su peso: la pobre bestia tenía cuatro lanzas alojadas en la caja torácica, y cada vez que intentaba ponerse de rodillas, parte de su aliento surgía en forma de vaho por los orificios de sus heridas.

Tanalasta detuvo su montura junto al caballo postrado y se inclinó para tender la mano a Rowen. Cuando éste aceptó la mano de la princesa, otra lanza atravesó al caballo, que profirió un nuevo gemido. Otra lanza, o quizás una flecha, pasó tras la espalda de la princesa, y dos más fueron a clavarse en la grava que pisaban los cascos de su caballo. El explorador volvió la mirada hacia las zanjas donde se habían emboscado los orcos, y soltó la mano de Tanalasta porque la primera docena de orcos apenas distaban unos diez pasos.

—No hay tiempo, princesa. ¡Marchaos!

—¿Y dejarle a usted aquí? ¿Qué clase de dama sería si hiciera tal cosa? — Tanalasta desmontó de la silla y miró a Vangerdahast—. ¡Haga algo!

Pero no era necesario dar órdenes al mago, que ya estaba empuñando una de sus varitas preferidas. En cuanto Tanalasta saltó de la silla para librar a Rowen del peso del caballo, el mago pronunció la palabra mágica y blandió la varita hacia el orco más cercano. El salvaje gritó conmovido y rodó por el suelo sin poder evitar partirse la crisma en el terreno empedrado. El mago repitió tres veces más el mismo gesto, antes de que la princesa empujara el caballo lo suficiente para que Rowen pudiera soltar el pie del estribo. El explorador se libró del caballo muerto y se incorporó, bloqueando a Vangerdahast el ángulo de visión.

—¡Por el Dragón Púrpura! —Vangerdahast se movió para conseguir un buen ángulo de visión, y después hizo volar a otro orco. Los demás se acercaban por un flanco, y no tardarían en alcanzar la distancia adecuada para arrojar sus lanzas—. ¡Tanalasta, quitad de en medio a ese idiota!

—Medid vuestro lenguaje, Vangerdahast. —Tanalasta volvió a montar en su caballo, y cerró el broche de su capa—. Olvide su caballo, Rowen, ha llegado el momento de la retirada.

Vangerdahast se detuvo al otro lado del caballo de Rowen y despejó la zona con tres pases de varita, guardándola a continuación en la manga de la túnica, mientras con la otra mano buscaba algo en la capa. El tiempo que tardó en encontrarlo le pareció una eternidad, quizá porque no cesaba de otear el cielo del amanecer en busca de las alas oscuras de la ghazneth.

Rowen hundió la espada en la cabeza del caballo y cogió la mano que le tendía la princesa, montando en la grupa del caballo, tras ella. Lanzó un tajo a algo que había al otro lado, y un orco profirió un grito agudo. Tanalasta acarició el brazalete y despachó a otros cuatro orcos con cuatro rayos dorados mágicos. Después volvió grupas y hundió la mano en el bolsillo de huida. Se produjo una detonación casi inaudible, y Vangerdahast observó en el reflejo de los ojos del caballo muerto a tres

orcos aturdidos ante lo que habían visto.

El mago soltó las riendas e hizo un gesto con la mano libre para que dos de ellos explotaran tras ser alcanzados por rayos mágicos, y en ese preciso momento encontró con la mano que rebuscaba en la capa una pequeña barra de hierro. Señaló con ella al tercer orco tembloroso y murmuró un rápido hechizo.

—Nada se mueve.

El orco dejó caer los brazos a los costados, y Vangerdahast rebulló en la silla para enfrentarse al contingente más importante de la horda que estaba a tan sólo unos treinta pasos de distancia. Cogió un pequeño vial del bolsillo de su capa, lo destaponó rápidamente y después señaló con la mano un punto situado a unos quince pasos. El mago empezó a recitar un largo encantamiento mientras vertía del vial un polvillo blanco. El polvillo, a medida que caía, se convertía en humo, y una llama diminuta cobró vida en el lugar donde había señalado.

Cuando terminó, los orcos habían empezado a arrojar lanzas contra él. La distancia seguía siendo considerable para que las armas resultaran efectivas, pero Vangerdahast no podía arriesgarse. Rodeó el caballo muerto de Rowen y esperó a que los primeros marranos alcanzaran la línea de llamas diminutas que había formado en el suelo para pronunciar la palabra mágica.

Entonces cobró vida un muro de luz cegadora, de llamas que se elevaron unos siete metros en el aire y se extendieron a lo largo de trescientos pasos en ambas direcciones. El silencio relativo que habían disfrutado hasta el momento se truncó ante los gemidos y gritos de los orcos moribundos, y el hedor a carne quemada se hizo insoportable. Unos bultos parecidos a espantapájaros envueltos en llamas se separaron del muro y trastabillaron confusos de un lado a otro durante algunos minutos, antes de caer inmóviles al suelo, donde continuaban ardiendo hasta quedar reducidos a cenizas.

Vangerdahast no bajó la guardia hasta que se hubo asegurado de que ninguno de los enemigos que había franqueado el muro de fuego continuaba con vida, y luego se volvió hacia el orco al que había ordenado permanecer inmóvil. El marrano seguía de pie en el mismo lugar, mirándose la punta de los pies con los ojos muy abiertos e inyectados en sangre. El mago cabalgó hasta su altura, lo desarmó de una patada y volvió a levantar la mirada hacia el cielo. El sol ya se había destacado en el horizonte, y una luz intensa se extendía hacia el oeste a través del cielo. El viento (como les había dicho Rowen) había amainado, y no había polvareda alguna que impidiera la visibilidad.

Vangerdahast estudió el cielo hasta estar seguro de que la ghazneth no se encontraba en el lugar, después desmontó y frotó un pequeño retal de seda sobre la armadura pegajosa del prisionero. El orco le espetó algo en su lenguaje gutural, probablemente suplicándole que dejara de jugar con él y terminara de una vez por

todas con su suplicio. El mago se limitó a sonreír y susurró con voz suave un hechizo. Hundió el pedazo de seda en la boca de la criatura y volvió a montar en su caballo para alejarse cierta distancia antes de gritar:

—¡Huye!

El orco trastabilló un solo paso y recuperó la libertad de movimiento. Después de mirar brevemente a Vangerdahast, se dio la vuelta y echó a correr sin detenerse a recuperar la lanza. El mago volvió grupas al sur, en dirección a los Picos de las Tormentas, y vio que sus compañeros agitaban el brazo en el aire para llamar su atención desde la cresta de una pequeña estribación a algo más de un kilómetro de distancia. Tras ellos, el terreno pelado y duro de las Llanuras de Gnoll daba paso a un laberinto tortuoso de agujas de color pardo y cañones retorcidos, que lentamente se elevaban hacia las desiertas lomas de dos picos tan delgados como altos, que sólo podían corresponder a las Orejas de Mula.

Vangerdahast cerró el broche de la capa y hundió su mano en el bolsillo de huida. Una puerta negra surgió ante su mirada acompañada de un susurro, y sin perder un segundo espoleó al caballo para atravesarla. No podría recurrir al bolsillo durante el resto del día, pero disponía de otros medios para abandonar rápidamente un lugar. Además, Tanalasta ya había utilizado el suyo, y no tenía ninguna intención de ir a ninguna parte si no era con ella... sobre todo teniendo en cuenta que ahora Rowen montaba el mismo caballo.

Un instante después, Vangerdahast estaba sentado junto a sus compañeros, esforzándose por aclimatarse a su nueva ubicación. La teletransportación, aunque fuera a tan corta distancia, siempre le dejaba a uno aturdido durante unos minutos. Tanalasta lo cogió por el hombro y soltó el broche de la capa.

—¿Se encuentra bien, Vangey? —preguntó sin soltarlo del hombro—. Es usted un auténtico grano en el culo, por muy supremo que sea, pero lo último que querría es perderlo a manos de un orco.

—Estoy muy bien. —Vangerdahast pestañeó para sobreponerse a la confusión. Se encontraban mucho más cerca del laberinto de lo que había supuesto, y la boca de un cañón enorme cubierto de fango se encontraba apenas a unos cien pasos de distancia—. Apresurémonos. He perdonado la vida a un orco para imbuirle un poco de magia, pero con esta luz la ghazneth no tardará en descubrir el engaño.

Cuando Vangerdahast hizo ademán de adelantarse, Rowen se inclinó en la silla para coger al caballo del bocado.

—Éste es el camino que conduce a las Orejas de Mula. —Señaló hacia un cañón más pequeño que se encontraba a setecientos metros al este—. En cambio, en ese otro cañón sólo encontrará usted problemas y caminos que no llevan a ningún sitio.

—Entonces no perdamos el tiempo hablando de ello —gruñó el mago—. ¿Y por qué no cabalga usted conmigo? Cadimus es un...

Vangerdahast no se molestó en concluir la frase, porque Tanalasta ya había emprendido al trote el camino que conducía al cañón lejano. Espoleó su montura para seguirla, preguntándose con aire distraído si habría algún modo de convencerlos de que Chauntea no vería con buenos ojos que una pobre yegua tuviera que cargar con semejantes mocetones.

Cuando entraron agachados en el pequeño cañón, el sol ya se había alzado en el horizonte. El terreno de la garganta era incluso más desolado que el que habían encontrado a su paso por la llanura, ya que sólo había algunos muros erosionados cubiertos de tierra y algún que otro matojo raquíptico de arbustos. Hicieron un alto a unos treinta pasos del lugar por el que habían entrado, para que sus cansadas monturas pudieran beber de las aguas de un arroyuelo fangoso, paréntesis que Vangerdahast aprovechó para regresar a la embocadura del cañón y buscar a la ghazneth con la mirada. No pasó mucho tiempo antes de que viera un par de alas provenientes del oeste, que trazaron círculos alrededor de la cortina de humo que despedía el muro de fuego que había invocado, para después alejarse en la misma dirección que había seguido el orco en su huida.

Vangerdahast esperó hasta estar seguro de que la criatura había desaparecido para recorrer el cañón lo más deprisa que pudo.

—Tenemos que irnos. En unos cinco minutos nuestra oscura amiga habrá descubierto el engaño.

Rowen tendió las riendas de *Cadimus* al mago y se volvió hacia la montura de Tanalasta.

—Ejem... Estoy seguro de que disfruta usted compartiendo la montura de la princesa, joven, pero *Cadimus* es el doble de fuerte que su caballo. —Vangerdahast montó y ofreció la mano al explorador—. Iremos más rápido si monta usted conmigo.

—Buena observación.

Rowen se acercó al mago para coger su mano, pero Tanalasta se adelantó al saltar de su silla.

—De hecho, iremos más deprisa si cambiamos de montura. —La princesa extendió su mano para dar una palmada al mago en la barriga—. Rowen y yo juntos no pesamos más que usted solo. Usted montará mi yegua, y permitirá que el pobre *Cadimus* cargue con nosotros.

—Una buena idea —replicó el mago—, pero ya sabéis lo temperamental...

—*Cadimus* es más bien un poco cobardica —repuso Tanalasta—. No tuve el menor problema para controlarlo en el Sendero del Rayo de Piedra... ¿o acaso ha olvidado usted quién se lo devolvió?

—De acuerdo —gruñó Vangerdahast—. No puedo permitir que perdamos el tiempo discutiendo hasta que nos encuentre la ghazneth.

Intercambiaron las monturas y reemprendieron el camino que discurría por el cañón. Al principio, Vangerdahast intentó vigilar atentamente el cielo del norte, pero no tardó en darse cuenta de lo inútil que era, pues tenían que dar vueltas y más vueltas por aquel laberinto. No pudo imaginar cómo se las apañaba Rowen para saber

adónde iban. El explorador se adentraba sin titubear por recovecos y cañones laterales, que doblaban para volver por donde habían venido, antes de doblarse de nuevo y tomar una nueva dirección que era imposible reconocer. Durante un tiempo, Vangerdahast creyó que el explorador seguía algún rastro o que reconocía los montoncitos de piedras, pero cuando se atrevió a dejar de mirar al cielo no vio nada parecido.

Después de cabalgar durante casi dos horas, el cañón desembocó en una cuenca amplia y llana surcada por más de una docena de gargantas diminutas. Al llegar a ella, los tres se detuvieron sin desmontar y dieron de beber a sus caballos gracias a una fuente de agua fangosa. Vangerdahast observó el sol en el cielo y finalmente pudo determinar hacia dónde se dirigían, aunque tal información no le sirviera de nada.

—Rowen, ¿cómo sabe usted adónde se dirige? —preguntó—. Yo ni siquiera soy capaz de distinguir en qué dirección vamos.

—¿De veras está admitiendo que hay un truco que el mago supremo no conoce? —bromeó Tanalasta—. No creo que deba usted responder, Rowen.

—Hay un montón de trucos que no conozco —respondió Vangerdahast—, y gracias a vos nunca dejaré de aprender cosas.

—Éste en particular no tiene ningún secreto. —Rowen ofreció a Vangerdahast un palito plano con unas muescas grabadas en diversos ángulos a lo largo de los bordes, y le dijo—: Es un mapa grabado en una vara. Gracias a él puedes llevar el cálculo de los giros y las direcciones que has...

—Por las muescas que hay a los lados —interrumpió Vangerdahast, que examinaba la vara—. Y el ángulo confirma que ha llevado usted bien la cuenta.

—Muy bien —rió Tanalasta—. Aún le convertiremos a usted en un explorador de primera.

Vangerdahast la miró impávido y devolvió la vara a Rowen.

—Cuando uno dispone de la magia, no necesita las varas.

—Excepto cuando no se puede recurrir a la magia —replicó Tanalasta.

La princesa señaló hacia la pared occidental de la cuenca, donde se proyectaba una diminuta sombra, que se alargaba o encogía en función de las características del terreno. Vangerdahast volvió la mirada hacia el camino que habían recorrido, y observó las huellas que habían dejado sus monturas al pasar por encima del barro seco:

—Tanalasta —dijo el mago supremo—. Sé que prometí no volver a mencionar el tema...

—Pues no lo haga —interrumpió la princesa con dureza—. No pienso volver a Arabel hasta que no haya hablado con Alusair.

—Escuchadme. Esta criatura es muy peligrosa. Reunamos algunos magos más y

volvamos acompañados por una escolta de Dragones Púrpura.

—Y cuando el rey sepa lo que ocurre aquí y le ordene que me deje en Arabel, ¿le desafiará usted y permitirá que le acompañe?

—Supongo que no, pero lo tendré en cuenta. —El mago reanudó la marcha para adentrarse en el terreno difícil que se abría a su paso—. Cuando la ghazneth descubra nuestro rastro, no creo que tarde mucho en encontrarnos.

—Más de lo que usted se imagina —dijo Rowen—. Estas tierras se extienden a lo largo de centenares de kilómetros por la base de las montañas, y los cañones son profundos. No es fácil distinguir lo que se mueve en su interior, ni siquiera asomándose al borde, y aún menos desde el cielo.

—Espero que esté usted en lo cierto, Rowen —dijo Tanalasta—, aunque Edwin Narlok expone una teoría en su ensayo *Caza de halcón*, según la cual la visión de las aves de presa es mucho más aguda que la nuestra.

—No he leído ese libro —se excusó Rowen, incómodo—, pero diría que eso tiene sentido. De lo contrario, les costaría mucho cazar desde semejante altura.

—Pero la ghazneth no es un ave de presa...

—Sin embargo, debemos ser precavidos. —Vangerdahast sacó un guante de lino del bolsillo y lo plegó en su palma, donde podría cogerlo en cualquier instante—. La próxima vez recordadme que no debo apostar con vos, alteza.

—Si lo que estáis pensando es... —dijo Tanalasta abriendo los ojos desmesuradamente.

—Las apuestas son cosa sagrada —la tranquilizó Vangerdahast—. Esto es para la ghazneth. Cuando nos encuentre, atacadla con todo lo que tengáis a mano. Tendréis que ganar tiempo para que yo pueda actuar.

—Como quiera —dijo Tanalasta sin apartar la vista del guante.

Consultó el mapa de Rowen grabado en la vara, y después siguió el camino de la cuenca hasta llegar a un cañón lleno de sombras cuya boca desprendía olor a humedad. La boca era tan profunda como un pozo, y tan angosta que a menudo Vangerdahast rozaba las paredes con ambas rodillas. Incluso en el punto más ancho no cabían ambos caballos juntos, y el camino se retorcía como una serpiente. El mago no pudo imaginar peor lugar para sufrir una emboscada, y no perdió de vista el estrecho pedazo de cielo que se dibujaba sobre sus cabezas.

Vio a la ghazneth en dos ocasiones durante las cuatro horas siguientes. La primera vez fue al distinguir una V diminuta, recortada contra el cielo azul. No era mayor que su uña, y visible por tan breve espacio de tiempo que podría haber obedecido a la silueta de un buitre enorme. La segunda vez, al mago no le cupo la menor duda. Apareció sobre el cañón, tras ellos, lo bastante grande como para que sus alas y el cuerpo dibujaran una cruz inconfundible, que trazaba lentos círculos y miraba hacia abajo, buscando algo en aquel laberinto.

Convencido de que el fantasma había descubierto su rastro, Vangerdahast volvió a sugerir que lo mejor era teletransportarse a Arabel. La única respuesta de Tanalasta consistió en pedirle que les dejara la yegua, y siguieron avanzando en silencio durante el resto de la tarde. Con el sol oculto durante la mayor parte del trayecto tras un borde u otro del cañón, tuvieron cierta dificultad para calcular el paso del tiempo, pero Vangerdahast estaba convencido de que tenía que ser primera hora de la tarde cuando de pronto el suelo de la garganta se volvió más sólido. Las paredes ya no parecieron alzarse tan altas sobre sus cabezas y el aire rancio se volvió más cálido y más árido.

—No tardaremos en dejar atrás las tierras difíciles —dijo Rowen—. Ya queda poco para llegar al lugar donde estuve con Alusair por última vez.

—¿En una de las tumbas abiertas? —preguntó Tanalasta, que no esperó la respuesta del explorador—. Será muy interesante.

Vangerdahast estaba a punto de citar aquel aforismo sobre el gato y su curiosidad, cuando oyó un golpe seco a su lado. Miró hacia abajo y vio un cráter de diez centímetros en el fango seco, y un fulgor de oro apenas visible en el fondo. El mago frunció el ceño, intentando imaginar cómo una moneda de oro había acabado allí, después levantó la mirada.

—Cuida... —gritó alarmado.

Una forma cuadrada se adentró en el cañón a trompicones y lo golpeó en el pecho. De pronto sus pulmones se quedaron sin aire, y sus pies abandonaron los estribos. Se encontró tendido de espaldas, respirando a grandes bocanadas y gimiendo de dolor. Todo en el cañón fueron gritos, magia luminosa y cascos de caballos que volaban de un lado a otro, y finalmente se dio cuenta de que seguía tendido en el suelo mientras la batalla seguía su curso.

Vangerdahast se sentó como pudo y encontró un torso sin piernas ni cabeza desparramado sobre sus piernas. Empujó horrorizado aquel cuerpo, y entonces reconoció la armadura hedionda del orco que había utilizado como señuelo. Tan aturdido estaba que no pudo apreciar la ironía de que la ghazneth se lo hubiera devuelto.

Los cascos de un caballo golpearon el tobillo de Vangerdahast. Un dolor lacerante subió por toda su pierna antes de que cogiera la herradura y apartara a la bestia de un empujón. Oyó la voz de Tanalasta, que recitaba el único encantamiento que sabía, y un relámpago de luz dorada iluminó las paredes del cañón. Vangerdahast sacudió la cabeza para despejarse, y vio las botas de Rowen pasar al otro lado del caballo, momento en que se le ocurrió pensar que debía hacer algo antes de que la ghazneth los matara a todos, uno tras otro. Abrió la mano y descubrió que el guante había desaparecido.

—¡Vangerdahast! —gritó Tanalasta—. ¡No podré aguantar mucho más!

Vangerdahast asomó la cabeza y vio que *Cadimus* se volvía de lado en el cañón, con la princesa cabalgando a su lomo, señalando a la parte alta del cañón, mientras se golpeaba las muñecas sin que eso sirviera de nada. Había utilizado los brazaletes para realizar una descarga de rayos mágicos y el único hechizo de combate que conocía para disparar otra, por lo que pasaría algún tiempo antes de que pudiera atacar de nuevo. Los brazaletes sólo necesitaban unos minutos para recuperar su carga mágica, pero en el fragor del combate unos minutos eran una eternidad. El mago siguió con la mirada la dirección en que señalaba Tanalasta, y pudo distinguir a la ghazneth.

Era demasiado grande como para volar en aquella garganta tan angosta, de modo que la criatura descendía por la pared del cañón, con la cabeza por delante y las alas enormes encogidas a ambos lados del cuerpo. Ya había recorrido la mitad del camino, y sus ojos blancos observaban el suelo del cañón, donde Rowen permanecía de pie para enfrentarse a ella tan sólo con la espada y una daga herrumbrosa.

Sería más fácil de lo que Vangerdahast había pensado. Extrajo una bolita de telaraña pegajosa que guardaba en un bolsillo de la capa y la arrojó contra la criatura mientras murmuraba el hechizo. Ante el sonido de su voz, la ghazneth volvió la cabeza hacia donde se encontraba el mago, y al verlo se impulsó a sí misma desde la pared y cayó con las garras extendidas para abrir en canal a Rowen. La telaraña se abrió sobre el muro, pero logró atrapar a la criatura por una rodilla e, inesperadamente, consiguió detenerla.

Vangerdahast suspiró aliviado, después se puso en pie y encontró el guante bajo su montura. Logró recuperarlo pese a tener que esquivar las coces, y sacudió el polvo que lo cubría. Entonces sopló en la abertura del guante y susurró un encantamiento. Los dedos se inflaron una vez, abandonó sus manos y empezó a flotar en el aire, ante su mirada. El mago sacó del bolsillo un vial lleno de moscas disecadas, y colocó uno de aquellos insectos diminutos en la palma del guante flotante.

Mientras Vangerdahast hacía todo esto, la ghazneth profirió una letanía de maldiciones incomprensibles y batió sus alas contra la ladera de la garganta, intentando librarse de la telaraña que la había atrapado. Al ver que no conseguía nada, forcejeó girando sobre sí misma con intención de emprenderla a golpes con la telaraña. El filamento se partió con un ruido seco e imperceptible, momento en que el fantasma cayó a plomo de espaldas contra la pared. Rowen se abalanzó sobre la criatura en cuanto cayó, apartó sus alas con dos golpes de espada, y después se arrojó a fondo daga en mano, con intención de hundirla en su cuello.

Un grito sobrenatural reverberó en las paredes del cañón. La ghazneth giró sobre sí misma, golpeó con el ala al explorador, al que arrojó por los aires contra el cañón para ir a dar contra *Cadimus*. Tanalasta y Rowen cayeron al suelo con el caballo en una confusa maraña, momento que aprovechó el fantasma para ponerse en pie. Aunque el agujero del pecho, cortesía de Vangerdahast, se había cerrado por

completo, la daga herrumbrosa seguía clavada hasta la empuñadura, manando una sangre oscura alrededor de la hoja.

—¡Rayos del rey! —gritó Tanalasta.

Cuatro rayos dorados pasaron junto a Vangerdahast, pero la ghazneth se había protegido con una de sus alas antes de que los rayos la alcanzaran. El apéndice adquirió una tonalidad blancuzca, mostrando el entramado de cartílagos en forma de abanico.

Vangerdahast cerró la mano y señaló a la criatura, momento en que el guante volador se cerró alrededor de la mosca que tenía en la palma y se dirigió hacia el lugar indicado por el mago. Cubriéndose con el ala, la ghazneth se dispuso a incorporarse. El mago guió el guante para que evitara el ala, y después bajó la mano e hizo ademán de propinar una bofetada. El guante extendió sus dedos y enganchó de una palmada la mosca en la cabeza del fantasma.

—¡Luz! —ordenó Vangerdahast.

Un globo de luz mágica engulló la cabeza de la ghazneth. La criatura profirió un grito y retrocedió de un salto, moviendo la cabeza como loca, pero no consiguió desprenderse de la luz.

Vangerdahast bajó su mano y cerró los dedos como si esgrimiera con fuerza la empuñadura de un cuchillo. El guante desapareció tras el ala del fantasma, y un gruñido fruto de la sorpresa recorrió todo el cañón. El mago movió su mano arriba y abajo. El guante subió y bajó al ritmo de su voluntad, cogiendo el cuchillo herrumbroso de Rowen y salpicando las paredes de la garganta con chorros de sangre oscura.

La ghazneth profirió un grito y bajó su ala, revelando sin tapujos el aura brillante que había engullido su cabeza. Aleteó como una loca, pero su empeño por atrapar el guante flotante fue inútil. No podía ver nada en el interior de aquel globo dorado, salvo la intensa luz amarillenta. Vangerdahast movió la mano sin perder un segundo: la daga herrumbrosa trazó un arco en el aire y se hundió en la caja torácica de la criatura. La ghazneth se dobló sobre la herida, de la que manaba abundante sangre, y emprendió la huida por el cañón, rozando las paredes con las alas mientras profería alaridos de rabia.

Vangerdahast salió corriendo tras ella, pero la criatura era rápida como un león. Antes de dar el tercer paso, el mago fue consciente de que jamás la alcanzaría y se dio la vuelta para ver a Tanalasta montada en su yegua, y tendiendo la mano a Rowen para que subiera a la grupa. Aunque el explorador no había sufrido herida alguna, parecía aturdido por el golpe. *Cadimus* estaba detrás de la yegua, con los ojos abiertos como platos y atontado, pero poco más. Vangerdahast tomó las riendas del caballo y se encaramó a la silla.

—¡Adelante! —Aunque uno de los hechizos de luz de Vangerdahast solía durar

todo un día, sospechaba que la ghazneth no necesitaría tanto tiempo para absorber la magia del hechizo y volver más rabiosa que nunca—. ¡Como podéis suponer, eso no la matará!

—Sí, pero al menos está herida. —Tanalasta hincó los talones en los flancos de la yegua, que emprendió el galope por el cañón—. Algo hemos conseguido.

Vangerdahast la siguió, desplazando el guante para recuperarlo. Temeroso de perder la daga de Rowen, cogió el arma ensangrentada de la mano mágica. Descubrió sorprendido que se trataba de un arma sencilla forjada al hierro. Los demonios odian el hierro, pero la ghazneth no era un demonio, no podía serlo. Limpió el arma en la manta que colgaba de las alforjas y la sujetó a su cinturón. Después, cogió con fuerza el guante suspendido del aire y lo guardó en el bolsillo correspondiente.

Habían doblado al galope dos esquinas muy cerradas, cuando Tanalasta profirió un grito y tiró de las riendas. Aunque esperaba encontrar una banda de orcos bloqueando el paso, porque era imposible que la ghazneth hubiera superado los efectos de su hechizo de luz tan deprisa, Vangerdahast introdujo la mano en la capa y cogió un pedazo de azufre mientras se colocaba junto a la princesa. A veinte pasos de distancia, el cañón estaba bloqueado por una enorme puerta de acero.

—¡Por las nueve puertas del infierno! ¿Qué hace ahí esa puerta?

Rowen se incorporó para mirar por encima del hombro de Tanalasta, y después cerró los ojos y sacudió la cabeza para aclarar las ideas.

—¿Está seguro de que es por aquí? —preguntó Tanalasta.

—Es por aquí —replicó Rowen—. Será una ilusión. En una ocasión nos encontramos con una justo antes de abrir la segunda tumba.

—¿Una ilusión? —Vangerdahast agitó la mano en dirección a la puerta y masculló una letanía de sílabas místicas—. ¡Desaparece!

La puerta desapareció instantáneamente y en su lugar apareció una figura oscura y rechoncha de grandes ojos rojos y una nariz enorme, roja de tanto beber. Ceñía una corona deslustrada, sobre un pelo largo y enmarañado, y el agujero que tenía por boca tan sólo podía adivinarse entre la barba cerrada que cubría buena parte de su cara gracias a cuatro colmillos amarillentos y la lengua que se agitaba inquieta.

—¿Qué? ¿No llaman? —graznó el hombrecillo. Levantó los brazos al cielo en un gesto extraño que Vangerdahast no comprendió muy bien—. ¿Hacen desaparecer mi puerta?

El extraño personaje estaba desnudo como dios lo trajo al mundo, tenía una piel brillante del color de la obsidiana y una barriga del tamaño de una olla sopera. En sus dedos lucía unas uñas rotas y amarillentas, unas alas plegadas tras los hombros, y una interminable procesión de parásitos sobre el vello de su cuerpo.

—Otra... —Vangerdahast estaba tan sorprendido, que apenas pudo vocalizar la pregunta—. ¿Otra ghazneth?

—¡Por supuesto! —Tanalasta parecía más emocionada que asustada—. Han abierto tres tumbas.

—Tres... que sepamos —precisó Vangerdahast.

La ghazneth batió sus alas. Cuando los apéndices dieron contra las paredes del cañón, lanzó una rabiosa maldición y empezó a caminar hacia ellos.

—¡Ya está bien! —Vangerdahast soltó las riendas y extendió el brazo para coger a sus compañeros por la muñeca—. Agarraos.

—¡Yo no! —exclamó Rowen, abriendo desmesuradamente los ojos.

El explorador se libró del mago, cogió la daga del cinto de Vangerdahast y saltó de la yegua. La ghazneth acortó la distancia hasta acercarse a diez pasos.

—Rowen... —Tanalasta rebulló en la silla de montar.

—Éste es mi lugar, y debo cumplir con mi deber —replicó el explorador, apartándose del caballo.

Tanalasta observó a la ghazneth, cuya lengua sinuosa asomaba por entre los colmillos, mientras se disponía a saltar sobre ellos. Vangerdahast se estiró sobre *Cadimus* para coger al explorador.

—Déme la mano —ordenó el mago—. ¡Ahora!

Rowen se apartó. La ghazneth cacareó como una loca y se elevó en el aire. Vangerdahast volvió a sentarse en la silla e imaginó los establos de palacio en Arabel. Tanalasta profirió un grito, se agachó y soltó su mano mientras el mago recitaba el encantamiento. Una gran oscuridad los envolvió y algo pesado y duro golpeó a Vangerdahast desde arriba. Entonces sintió que caía en un agujero muy profundo.

Tuvo la impresión de que tardaba mucho en alcanzar el suelo. Ya no sentía ningún peso a la espalda. Cada vez estaba más desorientado, más mareado, y ya no podía precisar el paso del tiempo. Tenía la sensación de que seguía cayendo, y pensó que quizás eso era lo que uno sentía al morir, ni dolor, ni miedo, tan sólo una oscuridad inmensa y repentina, con la salvedad de que aún tenía la sensación de que algo caliente y asqueroso lo tenía cogido por el cuello, de que algo húmedo se frotaba contra su mejilla.

Volvió la luz en cuanto hubo desaparecido. Vangerdahast vio por el rabillo del ojo el flanco pardusco de *Cadimus* que pasaba junto a su nariz, y después fue a parar de cabeza contra el suelo blando y fangoso. Todo se le vino encima, y se encontró enterrado bajo una montaña de cuero negro, hediondo y crujiente.

El mago permaneció en el suelo durante un breve instante, que le pareció una eternidad, mientras la cabeza le daba vueltas. Intentaba discernir dónde se encontraba y a qué obedecía el hedor que percibían sus fosas nasales. Oyó voces que gritaban sorprendidas, hombres, también algunas mujeres, y cobró conciencia de un dolor lacerante que lo atenazaba en mitad de la espalda.

Vangerdahast hundió los dedos en el suelo blando, y pudo arrastrarse lentamente.

Creyó oír un ruido metálico, similar al que hace una persona enfundada en una armadura. Algunas voces empezaron a parecerle familiares. El mago siguió arrastrándose y de pronto se sintió liberado del peso. Se puso de rodillas y vio el repulgo del vestido de una mujer, y no menos de cincuenta patas de caballo que lo separaban de las paredes blancas y enyesadas de un establo: de pronto lo recordó todo.

Vangerdahast levantó la cabeza y vio a una compañía armada en toda regla de Dragones Púrpura. Los acompañaban varias personas que le eran familiares: un hombre alto de barba gris, enfundado en un traje de montar polvoriento, que ceñía una corona dorada en la cabeza; un mago de cejas pobladas con rostro pétreo; una belleza rubia de ojos azules como el hielo; un clérigo envarado, de rostro chupado y piel curtida. Azoun, Merula, Filfaeril, Owden... Todos ellos lo observaban con una mirada en la que se fundían el horror y la confusión.

Algo aleteó junto a Vangerdahast, y al mirar en aquella dirección vio la punta de un ala negra de cuero que se agitaba en el aire.

—¡No! —Se puso en pie agitando la mano para apartar a sus amigos, y se dio la vuelta para enfrentarse a la ghazneth—. ¡Guardaos de...!

Una mano negra descargó un golpe en su cara, y se vio volando por el establo. Cayó a una docena de pasos delante de Cadimus, sobre el estómago, con un pitido intenso en los oídos y un hilo de sangre brotándole de una herida en la cara. Su campo de visión se estrechó. Sacudió la cabeza para aclararse las ideas y hundió la mano en su capa.

Una docena de Dragones Púrpura lograron espolear sus monturas para interceptar a la ghazneth. La criatura oscura pasó entre los soldados como un águila a través de un campo repleto de ardillas, apartó de un manotazo la espada con que lo amenazaba el rey Azoun y se acomodó ante la silla de montar donde se encontraba el rey.

—¡Usurpador!

La ghazneth arrancó la corona de la cabeza de Azoun, y hundió sus asquerosas garras en su armadura, levantándolo de la silla como si fuera un muñeco de trapo. Vangerdahast sintió náuseas, y la oscuridad empezó a cerrarse a su alrededor. Apretó con fuerza los dientes y cogió su vara favorita, confiando en mantener al margen a la oscuridad.

Unos cuantos Dragones Púrpura se interpusieron ante la ghazneth, atacándola con los aceros. Con algunos golpes de las alas oscuras se las apañó para mantenerlos a raya, pero los magos guerreros ya habían emprendido una batería de hechizos de rayo y fuego. La ghazneth plegó sus alas y lanzó un rugido que no era sino una risa estruendosa, porque los hechizos se habían estrellado contra sus defensas. Saltó por encima de los guardias y aterrizó junto a Filfaeril. La magia de los magos guerreros se interrumpió. La reina profirió un grito de terror y la criatura la ocultó bajo sus alas.

El campo de visión de Vangerdahast seguía estrechándose cada vez más. Sacó la varita de la capa.

—No tienes por qué tener miedo, querida —dijo la ghazneth. Después cacareó bajo las alas—. Jamás haría daño a una reina... ¿O sí?

La criatura levantó el vuelo con Filfaeril en sus garras. La visión de Vangerdahast se estrechó hasta convertirse en una delgada línea. Agitó la varita en el aire en dirección a la reina, y gritó la palabra mágica que liberaba el hechizo cuando la delgada línea se convirtió en oscuridad.

11

Los signos surcaban el sicomoro formando una elegante espiral, tan sinuosa como una serpiente, definidos con tal claridad como el día en que los grabaron. Aunque Tanalasta no pudo identificar la era en que fueron grabados, había estudiado la suficiente literatura élfica como para reconocer el estilo como arcaico. Los caracteres fluían con elegancia uno tras otro, con extremos alargados y serifas que se ondulaban con tal gracia que parecían guardar una perfecta unidad. Mientras que aquel lenguaje le parecía de forma inequívoca alto wealdaneano, la inscripción en sí le pareció arcaica y artificiosa, incluso para el estándar de la Antigua Era de Orthorion.

*Este hijo del hombre, que su cadáver alimente este árbol.
El árbol de este cadáver, que crezca mientras nutra.
El espíritu de este árbol, para que ellos le permitan regresar
mientras crezca.*

Tanalasta retrocedió un paso y dejó de leer cuando terminó la primera estrofa. Aparte de la pronunciación peculiar y la referencia al hombre, la inscripción era el epitafio normal para el Árbol del Cuerpo, especie de memorial creado por los antiguos elfos del Reino de los Bosques. A la muerte de un elfo apreciado por la comunidad, sus compañeros escribían el epitafio en el tronco de un arbolito y enterraban el cadáver bajo las raíces del árbol. La princesa no conocía todos los detalles del ritual, pero había leído un ensayo en el que se sugería que sólo eran enterrados así aquellos elfos que habían prestado un gran servicio a la comunidad. En cualquier caso, había visitado varias tumbas durante sus viajes con Vangerdahast, y siempre le había impresionado el porte majestuoso de los árboles que lucían en su tronco estas inscripciones.

El sicomoro que tenía delante ofrecía un claro contraste con estos monumentos antiguos. El árbol era nudoso y raquítico, tenía el tronco abierto y una corona formada por ramas torcidas, que después se alzaban hacia el cielo, formando ángulos impensables en la naturaleza. Sus hojas amarillentas parecían pequeñas manos marchitas dispuestas a coger al primer desdichado que pasara por debajo, y la corteza pasaba del blanco liso de las ramas a un abigarrado conjunto de grises. La mayor diferencia residía en la base del tronco, donde un agujero excavado recientemente penetraba en las profundidades mohosas que se extendían bajo el tronco.

*Tanalasta volvió a concentrarse en la inscripción y leyó la siguiente estrofa:
Así duermen quienes traen la destrucción: un sueño sin descanso.
Así siembran quienes traen la pena: semillas de su ruina.*

Así mueran quienes siembran la muerte, y los hijos de sus hijos.

A Tanalasta empezó a encogérsele el estómago. Las maldiciones prácticamente brillaban por su ausencia en la literatura élfica, incluso en la era relativamente agitada del temprano reinado del rey Orthorion. Por supuesto, la Biblioteca Real no contenía obras anteriores a Orthorion (al parecer, los primeros cormyts no tenían tiempo ni interés para aprender alto wealdaneano), pero la princesa no podía creer que tales maldiciones fueran habituales en la poesía anterior a Orthorion. Aparte de aquella única y famosa masacre, y de algunos incidentes aislados, los elfos de la Era de Iliphar se habían mostrado muy reservados (endiosados, quizá fuera la palabra) con los humanos, pero pacíficos.

Tanalasta siguió la inscripción alrededor del árbol y leyó la última estrofa, que constaba de un único verso a modo de requerimiento:

Venid aquí, Loco rey Boldovar, y yaced entre estas raíces.

Tanalasta pensó de inmediato en la ghazneth coronada que había desaparecido con Vangerdahast, y se apartó del árbol llevándose la mano a la boca, mientras su corazón latía con fuerza en su pecho. Boldovar El Loco era uno de sus antepasados, un rey de Cormyr cuyo reinado se remontaba once siglos atrás en el tiempo. Se rumoreaba que había matado a un montón de cortesanos de palacio, antes de que una de sus víctimas cayera con él por las almenas de la fortaleza de Faerlthann. La desdichada mujer había muerto en el acto no tanto por el daño producido por la caída como por las terribles heridas que le había infligido el desequilibrado Boldovar.

Aún menos conocido era el hecho de que el rey había seguido con vida durante algunos días hasta que fueron a buscar a Baerauble Etharr, el primer mago supremo de Cormyr, que se encontraba ausente de la corte. Sin embargo, por suerte para los habitantes del reino, Boldovar se alejó sin rumbo, solo, antes de que el mago pudiera regresar. Cuando al cabo de diez días se encontró flotando en el Immerflow un cadáver hinchado, vestido con el color púrpura real, Baerauble aprovechó la ocasión para anunciar la muerte de su señor y ordenó que se incinerara inmediatamente el cadáver. Hasta ahora, nunca habían tenido una razón para pensar que las prisas del mago pudieran obedecer a otro motivo que no fuera la sensibilidad de su olfato, pero Tanalasta no pudo evitar pensar que Baerauble había aprovechado la ocasión para resolver el terrible dilema al que se enfrentaba. Puesto que el mago supremo había jurado proteger la corona de Cormyr a cualquier precio, a duras penas pudo haber condonado el derrocamiento de un rey, por muy loco que estuviera, pero tampoco podía pensar que el reinado de Boldovar beneficiara al reino. Quizá sustituyó otro cadáver por el de Boldovar, y envió al rey loco a algún lugar donde pudiera disfrutar lo que le quedara de vida, un lugar donde no pudiera causar más daño.

Rowen apareció junto a ella al dar la vuelta al árbol.

—¿Algún problema, mi señora? Parecéis... intranquila.

—Más bien estoy asustada... Asustada e intrigada. —Tanalasta no apartó la mirada del árbol—. ¿Los signos grabados en los demás árboles eran como éstos?

—Se parecían mucho —respondió Rowen sin apenas dirigir la mirada a los caracteres.

—Sí, pero ¿eran exactamente los mismos? —Tanalasta señaló los tres caracteres correspondientes al nombre de «Loco rey Boldovar»—. Sobre todo, éstos.

—Yo diría que sí, alteza —respondió Rowen, que a juzgar por su tono de voz parecía algo incómodo—. Para ser honesto con vos, debo confesaros que ni siquiera distingo la diferencia entre los signos que señaláis y los que están a su lado. Lo siento.

—No se disculpe. —Tanalasta se volvió hacia él—. Debería comprender lo difícil que es entender el alto wealdaneano sin tener a mano la Biblioteca Real.

—Ni siquiera con la Biblioteca Real —comentó Rowen—. Nunca se me han dado bien las lenguas antiguas.

—En realidad el alto wealdaneano no es una lengua. —Tanalasta sonrió ante el candor del explorador—. Se parece mucho a la música. Escuche.

La princesa dio la vuelta alrededor del árbol y acarició con la yema del dedo el primer signo. Un raspar melódico reverberó en el lugar, cuando una voz femenina, tan angustiada como amenazadora, entonó el primer verso del epitafio. Por supuesto, al igual que Rowen, Tanalasta no comprendía aquellas palabras, porque el oído humano no podía captar toda la tesitura característica de la lengua élfica.

—¡Jamás había oído nada parecido! —exclamó Rowen.

—Ni yo. —Tanalasta tembló, desazonada por aquella música—. Era la voz de un espíritu élfico.

Llevó al explorador alrededor del árbol, y tradujo cada uno de los signos en voz alta, tanto para que Rowen conociera su significado como para asegurarse de que los había interpretado correctamente. Cuando terminó, el rostro de Rowen estaba tan blanco como el alabastro.

—¿Los hizo un elfo? —preguntó el explorador, refiriéndose a las ghazneth—. ¿Por qué?

—No lo sabremos hasta que descubramos qué elfo fue —respondió Tanalasta—. Primero debemos asegurarnos de que las ghazneth están relacionadas con estos árboles. Por eso quiero comprobar si son estos mismos signos los que aparecen en los demás árboles.

—No tengo ni idea. —Rowen se encogió de hombros—. De haber sabido que debía fijarme en ello...

—¿Y cómo podía haberlo sabido? —preguntó Tanalasta—. Estoy segura de que

podré averiguarlo si consulto las notas de Alusair.

—¿Qué notas?

—Supongo que mi hermana no es de esa clase de personas que van tomando notas por ahí —suspiró Tanalasta.

—Su misión era encontrar a Emperel.

—Tendría mucha prisa por hacerlo. —Tanalasta empezó a rodear el árbol, en dirección al agujero—. Alusair siempre tiene prisa. ¿Se molestó en investigar el interior de las tumbas?

—Ahí es donde encontramos esto. —Rowen sacó del cinturón la daga herrumbrosa, que tendió a Tanalasta—. Estaba en la segunda tumba.

Tanalasta prefirió examinar la daga antes de entrar en la madriguera. El filo estaba afilado con piedra de esmeril y tenía unas marcas en la superficie.

—Hierro forjado en frío —dijo—. Me sorprende que haya sobrevivido al paso del tiempo. Se forjó en Suzail hará unos mil trescientos años.

—¿Y cómo lo podéis determinar con tanta precisión? —preguntó Rowen, mirando el arma con desconfianza—. Yo no he descubierto ninguna marca.

—Precisamente por eso lo sé. Suzail construyó su primera forja de acero en el año setenta y cinco, el Año de la Muerte Fiel. Con anterioridad, la gente fundía su propio hierro en hornos en el suelo y daban forma a sus armas en una forja comunitaria. —Tanalasta devolvió la daga al explorador—. Pese a que sin duda se trata de una obra de calidad, ningún mercader que visitara Cormyr se hubiera molestado en cargar con el hierro cuando sabía de sobra que todo el mundo pedía acero.

—Comprendo. —Rowen sacudió la cabeza, sorprendido, antes de preguntar—: ¿Hay algo que no sepáis?

—Por supuesto —respondió Tanalasta sin pensar—. Escuchar a Vangerdahast, que podría escribir una tonelada de libros con todo lo que yo ignoro.

Rowen rió despreocupadamente, y se volvió hacia el lugar donde el mago había desaparecido. Tanalasta siguió su mirada. De vez en cuando veían a la ghazneth, que sobrevolaba en círculos el laberíntico cañón, con la cabeza envuelta en el globo de luz. Aunque apenas había transcurrido media hora desde que Vangerdahast lanzara el hechizo, el fulgor de su magia empezaba a decrecer. Decidida a terminar su investigación cuanto antes, la princesa cogió el anillo de comandante de los Dragones Púrpura que llevaba en el bolsillo y lo deslizó en uno de sus dedos.

—No baje la guardia —ordenó, entrando en el agujero.

—¿Adónde vais? —preguntó Rowen, cogiéndola del brazo.

Aunque aquel gesto hubiera parecido una muestra de condescendencia en cualquier otra persona, en Rowen tan sólo delataba preocupación. Tanalasta le dio una palmada en la mano.

—Debo echar un vistazo al interior —respondió—. Ambos sabemos que podría

descubrir algo que los demás pudieron haber pasado por alto.

—Pues mejor será que os deis prisa, alteza. —Rowen apretó los dientes.

—No se preocupe, que no me entretendré —aseguró ella, mirando en dirección a la ghazneth. La princesa activó la luz mágica del anillo y entró en el agujero; entonces se volvió y sonrió—. ¿No os pedí que me llamarais simplemente Tanalasta?

—Como deseáis, alteza —respondió Rowen con tozudez, agachándose para ofrecerle una cálida sonrisa.

Tanalasta dio una patada en el suelo para echarle un poco de tierra encima, se volvió y siguió caminando. El olor a rancio aumentaba a medida que avanzaba, y su piel empezó a erizarse ante la presencia maligna que percibía en el ambiente. Cuando después de dar diez pasos llegó al final del pasadizo tenía la piel de gallina y le dolía la mandíbula de tanto apretar los dientes para reprimir las náuseas. Delante de ella vio un foso de tamaño humano, rodeado por todas partes de raíces entrelazadas, rotas y negras. No había raíces que partieran del árbol, al menos que ella pudiera apreciar. Aquella diminuta estancia estaba vacía, salvo el suelo sencillo de losa, donde vio restos de tela podrida y algunos botones, broches y hebillas esparcidos.

Tanalasta se adentró en la sala, donde olía a rayos, y estuvo a punto de gritar cuando algo blando y diáfano se pegó a su mejilla. Se lo quitó como pudo y descubrió que tenía las manos llenas de una pegajosa telaraña. Tardó un instante en reconocer que era seda pura, y entonces advirtió que todo el lugar estaba impregnado de seda, entrelazada alrededor de las raíces, colgando por todas partes para dar forma a las paredes de la tumba y cubriendo también los restos diseminados que había en el suelo.

El primer impulso de la princesa consistió en marcharse, porque aquel filamento le recordaba la telaraña de la viuda negra, pero apretó la mandíbula con fuerza e hizo un esfuerzo por apartar de las paredes la telaraña que las cubría. Descubrió con sorpresa que al quitar la seda se abría ante ella otro túnel, que empezó a excavar de ese modo hasta que recorrió otros diez pasos, más o menos la distancia a la que se encontraba la humedad condensada del sicomoro.

Tanalasta reprimió un temblor, al descubrir que el árbol, o el cadáver que había bajo él, había podrido el suelo de tal forma que el proceso de regeneración natural se había interrumpido por completo. Regresó al centro del árbol y examinó un puñado de botones. El enchapado dorado estaba tan deslustrado que apenas discernía la forma de un dragón rampante, con las alas extendidas y la cola rizada tras la espalda. De pronto desapareció cualquier duda que pudiera haber albergado sobre la identidad de la ghazneth. Era el emblema del rey Boldovar. Temerosa de infectarse del mal que emanaba de aquel lugar, la princesa arrojó los botones a un lado y gateó en dirección a la salida de la tumba.

Rowen la esperaba ante el agujero, sosteniendo las riendas de la yegua y

vigilando el cañón.

—¿Cuánto falta para que regrese Vangerdahast? —preguntó el explorador antes de que saliera de la madriguera.

—Creo que hasta mañana tendremos que apañárnoslas como podamos —respondió la princesa, que al levantar la mirada descubrió cierta inquietud en Rowen—. Dudo que Vangerdahast disponga de más hechizos de teletransportación, y aunque ése fuera el caso, necesita algún tiempo para prepararlos.

—En tal caso, será mejor que nos apresuremos —dijo Rowen, cuya inquietud se había convertido en preocupación.

Tendió su mano para ayudar a Tanalasta a incorporarse y la princesa la cogió. Pero en lugar de ayudarla a salir del agujero, le quitó del dedo el anillo de comandante de los Dragones Púrpura.

—Vamos a desatar las alforjas. —Se volvió hacia la yegua—. Nos servirá de señuelo.

—¿No cree que este truco está muy manido? —preguntó Tanalasta mientras salía del agujero—. La última vez no nos sirvió de mucho.

—Sí, pero esta ghazneth no es la de antes.

Rowen tenía ocupadas las dos manos en atar el anillo a la melena de la yegua, por lo que tuvo que señalar hacia el norte con un gesto de la cabeza. La primera ghazneth seguía sobrevolando en círculos el laberinto de cañones, y el halo dorado y luminoso prácticamente había desaparecido, hasta el punto de que la princesa pudo distinguir la forma de su cabeza; sin embargo, aquello no era lo que más preocupaba al explorador. Una segunda silueta oscura se acercaba desde el norte, y se hacía cada vez más diáfana a medida que la observaba. La princesa se dirigió a la grupa de la yegua y empezó a desatar las alforjas.

—No apriete mucho el nudo —dijo—. Soy consciente de que utilizar un señuelo es la única oportunidad que tenemos de ganar tiempo, pero este caballo me ha servido fielmente. Me gustaría darle una oportunidad.

—Ya está. —Rowen retrocedió un paso, después de atar el anillo dorado a la melena de la yegua con un nudo sencillo e intrincado—. Puesto que no tiene que cargar con nada, lo más probable es que tenga más posibilidades que nosotros de volver a casa.

—Me parece justo —dijo Tanalasta.

La princesa retiró las alforjas, levantó la mano y descargó una fuerte palmada en la grupa del caballo. El animal se dirigió al trote hacia el sur, en dirección al profundo cañón situado entre los picos de las Orejas de Mula. Rápidamente, Tanalasta se quitó los brazaletes y los guardó en las alforjas, después se desabrochó el cierre de la capa y se aseguró de que no llevaba ningún objeto mágico que pudiera delatar su posición.

—¿Hacia dónde nos dirigimos? —preguntó en cuanto hubo resuelto el problema

de la magia.

—Id vos delante. —Rowen señaló hacia el sudoeste, más allá de las Orejas de Mula—. Encontraréis el rastro de los cascos de los caballos a unos veinte pasos de aquí; yo me encargaré de borrar nuestras huellas.

Pese a no gustarle la idea de separarse del explorador, teniendo en cuenta la cercanía de la ghazneth, la princesa comprendió la necesidad de su plan y echó a correr a buen paso. Como Rowen había previsto, no tardó en encontrar un surco producido por las huellas de cascos que había dejado la compañía de Alusair. Se quitó la capa de encima de los hombros y la arrastró por el suelo polvoriento que pisaba, maldiciendo la temeridad de Alusair mientras hacía lo posible por ayudar al explorador a borrar sus huellas.

Las marcas de los cascos de los caballos desaparecieron casi por completo veinte pasos más adelante, y Tanalasta comprendió que su hermana había dejado aquel rastro intencionadamente, para que Rowen tuviera una pista de la dirección que había tomado. Sin embargo, al llegar a ese punto empezó a adoptar precauciones. La princesa continuó borrando todas las huellas que encontró a su paso, aunque fueron pocas y estaban muy separadas unas de otras. Además, empezó a adoptar sus propias tácticas, intentando moverse de roca en roca o sobre suelo duro siempre que fuera posible y evitando cualquier arbusto que pudiera doblar y mostrar indicios de su paso.

La silueta lejana se hizo cada vez mayor, primero adoptando la forma de una V y después la de una cruz diminuta. Tanalasta encontró cuatro huellas de cascos que giraban hacia el sur. Las borró y ajustó su propio rumbo hasta que se vio trepando por una pequeña sierra. La princesa miró hacia atrás: Rowen la seguía a unos cincuenta pasos, y decidió arriesgarse a cruzar la sierra y emprender la ascensión a toda velocidad.

Cuando Tanalasta se acercó a la cima, la ghazneth que se acercaba se perfilaba tan grande como su pulgar. Se echó al suelo y siguió la ascensión gateando, procurando pisar o apoyarse sólo en piedras, y mantenerse alejada de los arbustos que le entorpecían la vista de la ghazneth. Cruzó hasta la cima arrastrándose por el suelo, y después se ocultó tras unos arbustos y observó al fantasma.

A Rowen aún lo separaban diez pasos de la cima cuando la silueta de la criatura fue lo bastante grande como para que la princesa pudiera distinguir el contorno de sus alas. Susurró una advertencia al explorador, y le ordenó con un gesto que permaneciera inmóvil. Éste se arrojó cuerpo a tierra y rodó sobre sí mismo para ocultarse tras unos arbustos, cubriéndose de paso con su capa de camuflaje y tornándose prácticamente invisible, incluso a ojos de Tanalasta.

Esperaron, exhaustos y malhumorados, mientras la ghazneth pasaba volando a menos de setecientos metros de la cresta. Pareció dirigirse hacia el sicomoro, pero finalmente viró sobre un ala para acercarse hacia su compañera.

Tanalasta se incorporó y animó al explorador a apresurarse.

—¡Ahora, Rowen, deprisa!

Rowen abandonó los arbustos y arrastró la capa por el suelo para borrar sus huellas, antes de echar a correr por la pendiente para llegar junto a Tanalasta.

—Hay que ver qué manera de correr —dijo sin aliento—. No... estaba seguro de poder alcanzaros.

—El miedo es capaz de eso y de más. —Tanalasta se volvió para descender la pendiente en diagonal, siguiendo el rastro de Alusair—. No tendría usted problemas en mantenerse a mi altura si tuviera tanto miedo como yo.

—Si no tengo miedo —dijo el explorador al llegarse a su altura—, es porque no tengo nada que perder. Sin embargo... vos seréis reina algún día. ¿Por qué os separasteis de Vangerdahast?

—El rey me ordenó encontrar a Alusair —respondió—. Me dio un mensaje para ella.

—No —replicó Rowen—. Eso es una excusa, no una razón. Aunque vos y Vangerdahast intentarais disimularlo, vuestra relación es tirante.

Alcanzaron la falda de la sierra y se dejaron caer en una amplia depresión del terreno. La cara escarpada de los Picos de las Tormentas se alzaba hacia el sur, y la sierra discurría con mayor suavidad hacia el norte. Rowen recurrió a la capa para borrar cuatro huellas de cascos que llevaban directamente hacia el pliegue del terreno. Tanalasta miró por encima de su hombro y vio que en el cielo no había ninguna ghazneth... al menos, por el momento.

—Intentáis convencerle... de algo —masculló Rowen—. ¿De qué?

—Aunque tuviera usted razón —dijo Tanalasta, mirándolo con expresión severa antes de tropezar con una roca y estar a punto de caer—, no es quién para interrogar a una princesa de la corona.

—Es precisamente ahora, alteza —dijo Rowen, pronunciando el título con cierto énfasis—, después de ver que no queríais acompañar a Vangerdahast, cuando es mi deber preguntaros por qué.

—De acuerdo. —La princesa cada vez encontraba más dificultades para mantener el paso, mientras que Rowen parecía ganar en fuerzas—. Supongo que sabrá en qué situación me dejó Aunadar Bleth. Si pretendo... gobernar adecuadamente, antes debo recuperar el respeto de mis súbditos. No lo conseguiré si me teletransporto cada dos por tres ante el menor peligro.

—No. —Rowen se detuvo.

—¿Qué hace, Rowen? —Tanalasta se había parado dos pasos después.

—Uno no se granjea el respeto del pueblo mintiéndole —dijo el explorador—. De hecho, ésa es la mejor forma de perderlo.

Tanalasta levantó la mirada al cielo tras la espalda del explorador y vio dos

puntos negros que volaban de un lado a otro.

—No hay tiempo para discutir este tema.

—No necesitáis ganáros mi respeto, princesa —dijo Rowen—. Ya os lo habéis ganado con vuestra valentía e inteligencia. Ahora, por favor, demostradme que vos me respetáis.

—¿Y podremos continuar? —preguntó Tanalasta, cuya mirada trazó una circunferencia completa.

Rowen respondió con un gesto de asentimiento.

—De acuerdo. —Bajó la mirada y descubrió que no podía volver a levantarla—. Si de veras quiere saber por qué... Me quedé por usted.

—¿Por mí?

—Doy por supuesto que es consciente de la preocupación del mago supremo sobre que me hago mayor para dar un heredero al reino —comentó Tanalasta.

—Preocupación compartida por muchos —dijo Rowen—. Pero no comprendo por...

—¿Quiere usted oírlo, sí o no? —lo interrumpió Tanalasta, señalando a las dos ghazneth—. Porque no tenemos precisamente todo el tiempo del mundo.

—Por favor. —Rowen tragó saliva.

—Las celebraciones por el cumpleaños de mi padre eran la excusa para empujarme a contraer matrimonio con Dauneth Marliir. Todo el mundo lo sabe. —Tanalasta hizo una pausa para rechinar los dientes, antes de continuar—. Lo que no saben es que cuando llegó la invitación a Huthduth, dije al maestro de agricultura supremo que volvía a Cormyr para casarme con Dauneth.

—¿Y qué os dijo el alto maestro de agricultura para haceros cambiar de opinión?

—Que me deseaba toda la felicidad del mundo y que sabía que Dauneth era una buena persona —repuso Tanalasta—. Mis dudas surgieron más tarde, cuando me quedé sola y estaba a punto de abandonar mi retiro en las montañas.

Rowen asintió y guardó silencio, como si no le pareciera peligroso que la princesa anduviera sola por aquellas montañas que estaban infestadas de orcos.

—Cuando llegué a la cabecera del río Orcen, el lugar se llenó con el trino de los pájaros y la luz adquirió tonalidades doradas. Un magnífico caballo gris surgió del bosque llevando a una anciana con ojos color perla y una armadura de encaje plateado, y cuando llamé su atención, la mujer condujo su montura aguas abajo hasta llegar a mi altura. No habló, pero mientras el caballo bebía, una oscuridad impenetrable pasaba de su hocico al agua. La hierba se marchitó ante mi mirada. En la ladera de la colina, los pinos se secaron y perdieron la hoja.

—¿No era un sueño? —preguntó Rowen.

—Estaba tan despierta como ahora —respondió Tanalasta—. Una lágrima solitaria resbaló por la mejilla de la anciana, que sacudió la cabeza en mi dirección.

—Y vos creéis...

—Yo no creo nada —interrumpió Tanalasta—. Estaba tan asustada que eché a correr sin importarme hacia dónde me dirigía. Antes de pararme a pensar en ello, me había perdido y estaba a punto de anochecer. Al cabo de un rato, llegué ante un bosquecillo de sauces tan espeso que apenas podía pasar. Debí retroceder, pero oí la risilla de una mujer y pensé que quizá podría indicarme cómo volver al monasterio.

—¿Y? —preguntó Rowen, con expresión recelosa.

—Me abrí paso como pude por entre el follaje, hasta la orilla de un arroyuelo, donde la joven a la que había oído reír permitía que su caballo bebiera del agua del estanque. La bestia era tan blanca y luminosa como una piedra de diamante, pero no supe de qué se trataba hasta que alcé la voz para preguntar por el monasterio, y la criatura levantó la cabeza.

»Era un unicornio —dijo la princesa.

»Un cuerno dorado, la pezuña hendida, todo —prosiguió Tanalasta—. En lugar de responderme, la mujer saltó sin dejar de reír a lomos de su caballo y se adentró en el bosque. Las flores y los arbustos florecían instantáneamente por donde pasaba el unicornio.

—¿Y cuando desapareció, descubristeis que no os habíais movido del monasterio? —preguntó Rowen, después de haber guardado silencio durante largos segundos.

—Casi —respondió Tanalasta, sorprendida—. Estaba en mi lago favorito. ¿Cómo lo sabía?

—De haberos perdido, no se habría tratado de una visión. —La expresión de Rowen pasó de recelosa a aturdida—. ¿Y vos pensáis que yo soy ese unicornio?

—Hasta el momento, eres el mejor candidato... —Era la primera vez que lo tuteaba. Después, se encogió de hombros—. Dudo que fuera una coincidencia que encontrara tu obra de fe en el Estanque del Orco.

—Pero mi familia... —repuso Rowen, haciendo un gesto de negación.

—¿Y ahora quién está siendo deshonesto? —preguntó Tanalasta. En el cielo, tras Rowen, una de las ghazneth se apartó para volar hacia el sur en dirección a la yegua—. Sabes tan bien como yo que la visión no versaba sobre política, sino sobre amor.

Rowen palideció visiblemente, demasiado aturdido para decir una sola palabra. Tanalasta lo cogió de la mano y antes de echar a correr para reemprender la huida, preguntó:

—Y ahora ¿podemos seguir?

Filfaeril estaba sola, sentada en el ábside de una silenciosa sala del trono, contemplando una extensa galería con abundantes arcos dobles y altas columnas de mármol acanalado. Aunque la estancia olía a moho y podredumbre, la habían

adornado de forma impecable con anchas bandas verticales marrón y oro, colores que la nobleza cormyta había lucido hacía más de mil años, cuando las fronteras del reino apenas se extendían más allá del río Aguas de la Estrella, y Arabel era poco más que un conjunto de fondas de carretera. A la reina no se le ocurría qué familia de la nobleza de Arabel podía haber construido un recibidor tan arcaico, y mucho menos que, después de haberlo hecho, descuidaran el lugar y lo abandonaran de ese modo. No tenía ningún sentido.

Aunque nada tenía sentido desde el regreso de Vangerdahast. No comprendía por qué había llevado consigo al fantasma, o por qué aquella criatura la había secuestrado sólo para abandonarla allí y largarse con viento fresco. ¿Tanto confiaba la criatura en aquella prisión, o se había olvidado de ella? Es más, ¿qué diantre era?

Por muy importantes que pudieran ser las respuestas a estas preguntas, no eran las más recurrentes en la mente de Filfaeril. Antes que nada, quería saber qué les había ocurrido a Azoun y Tanalasta... Y también a Vangerdahast. Y lo cierto es que la respuesta a estas preguntas no iba a encontrarlas en la sala del trono.

La reina hizo un esfuerzo por permanecer sentada un poco más, mientras aprovechaba el tiempo para estudiar el entorno y buscar alguna pista de la presencia de su captor. En caso de secuestro, las instrucciones de Vangerdahast eran muy claras. Primero, hacer lo posible por evitar llamar la atención y esperar a que se presenten los magos guerreros. Segundo, evitar que el captor disponga de la menor excusa para causar daño a su víctima. Tercero, luchar o huir tan sólo si la muerte es inminente. Vangerdahast le había dicho innumerables veces que en cuanto se alertaba a los magos guerreros de que un miembro de la familia real corría peligro, una compañía acudiría al rescate en unos pocos minutos. Pero Filfaeril llevaba horas sentada en el trono, y si apenas le había visto el pelo al captor, de la compañía no había ni rastro. Seguro que había fallado algo en el plan de rescate diseñado por el mago supremo.

Filfaeril se incorporó y descendió por la escalinata. Hizo una pausa para ver si el fantasma estaba cerca. Cuando comprobó que no estaba, recorrió la galería hasta las puertas de barrotes de bronce que había al final. Su captor ni siquiera se había molestado en cerrarlas, de modo que las franqueó y... volvió a encontrarse en el extremo opuesto de la galería, junto a la tribuna, como si se hubiera limitado a regresar al punto de partida.

Filfaeril giró sobre sus talones y vio las puertas abiertas entre los mismos dos pilares, observó las mismas columnas y las puertas de roble de la galería anterior. Empujó la puerta y la atravesó. Volvió a encontrarse en un extremo de la galería, ante los dos tronos de madera del estrado. Contrariada, la reina cerró la puerta, volvió a abrirla y la franqueó... con idéntico resultado.

La reina cerró de un portazo la puerta de bronce y recorrió la galería. Sospechaba desde el principio que el fantasma no se había limitado a irse volando después de

abandonarla ahí a su suerte, y el hecho de que hubiera dejado la puerta abierta era una prueba palpable de la crueldad de la criatura. Como sabe cualquier torturador que se precie, el secreto de quebrar la voluntad de la víctima reside en controlar su mente. Dejar la puerta entreabierta tenía la intención deliberada de que Filfaeril perdiera la esperanza. Lo cierto es que había funcionado mucho mejor de lo que estaba dispuesta a admitir.

Mientras se dirigía al estrado, se tomó su tiempo para examinar cada uno de los arcos dispuestos a lo largo de la galería, pero el resultado era siempre el mismo. Se encontraba de pie en el lado opuesto de la sala, frente al mismo arco que acababa de atravesar.

Finalmente, la reina se resignó al comprender que aquella prisión era tan segura como la celda de una mazmorra, y regresó al trono. Se sentó manteniendo tanta calma como le fue posible. Después de dedicar unos minutos a recuperarse, Filfaeril imaginó el rostro de barba poblada del mago supremo y acarició el anillo de sello.

Su mente permaneció tan silenciosa como la sala del trono, y al momento se le ocurrieron un sinnúmero de razones por las cuales Vangerdahast guardaba silencio, pero enseguida se arrepintió de ello. De haber podido responder, Vangerdahast lo hubiera hecho, y el que no fuera así se debía a dos posibles causas: o estaba incapacitado o aquella extraña prisión le impedía oírlo.

La fanfarria de unas trompetas reverberó por toda la sala del trono, y el fantasma entró por la puerta. Su aspecto era tan terrible como de costumbre, llevaba las alas plegadas, la corona deslustrada, y aquella mirada de ojos inyectados en sangre clavados en Filfaeril. En sus manos llevaba un bulto cubierto de harapos grises que podía ser un cadáver o un montón de ropa, y de sus talones goteaba sangre.

—Mi señora —dijo al tiempo que se inclinaba, para después recorrer la galería en dirección a Filfaeril—. Debéis perdonarme que os haya abandonado de esta manera. Los traidores me han tenido ocupado.

Cuando el fantasma se acercó al estrado, Filfaeril vio que el montoncito de ropa que llevaba estaba compuesto de capas negras con broches de bronce. Al parecer, los magos guerreros la habían encontrado. Empezó a sentir un dolor en las puntas de los dedos, de la fuerza con que apretaba los brazos del trono.

—No hay ninguna necesidad de que llaméis a nadie más. —El fantasma arrojó las ropas a una pila de desperdicios y subió hasta el estrado. A medida que se acercaba, el hedor a sangre y restos humanos se hacía más insoportable—. Yo nunca me alejo demasiado de vos, nunca.

Se detuvo al llegar junto al trono donde permanecía sentada la reina, y después se agachó para coger su mano. Ella no pudo evitar dar un respingo y retirar la mano.

—Vamos. —La ghazneth dio una palmadita en el dedo donde la reina tenía el anillo de sello, hasta que se lo quitó con suavidad, dejando toda su mano manchada

de una sangre que aún seguía caliente—. ¿De veras creéis que voy a haceros daño?

Filfaeril se limitó a mirarlo, al tiempo que se preguntaba si había perdido el juicio.

El fantasma apretó el anillo en la palma de su mano, después sus ojos quedaron en blanco y extendió un poco las alas. Soltó un murmullo quedo. Al ver que tenía enfrente la entrepierna desnuda de la criatura, Filfaeril volvió la cabeza, molesta... pero enseguida se lo pensó mejor y acercó su mano a los cabellos. Con un movimiento rápido y seguro deslizó los dedos entre los mechones plateados y alcanzó la empuñadura diminuta de una navaja afilada, que desenvainó con sumo cuidado. La reina rebulló en el trono, y tiró a fondo hacia el abdomen del secuestrador, mientras activaba la palabra mágica que desataba la mortífera magia del arma.

El fantasma se encogió de dolor, abrió su mano y soltó el anillo, que cayó al suelo produciendo un sonido metálico. Pero la criatura permaneció en pie.

Filfaeril volvió a gritar la palabra mágica, hundiendo la navaja con todas sus fuerzas. De pronto, el trono en el que se sentaba crujió y se partió en dos. Al mirar a su alrededor comprobó que se encontraba encima de los restos mohosos de la madera podrida que había constituido el trono. En una piedra, ante ella, vio los restos deslustrados de su anillo de sello, que en aquel momento apenas era una fruslería de hojalata que lucía la estampa del dragón real de Cormyr. La reina estaba demasiado confundida como para saber qué le había sucedido al trono, pero supo a ciencia cierta que su anillo estaba privado de toda su magia.

El fantasma arrancó el alfiler de Filfaeril de su abdomen y se quedó mirándolo confuso. A su espalda, la majestuosa sala del trono se había vuelto un lugar oscuro y húmedo, como una bodega, y la reina alcanzó a distinguir la silueta de diversas barricadas, recortadas contra un lejano rectángulo de luz diáfana.

—¡Mirad lo que habéis hecho a nuestros tronos! —El fantasma señaló los restos astillados del banco, antes de clavar su mirada rojiza en Filfaeril—. ¿Cuándo engordasteis tanto? ¡Os habéis puesto como una cerda!

De pronto Filfaeril se sintió enorme como un caballo de guerra. Su respiración se volvió entrecortada, lenta, y sintió que su cuerpo había crecido hasta tal punto que le costaba moverse. Su estómago empezó a gruñir. Una terrible sensación de desesperación y letargo se apoderó de todo su ser, y al mirar hacia abajo descubrió que su esbelto cuerpo se había convertido en una montaña de carne fofa. Gritó horrorizada, y al intentar alejarse del fantasma descubrió que no podía moverse.

—¿Quién eres? —La reina se sorprendió al oír que la pregunta que había surgido de sus propios labios parecía formulada por otra persona—. ¿Qué estás haciéndome?

La criatura se arrodilló a su lado y acarició las largas trenzas de Filfaeril con sus dedos cubiertos de sangre. La reina hubiera deseado apartar su mano, pero le pesaba tanto el brazo que apenas podía levantarlo. Detrás del fantasma la estancia volvió a

adquirir el aspecto de una sala del trono en todo su esplendor.

—¿Por qué me obligáis a hacerlo? —preguntó a su vez el fantasma. La cogió con fuerza del cabello y tiró hacia atrás para que lo mirara a la cara—. ¿Creéis que ésta es forma de tratar a mi reina?

—¿Tu reina? —Filfaeril respiró profundamente e hizo un esfuerzo por mirar a los ojos enloquecidos del fantasma—. No soy nada tuyo, excepto tu prisionera... una prisionera que te convendría tratar bien. Cuando el rey nos encuentre...

Algo duro y enorme se estrelló contra la mejilla de Filfaeril con tanta fuerza que la reina cayó hacia atrás y rodó por el estrado. No dejó de rodar sobre sí misma hasta que dio contra el plinto de una columna de mármol.

—¡Yo soy el rey! —El fantasma se situó a su lado, la cogió de la barbilla y tiró hacia atrás de su rostro—. Y vos mi reina.

—Soy la esposa del rey Azoun —respondió Filfaeril, haciendo un gesto de negación.

Mientras así hablaba, la sala del trono volvió a tornarse húmeda. Las siluetas espectrales de las barricadas se perfilaron contra la galería, y empezó a comprender que su única esperanza de salvación consistía en aferrarse a su verdadera identidad.

—Soy Filfaeril, esposa del rey Azoun IV.

Las barricadas cobraron solidez.

—¡No sois la reina de nadie, sino la mía! —El fantasma volvió a abofetearla, y su visión se tornó momentáneamente borrosa—. Sois la esposa del rey Boldovar. Mi esposa.

Filfaeril empezó a temblar, momento en que la humedad desapareció por completo de la sala del trono. Siendo adolescentes, tanto ella como sus hermanas se entretenían de noche contándose historias de terror, en las que a menudo aparecía el rey Boldovar y el modo en que había matado a todas sus amantes.

—¿Bo... Boldovar El Loco?

—¡Boldovar el rey, marido de la reina Filfaeril! —El fantasma presionó la punta de la navaja en el pecho carnoso de la reina—. Decidlo —ordenó.

—Rey... rey Boldovar, ma... rido... —Filfaeril calló, al ser consciente de que obedecer a las exigencias del fantasma supondría abandonarse a la locura, quizá por siempre. Sacudió la cabeza y levantó la barbilla—. Antes la muerte.

Casi al instante, su cuerpo volvió a adquirir la esbeltez y belleza que lo caracterizaban, y se encontró tendida en el suelo de una bodega húmeda donde se almacenaba el vino. Boldovar frunció el ceño y, confundido, miró a su alrededor, después se encogió de hombros y volvió a concentrar su atención en Filfaeril.

—Como queráis, mi señora.

El fantasma atacó a la reina con la navaja y le provocó cuatro cortes profundos en la curva superior del pecho. Filfaeril cerró los ojos, sorprendida de que no se hubiera

levantado la bruma oscura de la muerte para llevarla consigo. En cuanto se activaba el hechizo que Vangerdahast había aplicado a la hoja de la navaja, el menor roce de ésta era capaz de provocar una muerte instantánea. Encomendó su alma a Lady Sune, y abrió los ojos para descubrir la mirada fantasmagórica de Boldovar clavada en la suya.

—¿Qué ha pasado? ¿Habré absorbido toda su magia? —Boldovar se deshizo de la navaja, arrojándola a un lado, y después le dedicó una sonrisa dejando al descubierto sus colmillos afilados—. ¿Quizá queráis retractaros?

El mago supremo de la corte despertó atado y desnudo, cubierto tan sólo con una sábana ensangrentada, rodeado por los enemigos del reino. A su izquierda se encontraba Owden Foley, con un trapo húmedo en la mano y un cuenco de bronce en la otra. Alaphondar Emmarask y Merula el Portentoso lo observaban al pie de la cama con ojos pequeños y brillantes, siempre atentos a la menor señal de que el mago supremo pudiera leer sus pensamientos. Así era, por supuesto, pero no podía permitirse el lujo de que lo supieran. De otro modo lo matarían sin piedad.

A la izquierda del mago permanecía de pie Azoun IV, con el brazo en cabestrillo y el hombro cubierto con un vendaje empapado en sangre. Bien. Al menos Vangerdahast había hecho lo posible antes de caer, aunque no recordara cuándo ni cómo... Ni por qué.

Le dolía horrores la cabeza desde el puente de la nariz hasta la nuca. Recuperaba el hilo de sus pensamientos lentamente y durante breves períodos de tiempo. Tenía la cabeza llena de costras, inflamada, y la piel peculiarmente tensa, y el dolor lo sacudía de derecha a izquierda. Tenía una fiebre muy alta. Estaba hambriento, tanto que se hubiera comido un oso, aunque por supuesto sabía que era mejor no pedir nada de comer. Haría lo que fuera para no rogar a sus captores ni un mendrugo de pan.

Por supuesto, Owden ejercía de torturador. El clérigo había dejado sus herramientas sobre una mesita que habían acercado a la cama, y las había dispuesto en ordenadas filas: cuchillos, agujas y lazos de hilo. Consciente de que había dejado su instrumental a la vista con la sola intención de intimidarlo, Vangerdahast apartó la mirada. De no tener las manos atadas al dosel de la cama, habría cogido cualquiera de los cuchillos para demostrar a los traidores su error. Aunque de haber tenido las manos desatadas no habría necesitado un cuchillo. Después de todo, era un mago.

Eso si pudiera recordar alguno de sus hechizos.

Mientras que buena parte de los hechizos que conocía requerían gestos complejos e ingredientes especiales, por no mencionar el hecho de recitar palabras místicas, había alguno que otro que sólo necesitaba un conjuro. Sin embargo, los supuso preparados para ello. Los enemigos del reino eran tan inteligentes como perseverantes. Si Vangerdahast quería huir y salvar la corona, tenía que mostrarse tan inteligente como ellos. Levantó la cabeza y miró a Merula.

—Ayúdeme y le perdonaré esta traición —dijo—. ¡Use su magia y le perdonaré cuando la corona esté en mis manos!

Merula palideció y miró a Owden.

—Disculpad, majestad —dijo el maestro de agricultura al cruzar la mirada con Azoun—. Vos mismo mencionasteis el modo en que las señoras Rowanmantle y Hawklin desconfiaron de sus respectivos hijos, cuando...

—¡Sí, sí! —Azoun levantó la mano para silenciar al clérigo—. Estoy muy familiarizado con los pensamientos enajenados que provocan las heridas de la criatura.

—¿Pensamientos enajenados? La locura reside en estas ataduras. —Vangerdahast tiró con fuerza de las correas que inmovilizaban su brazo izquierdo—. Desatadme y os garantizo que os conduciré a salvo al exilio en tierras extranjeras.

—Espero que no tarde en sanar de esta locura. —Azoun miró disgustado a Owden. Volvió la mirada a Vangerdahast, lo cogió del brazo y dijo—: Amigo mío, sé que sus pensamientos están confundidos, pero intente responderme: ¿Qué le ha sucedido a mi hija? ¿Está a salvo la princesa?

—¿Tanalasta? —En lo más hondo de su locura, el mago sintió una punzada de culpabilidad.

—Sí, la princesa Tanalasta —asintió Azoun—. No volvió con usted.

De pronto recordó la batalla en el cañón, y al hacerlo sintió una intensa rabia.

—¡Ella me desafió! —Las sienes de Vangerdahast temblaban de la furia que lo corroía—. ¡Ramera descarada!

—¿Ramera? —repitió Azoun—. ¿Significa eso que la acompaña el joven Cormaeril?

—¡Consentida! —escupió Vangerdahast—. Es una consentida.

—Pero ¿está a salvo?

Vangerdahast intentó sentarse y había levantado la cabeza de la almohada cuando las correas tiraron de él. Empezó a mover la cabeza de un lado a otro, intentando en vano recordar cualquier hechizo que pudiera liberarlo. Azoun apoyó la palma de su mano en la frente del mago y empujó hacia abajo para mantener inmóvil al mago.

—¡No me asfixiéis! —gritó Vangerdahast—. ¿Cómo voy a contestaros si me asfixiáis?

—No pretendo asfixiar a nadie. —Azoun aflojó la mano.

—¿Y por qué iba a creerlos? —Vangerdahast permaneció inmóvil y miró con desconfianza al rey.

—Vangerdahast, yo jamás le haría daño.

—Decidme que no me queréis quitar de en medio.

—No quiero quitaros de en medio —sacudió la cabeza el rey—. Usted es el consejero en quien más confío y mi mejor amigo. Por favor, intente recordar. Hábleme de Tanalasta.

—Desatadme. —Vangerdahast se inclinó para señalar las correas que sujetaban su muñeca izquierda—. Sólo ésta... y os lo diré.

Azoun lanzó una mirada inquisitiva a Owden.

—De todos modos, no os lo diré —dijo el clérigo, haciendo un gesto de negación—, y es demasiado peligroso. Podría despedazarnos a todos con uno de sus hechizos.

—¡No prestéis atención a ese labrador! —Vangerdahast sacudió la cabeza en un intento por recordar cualquier hechizo que pudiera ayudarle a escapar—. Teme mi poder.

—Y con razón —replicó Owden.

Vangerdahast se volvió para mirarlo. Owden sacó del bolsillo unos polvos de color trigo, pero Vangerdahast actuó con rapidez y cerró los ojos antes de que el clérigo actuara.

—¿Sabe usted dónde está, Vangerdahast? —preguntó Owden—. ¿Recuerda lo que le sucedió a su cabeza?

—Me duele. Usted debió de hacerme alguna cosa —respondió el mago sin abrir los ojos.

—No, yo no —negó Owen—. Fue la cosa que lo acompañaba cuando volvió.

—¡Usted! —insistió Vangerdahast.

—Le golpeó en la cabeza, y después se arrojó sobre Azoun...

—¡No!

Finalmente, afloró a su mente el conjuro correspondiente al hechizo de ceguera. No serviría para liberarlo, y sólo afectaría a una persona... pero si elegía a la persona adecuada, quizá pudiera crear la confusión necesaria para hacerse con uno de los instrumentos de tortura de Owden dispuestos en la mesita, a un lado de la cama.

Vangerdahast volvió la cabeza hacia Azoun y empezó a repetir el conjuro, después olió un aroma fuerte y vio que Owden arrojaba unas gotas sobre su rostro. Cacareó una sílaba más, todo a su alrededor se sumió en la oscuridad y de pronto tuvo la sensación de que caía por un precipicio sin fondo.

Al cabo de un rato, Vangerdahast despertó atado y desnudo, cubierto tan sólo con una sábana limpia, rodeado por los enemigos del reino, todos ellos ojerosos. A su izquierda se encontraba Owden Foley, con un trapo húmedo en la mano y un cuenco de bronce en la otra. Alaphondar Emmarask y Merula el Portentoso lo observaban al pie de la cama con ojos pequeños y brillantes, siempre atentos a la menor señal de que el mago supremo pudiera leer sus pensamientos. Así era, por supuesto, pero no podía permitirse el lujo de que lo supieran. De otro modo, lo matarían sin piedad.

A la izquierda del mago permanecía de pie Azoun IV, con el brazo en cabestrillo y el hombro cubierto con un vendaje empapado en sangre.

Vangerdahast no pudo recordar cómo había llegado a caer prisionero de los enemigos del reino. No recordaba nada, salvo un olor confuso que desaparecía de su memoria cuando intentaba recordarlo. La única cosa que le pareció vagamente familiar fueron las vigas y planchas de madera que había sobre su cabeza: el techo de su celda o el suelo del piso superior. En realidad dependía de la perspectiva de cada uno, y le pareció que podría servirle como vía de escape, eso si consiguiera recordar el hechizo adecuado.

—¿Vangerdahast? —preguntó el clérigo, cuyo rostro se parecía al de una rata—. ¿Sabe usted dónde se encuentra?

Vangerdahast sabía perfectamente dónde estaba (en una torre de prisioneros), pero no estaba dispuesto a conceder a sus secuestradores el placer de admitirlo. Sintió que alguien le tocaba el hombro y volvió la mirada para ver al rey a su lado.

—Viejo amigo, ¿me recuerda?

—Por supuesto. —Vangerdahast optó por ganar tiempo, con la esperanza de recordar el hechizo que necesitaba—. ¿Cómo podría olvidar el rostro del usur... del rey?

—¡Gracias sean dadas a la Madre! —exclamó Azoun, visiblemente relajado—. ¿Recuerda a mi hija? ¿Me puede usted decir qué recuerda de Tanalasta?

Los recuerdos de la batalla librada en el cañón afloraron a su mente como una exhalación: la primera ghazneth lo tiró del caballo con el cuerpo destrozado de un orco, y al abrirse las puertas de acero apareció ante su mirada la segunda ghazneth, desnuda y con los ojos inyectados en sangre, que salía en persecución de Tanalasta y el explorador, que logró apartarse a tiempo, seguido de cerca por esa ramera de princesa que...

—Es todo tan... confuso. —Vangerdahast sacudió la cabeza e intentó sentarse. Cuando las correas se lo impidieron, levantó la mano izquierda y preguntó al rey—: ¿Creéis que podríais...?

—Por supuesto.

Azoun hizo ademán de desenvainar la daga para cortar las correas, pero Owden se inclinó sobre la cama para impedirselo.

—Aún no, majestad.

—¿Aún no? —gritó Vangerdahast. Se volvió hacia el clérigo y chilló—: ¡Suélteme! ¡Suélteme ahora mismo, o juro que lamentarán este día cuando me haga con la corona!

El rey profirió un gruñido de cansancio, y Vangerdahast comprendió de pronto que acababa de perder cualquier esperanza que pudiera haber concebido de engañar a sus captores para que lo soltaran. Entonces se volvió hacia el rey.

—Creo que empiezo a recordar. —Cerró los ojos, concentrándose, aunque en lo único que se estaba concentrando era en recordar un hechizo que pudiera lanzar sin contar con las manos—. Quizá si me soltarais al menos una mano, podría mesarme la barba. Sí, eso es. Mesarme la barba siempre me sirve de mucha ayuda.

Azoun se limitó a sacudir la cabeza.

—¿Cuánto tiempo más hará falta? —preguntó a Owden.

—Estoy seguro de que vuestra majestad tampoco lo recordará —respondió el clérigo, encogido de hombros—, pero vuestra convalecencia resultó tan dura como ésta, y vuestras heridas no eran tan profundas como las sufridas por el mago supremo.

—Espere, ahora me encuentro mucho mejor. —Vangerdahast pestañeó varias veces.

—Me alegro —dijo Owden—. ¿Recuerda lo que le sucedió a la princesa?

Vangerdahast asintió, y de pronto recordó como una exhalación el conjuro del hechizo de puerta dimensional. Estaba compuesto por apenas una docena de sílabas, de modo que era rápido y sencillo. Seguro de que no tardaría en mirar las rejas desde el otro lado, fijó la mirada en el techo y empezó a recitar el conjuro, después olió un fuerte aroma vagamente familiar cuando la mano de Owden Foley apareció ante su campo de visión y un polvillo cayó sobre sus ojos.

Vangerdahast tuvo la sensación de que caía por un precipicio y la estancia se vio envuelta en una completa oscuridad. Despertó más tarde, estaba desnudo y atado, cubierto sólo con una sábana, rodeado por los enemigos del reino. A su derecha se encontraba Owden Foley, con un trapo húmedo en la mano y un cuenco de bronce en la otra. Alaphondar Emmarask y Merula el Portentoso lo observaban al pie de la cama, el primero con los ojos hundidos y enrojecidos de tanto leer, el otro vestido con una túnica polvorienta, con un aspecto cadavérico y las mejillas demasiado hundidas para alguien de su complejión. A la izquierda del mago se encontraba Azoun IV con una maltrecha armadura de combate, ya que el herrero había tapado un agujero situado a la altura de su pecho con una plancha de acero.

—¿Azoun? —boqueó Vangerdahast—. ¿Habéis estado luchando?

—¡Gracias sean dadas a los dioses! —El rey dio una palmada en el hombro del mago—. Por fin lo hemos recuperado.

—Eso es terriblemente presuntuoso por vuestra parte, ¿no creéis? —preguntó Vangerdahast, que miraba la mano que el rey apoyaba en su hombro. El mago levantó la mano para apartar al rey, pero descubrió que tenía la muñeca atada al dosel de la cama con una correa. Observó la correa como si no comprendiera nada y preguntó con voz autoritaria—: ¿Qué significa esto? ¡Desátenme enseguida!

—Quizá lo hagamos más tarde. —Owden Foley se inclinó sobre el mago y lo cogió del otro brazo—. ¿Sabe usted dónde está?

—¡Pues claro que sí! —exclamó, contrariado—. En mi habitación de... Estamos en el palacio de... —Contempló las tablas que tenía encima de la cabeza, pero fue incapaz de recordar en qué ciudad estaban. Consideró durante un instante su situación, y llegó a la única conclusión posible—: ¡Ustedes me han secuestrado!

Azoun masculló una maldición a la diosa Chauntea, y se dirigió hacia la puerta. Owden levantó un dedo.

—Un minuto, sire.

—Un minuto —repitió el rey, mirando al clérigo—. Aún debo salvar a mi reina, aunque no sepa nada de mi hija.

—¿La reina? —preguntó Vangerdahast, levantando la cabeza.

—Sí, seguro que recordará usted a la reina —asintió Owden, más animado.

—¿Filfaeril?

—La reina Filfaeril —confirmó Owden—. ¿Recuerda usted lo que le sucedió a la reina?

—¡Pues claro! —Vangerdahast lo recordaba todo: la batalla en el cañón, a Tanalasta siguiendo a Rowen, el ataque en el establo cuando intentó librar a Filfaeril de las garras de la ghazneth—. ¿Se encuentra bien la reina?

—No podemos saberlo —respondió Azoun—. La última vez que la vi, estaba viva.

—¿La última vez que la vio? —preguntó Vangerdahast, con el corazón en un puño.

—Me temo que la secuestró la ghazneth —dijo Owden—. El rey consiguió volver a verla, cuando se acercó a la guarida de esa criatura, que se vio obligada a trasladarla a otro lugar.

—¡Por las escamas de Thauglor! —Vangerdahast hizo ademán de incorporarse, pero seguía atado a la cama. Contempló de nuevo las correas, confuso y aturdido, y dijo—: ¡Desatadme de una vez! Tenemos cosas que hacer.

—Sus cosas pueden esperar un poco más —dijo Owden—. No estará del todo curado hasta que se enfrente al demonio que lleva dentro.

—¿A qué demonio se refiere? —preguntó el mago.

—Cada uno de nosotros carga con su propio demonio —explicó Owden—. La mayoría lo mantenemos confinado en la parte más oscura y recóndita de nuestra alma, donde no pueda hacer daño. Pero cuando sufrimos un trauma terrible, como el que usted y el rey han sufrido, el demonio puede aflorar a la superficie.

—Pero ¿qué bobada es ésta? —preguntó Vangerdahast a Azoun.

—Vangerdahast, debería escucharle.

—¿Escuchar a este campesino? —se mofó el mago—. ¿Ya os ha convencido Tanalasta?

El dolor afloró al rostro del rey, que apartó la mirada sin responderle.

—Temo que tal cosa sea imposible —dijo Alaphondar, que intervino por primera vez—. No hemos podido convencerle a usted de que nos diga qué le ha sucedido a la princesa.

—¿Qué quiere decir con eso de que no han podido convencerme? —preguntó, contrariado, Vangerdahast—. Está con Rowen Cormaeril. Huyeron cuando yo me teletransporté aquí. —Paseó la mirada del rey a Merula—. ¿Acaso nadie va a explicarme qué ocurre?

—Por supuesto —dijo Owden—. Su demonio interior ha escapado, y debe capturarlo de nuevo.

—¿Capturarlo?

—Antes de que le consuma —prosiguió el clérigo—. Debe mirar en lo más profundo de sí mismo y enfrentarse a él, aquí, en presencia de testigos. Debe usted decirnos qué quiere el demonio, y entonces cobrará fuerzas para enfrentarse a él y controlarlo.

Vangerdahast desconfiaba de las palabras del clérigo. Intentaban arrancarle una confesión, pero ¿por qué? Después de todo lo que había hecho por el reino, ¿tenía Azoun miedo de él? ¿Estaba, quizá, celoso de su poder? El mago se volvió para echar en cara al rey su debilidad, y se dio cuenta de que eso era precisamente lo que quería Owden. Empezarla con el rey tan sólo avivaría la suspicacia de Azoun y daría pie al resentimiento, mientras que admitir abiertamente que no creía en su derecho a la corona por el simple hecho de nacer hijo de rey, por muy rebuscado que pudiera parecer, impediría que Azoun volviera a confiar a ciegas en él. En cualquier caso, Owden seguiría ahí esperando, dispuesto a reemplazar a Vangerdahast en su papel de consejero real, además de reemplazar a los magos guerreros por su templo real de Chauntea.

—¡Maldito gusano! ¡Lengua de serpiente, de piel de escamas, mentiroso y ruin! ¿De veras crees que puedes entrometerte en los asuntos de la corona? Ya me encargaré yo de que pases el resto de tu vida recogiendo champiñones en lo más profundo de un calabozo. ¡Vas listo si crees que voy a hablarte de mis demonios! —exclamó Vangerdahast, volviéndose hacia el clérigo.

Vangerdahast recordó un hechizo que podría conjurar sólo con la voz y empezó a mascullar las palabras adecuadas. Owden rebuscó algo en su bolsillo, pero el rey levantó la mano y se lo impidió.

—Yo diría que Vangerdahast vuelve a ser el de siempre.

El mago terminó el hechizo, y un segundo después seguía tumbado en la cama después de adoptar la forma de un pequeño visón. Rodó sobre sí mismo y se escurrió a cuatro patas por las sábanas, pasando por entre Alaphondar y Merula hasta llegar a una de las esquinas de la estancia. Una vez en la esquina, se detuvo y volvió a adoptar su forma humana, después se volvió para enfrentarse a sus compañeros, que no podían disimular su nerviosismo.

—¿Van a seguir ahí plantados, mirándome boquiabiertos, o me acercarán la túnica? —preguntó—. Tenemos trabajo que hacer.

—No puede usted hacerlo —dijo Owden mientras se acercaba hacia él—. Aún no está preparado.

—Maestre de agricultura Foley, si vuelve a mencionar a mis demonios una sola vez, le juro que pasará toda la vida esquivando tordos en los jardines de palacio.

Owden se detuvo al llegar al pie de la cama y miró a Azoun, que se limitó a sonreír y encogerse de hombros.

—¿Qué puedo decir? Vangerdahast siempre tuvo algo demoníaco. —Observó a

Merula, y añadió—: Ya ha oído usted al mago supremo. Déle una túnica.

Cuando Merula se apresuró a obedecer al rey, Vangerdahast se inclinó ante el soberano y dijo:

—Gracias, sire. Me alegra comprobar que hay alguien que no ha perdido la cabeza.

El mago se alisó la barba, y después se pasó la mano por lo que le quedaba de pelo, y al hacerlo se percató de las heridas que tenía en la cabeza. Las acarició con las yemas de los dedos, y comprobó que habían cicatrizado por completo.

—¡Por Thauglor! —maldijo—. ¿Cuánto tiempo me han tenido durmiendo?

—Ha estado... durmiendo cinco días —respondió Azoun, a quien se veía incómodo.

—¿Y no pudieron despertarme? —Vangerdahast giró sobre sus talones para enfrentarse a Owden—. ¿Acaso ustedes, los clérigos, no sirven para nada?

Por el rostro de Owden cruzó una expresión colérica, pero antes de que el clérigo pudiera replicarle, Azoun cogió a Vangerdahast del hombro y lo llevó hacia la mesa y las sillas dispuestas a su alrededor.

—Mejor será que tomemos asiento y charlemos un rato, viejo amigo —dijo—. Debemos hacer muchos planes e ignoramos un montón de cosas sobre lo sucedido.

El enjambre pendía del cielo del norte como un rebaño oscilante de oscuras motas, prácticamente invisible al recortarse contra el imponente muro formado por las dunas de Anauroch, que se erigían en espiral hacia el vestigio caótico de una solitaria torre de vigilancia.

El rastro de Alusair llevaba directamente a las ruinas.

Tanalasta no tuvo valor para expresar sus dudas; pero no era necesario. Después de cuatro días de esquivar gnolls y ghazneth en las polvorientas llanuras que separaban las Tierras de Piedra de las Marcas del Trasgo, Rowen y ella habían desarrollado un instinto natural para saber qué pensaba el otro. El explorador cogió las alforjas que cargaba al hombro, abrió las correas y tendió a la princesa la capa y los brazaletes.

—Yo no me preocuparía —dijo Rowen—. En cuanto Alusair considere que corre un peligro superior a sus fuerzas, se pondrá en contacto con Vangerdahast mediante el anillo de sello.

—¿Y cuántas veces le has visto hacerlo? —Era una pregunta retórica, Tanalasta no esperaba respuesta—. Además, ¿de qué iba a servir Vangerdahast? Con tantas ghazneth, su magia sería inútil.

—Sigo pensando que hay motivos para albergar esperanzas. —Rowen observó las lejanas motas durante unos segundos—. Si todo se hubiera resuelto, ¿qué hacen esas manchas en el cielo?

Abrochó las correas de nuevo y empuñó la improvisada pica que Tanalasta había preparado, atando la daga de hierro al extremo de una rama de olmo bastante sólida. Aunque el arma era más incómoda de llevar que una simple daga, permitiría a Rowen atacar con mayor convicción, pues podría mantener las distancias con el enemigo. La princesa se puso la capa sobre los hombros, y siguió al explorador caminando en cuclillas al amparo de la maleza polvorienta, que le llegaba a la altura de la cintura. Tendrían que cubrir un buen trecho de ese modo, pues la llanura era tan llana como un lago, y había pocos lugares donde poder esconderse.

Se movieron a trompicones, corriendo de mata en mata, agachados o a cuatro patas cuando debían atravesar terreno al descubierto. Tuvieron mucho cuidado de mantenerse ojo avizor al lejano enjambre de ghazneth, sin descuidar por ello la maleza, porque en la llanura habitaba una increíble selección de serpientes, arácnidos y escorpiones, que gustaban de esconderse en la relativa seguridad que proporcionaban los arbustos espinosos. En varias ocasiones, Tanalasta se vio obligada a retroceder de las generosas mandíbulas de un ciempiés o del agujón enhiesto de un escorpión al que habían importunado; en una ocasión, el extremo de la pica de Rowen recibió las caricias de los colmillos de una serpiente.

A medida que se acercaban a la torre, empezaron a observar algunas motas individuales que sobrevolaban las ruinas, o que alzaban el vuelo desde detrás del muro para unirse al enjambre principal. A Tanalasta se le revolvió el estómago de miedo, y maldijo por tener que acercarse tan lentamente. Quizás Alusair y ella no estuvieran muy unidas, pero eran hermanas, y no podía dejar de pensar en un enjambre de ghazneth peleándose por el cuerpo sin vida de Alusair.

Rowen pareció advertir la inquietud creciente de Tanalasta. Corrió más deprisa y a trechos más largos, descuidando la necesidad de ocultarse a medida que se acercaban. La princesa agradeció la preocupación del explorador, pero también sabía que no serviría de nada si todas las ghazneth los veían acercarse. Ya alcanzaba a distinguir la silueta inconfundible de sus alas extendidas, y no tardarían mucho en aproximarse lo suficiente como para que las criaturas pudieran verlos entre la maleza. Tanalasta estaba a punto de advertirle del peligro, cuando el explorador se detuvo de pronto.

—Rowen, ¿qué estás haciendo? —Pensando que quizá lo había mordido una serpiente o, incluso peor, un ciempiés tigre, se acercó a su lado y lo cogió del brazo—. ¿Qué sucede?

—No son ghazneth —respondió sin moverse.

Tanalasta observó el enjambre en la distancia, pero estaba demasiado lejos para que pudiera identificar de qué clase de criatura se trataba. Intentó de nuevo que se agachara.

—No puedes verlo bien.

—¿No? —Señaló hacia uno de los extremos de la espiral—. Fijaos en el extremo de sus alas cuando viren.

Tanalasta obedeció, y al fijarse observó un penacho blanco y apenas perceptible, como unos dedos diminutos, silueteados contra las dunas de arena.

—¿Plumas?

—Eso parece —replicó Rowen.

—Son buitres —dijo la princesa con el corazón en un puño.

—No sabemos qué significa eso —dijo apretando su brazo—. Quizá muriera uno de los caballos de Alusair.

—Demasiados buitres para un solo caballo —respondió Tanalasta.

La princesa se acercó prácticamente corriendo, mientras hacía un esfuerzo por contener su imaginación. Tanalasta no dejaba de recordarse a sí misma que Alusair había superado a una docena de criaturas tan terribles como cualquier ghazneth, que era una líder experimentada al mando de una compañía de guerreros, un par de clérigos y un puñado de magia a su disposición. Pero estas consideraciones caían en saco roto al ver la impresionante bandada de buitres que sobrevolaban la torre. Había carroña para un regimiento, y la fuente más obvia de carroña sólo podía obedecer a

una compañía de caballeros cormyts.

Al acercarse, Tanalasta vio que la construcción era una de esas torres extrañas y desproporcionadas descritas en el libro de Artur Shurtmin, *La Edad Dorada de los Trasgos*. Levantada en bloques de piedra arenisca y oscura argamasa, el capitel tenía una protuberancia impresionante cerca de la parte superior, que se inclinaba notablemente en esa dirección, como si un gran peso tirase de ella. Estrafalarias hileras de ventanucos rodeaban la estructura principal de la torre; su presencia sugería la existencia de, al menos, ocho pisos interiores, para una altura de tan sólo trece metros.

Los muros exteriores estaban surcados de manchas rojas y anaranjadas. Rezaba la leyenda que aquellos surcos obedecían a la sangre de los cautivos que los constructores habían mezclado con la argamasa, pero Artur (cuya pasión por el tema era quizá demasiado grande para dar una opinión imparcial al respecto) sostenía que los surcos eran prueba de que los trasgos a menudo empleaban tiras verticales para facilitar la impresión de que una construcción baja era más alta de lo que parecía. Aunque Tanalasta tenía sus dudas sobre ambas teorías, la verdad del caso jamás se conocería. El Reino Trasgo desapareció mucho antes de que empezara la historia, y de él no se sabía más de lo que las ruinas esparcidas por las tierras salvajes, entre Anauroch y los Picos de las Tormentas, podían revelar.

Tanalasta intentó armarse de coraje ante la presencia de la torre de los trasgos. Por regla general, estas ruinas solían servir simplemente de entrada a un complejo de túneles, que en la actualidad estaban ocupados por toda suerte de siniestras criaturas. Quizá los buitres celebraban un festín gracias a una tribu de kobolds o trasgos bárbaros que habían sido lo bastante estúpidos como para atacar a la compañía de Alusair cuando pasó cerca.

Tanalasta y Rowen se encontraban a un centenar de pasos de la torre, cuando empezaron a oler la muerte en el aire: el fétido hedor a carne podrida, el acre olorcillo de carne quemada, el olor rancio de la tierra revuelta. Al recordar lo que Artur aseguraba en su obra sobre que los trasgos de la edad dorada siempre orientaban sus puertas hacia el sol poniente, Tanalasta se dirigió seguida por Rowen hacia la puerta oeste de la torre. Observaron las copas de algunos castaños que asomaban por encima del muro, dispuestos a mostrar sus hojas amarillentas en forma de estrella. El hedor se hizo más intenso, y también más constante. Al acercarse más, la princesa oyó el aleteo y el gorgoteo de los buitres, así como un sonido que no pudo identificar, un sonido desapacible y errático, interrumpido de vez en cuando por un martilleo ahogado y algunos chasquidos.

Tanalasta se detuvo junto a la puerta y asomó la cabeza por la esquina. Se había equivocado en cuanto al número de castaños. Había uno solo, tenía un tronco nudoso y plateado, tan grueso como la cintura de un gigante y una corona de ramaje

amarillento que envolvía toda la torre. Bajo la sombra que proporcionaban las ramas del árbol, había dos docenas de caballos medio muertos de hambre, atados a una cuerda, tan famélicos y agotados que apenas podían moverse para espantar a los buitres. Algunas bestias yacían inmóviles bajo una nube de moscardones y plumas negras, mientras que una maraña de armadura y hueso quemado yacía apilada al pie de la torre, junto al ventanuco del tercer piso. Cerca, una docena de pajarracos hacían de las suyas con los huesos de un caballero cormyta. Al lado del cadáver vieron una espada primitiva, cuya hoja forjada en hierro estaba cubierta por una capa de herrumbre. Diseminadas por todo el patio al pie de la torre vieron docenas de enormes montones de tierra, cada uno de los cuales correspondía a un agujero excavado recientemente en la tierra.

Oyeron un ruido ahogado, procedente del extremo opuesto del patio, y la atención de Tanalasta se centró en el movimiento de unas piedrecitas que rodaban por una de las pilas de tierra. Distinguió algo negro, cuya forma le recordó vagamente a la de una flecha. Bajo la luz, atenuada por el castaño, confundió la silueta con la de un buitre, hasta que voló un montón de tierra por encima de la montañita.

Tanalasta sintió que Rowen la cogía del brazo, momento en que finalmente reconoció la forma oscura de un ala plegada. Retrocedió un paso y se volvió hacia el explorador.

—Tendremos que tenderle una trampa —susurró.

—Yo la sorprenderé por la espalda —dijo Rowen, haciendo un gesto de asentimiento—. Con un poco de suerte no me oírás acercarme.

—Y así evitas que corra peligro —dijo Tanalasta, exponiendo el motivo de que el explorador hubiera trazado ese plan. Hizo un gesto de negación y añadió—: Si sirviera de algo, no tendría ningún inconveniente en aprobar tu plan, pero esas criaturas son demasiado rápidas y resistentes. Aunque pudieras sorprenderla (y eso es mucho decir), jamás la matarías de un solo golpe. Tendremos que hacerlo juntos.

Rowen volvió a asomarse por la esquina, y apretó la mandíbula con fuerza.

—Disculpadme por lo que voy a decir, alteza, pero debemos considerar la posibilidad de que seáis la única heredera que siga con vida. Arriesgar vuestra vida sería un delito de alta traición.

—Están vivos —dijo Tanalasta—. Y Alusair también.

—No podéis saberlo —repuso el explorador—. Han estado incinerando a los suyos, lo cual significa que si han contraído alguna enfermedad, y...

—Tienen dos clérigos, un mago guerrero y un montón de alforjas llenas de pociones mágicas.

—No teníamos pociones —dijo Rowen—. El mago guerrero murió durante nuestro primer encuentro con la ghazneth, e incluso si los clérigos siguieran con vida, a estas alturas ya se habrán quedado sin agua. Ya habéis visto en qué condiciones

están los caballos; un hombre no aguanta ni la mitad de tiempo.

—Hay agua en el fondo de la madriguera, por eso precisamente construían los trasgos estas torres, para proteger sus pozos. —Tanalasta confió en que Artur Shurtmin hubiera fundamentado esta observación en un hecho más sólido que lo de la costumbre por las tiras rojizas que adornaban las torres—. Aunque Alusair haya muerto, por las excavaciones de la ghazneth podemos deducir que parte de la compañía ha sobrevivido. ¿De veras crees que los abandonaría a merced de esa criatura, estén vivos o muertos?

—Supongo que no. —Rowen le ofreció la pica—. Tomad esto: voy a ver si puedo hacerme con esa espada herrumbrosa.

—No soy lo bastante fuerte para manejar una pica. —Tanalasta rechazó el arma—. Además, no quiero arriesgarme a que la ghazneth advierta la desaparición de la espada. Eso echaría a perder mi plan.

—¿Plan? —preguntó Rowen, enarcando una ceja.

—La treta de la reina. —Tanalasta sonrió, henchida de confianza—. Boreas Kaspes la utilizó para ganar el desafío del rey en 978 del Calendario de los Valles.

Rowen observó dubitativo a la princesa hasta que ella le explicó su plan. Asintió a regañadientes y admitió que podía funcionar. Aportó algunos consejos y le mostró cómo rodar sobre sí mismo sin hacerse ningún daño al arrojarse al suelo. Entonces la princesa montó guardia mientras él recurría al talón para cavar una trinchera a uno de los lados de la puerta. En cuanto hubo terminado, le tocó el hombro y la empujó de nuevo detrás del muro.

—Recordad que no se trata de una partida de ajedrez —susurró—. Si la ghazneth hace cualquier movimiento inesperado, no tendréis oportunidad de pensar en vuestro siguiente movimiento.

—Me limitaré a actuar —asintió Tanalasta.

La princesa caminó hacia la puerta, pero se lo pensó mejor y se acercó al explorador para besarlo en los labios apasionadamente. No lo soltó hasta mucho después de que se recuperara de la sorpresa inicial, e incluso entonces continuó hasta que su mente empezó a pensar en otras cosas que no tenían nada que ver con la ghazneth.

—Suerte —dijo Tanalasta, medio ahogada, mirando a Rowen a los ojos.

—Sí, soy muy afortunado.

El explorador la cogió entre sus brazos y la empujó contra el muro del patio. Tanalasta sintió los salientes de piedra arenisca contra su columna, la excusa que necesitaba para apretar su cuerpo contra el del explorador, y al cabo de unos segundos la princesa sintió una necesidad urgente de satisfacer sus deseos que hubiera sido un pecado negar. Recorrió con sus dedos el torso de Rowen y sintió que él hacía lo propio con el suyo; deseaba tanto que acariciara todos los rincones

secretos de su cuerpo... Fue entonces cuando se dio cuenta de que habían elegido el peor momento para su primer beso.

Haciendo alarde de una gran fuerza de voluntad, deslizó sus manos entre sus cuerpos y apartó el pecho del explorador. Éste no pareció darse cuenta de lo que estaba haciendo, quizá porque no ponía mucho empeño en ello. Rowen deslizó una de sus manos alrededor de su cintura para acariciarle la espalda, en realidad, un poco más abajo, y con la otra acarició su pecho blando y acogedor, momento en que a la princesa le temblaron las piernas. Se dejó llevar durante un breve instante y después hizo acopio de coraje y se apartó de él.

—Espera...

Cuando vio que lo empujaba del pecho, una mirada horrorizada cruzó el semblante de Rowen, que trastabilló sonrojado hasta las orejas.

—¡Perdonadme, mi señora! Creí que... —El explorador tenía clavada la mirada en la punta de sus pies, al parecer incapaz de terminar la frase si miraba a Tanalasta—. Creí que vos queríais...

—Y quería... Quiero. —Tanalasta sonrió y cogió su mano, pero se guardó mucho de acercarse al explorador—. Pero será mejor que tengamos la cabeza despejada, ¿no crees?

Rowen asintió, y por su rostro cruzaron expresiones sucesivas de humillación, alivio y nerviosismo.

—Será mejor que... Es que no había sentido nada... Es decir, nunca me habían besado así.

—¿Esperabas menos de una princesa? —Tanalasta sonrió abiertamente, después observó la pasajera expresión de culpabilidad en la mirada de Rowen—. ¿O acaso ya lo habías hecho antes?

Rowen desvió la mirada y quiso responder, pero Tanalasta levantó rápidamente la mano para que guardara silencio.

—Olvidalo.

—Pero...

—No quiero oírlo. —Tanalasta sacudió la cabeza—. Podría cambiar de opinión sobre rescatar a esa cerda.

—Pero...

—¡Es una orden, Rowen!

Tanalasta se deslizó por la esquina y franqueó la puerta, con los brazaletes en la mano. En un extremo del patio, el ala de la ghazneth asomaba por detrás del montón de tierra que había excavado. Un escalofrío recorrió la espina dorsal de la princesa, y durante un instante deseó que Rowen se hubiera mostrado remiso a llevar a cabo su plan. Sin embargo, era él quien correría más riesgos, pero Tanalasta no estaba acostumbrada a servir de cebo y no podía evitar pensar en que quizá cometería un

error que terminara con la muerte de ambos. Se aseguró de llevar la capa sobre los hombros, y después se dirigió en zigzag hacia la espada herrumbrosa, contando los pasos desde el momento en que atravesó la puerta.

Cuando contó hasta diez, Tanalasta se ciñó los brazaletes, dibujó mentalmente el rostro de su hermana y cerró el broche de la capa. Sintió un hormigueo en los dedos que asían el metal. La imagen de Alusair se tornó ojerosa y macilenta. Tenía bolsas oscuras bajo los ojos, las mejillas hundidas, y parecía estar tumbada de espaldas en un lugar muy oscuro. Cuando Tanalasta no halló indicio alguno de percibir la presencia mental de su hermana, la asaltó el pánico y estuvo a punto de gritar de rabia.

Mientras la princesa se esforzaba por dominar su miedo, la cabeza envuelta en sombras de la ghazneth asomó sobre el montón de tierra. Se volvió hacia la puerta y la miró con unos ojos borrosos inyectados en sangre. Tanalasta dio rienda suelta al horror que la embargaba y profirió un grito, que permitió a Rowen comprender que la había descubierto.

Los buitres respondieron levantando el vuelo a través de las ramas del castaño, mientras la ghazneth subía por la montaña de tierra para extender sus alas sin dejar de mirar a Tanalasta. La princesa giró sobre sus talones y echó a correr hacia la puerta.

En su mente, la mirada de Alusair se tornó menos cristalina.

«Frente a la torre, con Rowen», transmitió Tanalasta. Pese a haber pensado en el mensaje una docena de veces después de describir su plan a Rowen, a la princesa le resultó muy difícil mantener la concentración, acosada por la ghazneth que iba tras ella. «Espada de hierro a veinte pasos del rastrillo, a la izquierda. ¡Juntas en esto!»

La imagen de Alusair pestañeó dos veces.

«¿Tanalasta?»

Pero la princesa no pudo responder. La magia de la capa le permitía enviar un solo mensaje, y breve, al destinatario, y éste debía responder con idéntica brevedad. Cuando llegó a la puerta, sus oídos estaban inundados por el aleteo de las alas de la ghazneth. Observó la modesta trinchera que Rowen había excavado como había podido y se arrojó al suelo como le había enseñado el explorador, rodando sobre el hombro para no hacerse daño. Un crujido estalló a su espalda. Tanalasta se puso en pie y profirió un grito de triunfo.

Pero fue un grito más bien breve.

Vio a Rowen junto a la puerta, con el extremo de la pica hundido en la trinchera, el hombro pegado al palo y el otro brazo cogido alrededor del arma y hundido en la cadera para mantener el arma en posición. Habían atravesado a la ghazneth de parte a parte como habían planeado, pero no estaba tan malherida como Tanalasta había esperado. El fantasma se deslizaba por el palo de la pica para arrancárselo al explorador de las manos.

Aunque esta ghazneth estaba tan desnuda como las dos anteriores, tenía un aspecto más aguerrido, un pecho amplio, anchos hombros y un rostro de luna masculino. Tenía tres cuernos como de cabra en la cabeza, era cejijunta y lucía una nariz porcina y chata de la que salía un aliento oscuro y envenenado cada vez que exhalaba. Tenía los brazos tan largos que, pese a encontrarse a medio camino de la pica, Rowen tuvo que inclinarse a un lado cuando le lanzó un zarpazo para esquivarlo.

—¡Rowen, agáchate! —exclamó Tanalasta, señalando con la mano el pecho de la criatura.

—¿Qué? —Rowen se agachó y volvió a esquivar una garra enorme, después intentó remover la pica para ensanchar la herida que atravesaba el pecho de la criatura—. Soy lo único que se interpone entre vos y...

—¡Obedece! —ordenó Tanalasta. Sin esperar a comprobar que el explorador hubiera obedecido, dio una palmada en los brazaletes—. ¡Rayos del rey!

Una descarga recorrió los brazos de la princesa, y Rowen se echó cuerpo a tierra en cuanto cuatro haces dorados surgieron de las puntas de los dedos de Tanalasta.

La ghazneth fue tan rápida como sus compañeras a la hora de plegar las alas para protegerse de la magia, pero la pica que atravesaba su pecho le impidió usarlas como hubiera sido su deseo y no pudo protegerse del todo. Los haces mágicos de Tanalasta encontraron un hueco, sorprendieron a la criatura en el esternón, y la arrojaron hacia atrás a través de la puerta.

La ghazneth cayó de espaldas y rodó sobre sí misma, partiendo la pica en dos. Tras ella, Tanalasta distinguió una docena de figuras que surgían de la torre de los trasgos. Entonces la criatura volvió a ponerse en pie como pudo.

—¿Y ahora qué? —preguntó Rowen, intentando incorporarse con la misma rapidez que su enemiga.

En esta ocasión no fue necesario insistirle. Se agarró a lo que pudo mientras la princesa metía la otra mano en el bolsillo de huida de la capa. Después de un instante de oscura desorientación temporal, se encontró en el interior del patio, junto al esqueleto que Tanalasta había visto desde la puerta, rodeada por los supervivientes ojerosos, hambrientos y sucios de la compañía de Alusair. Rowen y ella observaban el extremo partido de la pica que asomaba por entre las maltrechas alas de la bestia.

—¡La espada! —exclamó Tanalasta, señalando el suelo.

Rowen profirió un juramento, y entonces la princesa se percató de que el arma había desaparecido.

La ghazneth se volvió hacia ellos, extendiendo sus alas para detenerlos. Alusair salió de la sombra que le proporcionaba el castaño, con intención de hundir la espada de hierro en el cráneo de la criatura. Pero sus pies rozaron una de sus alas, y alertó a la bestia. Ladeó la cabeza y la hoja herrumbrosa de la espada cayó junto al cráneo,

cortándole limpiamente una oreja y hundiéndose en la clavícula.

La ghazneth profirió un aullido de dolor, recurrió al brazo para quitarse a Alusair de encima y después se volvió para rematar la faena. Tanalasta recordó el hechizo del rayo, pero Rowen ya había cogido la punta de la pica rota y se abalanzaba sobre la espalda de la criatura con la daga en alto.

El explorador realizó la carga hundiendo la daga a través del caparazón de cuero de las alas hasta dar con la espalda de la criatura. El fantasma rugió de nuevo y se volvió para enfrentarse a él, pero entonces Alusair volvió a atacarlo por la espalda con la espada, lanzando una estocada tras otra contra sus alas y patas. La ghazneth se volvió de nuevo, pero se limitó a apartar a la princesa de un manotazo y salió corriendo por la puerta como alma que lleva el diablo.

Tanalasta se acercó corriendo a su hermana. Alusair yacía tendida boca abajo sobre el barro, con los ojos cerrados y la respiración entrecortada.

—¡Alusair! ¿Me oyes? ¿Estás bien? —preguntó Tanalasta después de arrodillarse junto a ella, y apoyar su cabeza en el regazo.

—¿Cómo voy a estarlo? ¿Nunca te ha golpeado una de esas criaturas? —Alusair abrió uno de sus ojos castaños y miró fijamente a Tanalasta—. Por los Nueve Infiernos, ¿qué diantre haces tú aquí? ¡Éste no es lugar para una princesa de la corona!

—No, Alusair, no lo es —respondió Tanalasta, esbozando una sonrisa al comprobar que su hermana se encontraba bien.

La real compañía expedicionaria emergió de una densa oscuridad con un sonoro estampido, tras lo cual todos sus miembros permanecieron mareados en las sillas de montar, con el estómago revuelto (al igual que la cabeza) a causa de la teletransportación. Lentamente, la oscuridad dio paso a una luz marrón, y pudieron ver un sicomoro en la pelada ladera de la colina. Un viento cálido empujó la tierra sucia de los páramos, y cuando empezaron a distinguir unas siluetas jorobadas ante su mirada, el silencio abrió paso al golpeteo metálico y a un sinfín de resoplidos.

Algo afilado golpeó las costillas de Vangerdahast y rebotó en su escudo mágico sin causarle ningún daño. Fue entonces cuando los caballos empezaron a relinchar.

—¡Marranos! —gritó Vangerdahast tras conseguir recuperarse—. ¡Emboscada!

Una oscuridad ondulante surgió a su derecha, lo cogió del brazo y tiró de él emprendiendo el vuelo y levantándolo de la silla de montar. Tenía a los miembros de la compañía expedicionaria a sus pies: cincuenta poderosos magos guerreros, respaldados por doscientos Dragones Púrpura, confundidos entre una horda de marranos chillones y sorprendidos. Vangerdahast profirió una maldición. Por mucho que hubieran previsto la posibilidad de encontrarse con un comité de bienvenida como aquél, nadie pensó que se teletransportarían en medio de una tribu de orcos.

Vangerdahast sacó una bolita de plomo del bolsillo que tenía en la manga y la cogió entre los dedos pulgar e índice recitando un conjuro rápido. Su cuerpo adquirió un tono argénteo y se tornó pesado. La ghazneth gritó sorprendida y cayó al suelo aleteando en un esfuerzo inútil por mantener la ventaja de la altura. Vangerdahast se volvió para liberar su brazo, pero no porque temiera caer y estamparse en el suelo. Como a todos los miembros de la compañía, también él se había protegido mágicamente contra cualquier clase de golpe o corte antes de abandonar Arabel. Se agarraba al fantasma impulsado por la sed de sangre que se había despertado en él en cuanto percibió su presencia, la misma sed de sangre que había experimentado la primera vez que lo vio. Quería arrastrarlo al suelo y desenvainar la daga de hierro para descuartizar a la infame criatura, destruyéndola definitivamente.

Como Vangerdahast había previsto, al levantar la mirada se topó con el rostro de la primera ghazneth que había encontrado. La criatura le devolvía una mirada burlona con sus ojos inyectados en sangre, y también le mostraba los colmillos amarillentos; toda ella traslucía odio y tensión. Vangerdahast vio por el rabillo del ojo que se había entablado una sangrienta batalla a menos de seis metros bajo sus pies, descolgó del cinturón su daga negra forjada en hierro, y el fantasma pareció finalmente caer en la cuenta de que no tenía sentido seguir luchando. Profirió un silbido de rabia y abrió las garras dejando caer al mago.

Dominado por la furia del combate, Vangerdahast fue incapaz de pensar en otra

cosa que no fuera terminar de una vez por todas con el fantasma. Siguió cogido al extremo de un ala, y profirió un grito de dolor cuando su propio peso mágico colgó del brazo y se lo dislocó. Abrió la mano instintivamente y fue a dar de espaldas contra el suelo, rodando un largo trecho.

Mientras rodaba, Vangerdahast oyó el zumbido de una docena de cuerdas de arco, y atisbó una nube de penachos negros que pasaba sobre su cabeza. La ghazneth profirió un grito, y el mago supo que al menos una de las flechas con punta de hierro había alcanzado su objetivo. Al dar la siguiente vuelta, afirmó los pies en el suelo y dejó de rodar; después intentó incorporarse y descubrió que su cuerpo era demasiado pesado para conseguirlo.

Vangerdahast canceló el hechizo de pesadez con un solo pensamiento, después trastabilló y se puso en pie sin soltar la daga de hierro. La ghazneth se encontraba a unos treinta metros de distancia, remontaba el vuelo y se dirigía hacia el norte con media docena de flechas clavadas en el pecho.

Un par de lanzas lo alcanzaron por la espalda y lo arrojaron al suelo. Aunque las lanzas no traspasaron la armadura mágica, la caída le hizo proferir un grito de dolor al caer sobre el hombro que se acababa de dislocar. Maldijo en voz alta, se deshizo de la daga y metió la mano sana en la capa, en busca de la varita de guerra.

Al ver que el primer ataque no había penetrado la capa de lana del mago, los orcos volvieron a atacarlo con sus lanzas, provocando una nueva oleada de dolor en el hombro de Vangerdahast.

—¡Estúpidos marranos! —Se volvió hacia sus atacantes y dio una patada a la rodilla del orco que tenía más cerca, que perdió pie—. ¡Incluso un kobold se daría cuenta de que vuestras lanzas no sirven de nada!

Vangerdahast levantó la varita y un haz de luz dorada atravesó el pecho del orco. La criatura soltó la lanza, se llevó las manos al pecho y explotó salpicándolo todo con su sangre. El mago se protegió con las manos para evitar que lo alcanzaran los restos sanguinolentos de su víctima, y entonces sintió que un par de botas descargaban sendas patadas en sus rodillas. Al mirar hacia ellas vio que otro marrano se había agarrado a su pierna, dispuesto a morderle con los ojos inyectados en sangre.

Vangerdahast enarcó una ceja haciendo gala de un coraje sin par, y después apuntó con la varita a la frente del orco. La rabiosa criatura ni siquiera tuvo ocasión de gritar cuando el haz dorado penetró en su cabeza y la partió en mil pedazos. El mago se desembarazó del cadáver decapitado y se puso en pie. Un marrano pasó corriendo para situarse a su flanco, dispuesto a atravesarlo con su lanza. Vangerdahast levantó la varita, cuya magia destrozó por completo al guerrero.

A su espalda se produjo un estruendo. Se volvió hacia el ruido y se encontró observando el centro de la batalla, donde una red confusa de mortíferos rayos y bolas de fuego alfombraban el suelo de cadáveres orcos. No era mucho lo que los orcos

podían hacer contra el poder de la magia. Sus puntas de lanza de piedra se quebraban contra la armadura impenetrable de los Dragones Púrpura, y sus débiles espadas se doblaban contra la lana encantada de las capas que llevaban los magos guerreros, mientras que sus garras se partían al intentar arañar los flancos, también protegidos mágicamente, de los caballos. La real compañía expedicionaria respondía con buen acero cormyta y hechizos escogidos, y los orcos caían a docenas. Uno de los dragones decapitó de un solo golpe a tres orcos, y fue superado al cabo de un instante cuando una bola de fuego redujo a una docena de marranos a un montón confuso de carne y huesos calcinados.

Al ver que la batalla estaba encarrilada, Vangerdahast se volvió hacia el lugar donde había visto por última vez a la ghazneth. Después de mucho buscar, la encontró sobrevolando la zona; apenas era una mota recortada contra el cielo, y mantenía la distancia para evitar que pudieran alcanzarla las flechas. El clamor de la batalla cesó con la misma rapidez que se había desatado, y el fantasma siguió trazando círculos en lo alto. A regañadientes, Vangerdahast apartó la mirada del punto negro y se dispuso a dar órdenes.

—¡Alto la magia! —Intentó encontrar con la mirada a cualquiera de los clérigos que formaban parte de la compañía, para que le curara el hombro dislocado—. ¡Tropa impar, hierro! ¡Tropa par, acero!

La real compañía expedicionaria se dispuso a obedecer, los magos guerreros cancelaron sus hechizos de protección, los dragones limpiaron las espadas antes de intercambiarlas por las armas del metal al que estaban acostumbrados. Vangerdahast aguardó el cambio con una impaciencia mal disimulada. El mago los había entrenado para llevar a cabo esta maniobra peculiar durante los últimos dos días (el tiempo necesario para que los herreros de Arabel forjaran un surtido completo de armas de hierro para todos y cada uno de los miembros de la compañía), pero no estaba muy satisfecho con los resultados. Las ghazneth eran muy violentas y rápidas, y aprovecharían el menor descuido para matar con rapidez. Además, el mago no tenía ni idea de cuántas eran o de cómo reaccionarían ante la presencia de la real compañía expedicionaria.

El día anterior, cuando él y sus magos guerreros exploraban el cañón donde Vangerdahast había visto por última vez a Tanalasta, no vieron ni rastro de los fantasmas, pero le pareció que al menos una ghazneth los había visto seleccionar el sicomoro como punto de reunión de la real compañía expedicionaria. Vangerdahast dudaba de que la criatura hubiera considerado la posibilidad de que se teletransportaran encima de los orcos, ya que ningún comandante en su sano juicio se hubiera arriesgado a aparecer rodeado por el enemigo, pero al menos no se había arredrado a la hora de atacarlos. Encontrar a las princesas no sería tarea fácil, ni siquiera con la ayuda de doscientos cincuenta miembros de la fuerza de elite cormyta.

Vangerdahast se acercó al frente de la compañía, donde una cuadrilla de hombres ataviados con la armadura de camuflaje había desmontado para dispersarse entre los orcos. Algunos arrastraban a los enemigos heridos por los colmillos, gruñendo y mascullando en un orco pasable toda suerte de amenazas de tortura, a menos que alguien les dijera dónde encontrar «dos humanos que cabalgan un festín». Los orcos, aterrorizados, señalaban en todas direcciones lo cual significaba que no tenían ni idea de dónde se encontraban Rowen y Tanalasta.

—¡Exploradores! Estáis perdiendo el tiempo. —Vangerdahast extendió el brazo sano alrededor del perímetro donde se había celebrado el combate—. ¡Quiero un rastro... y rápido!

Los exploradores del rey obedecieron rápidamente, entreteniéndose sólo lo justo para rematar a los orcos antes de dispersarse en todas direcciones. Apareció Owden Foley, que llevaba de las riendas el caballo de Vangerdahast y observaba con preocupación los esfuerzos de los exploradores.

—Mal asunto —dijo al desmontar—. Esta matanza innecesaria sólo nos causará problemas.

—Éstas no son las tierras de Chauntea —gruñó el mago. Había accedido a llevar con él al clérigo ante la insistencia de Azoun, pero no estaba dispuesto a que le dijera cómo debían tratar sus hombres a los orcos—. Estas tierras pertenecen a Gruumsch y Maglibuyet, dos orcos conocidos por su sed de sangre. Además, matarlos es lo mejor que podíamos hacer por ellos. Un orco herido sólo puede esperar dos cosas: morir lentamente de hambre o, si tiene suerte, convertirse en esclavo de su propia tribu. A estos marranos los heridos les importan un comino.

—En tal caso, tiene usted suerte de que no seamos como los orcos. —Owden tendió las riendas del caballo a un ayudante y cogió suavemente el brazo dislocado de Vangerdahast—. Pero no estaba pensando en los orcos. ¿Se ha dado cuenta de la sed de sangre que domina a la tropa?

—¿Usted también? —preguntó a su vez, mirando al clérigo a los ojos.

—Por supuesto... Y aún la siento. —Owden levantó un pie y posó la planta en la caja torácica del mago, antes de tirar de su brazo—. Fue cosa de la ghazneth, algo parecido a la locura transitoria que provocó en usted la criatura a la que se enfrentó.

Vangerdahast gritó hasta que su brazo volvió a colocarse en la articulación, después cayó de rodillas e intentó aguantar el dolor.

—La fiereza de una batalla puede enloquecer a cualquiera —dijo Owden—. ¿Qué cree que pasará cuando las ghazneth se sientan preparadas para enfrentarse a nosotros?

—Supongo que ya conoce la respuesta —gruñó Vangerdahast. Se puso en pie con dificultad e intentó levantar el brazo. Sólo consiguió levantarlo unos centímetros, y el esfuerzo le hizo lanzar un silbido de dolor—. ¿Se le ocurre alguna solución?

—Eso depende de Chauntea. —Owden apoyó la palma de su mano en el hombro del mago—. Aquí, la diosa le ayudará a usted a superar el dolor.

—No necesito su ayuda —rechazó Vangerdahast, apartando su brazo. A continuación sacó una poción curativa del interior de su túnica y se la bebió—. Y la real compañía expedicionaria tampoco necesita su protección.

Owden señaló el vial vacío que Vangerdahast tenía en la mano.

—Ese elixir fue bendecido por un dios. No existe ninguna diferencia entre beberlo y aceptar la ayuda de la Madre.

—La diferencia es que el tesoro real pagó sus buenas monedas de oro para comprarlo. —Vangerdahast sentía en su interior la fuerza mágica de la poción, mientras actuaba en su organismo atenuando el dolor de su hombro. A continuación, con el brazo herido arrojó el vial vacío contra una roca—. Eso es lo único que Tempus espera que le demos a cambio.

—No soy su adversario, Vangerdahast —dijo Owden, sacudiendo la cabeza.

—Entonces, ¿por qué convenció al rey de que debía acompañarme?

—Porque se me ocurrió que quizá necesitaría mi ayuda. —En la mirada de Owden se reflejó su rabia contenida—. No intento arrebatarse su lugar. Tanalasta es lo único que me preocupa.

—No es Tanalasta lo único que le preocupa. —Vangerdahast arrancó las riendas de *Cadimus* de manos del ayudante de Owden, y subió a la silla—. Si estuviera preocupado por Tanalasta, a estas alturas ya habría regresado usted a Huthduth.

El mago tiró de las riendas de *Cadimus* para que volviera grupas en dirección al sicomoro, consciente de que el clérigo no le perdería de vista. Pese a la dureza de sus palabras, Vangerdahast sabía que el maestro de agricultura era un hombre bueno y capacitado, y ése era precisamente el quid de la cuestión. Después de haber curado al rey y al mago supremo del mal de la locura, Owden había ganado muchos enteros entre la gente influyente, incluido el sabio de la corte Alaphondar Emmarask, muchos de los nobles que al principio se habían opuesto a la fundación de un templo real y, lo que aún era más importante, el propio Azoun. No sólo había insistido el rey en enviar a Owden para que encontrara a Tanalasta, sino que había recurrido a los clérigos de Chauntea para que lo ayudaran a él y a Merula a rescatar a la reina.

Dada la decencia característica del carácter de Azoun, el rey se sentiría agradecido y obligado a expresar su gratitud a los monjes, estableciendo quizás el templo real de Tanalasta, cosa que Vangerdahast no estaba dispuesto a permitir. Por muy capaz y de fiar que fuese Owden, no existía ninguna garantía de que su sucesor fuera tan útil para el reino, o de que Chauntea no lo utilizara para imponer su voluntad en el reino. Habían transcurrido más de mil trescientos años desde que los antiguos elfos encargaron a Baerauble Etharr que sirviera al primer rey cormyta como consejero y mago supremo. Desde entonces, el deber del mago supremo había

consistido en proteger tanto al rey como a su reino, conduciéndolos por el camino más seguro. Vangerdahast no estaba dispuesto a permitir que la tradición muriera con él, no cuando el mago supremo había constituido la garantía más efectiva de la seguridad del reino durante mil trescientos cincuenta años.

Cuando Vangerdahast llegó al nudoso sicomoro, encontró al viejo Alaphondar exactamente donde había supuesto: dando vueltas con aire distraído alrededor del tronco, entrecerrando la mirada ante los signos que copiaba después en su diario. El sabio real estaba tan absorto que ni siquiera reparó en la presencia del mago, hasta que *Cadimus* le dio un lametón en el cuello. Del susto, arrojó al aire el diario y el lápiz y profirió tal grito, que la mitad de los miembros de la compañía subieron por la colina para asegurarse de que no corriera peligro.

—¿Y bien, viejo amigo? —preguntó Vangerdahast, levantando la mano para que los jinetes comprendieran que todo estaba en orden—. ¿Ha merecido la pena el viaje?

—Es curioso, Vangerdahast —respondió Alaphondar, ajustándose las lentes y levantando la cara para mirar al mago—. Es muy extraño, créame.

Si el sabio se había enfadado por haberlo asustado, su voz no lo delató. Se limitó a recuperar el lápiz y el diario del suelo, y se volvió hacia el árbol para continuar con su trabajo.

—Estos signos corresponden al Primer Reinado —dijo—. De hecho, lo más probable es que puedan pertenecer al período posterior a Thauglor.

—¿Al Primer Reinado? —preguntó Vangerdahast, que no tenía la menor idea de lo que le estaba diciendo—. ¿De tiempos de Faerlthann?

—En ese caso sería faerlthanniano, ¿o no? —Alaphondar le miró por encima de las lentes, como si el mago real fuera el hijo tonto de una familia noble segundona—. Me refiero al Primer Reinado, al que había en tiempos de Iliphar de los elfos.

—¿El señor de los Cetros? —preguntó Vangerdahast, sorprendido—. ¿Al primer rey de los elfos?

—Eso sería el Primer Reinado —asintió Alaphondar, con gesto de resignación—. De eso hace aproximadamente mil cuatrocientos cincuenta años, cien años antes de que Faerlthann fuera coronado. De hecho, más de cincuenta años antes de que los Obarskyr se asentaran en los bosques.

Vangerdahast observó los páramos pelados que los rodeaban, intentando imaginar la vegetación salvaje que los había cubierto cuando sirvieron de hogar a los elfos.

—Pero los signos no son lo más interesante —dijo Alaphondar.

—¿De veras?

—Este árbol no es tan antiguo —dijo el sabio, haciendo un gesto de negación—. Es trescientos años demasiado joven.

—Y usted lo sabe por... —empezó a decir el mago, pese a ser consciente de que no debía dudar del sabio.

—Por esto.

Alaphondar se volvió para recorrer los signos con la yema de los dedos. Inmediatamente, la voz rasposa y angustiada de una doncella elfa resonó como si estuviera presente, y se alzó a espaldas de Vangerdahast un murmullo de caballos nerviosos y jinetes sorprendidos.

Alaphondar tradujo la canción.

Este hijo del hombre, que su cadáver alimente este árbol.

El árbol de este cadáver, que crezca mientras nutra.

El espíritu de este árbol, para que ellos le permitan regresar cuando crezca.

Así duermen quienes traen la destrucción: un sueño sin descanso.

Así siembran quienes traen la pena: semillas de su ruina.

Así mueran quienes siembran la muerte, y los hijos de sus hijos.

Venid aquí, Loco rey Boldovar, y yaced entre estas raíces.

Al terminar la canción, Vangerdahast ahogó un grito.

—¿Boldovar?

—¿Lo comprende ahora? —dijo Alaphondar, excitado, haciendo un gesto de asentimiento. El sabio recorrió con el dedo un conjunto de bucles que parecían idénticos a cualesquiera otros—. Murió trescientos años antes de que estos bucles pasaran de moda.

—Tengo que confiar en su buen juicio, viejo amigo —dijo Vangerdahast. Sabía cómo hacer cantar algunos signos, pero no podía leerlos y menos aún determinar a qué época correspondían—. ¿Qué significa?

—¿Que qué significa? —Alaphondar parecía confundido—. Bueno, pues no sabría decirle.

—Sin embargo, lo más acertado sería pensar que un elfo grabó estos signos hará trescientos años. —Vangerdahast vio por el rabillo del ojo que los exploradores que habían salido en busca del rastro de Tanalasta estaban regresando. El capitán ascendía al galope por la colina para informarle del resultado de sus investigaciones.

—Oh, sí —respondió Alaphondar; haciendo un gesto de asentimiento—, y lo que aún es más importante: había vivido solo y separado de su gente al menos durante todo ese tiempo. ¿Tiene usted la menor idea del efecto que tamaña soledad causaría en un elfo?

—Sí, me temo que sí —respondió Vangerdahast observando los signos, al recordar las palabras amargas y aquel angustioso tono de voz.

—Quizás averigüe algo más en el interior de la tumba —dijo Alaphondar mientras se agachaba para apartar las raíces.

—No tenemos tiempo para eso. —Vangerdahast se volvió hacia el capitán de los

exploradores, que en aquel preciso instante detenía su montura junto al mago—. Nos vamos.

—¿Que nos vamos? —Alaphondar se paró en seco—. Todavía no podemos irnos. Al menos tardaremos un día en acotar este lugar, y un día más para empezar las excavaciones preliminares.

—No disponemos de un día. —Vangerdahast levantó la mirada al cielo, pero no encontró ni rastro de la ghazneth—. Quizá no tengamos ni una hora.

—Pero...

—Ésta es una expedición militar, Alaphondar —interrumpió Vangerdahast, llamando la atención del capitán de exploradores—. Nuestro objetivo consiste en encontrar a las princesas y traerlas de vuelta a Arabel... y rápido.

—Por supuesto... ¿Cómo habré podido olvidarlo? —La excitación desapareció de la mirada de Alaphondar. Se dirigió hacia su caballo, pero entonces se le ocurrió algo y se volvió hacia Vangerdahast para sugerir—: Quizá quieran ustedes adelantarse...

—A estas alturas ya ha visto a dos ghazneth —recordó Vangerdahast—. ¿De veras está dispuesto a enfrentarse cara a cara con una sola de ellas, aun contando con una docena de Dragones Púrpura como escolta?

Alaphondar torció el gesto, y volvió a dirigirse hacia su caballo.

—Olvídelo.

—¿Han encontrado el rastro? —preguntó el mago supremo al explorador. Éste hizo un gesto de asentimiento y señaló hacia un valle situado entre los picos de las Orejas de Mula.

—Hemos encontrado algunas huellas antiguas de cascos, que se dirigen al sur, al interior de las montañas.

—Eso sí son buenas noticias —dijo Vangerdahast, soltando un suspiro de alivio—. Quizá Tanalasta haya recuperado la razón y decidido que ha llegado el momento de volver a Cormyr.

El aire estaba impregnado de un olor a carne fétida y tierra mohosa, y en la estrecha tumba Tanalasta se sintió febril y mareada. Tenía el estómago revuelto, la visión borrosa, y una corriente continua de escalofríos recorría su espina dorsal. En el suelo, ante ella, había algo que no tenía ningún interés por ver. Estaba cubierto con una armadura deslustrada y sobre las piedras vio también una espada herrumbrosa y un escudo maltrecho, colocado boca arriba. La maleza y un moho blancuzco se habían extendido como garras por la coraza, y la corona del yelmo estaba quebrada a fuerza de golpes. El rostro y las extremidades quedaban ocultos por una gruesa capa del mismo moho que corroía las juntas de la armadura, y tan sólo el blasón arrugado de un águila pintado sobre el corazón identificaba el cadáver como el de Emperel Ruousk, guardián de la Espada Durmiente.

Sostuvo la antorcha ante sí y se adentró en la tumba por el pasaje de entrada. Como la que había inspeccionado anteriormente, ésta estaba rodeada de una redecilla entrelazada de raíces negras, muchas de las cuales habían sido cortadas durante el combate que acabó con la vida de Emperel. Confundida entre las raíces observó la misma telaraña de filástica que había visto en la otra tumba. El suelo estaba cubierto de jirones de cuero podrido, botones, hebillas y las suelas mineralizadas de un par de botas grandes.

Tanalasta recogió un puñado de restos para examinarlo más tarde, y después se quitó la cuerda que llevaba atada a la cintura mientras se acercaba de nuevo al cadáver de Emperel. El olor que despedía le revolvió el estómago, y apenas tuvo tiempo de apartarse un poco antes de vomitar todo lo que llevaba dentro. Cuando dejó de sentir arcadas, le temblaban las piernas y las sienes. La princesa se reprochó a sí misma ser tan impresionable; la podredumbre formaba parte del ciclo vital, tanto como el crecimiento, y tratar el fenómeno con aversión constituía una afrenta a la Madre.

Tanalasta respiró profundamente y volvió junto al cadáver. Pese a su determinación, se sintió débil, algo mareada y temió desmayarse si tocaba el cuerpo mohoso. Durante un instante consideró la posibilidad de retirarse y dejar a Emperel donde estaba, pero enterrarlo en aquel lugar que rezumaba maldad hubiera constituido una grave afrenta a la memoria de un caballero tan valiente como él. La princesa sujetó la antorcha entre dos losas y cogió la espada del guerrero. Deslizó la hoja tras la espalda y, resoplando por el esfuerzo, lo volvió de lado. Después lo mantuvo en esa posición con el brazo mientras pasaba la cuerda por su espalda.

Cuando hubo terminado le dolían las articulaciones y apenas tenía aliento. Rodeó el cadáver y deslizó la espada al otro lado, y entonces advirtió que algo la bloqueaba. Descubrió una oscura tira cubierta por una capa de moho. Tanalasta aprovechó la

espada para retirar el moho, cogió la tira pegajosa y tiró de la bolsa que el cadáver de Emperel había mantenido oculto.

Era una bolsita como la que utilizaban los mensajeros; tenía un acabado impermeable y una solapa que, al cerrarse, podía hacer frente a toda clase de condiciones atmosféricas. Sin embargo, la bolsa no estaba cerrada y la solapa parecía doblada sobre sí, por lo que Tanalasta dedujo que sólo podía haber una razón para que Emperel la llevara abierta en el momento de su muerte.

—Que la Madre te bendiga, Emperel Ruousk.

La princesa retiró la bolsa cubierta de moho, y después se ayudó con la espada para apoyar de lado el cadáver de Emperel y asegurar su cuerpo con la cuerda. La cogió con ambas manos, hizo un fuerte nudo y tiró tres veces de ella para asegurarse de que estaba bien firme. La cuerda se tensó, zarandeó el cadáver de Emperel y lo arrastró hacia la salida. Cuando llegó al umbral que daba al pasadizo, la cabeza de Emperel golpeó contra el dintel y se produjo un crujido ahogado a la altura de su cuello, obligándola a pararse en seco.

Sin pensarlo dos veces, Tanalasta acercó la mano a la nuca de Emperel para apartarla del obstáculo y tocó algo pegajoso, una masa fibrosa de tejido putrefacto y pelo enganchado y húmedo. Consiguió dominar las arcadas que la sacudían y arrastró el cadáver por el pasadizo, después de coger un puñado de tierra con la mano y limpiársela como pudo. Por muy contrariada que pudiera sentirse su diosa, la princesa no podía sentir la mano embadurnada de sangre y moho.

En cuanto se hubo limpiado la mano, Tanalasta concentró su atención en la bolsa y levantó la solapa. En su interior encontró un pedazo de carbón, un lápiz, un diario encuadernado en cuero, algunos anillos similares a los suyos (salvo el que lucía el sello de un águila rampante, que formaba parte del equipo habitual de un oficial de los Dragones Púrpura) y varios pliegues envueltos en seda que aún estaban en buenas condiciones. Bajo la caprichosa luz de la antorcha, Tanalasta desplegó el primer rollo de seda. Medía unos treinta centímetros de ancho, y tenía unos cortes pronunciados en las esquinas, lo cual demostraba que lo habían cortado de un pedazo más grande. La princesa volvió a enrollarlo, y después desenrolló otro.

Emperel había pasado el carbón sobre aquella tela para tomar un calco, y a juzgar por la errática disposición de las manchas de carbón parecía la corteza de un aliso: pero en la imagen en negativo distinguió los caracteres serpentiformes de la antigua escritura élfica. Era difícil de leer; sin embargo, Tanalasta distinguió los caracteres y podía asegurar que eran prácticamente idénticos a los que habían encontrado hacía unos días en los páramos. Había un epitafio peculiar, el que se refería al cadáver enterrado en el árbol, el cadáver que alimentaría las raíces para después ser alimentado por ellas: «Para que ellos le permitan regresar cuando crezca». Después, la maldición en la que se condenaba a quienes sembraban la destrucción, a matar a

los hijos de sus hijos. La última línea, el requerimiento, era diferente:

Venid aquí, Leal Suzara, y yaced entre estas raíces.

Tanalasta profirió un grito al leer aquellas palabras y soltó el pedazo de seda. Al igual que el rey Boldovar, Suzara era un antepasado suyo; de hecho, era uno de los antepasados más antiguos. Se había casado con Ondeth Obarskyr antes de asentarse en los bosques y construir la cabaña en lo que, al cabo de un tiempo, acabaría por convertirse en Cormyr. De hecho, la ciudad de Suzail debía a ella su nombre. Claro que cabía la posibilidad de que se tratara de otra Suzara, pero Tanalasta no lo creía. Suzara nunca había sido un nombre muy popular en Cormyr, pues se le atribuían fragilidad y egoísmo. Se le reprochaba que, al no haber convencido a su esposo para regresar a la comfortable Impultur, lo había abandonado llevándose con ella al menor de sus hijos.

Sin molestarse en volver a enrollar el pedazo de seda, Tanalasta sacó otro rollo de la bolsa y lo desplegó. Aquél era un duplicado de la invocación que acababa de leer hacía unos minutos, antes de entrar en la tumba, en la corteza del árbol bajo el cual se encontraba. Hacía referencia a un traidor famoso, Melineth Turcasson, que había traicionado al rey Duar, su yerno, al vender la ciudad de Suzail a una banda de piratas a cambio de quinientas sacas de oro.

La princesa abrió los demás rollos de seda tan deprisa como pudo, pero sólo encontró el nombre de lady Merendil, una infeliz a quien se le ocurrió utilizar a un aprendiz de mago supremo para que matara al primer príncipe Azoun. Tanalasta sintió cierto alivio al leer su nombre, pues los demás traidores habían sido antepasados suyos.

Tanalasta sacó de la bolsa el diario de Emperel. Estaba escrito de derecha a izquierda en alto halfling, con intención de despistar a cualquier persona que pretendiera leerlo, pero la princesa tan sólo necesitó de un minuto para reparar en la triquiñuela, y otro más para recordar las normas básicas del lenguaje. La primera parte del diario incluía un montón de relatos sin importancia sobre un viaje de dos días de duración al mar de la Luna, como prolegómeno a la investigación de una serie de informes que aseguraban que los orcos se concentraban en las Tierras de Piedra. El texto empezaba a cobrar interés a partir del momento en que Emperel relataba su llegada a la población amurallada de Halfhap, donde una décima parte de la guarnición había desaparecido tras salir en persecución de un asesino.

Al parecer, el extraño había llegado una noche a Halfhap, borracho, desafiando a quien quisiera escucharle sobre cómo pretendía vengar el trato injusto y vejatorio que había sufrido su familia a manos del rey. Cuando el tabernero le sugirió que se fuera con su odio a otra parte, el extranjero le arrancó la cabeza con las manos, salió de la taberna y desapareció.

El comandante del lugar envió una compañía de Dragones Púrpura en persecución del asesino, pero nunca regresó, y fue poco después cuando Emperel pasó por la guarnición y se enteró de lo sucedido. Después de hacer algunas preguntas, el guardián salió en persecución del asesino y siguió su rastro hasta el interior de un árbol, donde había una tumba. Allí se enfrentó a él. Durante el combate, reconoció al hombre como Gaspar Cormaeril, uno de los colaboradores de Aunadar Bleth que había muerto durante el asunto abraxus, pero que, de algún modo, había vuelto a la vida. Había una anotación al margen en la que señalaba que, después de hacer algunas averiguaciones cuando volvió a Halfhap para conseguir otro caballo, había llegado a la conclusión de que lo más probable era que aquel tipo fuera Xanthon, un primo de Gaspar que se le parecía mucho.

Tanalasta interrumpió la lectura. Conocía a Xanthon por tener fama de ser uno de los primos más «aventureros» de Rowen; Xanthon, junto con Thaerilon, Boront, Cheldrin, Flaram y Horontar, viajaba por las Heartlands en busca de riqueza y emociones. Por lo que recordaba, obtuvieron más emociones que riqueza, ya que con frecuencia tuvieron que recurrir al rey Azoun para que convenciera a algún alcalde o monarca extranjero de que no merecía la pena ejecutarlos por los problemas que surgirían entre ambos pueblos. Azoun nunca tuvo mayores problemas para apoyarlos, al menos hasta que Gaspar tomó parte en el asunto abraxus, puesto que los Cormaeril nunca se olvidaban de devolver, multiplicados por cuatro, los gastos que tales molestias ocasionaban al rey. Desde que la familia había caído en desgracia, Tanalasta había sabido que Boront y Cheldrin habían perecido, y que Horontar se ganaba la vida limpiando las alcantarillas de Darkhold.

Volvió a concentrarse en el diario. Para sorpresa de Emperel, seguir a Xanthon había resultado más difícil de lo previsto. El asesino demostró que era rápido y fuerte, y al parecer absorbía la magia de cualquier arma encantada que usaran contra él. Cuando terminó el combate, Emperel había perdido la mayor parte de sus objetos mágicos, incluidas la daga, la capa y el anillo de sello que utilizaba para ponerse en contacto con Vangerdahast. Tanalasta no pudo evitar preguntarse qué otras personas llevarían consigo uno de aquellos anillos.

Finalmente, Emperel había malherido tanto a Xanthon, que el asesino mató al caballo de su perseguidor y huyó. Emperel volvió de nuevo al pueblo en busca de otro caballo y otro rollo de seda; después se dirigió de nuevo al abeto e hizo un calco de la corteza, antes de reanudar la persecución. Tanalasta examinó los rollos de seda, el de Suzara correspondía sin duda a la corteza de un abeto.

Emperel tardó unos días en encontrar el rastro de Xanthon, pero al final se había cruzado con una tribu de orcos que, al parecer, habían visto una figura sombría corriendo en dirección a un «árbol demoníaco» que estaba cerca de Batalla de los Huesos. Emperel no tardó en encontrar el lugar, donde descubrió un olmo con los

mismos signos grabados que en la corteza del abeto gigante.

Tanalasta estudió las anotaciones y no tardó en comprobar que se trataba de la inscripción correspondiente a la tumba de lady Merendil. Leyó los relatos referentes a las dos tumbas que conocía y que Emperel también había visitado: el sicomoro de Boldovar en los páramos, y el castaño de Melineth en la fortaleza de los trasgos.

La última anotación del diario era una críptica y prácticamente ilegible referencia a que estaba a punto de capturar a Xanthon, seguida de dos exclamaciones inexplicables: «¡Que Helm nos libre! ¡Su orgullo supone nuestra perdición!».

Cuando la princesa cerró el libro, descubrió que su esfuerzo en concentrarse le había provocado dolor de cabeza. Le temblaban las manos y sentía los surcos que trazaba el sudor al resbalar por su piel. Devolvió el diario a la bolsa de Emperel y empezó a enrollar los trozos de seda. No se le ocurrió pensar en el tiempo que había pasado sentada en aquella tumba, hasta que oyó la voz de Alusair llamándola desde el pasadizo de entrada.

—¡Que me afeiten los huesos! —Era una maldición favorita entre algunos jugadores a quienes la suerte había dejado de sonreír—. ¿Qué diantre estás haciendo? ¡Me parece que tienes fiebre!

—Estoy bien. —Tanalasta levantó la mirada y observó, por primera vez, que prácticamente se había agotado la antorcha. No se le ocurrió pensar que su dolor de cabeza y las náuseas pudieran deberse a otra cosa que no fuera haber leído bajo aquella luz escasa o el hedor que impregnaba el lugar—. He estado leyendo el diario de Emperel, en el que hablaba de su muerte.

—¿La ha descrito con pelos y señales para la posteridad? —Alusair se sentó en el pasadizo. No tenía mejor aspecto que el de Tanalasta—. No me parece muy propio de Emperel.

—Yo no lo conocía, así que no sabría qué decirte. —Tanalasta señaló la bolsa de Emperel, y añadió—: Pero te aseguro que era muy concienzudo. Este diario nos ahorrará diez días de investigación.

—¿Investigación? —preguntó, burlona, Alusair—. No habrá ninguna investigación. Con todas esas ghazneth volando a sus anchas, no pienso arriesgar tu vida en vano. Volvemos a casa.

—No es por mí por quien deberíamos preocuparnos —replicó Tanalasta, guardando uno de los rollos de seda.

—¡Por vida de! —Alusair sacudió la cabeza con fuerza. Tanalasta había transmitido el mensaje de su padre a su hermana, pero sólo había conseguido que se riera de ella—. Ya te he dicho que a mí no me metas en esto. Eso es algo que debéis resolver el rey y tú.

—Yo diría más bien que es entre el rey y quien él elija como sucesor.

—¿Qué piensa hacer? ¿Ordenarme que sea reina? —Alusair avanzó como pudo

hasta sentarse junto a su hermana—. Lo siguiente que hará será ordenarme que me case con algún bufón que tenga un título largo y una... espada corta.

Tras gatear por el pasadizo Alusair había quedado hecha unos zorros y, ahora, además, estaba manchada con el moho y el lodo que cubrían el cadáver de Emperel, pero al parecer no había reparado en ello. Cogió la antorcha y miró a su hermana a los ojos, antes de colocar la palma de la mano en su frente.

—¡Pero si estás ardiendo! —Cogió a Tanalasta y la animó a que se pusiera en pie, dejando más de una docena de rollos de seda esparcidos en el suelo—. No debí permitir que entraras.

—Alguien tenía que hacerlo, princesa. —Rowen apareció en el interior de la tumba, que en aquel momento parecía el lugar más transitado de todo Cormyr—. Y Tanalasta sabe mejor que nadie a qué obedece todo esto.

—Pero también es la princesa de la corona. —Alusair empujó a Tanalasta ante Rowen, en dirección a la salida—. Ayúdeme a sacarla de aquí para que Gaborl pueda verla.

—¡Espera! —gritó Tanalasta, extendiendo su mano hacia los rollos de seda—. Necesito los calcos.

—No tanto como necesitas salir de aquí. Vamos.

Alusair agachó la cabeza de su hermana e intentó empujarla hacia la salida, pero Tanalasta se agarró a las paredes del pasadizo.

—No lo comprendes, son nuestros antepasados.

—Está delirando —dijo Rowen. Cogió uno de los rollos de seda y lo inspeccionó—. No hay nada escrito en ellos.

—No estoy delirando —dijo Tanalasta, que seguía empeñada en no irse sin ellos—. Algunos de estos calcos muestran los signos grabados en la corteza de los árboles; en ellos figuran los nombres de las ghazneth: Suzara Obarskyr, el rey Boldovar, Mirabelle Merendil y Melineth Turcasson.

—Mirabelle Merendil no es antepasado nuestro. —Alusair cogió el brazo de Tanalasta y lo dobló a su espalda—. No tengo tiempo para esto. Las ghazneth no tardarán en volver.

Cogió el brazo libre de su hermana y la empujó hacia la salida.

—¡Y Xanthon Cormaeril es el que los está liberando! —gritó Tanalasta, volviendo la cabeza.

—Un minuto —dijo Rowen, cogiendo a Alusair por el hombro.

—No hay tiempo. —Pero Alusair se detuvo, aunque unos segundos después la empujó hacia la salida, donde la miró con expresión preocupada—: ¿Estás segura?

Tanalasta asintió, cayó de rodillas y rebuscó entre los rollos de seda que llevaba en la bolsa y que tenían un calco. Después se lo mostró a Rowen.

—¿Reconoces los signos?

—Pero ¿qué relación tiene Xanthon con ellos? —preguntó, haciendo un gesto de asentimiento.

—A menos que me equivoque, él está excavando las tumbas donde descansan las ghazneth —respondió Tanalasta.

A continuación explicó la historia de la aparición de Xanthon en Halfhap y los esfuerzos de Emperel por seguir su rastro. Finalmente, completó la historia leyendo la última y críptica anotación del diario.

—¿Su orgullo es nuestra perdición? —repitió Alusair—. ¿Qué significa?

—Es más, ¿quién grabó esos signos? —añadió Rowen—. Seguro que no fue Xanthon.

—No lo sabremos hasta que lo hayamos capturado —respondió Tanalasta, haciendo un gesto de impotencia—. O hasta que encontremos los demás árboles.

—O hasta que Vangerdahast lo descubra —dijo Alusair—. Que es, precisamente, lo que vamos a hacer. Nos dirigiremos hacia el paso de Marshview, en el enclave de la montaña del Trasgo. Después, en cuanto dispongamos de unos cuantos Dragones Púrpura para contener los ataques de las ghazneth, le enviaremos un mensaje para pedirle que se reúna con nosotros.

Tanalasta y Rowen intercambiaron una mirada de preocupación, gesto que no pasó desapercibido a Alusair.

—¿Qué?

Fue Rowen quien respondió.

—Durante vuestra... discusión acerca de quién es realmente la princesa de la corona, hubo un detalle que no tuvimos ocasión de mencionar.

—¿Y no piensa usted decírmelo? —preguntó Alusair, molesta.

—Probablemente no podamos contar con Vangerdahast —dijo Tanalasta—. Sería peligroso ponernos en contacto con él.

—Dijiste que había regresado a Arabel.

—Y así es. —Tanalasta reunió las pocas fuerzas que le quedaban para levantar la barbilla—. Pero nosotros nos negamos a acompañarle.

—Nos apartamos de él en el último momento —dijo Rowen—. Más bien fue un accidente...

—¿Que hicisteis qué? —Alusair se volvió hacia Rowen como un capitán de los Dragones Púrpura dispuesto a hacer pasar un mal rato a uno de sus hombres—. ¿Decidió usted arriesgar la vida de la princesa de la corona y desafiar al mago supremo?

—Fue cosa mía. —Tanalasta se interpuso entre Alusair y el explorador—. Yo fui quien...

Alusair apartó a Tanalasta de un empujón y siguió abroncando a Rowen.

—¿Es usted un estúpido, o está conchabado con su primo Xanthon?

A juzgar por la expresión de su rostro, a Rowen no le hizo ninguna gracia esa acusación, pero se limitó a apretar con fuerza la mandíbula.

—¡No tienes ningún derecho a tratar así a Rowen! —Tanalasta empujó a Alusair, y dio un paso hacia ella para mirarla a los ojos—. Fue Vangerdahast quien se extralimitó. No tenía ningún derecho a teletransportarme a ninguna parte sin mi permiso.

—No me digas que vosotros dos... —dijo Alusair después de estudiar la expresión de su hermana, enarcar una ceja y mirar a Rowen.

—¡Oh, no! —exclamó Rowen—. Nada de eso.

—Es un asunto que no te atañe —dijo Tanalasta—. Como tampoco atañe a Vangerdahast pasearme por todo el reino como si fuera un perro lazarillo.

—¿Y cuándo abandonasteis al pobre Vangerdahast? —preguntó Alusair, después de observar a Rowen durante otro par de segundos.

—Hace siete días —respondió Tanalasta—. En los cañones que hay bajo la tumba de Boldovar.

—El sicomoro —puntualizó Rowen.

—Habéis hecho el camino a pie —frunció el ceño Alusair—. A estas alturas ya tendría que haber vuelto.

—A menos... —Tanalasta no pudo terminar la frase.

—¿A menos qué? —preguntó Alusair.

—A menos que haya seguido a nuestro caballo —dijo Rowen—. Nos seguían dos ghazneth, y tuvimos que utilizar un señuelo, y quizá Vangerdahast lo haya seguido a él en lugar de a nosotros.

—¿Por dónde? —preguntó Alusair al cerrar los ojos.

—Al sur de las Orejas de Mula —respondió Rowen—. Creo que eso lo llevaría más o menos al oeste de Redspring.

—¿Qué pretendíais hacer? ¿Fugaros? —preguntó la princesa, haciendo un gesto de incredulidad. Entonces miró a su hermana, y añadió—: Que conste que no es una sugerencia.

—No necesito de ninguna de tus sugerencias —replicó Tanalasta.

—Ya me lo temía —dijo Alusair. Lo consideró durante un momento, y se volvió a Rowen—. Las Orejas de Mula deben de encontrarse a dos días del camino que seguimos.

—Comprendo —asintió Rowen.

—¿Qué? —preguntó Tanalasta, al darse cuenta de que algo se le había escapado—. ¿Qué es lo que comprendes?

—No pasa nada —respondió el explorador, cogiéndola de los brazos—. Me iré mañana por la mañana, y dentro de diez días, más o menos, nos reuniremos en la montaña del Trasgo. —Miró a Alusair, y añadió—: Del modo que malgasta vuestra

hermana el tiempo, estoy seguro de que cuando lleguéis allí ya os estaremos esperando... Eso si Vangerdahast no me abandona colgado de los pulgares en cualquier parte.

—No. No permitiré que vayas —dijo Tanalasta haciendo un gesto de negación.

—No te corresponde tomar esa decisión —replicó Alusair.

—Sí que me corresponde. Antes has dicho que sigo siendo la princesa de la corona.

—Pero ésta es mi compañía —replicó Alusair con una suavidad sorprendente—. Y aquí soy yo quien da las órdenes.

En las profundidades de una tronera situada en el tercer piso brillaban un par de penetrantes ojos inyectados en sangre, enmarcados en un rostro cubierto por una oscuridad negra como boca de lobo y un halo de pelo enmarañado. El rostro ceñía la amplia banda de una corona deslustrada, corona que parecía a punto de deslizarse sobre sus ojos. Aquello fue lo único que pudo distinguir Azoun de la criatura, desde el lugar donde se ocultaba en la carretera. Esperó a que desaparecieran los ojos rojos, y después se apartó de la cortina junto a la que había espiado los movimientos de la criatura.

—Es la ghazneth, sin duda. —Hizo un gesto de incredulidad, y después se volvió hacia Merelda Marliir—. Cuenta usted con toda mi gratitud por tener tan buen ojo, lady Marliir... Y por permitirnos utilizar su morada para espiarla.

Merelda, enjoyada y enfundada en un vestido de noche pese a ser mediodía, se inclinó profundamente ante el rey.

—No se merecen, sire. Después de oír la descripción que hizo Dauneth de esa malvada criatura, apenas pude creer que pudiera verla posarse sobre la Torre Blanca.

—¿Y estás segura de que llevaba a la reina, madre? —preguntó Dauneth. Al igual que Azoun y los restantes miembros de la compañía reunidos en el espacioso vestidor de lady Marliir, el guardián llevaba puesta la armadura de combate.

—Reconocería a la reina en cualquier parte... aunque no estuviera tan radiante como de costumbre —respondió Merelda, mirando contrariada a su hijo, antes de volverse al rey y observarlo con una expresión de preocupación dibujada en el rostro—. De todos los lugares de Arabel, no se me ocurre por qué razón esa estúpida criatura ha decidido elegir éste. Según he oído, es la armería de los magos guerreros.

—Lo cierto es que parece increíble que esa ghazneth haya cometido la estupidez de mostrarse abiertamente en cualquier lugar de la ciudadela —dijo Azoun, esquivando la pregunta que había insinuado Merelda. Dada su amabilidad a la hora de permitir la entrada de una compañía entera de Dragones en su propio vestidor, el rey no tenía ninguna intención de insultar a la dama mintiéndola, pero tampoco quería confirmar la localización secreta de la armería, uno de los rumores más extendidos del reino—. Pero sería una equivocación considerar estúpido a nuestro enemigo. Después de todo, ha conseguido burlarnos durante diez días.

Azoun llamó la atención de Dauneth con la mirada, y luego se dirigió a la puerta.

—Lamento pedirte esto, madre, pero estoy seguro de que lo entenderás —dijo el guardián a su madre, comprendiendo las intenciones del rey.

—¿De qué se trata? —preguntó lady Marliir, adoptando una expresión cauta.

—En realidad no tiene ninguna importancia. Llevamos todo el día discutiendo la estrategia que vamos a adoptar, y nuestras gargantas están completamente secas. Me

preguntaba si serías tan amable de traernos algo de beber. —Sin esperar la respuesta, el guardián cogió a su madre del brazo y la acompañó hacia la puerta—. Enviaría a los sirvientes, por supuesto, pero vamos a hacer planes y no puedo permitir que nadie que no sea de la mayor confianza se acerque a la habitación.

—Debí haberme dado cuenta. —Lady Marliir miró radiante a su hijo por el halago que acababa de hacerle—. Vaciaré esta ala del castillo.

—Sí, le agradeceremos mucho su prudencia —intervino Azoun. Apenas pudo contenerse hasta que la mujer hubo abandonado la estancia, antes de volverse a Merula el Portentoso—: ¿A cuántos podría llevar a la armería?

—¿De golpe? —Merula miró a su alrededor, estudiando las armaduras pesadas con que iban ataviados sus compañeros, cerró los ojos y realizó una serie de operaciones mentales—. No más de cuatro sin contarme a mí, pero podría llamar a...

—¡No! —exclamó Azoun—. Eso exigiría recurrir a la magia o disponer de tiempo, y cualquiera de ambas cosas podría costar la vida de la reina.

El rey se volvió hacia los hombres que formaban a su espalda. Aunque no había pedido voluntarios, descubrió en los ojos de aquellos hombres la ferviente esperanza de que los eligiera para ir con Merula a la torre. Azoun puso su mano sobre el hombro de Dauneth, e hizo una seña a dos Dragones Púrpura de cuya destreza con la espada tenía sobrada constancia, por no mencionar que manejaban la ballesta a la perfección.

—¿Qué le parecen estos hombres? —preguntó Azoun a Merula.

—Tan buenos como cualquier otro —respondió el mago—. ¿Qué me decís del cuarto hombre?

—Está usted hablando con él, evidentemente.

—Pero, sire —protestó Merula, abriendo unos ojos como platos—, es muy arriesgado...

—Es mi reina —replicó Azoun—. Es más, es mi esposa.

—Sí, pero vos mismo habéis señalado la sagacidad de la ghazneth —dijo—. Podría tratarse de una trampa.

—Merula, no le estoy pidiendo su opinión.

—Y aunque no lo fuera —añadió el mago, sin dejarse intimidar por el tono inflexible del rey—, con toda seguridad sufriremos el aturdimiento posterior a la teletransportación. Durante unos segundos estaremos prácticamente indefensos.

—¡Merula! —gritó el rey.

El mago guardó silencio, pero no parecía arrepentido de lo que había dicho. Mungan Kane, uno de los clérigos de Chauntea que habían acompañado a Owden, dio un paso al frente antes de dirigirse al rey:

—Sire, si me lo permitís, Merula tiene razón.

El mago lo miró con cierta desconfianza, mientras Azoun lo hacía con los ojos

desmesuradamente abiertos.

—¿Acaso se han propuesto desafiarme todos?

—Jamás se me ocurriría tal cosa. —Mungan levantó las palmas de las manos para tranquilizar al rey—. Pero habéis obrado el Misterio con la reina Filfaeril, y lo correcto es que vayáis a rescatarla, pero el aturdimiento posterior a la teletransportación será sin duda un problema. Si la ghazneth no os mata de buenas a primeras, a vos o cualquier otro, podría huir.

—Tiene usted razón —admitió Azoun, después de considerarlo—. Mi agradecimiento. —Quitó la capa de hombros de Merula y se volvió hacia sus hombres—. Necesito un voluntario para hacer guardia en lo alto de la Torre Blanca. Quizá tenga que enfrentarse a solas con la ghazneth.

Todos levantaron la mano. Azoun inclinó la cabeza en señal de agradecimiento, y tendió la capa a un capitán de los Dragones al que conocía por ser perspicaz y ágil con la espada.

—¿Sabe usted cómo debe utilizar la capa?

—Así es, sire —asintió el capitán—. He servido en más de una ocasión con los magos guerreros. —Se puso la capa sobre los hombros e hizo una profunda reverencia—. La ghazneth no pasará llevándose a la reina. Si lo intenta, será un honor para mí morir para impedirselo.

Azoun asintió con gesto severo, y puso su mano en el hombro del capitán antes de volverse a Merula.

—Hay otro asunto importante, sire —dijo Mungan Kane, al dar de nuevo un paso al frente—. Yo debería acompañaros.

—¿Para asegurarse de que el templo real esté representado en la batalla? —preguntó Merula con ironía.

—Para asegurarme de que esa criatura maligna no le prive a usted de su inteligencia... como hizo con Vangerdahast —replicó Mungan.

—Yo no malgastaría mi magia... —repuso Merula con la mirada febril.

—Es mi magia —interrumpió Azoun—. A menos que los magos guerreros ya no sirvan a las órdenes del rey.

—Eso no sería posible, majestad. —Merula se inclinó ante Azoun, aunque mantuvo su mirada clavada en el clérigo—. Agradezco al rey el que me haya hecho comprender el error de mi afirmación.

—No se preocupe —dijo Azoun—. No podemos olvidar los valiosos servicios proporcionados por el maestro de agricultura Owden y sus colaboradores, cuando fue necesario recuperar la salud mental del mago supremo... y la mía. Quizá volvamos a requerir sus servicios para la reina.

—Por supuesto —admitió a regañadientes Merula—. Si el rey desea prescindir de uno de los Dragones Púrpura por un simple clérigo...

—Ése no es el caso. —Azoun se volvió a Mungan—. El combate depende de los primeros minutos, y son más necesarios las espadas que la cordura. Mucho me temo que tendremos que recurrir a nuestra cordura lo suficiente como para que el resto del contingente de tropas llegue sin necesidad de la teletransportación.

—Si no puedo estar con vos —dijo Mungan, acongojado—, quizá permitáis que la Madre os acompañe en mi lugar. —Rebuscó en su túnica y desenvainó cinco amuletos de madera tallados en forma de unicornio, que tendió a Azoun y a cada uno de los hombres que lo acompañaban—. Esto les protegerá hasta que pueda reunirme con ustedes.

Merula observó el amuleto con el gesto torcido, y lo rechazó.

—No me servirá de nada.

—Procurará la protección del rey —objetó Mungan, que se negó a recuperar el amuleto.

—Es para procurar a Chauntea el favor del rey. —Merula tiró el amuleto al suelo, antes de volverse hacia Azoun—. ¿Confío en que mi lealtad no dicte aún mi fe?

Al rey no se le escapó el énfasis que puso el mago en la palabra «aún». Miró a los hombres que lo acompañaban. Todos le observaban expectantes con el amuleto en la mano, esperando a ver qué hacía él. Azoun suspiró cansino. En gratitud a Owden, quizás empezaba a mostrarse más generoso de lo conveniente con la Iglesia de Chauntea.

—Que cada uno haga lo que le dicte su conciencia. —Devolvió el amuleto a Mungan—. Creo que podré mantenerme en mis cabales hasta que llegue usted.

—Quizá sea así... pero ¿de veras queréis arriesgar la vida de la reina, dependiendo de ello? —Mungan ató la cuerda del amuleto en la vaina de Azoun, y después retrocedió—. Lo llevaréis ahí por si lo necesitáis.

Los Dragones Púrpura inclinaron la cabeza ante la muestra de sabiduría del clérigo, e hicieron lo propio con sus amuletos, excepto Dauneth Marliir. El guardián fue el único que se lo puso alrededor del cuello.

Filfaeril yacía junto a la ghazneth, que apretaba su cuerpo desnudo contra la reina, envuelta por una de sus alas y cubierta con una tela asquerosa. La estancia empezaba a parecerse más a un dormitorio que a una armería, y la reina era incapaz de imaginar qué podía retener tanto a Azoun. Las capas sobre las que yacían el monstruo y la reina parecían un lecho de plumas cubierto de seda, y unos grabados lascivos aparecían paulatinamente en las paredes que formaban la prisión.

La reina reprimió un temblor. Había aprendido por el camino duro que las ilusiones de Boldovar siempre reflejaban sus deseos ocultos. Sin embargo, exhaló un suspiro, acarició la oreja puntiaguda de la criatura y después deslizó la yema de los dedos por las arrugas infestadas de piojos de su pecho. Le había llevado días y días de

sutil manipulación engañar a su secuestrador para atraerlo al lugar donde los magos guerreros podrían sorprenderlo, y estaba dispuesta a hacer lo que fuera necesario para distraer a la ghazneth hasta que llegara Azoun.

Boldovar abrió los labios y escupió un puñado de anillos, grises y feos a aquellas alturas, después de absorber toda su magia. Filfaeril hizo un esfuerzo por soltar una risita (no le costó mucho mostrarse un poco demente), cogió uno de los anillos de comandante que había apilados junto a ella y lo sostuvo ante la boca de la ghazneth.

—¿Otro?

Los ojos rojos de Boldovar observaron la tronera desde la que se dominaba la mansión de los Marliir, y Filfaeril pensó que aún estaba demasiado tenso para salirse con la suya.

—¿No lo quieres? —Deslizó el anillo entre sus pechos, y lo introdujo profundamente para que la turquesa titilara desde el escote como un solitario ojo azul—. En tal caso, lo guardaré.

La ghazneth clavó la mirada en sus pechos: más concretamente, en el anillo mágico. Lo contempló impávido durante largo rato, y Filfaeril se preguntó si no habría delatado sus intenciones. A lo largo de los últimos días se había mostrado más y más amistosa, recurriendo a toda su fuerza de voluntad, pero hasta entonces no había intentado engañarla.

Quizás había arriesgado mucho. La ghazneth podía ser muchas cosas, pero era astuta e inteligente. Lo había demostrado en muchas ocasiones a lo largo de aquellos últimos diez días, al trasladarla de un escondite a otro, además de tender emboscadas a los magos guerreros el doble de veces. Al principio, Filfaeril no pudo imaginar por qué su secuestrador permanecía en Arabel. Si lo único que quería era sentar a una reina de verdad en un trono imaginario, pudo establecerse en un lugar más seguro, en cualquiera de sus guaridas ocultas. Entonces empezó a darse cuenta de que el monstruo seguía un plan preconcebido. Si la ghazneth no era atacada antes de media jornada, sus ilusiones empezarían a desvanecerse. Después de pensarlo detenidamente, la reina se dio cuenta de que su captor se alimentaba de la magia con la que le atacaban. Empezó por decirle dónde podría encontrar objetos mágicos, tanto para asegurar su propia supervivencia como para prepararlo para el día en que pudiera arrastrarlo a la Torre Blanca.

Por fin había llegado ese día. ¿Dónde estaba el grupo de rescate? Una letanía de pensamientos absurdos desfilaron por la mente de Filfaeril a causa de su unión con Boldovar. Quizá su esposo había abandonado las tareas de búsqueda, persuadido de que, dada su incapacidad para huir, prefería estar con Boldovar. Después de todo, la ghazneth era mucho más poderosa que Azoun, y, después de haber sobrevivido durante más de un millar de años, podía ofrecerle cosas que no estaban al alcance de un simple rey humano. Pero no, eso era imposible; Azoun la amaba. ¿La amaba? Era

el rey, y ella era la reina. El suyo había sido tanto un matrimonio político como romántico: Filfaeril no era sorda ni ciega. Había oído los rumores que hablaban del parecido increíble que tenían algunos jóvenes con su marido, y había tenido ocasión de comprobar personalmente que dichos rumores no eran infundados.

Filfaeril sacudió la cabeza, intentando librarse de la locura de Boldovar que emponzoñaba su mente. Por muchas barbaridades que hubiera podido hacer, Azoun no la abandonaría jamás, ni en un millar de años.

—¿Te pasa algo, querida? —sonrió la ghazneth, enseñando sus colmillos amarillentos—. ¿Te inquieta la noche de nuestra consumación?

Boldovar sacó una lengua roja con la que acarició los pechos de Filfaeril hasta recuperar el anillo y llevárselo a su asquerosa boca.

Azoun y sus compañeros salieron de la atemporal oscuridad para encontrarse no en la armería mágica de la Torre Blanca, sino en un vestidor húmedo, cuyas paredes lucían frescos de indescritibles violaciones contranatura a mujeres. Lo primero que pensó el rey fue que Merula el Portentoso los había teletransportado al jardín secreto de algún noble lujurioso (probablemente de uno de los Illance o de los Bleth). Entonces vio a la ghazneth, que yacía tumbada en una cama con sábanas de seda, situada en el extremo opuesto de la estancia; hundía el rostro en el pecho de una figura cubierta de gasa, que cubría con una de sus alas. Al reparar en ello, aún se sintió más confuso. No podía ser Filfaeril. A la mujer no parecía desagradarle el contacto; además, la reina jamás hubiera permitido que sucediera nada parecido: ¡Nadie la abrazaría, excepto su marido!

—¡Moveos, señor! —gritó alguien.

Azoun sintió que un par de manos lo empujaban del hombro. Recordó su plan y se arrojó rodando al suelo, seguro de que todo volvería a cobrar sentido cuando se recuperara de los efectos secundarios de la teletransportación. Se incorporó con el escudo en una mano y su nueva espada, forjada en hierro, en la otra. Vangerdahast le había advertido que no debía emplear un arma mágica contra la ghazneth. Azoun se volvió hacia la cama cubierta de seda.

El fantasma parecía forcejear con su compañera. Ésta se había sentado sobre una de sus alas, agarrada al cuello de la criatura mientras gritaba para protegerla de los hombres que pretendían asesinarla. Lastrada por el histerismo de la mujer, la criatura no pudo levantarse y arrojarse contra el rey y sus hombres. Unos rayos dorados cruzaron la estancia en dirección al abdomen de la ghazneth, que desembarazó el ala tan deprisa como siempre, para impedir las caricias de la magia.

—¡No... magia no! —gritó la mujer, volviéndose hacia Merula y levantando la mano en señal de advertencia.

Entonces fue cuando Azoun la reconoció: estaba desnuda, salvo por una tela de

gasa lo bastante indiscreta como para avergonzar a cualquier furcia de Arabel. Se sintió tan aturdido que estuvo a punto de soltar la espada. Esa mujer era su esposa.

Dauneth y los Dragones Púrpura emprendieron la carga a través de la estancia, mientras la ghazneth conseguía soltar a la reina de su cuello y arrojarla al suelo. Azoun cargó tras ellos, confuso, rabioso e incapaz de creer que Filfaeril lo hubiera traicionado por... ¿qué era? ¿Una especie de demonio?

Dauneth y los Dragones se arrojaron sobre la ghazneth, y sus espadas de hierro trazaron curvas en el aire. La primera hoja mordió el brazo de la criatura, venció su guardia y permitió que el guardián de las marcas la hiriera después en el abdomen. Un tercer ataque la alcanzó desde arriba, tenía la suficiente fuerza como para separar la cabeza de los hombros de un ogro.

Filfaeril permanecía agachada a un lado de la ghazneth, contemplando el combate con una expresión de terror en el rostro. Azoun se dirigió hacia ella con el corazón en un puño, consumido por los celos y presa de una rabia asesina.

—¡Furcia!

Filfaeril abrió los ojos desmesuradamente, y al echarse hacia atrás las garras negras de la ghazneth pasaron por encima de su cabeza para alcanzar el brazo de uno de los Dragones. El soldado perdió la espada, que pasó lejos del cuello del fantasma, yendo a caer sobre un armario de roble. Entonces la ghazneth le arrancó el brazo a la altura del hombro y golpeó el yelmo de otro Dragón con él. Ambos hombres cayeron al suelo: uno aullaba de dolor y el otro permanecía en silencio, inmóvil.

Azoun pasó junto a Dauneth, intentando evitar la refriega para alcanzar a Filfaeril, pero encontró a su paso una enorme ala negra. Se agachó para evitarla, y después oyó el rugido de la ghazneth cuando el arma del guardián se hundió de nuevo en su abdomen. Cuando el rey se puso detrás de la criatura, lanzó un tajo con la espada con intención de partir su espalda. Aunque el golpe hubiera quebrado el espinazo de cualquier hombre, la hoja de hierro no penetró más de un dedo en la dura piel de la ghazneth.

Azoun oyó una voz. Al bajar la mirada vio a Filfaeril en el suelo, con el rostro anegado en lágrimas y la sucia gasa de furcia enrollada alrededor de la cintura.

—¿Azoun? —susurró.

—¡Zorra traidora!

El rey libró el hierro de la espalda de la ghazneth y se dirigió hacia Filfaeril, momento en que una súbita oscuridad se cernió sobre él. No tuvo tiempo de agacharse o levantar la espada, para evitar que el ala lo alcanzara en pleno rostro y lo arrojara al otro lado de la estancia. Dio contra un armario abierto y después cayó al suelo, mientras el contenido del armario (compuesto de capas y brazaletes de combate) se desparramaba a su alrededor.

Dauneth se escabulló por el otro flanco de la criatura, dispuesto a acercarse a

Filfaeril, pero sólo consiguió trastabillar pasando de largo cuando el fantasma golpeó inesperadamente su yelmo con el dorso del puño. El guardián se detuvo frente al tapiz roído que colgaba de la pared. Pese al golpe, el hecho de que gruñera y sacudiera la cabeza daba fe de que seguía con vida.

Ahora que no había nadie que entretuviera a la ghazneth, Merula se destacó para lanzarle un rayo acompañado por un trueno ensordecedor. El ala trazó un arco en el aire en busca de protección. El hechizo la alcanzó y formó una cascada de luz cegadora que finalmente se disipó a lo largo del apéndice de cuero, dando paso a un abanico de luz plateada. Sin embargo, la fuerza del impacto bastó para desequilibrar a la ghazneth.

Filfaeril se puso en pie y echó a correr hacia el mago con las manos extendidas.

—¡No... No utilice la magia! —gritó.

—¡Cuidado con ella, Merula! —gritó Azoun—. Nos ha traicionado.

La advertencia bastó para que Filfaeril se detuviera en seco. Se volvió hacia Azoun, cuando, de pronto, desapareció envuelta en una telaraña blancuzca.

—¡Eso mantendrá quieta a la furcia! —gritó el mago.

La ghazneth dio un salto y se impulsó por la estancia hasta situarse entre Filfaeril y sus atacantes. Merula dio una palmada con las manos y lanzó dos abanicos de fuego mágico contra el enemigo. El fantasma levantó el ala y se volvió de lado. Cuando las llamas alcanzaron la superficie del ala, simplemente chisporrotearon y se fundieron, y el apéndice de cuero empezó a emitir un intenso fulgor carmesí. La ghazneth se dirigió entonces hacia Merula, protegiéndose a sí misma y a la reina.

Azoun se puso en pie como pudo y rodeó a la carrera el flanco de la criatura, pero tropezó con Dauneth, al que cogió del brazo.

—No parece que esté en condiciones, guardián. Merula y yo nos ocuparemos de distraer a ese demonio. Usted encárguese de la furcia. —Azoun señaló con la mano la figura envuelta en telaraña que correspondía a su mujer.

—¿Furcia? Majestad, habéis perdido la... —Dauneth observó la cintura de Azoun, donde encontró el amuleto del unicornio colgado de la vaina de la espada—. ¡Ponéoslo!

—No es el momento... —repuso Azoun, haciendo un gesto de negación.

—¡Haced lo que os digo! —Sin esperar a que le diera permiso, Dauneth rodeó el cuello de Azoun con la tira de cuero del amuleto, del que tiró hacia abajo para que pasara por el yelmo—. Y ahora, ¡que Chauntea nos guarde!

—¿Quién se cree usted que...? —preguntó el rey, ceñudo.

—¡Decidlo!

Dauneth abrió unos ojos como platos al darse cuenta del tono con que se había dirigido a su rey, momento en que Merula llamó al soberano desde la otra punta de la estancia.

—¿Majestad? ¿Necesitáis ayuda?

Azoun miró hacia donde estaba el mago, pero sólo pudo ver la parte anterior del ala de la ghazneth. Se volvió para pedir ayuda de Dauneth, pero éste se limitó a cogerlo del cuello de la coraza.

—Por favor, sire.

—¡De acuerdo! —Azoun apartó la mano de Dauneth, y después se volvió hacia la ghazneth gritando—: ¡Que Chauntea nos proteja!

Instantáneamente, al levantar la espada para defenderse, la estancia cambió su aspecto y el dormitorio se convirtió en una armería. Los grabados que cubrían los armarios de roble desaparecieron, y entonces comprendió el plan de Filfaeril: cómo había empleado la única arma que tenía a su disposición para proporcionar al grupo de rescate todo el tiempo posible y poder recuperar el sentido de la orientación después de teletransportarse al interior de la estancia, y cómo debió dolerle que su propio marido la acusara de ser una furcia y una traidora.

—¡Dauneth, la reina! —Azoun se echó hacia atrás, agachándose para evitar el ala de la ghazneth, pero se encontró frente a frente con sus garras—. ¡Salve a la reina!

Al tener al rey tan cerca, la ghazneth se vio obligada a olvidarse de Merula. Azoun bloqueó los ataques del brazo herido de la ghazneth, y después del sano, momento en que se las ingenió para alcanzar con la hoja de hierro la clavícula de la criatura.

La ghazneth profirió un rugido y se arrojó sobre él, decidida a aplastarlo y burlar su guardia. Superada la confusión, el rey se arrojó a su vez contra las patas de la criatura y rodó por el suelo produciendo un fuerte estruendo metálico con la armadura. Dio contra un armario que cubría la pared, desparramando sobre él su contenido. Convencido de que su oponente lo alcanzaría antes de que pudiera incorporarse, apartó las cosas de encima de su pecho y levantó la espada a ciegas para defenderse.

El golpe no se produjo. En lugar de ello, un gorgoteo extraño surgió de la boca de la criatura, y el rey se puso de rodillas para encontrarla a unos pasos de distancia. Merula estaba encima del hombro del demonio, y se esforzaba por esgrimir la hoja de la daga de hierro para cortar la garganta de la ghazneth. Azoun apartó la espada, puso una rodilla en tierra y se tiró a fondo como pudo, pero no alcanzó el abdomen de la criatura por escasos centímetros.

La ghazneth trastabilló hacia atrás entre rugidos, intentando sacudirse a Merula de encima. Azoun vio por el rabillo del ojo que Dauneth corría hacia la reina con la capa de un mago guerrero sobre los hombros. Según el plan, debía ser el guardián, o cualquiera de los Dragones, el encargado de rajar la garganta de la criatura, mientras Merula se las ingeniaba para huir con ella, pero el rey se sintió más tranquilo al ver que Dauneth se acercaba a ella, la cogía de la telaraña y hundía la mano en el interior

del bolsillo de huida de la capa.

En aquel momento escuchó un clamor metálico de armaduras procedente de los pisos inferiores de la torre. El rumor llamó la atención de la ghazneth, que volvió la mirada hacia la puerta de roble que conducía al interior de la armería. Estaba cerrada por dentro y un listón de madera aseguraba la puerta de un lado a otro, pero la criatura sabía tan bien como Azoun que la puerta tan sólo aguantaría hasta que alguno de los magos utilizara el conjuro adecuado. Tras proferir una maldición, el fantasma levantó la mano y golpeó a Merula en la frente. Se produjo un crujido seco, los ojos del mago dieron vueltas alrededor de sus órbitas y cayó hacia atrás.

La ghazneth se volvió hacia Dauneth. Azoun se disponía a cortarle el paso cuando el guardián encontró el bolsillo de huida y desapareció llevándose a Filfaeril.

Azoun se dirigió hacia la puerta atrancada, pero la ghazneth, impulsada por las alas, llegó antes que él.

—¡Ladrón de reinas! —masculló—. ¡Usurpador!

Azoun se puso en guardia y la rodeó de manera que no pudiera encarar la puerta cuando llegara Mungan. Aunque la ghazneth tenía una docena de heridas, de las que manaba una sangre oscura y rancia, la criatura diabólica apenas parecía afectada.

—¿Quién eres? —preguntó Azoun—. ¿Qué eres?

—Boldovar, rey de Cormyr.

Su respuesta parecía tan increíble como la propia criatura, pero no había tiempo para discutir. El clamor cesó al llegar al piso que había al otro lado de la puerta. Azoun se arrojó hacia ella.

—¡Ahora, Mungan!

La voz de Mungan resonó en el hueco de la escalera, y un instante después un rayo mágico y terrorífico reventó la puerta. La ghazneth se volvió para enfrentarse a la acometida del grupo de rescate, profirió un rugido y se hizo la oscuridad en la estancia.

Un tumulto de voces angustiadas se extendió por la armería. Azoun se puso en pie y apoyó la espalda contra la pared, mientras trazaba con la espada una serie de arcos defensivos. Sabía que no podría bloquear ninguno de los ataques de la ghazneth con una simple espada, pero quizá pudiera ganar el tiempo necesario para esquivarla o rodar por el suelo.

La cacofonía continuó haciéndose más y más alta durante un tiempo. Pareció durar una eternidad, aunque quizá no fuera más que unos segundos. Los cuerpos caían al suelo con alarmante regularidad, y al hacerlo reverberaba un golpe seco en las paredes de la estancia. En dos ocasiones Azoun se batió en retirada cuando tocó con la espada algo que no podía ver. Dio por sentado que llegaría el momento en que la ghazneth hundiría las garras en su armadura, pero el golpe no llegó. El rumor de la batalla cesó, después los hombres empezaron a arrastrarse por la habitación

llamándose por sus nombres, y finalmente alguien dio con un anillo de comandante y al pronunciar la palabra adecuada la estancia volvió a iluminarse.

Estaba cubierta de muertos y heridos. A juzgar por sus heridas, la mayoría habían caído abatidos por una espada. Tan sólo Mungan y dos hombres que se encontraban tras él yacían con las gargantas abiertas en el dintel de la puerta, degollados, al parecer, por la ghazneth. No había ni rastro del fantasma, pero al sentir una fría corriente de aire, Azoun comprendió que no necesitaba levantar la mirada para saber que había huido por la trampilla del techo.

Tanalasta yacía en brazos de Rowen, dolorida y febril, confortada por la luz del sol que penetraba a través de las retorcidas ramas de un castaño. Alusair estaba ocupada preparando los caballos supervivientes para partir, y uno de los clérigos se encargaba del entierro de Emperel. Tanalasta tenía la mente tan confusa que no dejaba de dar vueltas al mismo asunto. Tenía agarrada contra su pecho la bolsa en la que Emperel llevaba los mensajes, y recordaba vagamente que debía llevarlos a Alaundo. Sin embargo, le costaba mucho recordar por qué... Y estaba tan agotada que era incapaz de encontrar la solución.

Un guantelete de acero apareció flotando en el aire sobre Tanalasta, a la altura de sus ojos. Pensó que se trataba de una aparición, que era la mano de Iyachtu Xvim que había ido para llevarla a su Bastión del Odio, momento en que se agarró con fuerza al brazo de Rowen.

—No me dejes. —Le tendió la bolsa de Emperel—. Lleva esto a Alaundo. Háblale de los signos... y de Xanthon.

—No estáis tan enferma, alteza. —Rowen se negó a aceptar la bolsa.

El guantelete se acercó aún más, calentó el rostro de Tanalasta y se interpuso ante su mirada de tal forma que no podía ver más allá. Estaba demasiado asustada para desviar la mirada.

—No discutas. —Tanalasta levantó la barbilla—. Bésame. Quiero morir...

—No creo que os estéis muriendo, alteza. —Rowen parecía sentirse insultado—. Y os aseguro que no vais a morir en mis brazos. Ahora quedaos quieta, y dentro de un minuto Seaburt se encargará de que os sintáis mejor.

—¿Seaburt?

Tanalasta vio la gruesa muñeca que surgía del guantelete, y que lentamente le ayudó a comprender que no se trataba de la mano de Iyachtu Xvim. Era el símbolo de Torm el Fiel, el dios al que adoraba Alusair y el que reverenciaban los dos clérigos de su compañía. Seaburt depositó el guantelete en la frente de Tanalasta y murmuró una rápida plegaria a su dios, solicitando la ayuda de Torm para «esta entregada hija de Cormyr». Al recordar sus discusiones con Vangerdahast y el rey, Tanalasta pensó con preocupación que quizá la deidad no la encontrara digna de su magia curativa, y siguió apretando la bolsa contra Rowen. Su piel empezó a erizarse al sentir la magia, después sintió a través de su frente que el guantelete se enfriaba y se secaba. La cabeza le dolía más que nunca y profirió un gemido involuntario.

—Sed fuerte, princesa —dijo Seaburt. Con una barba de meses y negras bolsas bajo los ojos, el clérigo no tenía mejor aspecto que Tanalasta—. Torm os libraré de esa fiebre, pero os dolerá hasta que abandone vuestro cuerpo.

«¿Dolor?» Tanalasta hubiera gritado si hubiera tenido fuerzas. Se sentía como si

alguien acabara de abrirle la cabeza con un hacha. Cerró los ojos, escuchó los latidos de su corazón que reverberaban en sus oídos, y suplicó a Chauntea que le concediera la fuerza necesaria para resistir la curación de Torm. El temblor de sienes arreció, y pensó que su cerebro iba a estallar en su cabeza. Hacía lo posible por contenerse, cuando el guantelete volvió a calentarse y sintió un tacto húmedo en su frente. El guante despidió una luz intensa, de tal forma que hasta ella misma pudo verla pese a tener los párpados cerrados. Unos segundos más tarde, sintió una oleada de frescura que recorrió hasta la última fibra de su cuerpo.

Tanalasta abrió los ojos y se encontró mirando a través del brillo perlado del guantelete. Seaburt apretaba con fuerza la mandíbula, y con la mirada perdida observaba más allá de los muros abandonados del torreón. Vio en su rostro surcos de sudor, un sudor que goteaba de su barba para caer sobre el guantelete y fundirse con un susurro. Tanalasta se sentía más fuerte. La niebla desapareció de su mente, y ya no se sintió tan mareada. Se esforzó por sentarse, pero Seaburt la obligó a seguir tendida y la retuvo así hasta que el fulgor desapareció por completo del guantelete.

Cuando finalmente el clérigo lo levantó y sacó la mano de su interior, tenía la piel roja e hinchada.

—Aún estáis débil —dijo Seaburt—. Bebed cuanto podáis y os sentiréis mejor.

—Ya me siento mucho mejor, gracias. —Tanalasta se sentó, pero estuvo a punto de desmayarse cuando intentó incorporarse—. Aunque ahora comprendo a qué se refiere con lo de sentirse débil.

Sonó un silbato al otro lado del patio, donde su hermana le hacía un gesto con la mano. Junto a Alusair se encontraban los supervivientes de la compañía: el segundo clérigo, una docena de ojerosos caballeros y quince caballos flacuchos. Aunque los caballos tenían los correajes correspondientes, habían quitado las sillas a las pobres bestias para no cargarlas demasiado.

—Ha llegado el momento de irse. —Rowen pasó un brazo por la axila de Tanalasta y la ayudó a incorporarse—. Lo siento, pero parece que tendréis que caminar. Los caballos están demasiado débiles para llevaros.

A medida que se acercaban a Alusair y los demás, Tanalasta observó a las débiles bestias con una simpatía justificada por su propio cansancio.

—¿Qué necesidad hay de obligar a estos pobres animales a que nos acompañen? —preguntó a su hermana—. Si les permitimos descansar aquí, tendrán más posibilidades de sobrevivir... Y si no, al menos morirán en paz.

—¿Y de qué iba a servirnos eso? —preguntó Alusair—. Si mueren por el camino, no habremos perdido nada. Si se recuperan, nos ahorrarán cinco o seis días de camino.

Alusair se volvió para dar la orden de partida a la comitiva, pero Tanalasta se sintió asustada ante la perspectiva: un ahorro de cinco o seis días supondría llegar a la

montaña del Trasgo bastante antes que Rowen, y no se hacía ilusiones sobre lo que tal cosa supondría. Alusair se encargaría de que un mago guerrero la teletransportara a Arabel de inmediato, y sus padres, que considerarían cualquier relación con un Cormaeril poco menos que un desastre político en comparación con el desaire de Dauneth, se encargarían de que Rowen no se acercara jamás a menos de diez kilómetros de ella.

—¿Qué sucede? —preguntó Rowen, ofreciéndole la mano—. Si estáis demasiado cansada para caminar, yo os llevaré.

—No. —Tanalasta lo retuvo hasta que los demás se hubieron alejado unos pasos—. Rowen, no puedes abandonarme mañana.

—Pero debo hacerlo. —No hizo el menor esfuerzo por guardar silencio—. Vangerdahast no tiene ni idea de...

—Vangerdahast no tardará en imaginarse lo sucedido —susurró Tanalasta—. Y aunque no lo hiciera, ese viejo fisgón es capaz de cuidar de sí mismo.

—Quizá deberíamos hablar de esto más tarde —dijo Rowen, observando inquieto la espalda de Seaburt—. Aún estáis muy débil.

—¡No! —Tanalasta cogió sus manos—. Rowen, debes saber lo que siento por ti... y lo que espero que sientas por mí.

—Por supuesto —respondió con una sonrisa tímida—. En ningún momento se me ha ocurrido pensar que erais el tipo de princesas que besan al primero que pasa, mientras se enfrentan a una ghazneth.

—Así es —replicó la princesa, sin corresponder a su sonrisa—, pero no rehuyas el tema.

—Estáis muy por encima de mi posición social... pero, sí, os considero más como una mujer que como una princesa.

—¿Debo entenderlo como un sí? —preguntó Tanalasta, ceñuda. Cuando Rowen asintió, la princesa añadió—: Entonces no podemos permitir que Alusair nos separe. Ya sabes lo que pretende hacer.

—Dudo que nosotros seamos el motivo de sus preocupaciones.

—Claro que no —dijo Tanalasta—. También le preocupa el momento en que el rey se entere de nuestros sentimientos, porque lo más probable es que el peso de la corona recaiga en ella, en lugar de en mí.

—¿Vuestro temor es una posibilidad o está fundado en sólidas razones? —preguntó Rowen, con expresión enigmática.

—Sí, la desgracia en que ha caído tu familia —dijo Tanalasta al advertir el dolor que le había causado, y decidir que merecía una respuesta honesta— causaría algunos problemas al trono. Las familias leales considerarían cualquier favor mostrado hacia ti como una afrenta a sus intereses, y las familias neutrales podrían echar en cara al trono su falta de reciprocidad.

—En tal caso, el rey no tendría elección en este asunto —supuso Rowen—. Se vería obligado a nombrar heredera a Alusair.

—No es posible predecir lo que hará o dejará de hacer el rey. —Tanalasta se encogió de hombros—. Puede ser una persona muy sorprendente, y sabe reconocer cuándo es mejor retirarse que perder. Nuestras partidas de ajedrez le han enseñado eso y mucho más.

Mientras Rowen lo consideraba, Seaburt volvió la mirada desde la retaguardia de la línea.

—Si la princesa se siente demasiado débil para caminar...

—La princesa se siente lo bastante fuerte para caminar —replicó Tanalasta—. No se preocupe por nosotros. Si necesitamos ayuda, se la pediremos.

—Por supuesto. —Seaburt frunció el entrecejo y siguió caminando—. Estaré atento a vuestra llamada.

Tanalasta clavó la mirada en la espalda del clérigo y experimentó una repentina sensación de rechazo. Cuando se hubo alejado lo suficiente, cogió a Rowen del brazo y siguieron tras la compañía.

—Sabes lo que sucederá cuando lleguemos a la montaña del Trasgo —dijo en voz baja—. Alusair enviará un mensaje y, cinco minutos después, una docena de magos guerreros se presentarán para llevarme de vuelta a Arabel.

—¿Debo lamentar el que os pongan a salvo? —preguntó el explorador.

—Sí, si eso significa que no volvamos a vernos.

—¿No estáis exagerando un poco? Soy muy capaz de encontrar el camino de vuelta a Arabel por mis propios medios... Y también a Suzail.

—¿Cuándo? ¿Entre una y otra misión de exploración en Anauroch o entre las misiones de espionaje a las que te destinarán en Llanura de Dun? Mi padre y Vangerdahast te mantendrán tan ocupado que no verás una ciudad cormyta hasta que me case y cargue con el hijo de otro hombre.

Aunque Rowen permaneció impasible, al menos tuvo la cortesía de torcer el gesto.

—Si desobedeciera a Alusair, pasaría los próximos diez años de mi vida en las mazmorras del castillo de Crag... sin la menor esperanza de poder redimir el nombre de mi familia.

La compañía empezó a abrirse en abanico a lo largo del páramo. Los hombres se dispusieron a llevar a uno de los caballos más o menos hacia el oeste, dejando un reguero de pistas falsas antes de volver hacia el sur. Tanalasta guardó silencio durante un rato, consciente de que Rowen tenía razón. No tenía autoridad para anular la orden dada por su hermana, y Vangerdahast tenía un carácter lo bastante implacable como para encerrar al explorador con el menor pretexto de desobediencia.

—Tienes razón, por supuesto. No puedo pedirte que desobedezcas a Alusair. —

Tanalasta mantuvo la cabeza gacha mientras hablaba, observando la maleza por si descubría serpientes u otros obstáculos—. Por lo tanto, te acompañaré.

—¿Qué? —gritó Rowen, atrayendo la mirada curiosa y reprobatoria de Seaburt. El explorador moderó el tono de su voz, y después continuó diciendo—: Es lo que más me gustaría, pero Alusair nunca lo permitirá.

—Alusair puede darte órdenes a ti, pero no a mí —dijo Tanalasta—. Ni siquiera es mi hermana mayor.

—Por favor, Tanalasta... No puedo. Hacer lo que me pedís me convertiría en una persona muy parecida a Gaspar y Xanthon.

—Nunca serás como ellos.

—No lo creo: basta con que anteponga mis deseos a mi juramento como Dragón Púrpura. —Rowen ayudó a Tanalasta a rodear un arbusto de uña de gato, apartándola al mismo tiempo de un alacrán dispuesto a atacar—. Todos tenemos un deber que cumplir. Yo soy explorador, y mi deber es desplazarme con rapidez para encontrar a Vangerdahast. Vos sois la persona más instruida que conozco, y vuestro deber es ir a Arabel para informar al rey de lo que habéis descubierto.

—Y así lo haré —dijo ella—. Pero contigo.

—Estaréis más segura con Alusair —respondió Rowen, haciendo un gesto de negación.

—¿De veras? —Tanalasta observó a los hombres que lideraba su hermana—. Más bien creo que a las ghazneth les resultará más fácil encontrar a un puñado de hombres maltrechos, que a dos personas que se muevan rápida y sigilosamente.

—Quizá. —Rowen calló unos segundos para pensar y añadió—: Podría ser como decís si estuvierais en buenas condiciones, pero con esa fiebre... Estáis muy débil.

—La fiebre remitirá. Seaburt ha dicho...

Tanalasta no completó la frase al comprender lo que significaba el silencio de Rowen. Había estado a su lado mientras Seaburt la curaba por lo que había oído las palabras del clérigo. Trastabilló al dar dos pasos más, se detuvo y se volvió hacia el explorador.

—Tú no quieres que te acompañe.

A juzgar por la expresión culpable de Rowen, así era. Tanalasta comprendió que su suposición era acertada. Libró su brazo del explorador y siguió caminando sin ayuda. Rowen se adelantó para alcanzarla.

—Por favor, Tanalasta, no es lo que pensáis. Confío plenamente en vuestras habilidades...

Tanalasta lo detuvo en seco levantando la mano, la barbilla y apartándose de él.

—Ya es suficiente, Rowen. Y por cierto, cuando se dirija a mí, puede usted tratarme de alteza si eso le hace sentirse mejor.

Un ruido ahogado de pasos surgió entre los pinos, y reverberó a través del valle, de una a otra ladera hasta que Vangerdahast no supo distinguir si procedía de un lado o de otro. Tiró de las riendas de *Cadimus* para que se detuviera y levantó un brazo, ante lo cual los componentes de la real compañía expedicionaria también se detuvieron. El lugar se inundó al instante con el rumor y los murmullos de los magos y los Dragones que se preparaban para presentar batalla. Durante el último día y medio, la compañía había perdido docenas de hombres y caballos en las emboscadas que los orcos y las ghazneth les habían tendido, por lo que, en aquel momento, incluso el quiquiriquí de un gallo les obligaba a buscar refugio.

—¿Van a guardar silencio de una vez? —preguntó Vangerdahast, volviéndose en la silla.

Los miró fijamente hasta que remitió el estruendo, momento en que volvió a observar el terreno que estaban a punto de recorrer. El valle era uno de esos cañones serpenteantes, cubiertos por una franja ondulante de terreno pantanoso y paredes altas cubiertas de pinos. Al frente no podía ver ni a cincuenta pasos de distancia, y a ambos lados menos aún. Al cesar el ruido, reparó en que había árboles en todas direcciones, por lo que daba la impresión de que el tamborileo provenía de todas partes. En ocasiones parecía el ruido producido por los cascos al hundirse en la hierba; en otras, el rumor de unas alas al batir el aire.

Cadimus levantó el hocico para husmear el aire cuando una yegua de color bermejo surgió al galope ante el mago, con el pecho cubierto de espuma, los ojos salidos de sus órbitas y, las riendas y estribos sueltos. Recorrió el valle a galope tendido, al parecer sin reparar en la presencia de *Cadimus*, Vangerdahast y la compañía de expedicionarios que esperaban detrás. Cerca de la yegua volaba a ras de suelo una ghazneth, con las alas negras como boca de lobo completamente extendidas, y los brazos dispuestos a coger los flancos del caballo.

Vangerdahast apuntó al fantasma con el dedo y pronunció una sola palabra. Una docena de rayos de mágica luz dorada alcanzaron a la ghazneth. El impacto la arrojó contra los pinos, arrancando ramas y hojas. Al cabo de un instante, reverberaron en el valle los cascos y gritos de los Dragones y los magos guerreros que picaron espuelas en sus monturas para emprender la carga. Si algo había aprendido la real compañía expedicionaria a lo largo de los dos últimos días, era que uno nunca debía titubear al enfrentarse con una ghazneth. Vangerdahast tiró de las riendas de *Cadimus* para volver grupas tan deprisa como pudo, para emprender la persecución de la yegua que galopaba sin jinete.

El caballo de Tanalasta era una yegua de color bermejo.

El caballo no resopló, no se quejó, ni siquiera relinchó. Se limitó a caer de rodillas y cerrar los ojos, antes de desplomarse sobre unos arbustos. Tanalasta

observó cómo Alusair, aturdida por el cansancio y una fiebre recurrente, tiraba de las riendas del animal e intentaba reemprender la marcha. Cuando el caballo no se movió, Alusair maldijo su pereza y, sin volverse, tiró de las riendas con más fuerza.

Tanalasta guardó silencio, satisfecha de ver que, para variar, no era ella la que cometía una estupidez. La princesa no podía creer que hubiera interpretado tan mal los sentimientos de Rowen. Su beso parecía sincero, pero creía recordar haber leído en alguna parte que los hombres experimentan sentimientos más intensos con su cuerpo que con su corazón. Quizás ése había sido su error. Quizás había interpretado una simple lujuria como algo más... duradero. El afecto que había percibido sólo fue la atracción carnal que un hombre siente por una mujer. La princesa casi deseó no haberse mostrado tan virtuosa. Si Rowen la hubiera utilizado, al menos Tanalasta tendría alguna justificación para enfadarse. Pero tal y como estaban las cosas, lo único que podía hacer era sentirse incómoda e intentar evitarlo hasta que partiera en busca de Vangerdahast.

Finalmente, Alusair dejó de tirar de las riendas del caballo, y con el entrecejo fruncido dio una vuelta completa alrededor del animal. Era el segundo que había muerto en las últimas diez horas de marcha. Profirió una maldición ininteligible y se volvió hacia Tanalasta.

—Pudiste haberme avisado.

—Creí que se levantaría —dijo Tanalasta, extendiendo las manos.

Alusair la miró fijamente, y después llamó la atención de los demás con un silbido quedo. Cuando la tropa se reunió a su alrededor, señaló el caballo muerto.

—Vamos a quitarnos los yelmos.

Los hombres cansados gruñeron y procedieron, a regañadientes, a quitar el forro de cuero que recubría el interior de sus yelmos. Después de que muriera el primer caballo, habían pasado casi una hora enterrándolo para evitar que el cadáver pudiera atraer a los buitres, y su presencia delatará la ruta que habían seguido. Nadie tenía ganas de repetir la experiencia, sobre todo teniendo en cuenta que la noche se acercaba y que había trece caballos más, dispuestos a seguir en cualquier momento a los otros dos.

Cuando Rowen se arrodilló para ayudar a los demás, Tanalasta intentó evitar su mirada, pero después se dio cuenta de que no podía mostrarse tan reservada. Puesto que Alusair tenía fiebre y los miembros de la compañía estaban rendidos por el cansancio, recaía cierta responsabilidad sobre sus hombros. Tanalasta cogió a Rowen del brazo.

—Usted, no —señaló hacia una línea borrosa y oscura que se recortaba contra el horizonte, hacia el oeste—. Yo diría que eso es un barranco. Mire a ver si encuentra un arroyo y un lugar seguro donde acampar.

—Espera un momento. —Alusair estaba tan débil que apenas tenía fuerzas para

llamar la atención de Rowen con un gesto—. Tanalasta, tú no das órdenes a los miembros de mi compañía.

—Lo hago cuando tú no estás en condiciones de cuidar de su seguridad. —Tanalasta miró a su hermana a los ojos, que estaba más agotada que enfadada, y señaló con el brazo a los caballos supervivientes—. Si no procuramos que estas bestias beban un poco de agua, y pronto, mañana tendremos que enterrarlos a todos: después podremos empezar por tus hombres. —Miró a uno de los guerreros que aún se esforzaba por quitarse el yelmo.

—La princesa Tanalasta tiene razón. —Alusair recibió el comentario de Rowen con una mirada glacial, pero el explorador no se dejó intimidar—. Si hubierais estado en posesión de todas vuestras facultades, hace un par de horas que me hubierais enviado a buscar agua... Y no sólo para los caballos.

—Puede ser, pero sigo siendo la comandante de esta compañía. —Alusair frunció de nuevo el entrecejo, aunque su expresión parecía más dolida que enojada.

—Entonces harás bien en recordarlo y permitir que Seaburt ponga remedio a tu fiebre —dijo Tanalasta.

Puesto que Seaburt y su compañero clérigo tan sólo podían recurrir a la suficiente magia curativa como para que un tercio de los miembros de la compañía recuperaran las fuerzas, todos y cada uno de ellos estaban gravemente enfermos uno de cada tres días. Por desgracia, como Alusair había descubierto al quedar atrapada en la torre de los trasgos, la enfermedad tendía a recuperar fuerzas al segundo día. Hasta entonces, había rechazado rotundamente la posibilidad de privar a alguien de la curación para poder recuperarse ella.

—Quizá no conozca el ejército —dijo Tanalasta a Alusair—, pero sé de liderazgo. Como escribió el gran estratega Aosinin Truesilver: «Si alguien envía a sus soldados a la muerte, al menos debe hacerlo sobrio».

Alusair frunció aún más el entrecejo dispuesta a discutir, pero Rowen se lo impidió.

—Princesa, permitid que Seaburt ponga remedio a vuestra fiebre —insistió Rowen—. Si lo hacéis, todos tendremos más oportunidades de salir de ésta con vida.

Alusair paseó la mirada sobre todos y cada uno de sus hombres. Cuando vio que todos compartían la opinión del explorador, profirió un suspiro.

—Muy bien, Rowen, vaya a ver si encuentra agua —dijo Alusair—. Y ustedes ya me explicarán por qué razón no han enterrado todavía al caballo.

Los miembros de la compañía empezaron a cavar el terreno duro con los yelmos. Seaburt se llevó aparte a Alusair, y empezó a prepararla para el hechizo... el último que podía realizar hasta la mañana siguiente. Rowen se dirigió hacia el horizonte en dirección oeste, pero se detuvo al dar una docena de pasos y levantó la mano para protegerse los ojos del intenso sol poniente.

Tanalasta, contrariada, se acercó a él y señaló la línea borrosa.

—Está ahí. Podrá ver usted la sombra que proyecta.

—Bien. Ya la veo.

Tanalasta se dio cuenta de que Rowen la observaba, y al volverse hacia él comprobó que el explorador no observaba el barranco, sino sus ojos.

—Disculpad este engaño infantil —dijo—. Sólo quería disculparme.

—¿Disculparse? —repuso Tanalasta con frialdad—. No tiene por qué disculparse.

—Me temo que os he dado motivos de sobra para despreciarme.

—Tonterías. Has sido muy valeroso. El rey sabrá de tu valor. —Tanalasta hizo una pausa, después decidió que era necesario dar una muestra de su magnanimidad, aparte del hecho de tutearle—. Lo cierto es que no me extrañaría que te concedieran esa propiedad que tanto ansías.

—¿De veras creéis que ésa es la razón de que esté aquí? ¿Porque voy en busca de un pedazo de tierra?

Tanalasta retrocedió ante la amargura de su voz, y después bajó la barbilla para adoptar una altura menos regia.

—No, por supuesto que no. Sólo quería que supieras que no pienso seguir comportándome como una estúpida contigo.

—¿Como una estúpida, alteza?

—Sí. —Tanalasta apartó la mirada—. Te he estado provocando como una furcia de taberna, y tú te has comportado con la suficiente honorabilidad como para no aceptar mi afecto bajo falsas pretensiones. —Miró a Rowen de reojo y añadió—: Aunque hubiera sido preferible que hubieras dicho desde el principio, que estaba comportándome como una estúpida.

—¿Y cómo queríais que lo hiciera? No era eso lo que sentía. —Rowen se atrevió a cogerla de la mano, y cuando la princesa la retiró, el explorador volvió a intentarlo—. Si mis sentimientos son distintos de los vuestros, es sólo porque son más firmes. Desde el momento en que os conocí no he sido indiferente a vuestra presencia.

Tanalasta se sentía demasiado confusa como para retirar la mano. De nuevo él le decía lo que ella quería oír, pero ¿cómo podía creerle cuando sus acciones parecían decir todo lo contrario? Hizo un gesto de negación.

—Eso no puede ser cierto, o jamás me dejarías con Alusair... Sobre todo teniendo en cuenta que Vangerdahast dispone de todos los recursos del reino para asegurarse de que no volvamos a vernos.

Rowen cerró los ojos durante un momento, y después volvió la mirada hacia el horizonte.

—Quizá fuera lo mejor.

—¿Cómo? —Tanalasta agarró a Rowen por el brazo—: No me trates como a una idiota. Si no quieres hacerme la corte, entonces espero como mínimo que tengas el

coraje de admitirlo sin rodeos. He oído a los demás decir una cosa y pensar otra durante toda mi vida, y si quieres que te dé mi opinión, tú no sirves para ello.

—Me expreso lo mejor que sé y puedo, princesa Tanalasta —replicó Rowen, cuya mirada echó chispas ante el menosprecio de la hija del rey—. Mis sentimientos son tan sinceros como firmes, pero soy hijo de una familia que ha caído en desgracia. De cortejaros, lo único que lograría sería debilitar la corona.

Tanalasta experimentó una alegría repentina en su corazón, y el enfado fue dejando paso a la comprensión. Permaneció de pie e inmóvil durante algunos segundos, y finalmente empezó a comprender cuánto debían haber herido sus palabras al explorador.

—Rowen, lamento todo lo que te he dicho —dijo Tanalasta, acercándose un poco más a él—. Ahora que me has explicado tus reservas, comprendo que has sido honesto... muy honesto, al menos contigo mismo.

—Disculpad, princesa. No era eso lo que pretendía.

—¿De veras? —preguntó Tanalasta, enarcando una ceja—. En tal caso, ¿estás preparado para hacer valer tus argumentos por encima de los de la diosa?

—Por supuesto que no, pero si os referís a vuestra visión, ¿cómo podremos tener la seguridad de que soy yo el elegido?

—Lo sé —replicó Tanalasta—. Y tú también.

Rowen parecía compungido y no dijo nada.

—Seguro que no faltarán quienes lamenten mi decisión —dijo Tanalasta al advertir la oportunidad de convencerlo—, pero sucedería lo mismo si eligiera a otro. Si me decantara por un Silversword, los Emmarask se enfadarían. Si eligiera a un Emmarask, los Truesilver lo desaprobarían. Si me decidiera por un Truesilver, los Hawklins murmurarían, y cualquier otro pretendiente constituiría un menosprecio para los Marliir. Más vale que respete los dictámenes de mi corazón y elija al hombre que deseo, una persona honesta, leal y de confianza... Ese hombre, Rowen, eres tú.

—¿Aunque eso os cueste la corona? —preguntó—. Y de no ser así, ¿aunque os costara la lealtad de la alta nobleza del reino?

—Tú eres sólo una de las muchas decisiones que podrían costarme la corona. —Tanalasta se encogió de hombros—. Sin embargo, son decisiones que debo tomar, y no me importa sufrir las consecuencias. —Lo miró de hito en hito—. Si mi frente debe ceñir la corona, disfrutar de la fortaleza de tu carácter a mi lado compensará con creces la pérdida de la lealtad caprichosa de cualesquiera familias.

—Pero ¿cuántas lealtades de familias nobles vale un hombre como yo? —preguntó Rowen, después de considerar la cuestión durante un rato—. Seguro que ni la mitad de ellas. Es normal que los miembros de la realeza tomen sus propias decisiones, pero no deben ignorar los problemas que se derivarán de ello. La gente no me considerará mejor que Aunadar Bleth; pensarán que me aprovecho de vuestra

generosa naturaleza para recuperar la posición de mi familia, y la estabilidad de la corona se resentirá.

—¿Tan bajo concepto tienes de mí? —preguntó Tanalasta—. ¿Das por sentado que la gente sólo me cree capaz de atraer a aprovechados y arribistas?

—No era eso lo que yo quería... —se disculpó el explorador, lívido.

—¿Y a qué otra cosa podías referirte? Quizá tengas razón y haya sido mejor no seguir por este camino. —Tanalasta señaló el horizonte—. Allí tienes el barranco, Rowen. Acércate a ver si encuentras agua.

La yegua relinchó tres veces, y al arañar el suelo con las pezuñas estuvo a punto de aplastar el pie de Vangerdahast. El mago supremo profirió una maldición y asíó con fuerza las riendas, obligándola a bajar la cabeza a la altura de su rostro.

—Suavemente, amigo mío. El animal ha sufrido mucho —pidió Owden, levantando la mano.

—Y lo que sufrirá, si no empieza a comportarse como es debido —gruñó Vangerdahast—. Dígaselo.

—No creo que... —replicó, contrariado, Owden.

—Dígaselo —ordenó Vangerdahast—. Quizá le aclare las ideas.

Owden suspiró, pero se volvió hacia el caballo y empezó a relinchar como él. La yegua tensó las orejas y clavó uno de sus ojos redondos en el rostro del mago, que a su vez entrecerró los ojos y contrajo la boca en una mueca. La yegua apartó la mirada y emprendió una rápida sucesión de relinchos y resoplidos, interrumpidos de vez en cuando por algún que otro gemido, o un relincho agudo, de Owden. Cuando terminó la conversación, Owden asintió y acarició el cuello del animal para tranquilizarlo.

—¿Y bien? —preguntó Vangerdahast.

—He conseguido extraer cierta información, pero los caballos no recuerdan las cosas igual que nosotros. —Owden cogió las riendas de manos de Vangerdahast—. Lo único que me ha dicho de interés es que las ghazneth la persiguen desde el «amanecer del amanecer.»

—¿Y?

—Y que la princesa se fue con «su semental» —dijo Owden mientras se deslizaba entre el mago y la yegua.

—¿Su semental? —exclamó Vangerdahast—. ¿Qué ha querido decir con eso?

El barranco resultó ser una ribera tortuosa más llena de sauces que de agua. Sin embargo, encontró un arroyuelo a no mucha distancia, y Tanalasta pudo oír a los caballos chapotear mientras hacían lo posible por secar por completo el arroyo. Permanecía arrodillada en una elevación, reuniendo unas cuantas hojas podridas en

una pila de barro, como preparativo para su ofrenda. Aunque estaba agotada después de caminar todo el día, el trabajo alejaría a Rowen de sus pensamientos, y cualquier cosa que hiciera para conseguirlo le parecía poco.

La princesa no estaba enfadada con él, pero sí decepcionada. Sabía mejor que nadie lo que pensaban de ella. Muchos nobles, quizá la mayoría, acusarían a Rowen de aprovecharse de su carácter manipulable. No obstante, pensarían lo mismo de cualquier persona a la que eligiera como consorte. La única forma de cambiar su opinión consistía en mostrarse paciente y demostrarles, observando una buena conducta (tanto la propia, como la del elegido), lo equivocados que estaban. No se sentía dolida porque Rowen hubiera señalado lo que pensarían los demás de su relación, sino porque no confiaba en ella para hacer que cambiaran de opinión. Si no confiaba en que se impondría a los demás, ¿cómo iba a confiar en sí misma?

Tanalasta cogió del suelo una piedra del tamaño de un puño, y se volvió para colocarla a un lado del montoncito, cuando encontró un par de botas de explorador de cuero blando, de pie a su lado. Reprimió un grito de sorpresa y colocó la piedra junto a las demás.

—¿Sólo querías disculparte? —preguntó Tanalasta sin levantar la mirada, con un puñado de hojas secas en sus manos, que diseminó por el montoncito que había formado en la tierra—. ¿O quizás has decidido perseguir esas tierras que tanto ansías?

—Supongo que merezco todo lo que podáis decir de mí. —Rowen se arrodilló a su lado, y empezó a dar forma a un puñado de hojas—. La verdad es que he venido de nuevo a disculparme. Me he comportado como un pisaverde del tres al cuarto.

—Supongo que no esperarás que lo niegue.

—No. Cuando dije todo eso, me comporté como un cobarde. Sólo pensaba en mí, en cómo vuestro amor podría afectar mi reputación.

—Dijiste que pensabas en el bien de la corona —recordó Tanalasta.

—Quizá pensara en ambas cosas. —Rowen se encogió de hombros—. O quizá no pensaba en nada. En cualquier caso estaba equivocado. No me corresponde a mí decidir qué conviene a la corona. Os ruego que me perdonéis.

Tanalasta hundió los dedos en el barro y lo esparció del revés sobre el humus de las hojas que había depositado en el suelo. Por muy sincera y humilde que fuera la disculpa de Rowen, poco podía atemperar su enfado. No había hecho ninguna alusión a su capacidad para granjearse la confianza de sus súbditos, ¿y qué futuro podía esperarle con un hombre que no creía en ella?

—Gracias por aclarar el asunto, Rowen —dijo Tanalasta, en un tono de voz sarcástico—. Temía que al comportarme como una idiota, también te hubiera cargado con los deberes de mi posición.

—Ahora sois vos quien juega con mis palabras, princesa —dijo Rowen, enfadado—. He venido a deciros que estoy de acuerdo con vos. ¿Por qué no queréis

escucharme?

—Te he escuchado. —Tanalasta quiso decir que no le había gustado lo que había oído, pero lo pensó mejor y, en lugar de recriminarle con acidez su comportamiento, se limitó a sacudir la cabeza—: No creo que tenga sentido seguir con esto, Rowen. Quizá debieras irte.

—Si lo deseáis —dijo Rowen después de mirarla con incredulidad durante un buen rato. Ella siguió triturando con sus manos el humus.

—Así... —Recordó que partiría a la mañana siguiente, y que, con toda probabilidad, sería la última vez que lo vería. Tanalasta estuvo a punto de decir que no, que no era lo que quería... Pero ¿de qué iba a servir? Aún no creía en ella. Hizo acopio de toda su fuerza de voluntad y completó la frase—: Así es.

Rowen se volvió para alejarse de la princesa, pero de pronto se detuvo.

—No.

—¿No? —preguntó Tanalasta, más confusa que contrariada.

El explorador se acercó a ella e hizo que se levantara.

—La verdad, Tanalasta, es ésta.

Después de rodearla en sus brazos con tanta fuerza que la levantó del suelo, la besó apasionadamente. La princesa estaba tan asombrada que no pudo negarse a aquel beso. Había imaginado aquel momento desde que había conocido a Rowen, y era él quien por fin había tomado la iniciativa. Su sentido de la oportunidad era típicamente masculino, pero pese a ello el cuerpo de Tanalasta reaccionó con tanta pasión como en su anterior beso en la torre de los trasgos. Una sensación de gozosa ansia recorrió todo su cuerpo, tanto que se preguntó cómo una sensación tal podía ser fruto de otra cosa que no fuera la diosa a la que ambos veneraban. Antes de que pudiera darse cuenta tenía las manos en su cintura, lo atraía hacia sí, y una sensación de calidez sagrada fluyó por su cuerpo, alejando de sí toda ansia mientras ahondaba en su decisión. Deseaba disfrutar del momento, acariciar con sus manos cada centímetro de su piel, y responder a la llamada de la pasión con todas sus consecuencias, pero aún no podía entregarse al carnal abandono... no mientras su mente siguiera enfrentada a su corazón.

Tanalasta deslizó una mano entre ellos y empujó a Rowen por el pecho. El explorador la besó si cabe más apasionadamente, y con una de sus manos acarició su pecho y le causó un placer sin igual. Ella cerró los ojos durante un solitario latido de corazón, momento en que mordió al explorador en el labio, quizá con más fuerza de la necesaria para llamar su atención, y logró quitárselo de encima.

—¡Rowen! —La voz de Tanalasta transmitía más pasión que enfado, más de lo que hubiera deseado. Tragó saliva y dijo—: ¿Qué significa esto?

—Creo que ya lo sabes. —Rowen se llevó un dedo al labio donde ella le había mordido, y después la miró directamente, enfadado—. No pensaba en la princesa de

la corona, sino en la mujer que conozco y a la que amo.

—¿Que amas? —La palabra no sonó tan hueca como había esperado. De hecho, sonaba muy bien—. Eres tú el que está tan preocupado por las consecuencias que nuestra relación puede tener para la corona. ¿Qué piensas hacer al respecto?

—La verdad es que no lo sé —respondió, haciendo un gesto de negación—, y tampoco puedo decir que me importe mucho, siempre y cuando puedas protegerme de Vangerdahast. —A juzgar por el tono de su voz, se trataba de una mentira a medias—. Preferiría no vivir lo que me queda de vida convertido en sapo.

Tanalasta lo miró largamente; quería ganar tiempo para llegar a la misma conclusión que su propio corazón. La princesa conocía demasiado bien al explorador para creer que, de pronto, se había olvidado de su deber para con la corona. Simplemente, había llegado a la misma conclusión que ella hacía ya tiempo.

—¡Estarás muy enamorado si crees que puedo protegerte de Vangerdahast! —sonrió la princesa. Cogió a Rowen por el broche de la capa y atrajo su rostro hacia ella—. Aunque te diré una cosa: he leído que una princesa puede besar a cualquier sapo que le venga en gana.

Acarició el labio herido con su lengua, y después la deslizó en su boca para darle un beso largo y profundo. Rowen respondió al beso tirando de ella hacia atrás, con suavidad, para que se tumbara en el suelo. Tanalasta se apretó contra él ardiendo de puro deseo. Las manos del explorador acariciaron sus hombros y pechos, encendiendo chispas de pasión allí donde la tocaba, y la última sombra de duda desapareció de su mente. Rowen era el hombre de su visión. Lo sabía por el modo en que su piel se encendía al tocarlo, y supo que nunca querría separarse de él.

Apartó los labios lo suficiente para besar su cuello y susurrar entre beso y beso:

—Rowen... —Tuvo que parar para recuperar el aliento—. Necesitamos un plan.

—Tengo un plan.

Rowen desabrochó el cinturón de Tanalasta y hundió la mano en la piel desnuda que ocultaba la túnica. Ella tembló de puro gozo y cerró los ojos como si fuera a perder el conocimiento del placer que le proporcionaba.

—No...

Cuando titubeó la mano de Rowen, ella la cogió por la muñeca y guió su palma hasta que dio con uno de sus pechos desnudos.

—Es decir, sí —dijo—. Pero ¿qué me dices del futuro?

—No puedo dejar que me acompañes —respondió él, con la mano crispada. Hizo ademán de retirarla, pero lo pensó mejor cuando Tanalasta se lo impidió al apretar el brazo con su hombro. Una sonrisa cruzó por la expresión de Rowen que, de algún modo, logró contener su deseo lo suficiente como para añadir—: No sé cuánto tardaré en encontrar a Vangerdahast, y...

—Y yo debo mostrarle al rey lo que he descubierto, tan pronto como sea posible...

Lo sé. —Tanalasta acercó su otra mano al cinturón, y empezó a desatar la hebilla. Estaba tan nerviosa (¿o excitada?) que le temblaban las manos—. ¿Cómo te lo quito?

—Es como el tuyo.

Rowen arqueó la espalda para darle más margen de maniobra, y finalmente pudo desabrochar la hebilla del cinturón. Tanalasta cogió el dobladillo de su túnica y se la quitó por los hombros. No podía estar más nerviosa, y decidió que era la princesa más afortunada de toda Faerun. Se inclinó de nuevo para abrirse paso a besos por su cuello.

Rowen lanzó un gemido quedo, después permaneció inmóvil y en silencio. Por un momento, Tanalasta temió estar haciendo algo mal... o, al recordar el temblor que agitaba sus manos, pensó que, quizás, él se había excitado demasiado rápido: había leído al respecto en el Tratado de la buena esposa, de Miriam Buttercake, que a veces los hombres sufren tales decepciones, pero no era el caso. Tan pronto como se había quedado quieto, Rowen atrajo su boca hacia sí y la besó de nuevo apasionadamente.

—Hay una cosa que ni siquiera pueden dictar los reyes y las reinas, y que sólo nosotros podemos controlar —dijo, mirándola a los ojos cuando terminó de besarla.

—Lo sé.

La princesa empezó a quitarse la túnica, pero Rowen se lo impidió al cogerla de un brazo.

—No. Me refiero a que hay un modo de que no puedan separarnos... aunque sólo si estás realmente segura de que estás dispuesta a arriesgar la corona.

—Tengo treinta y seis años —dijo Tanalasta sin titubear—. Si a estas alturas no puedo tomar una decisión, ¿qué clase de reina sería?

Rowen sonrió, se puso de rodillas y cogió la bolsa de semillas que había junto al montoncito de tierra y hojas que la princesa había preparado. Cogió una sola semilla de columbina y la colocó en la palma de su mano. Tanalasta la contempló durante algunos latidos de corazón. Estaba más nerviosa que nunca: en su oído oía la sangre que corría por sus venas, sentía el corazón como si hubiera subido hasta su garganta.

—¿La semilla de la ceremonia? —preguntó finalmente, cuando recuperó el dominio de sí misma.

—Si vas a tenerme —asintió Rowen.

—¿Estás haciendo esto por mí... o por el reino? —preguntó Tanalasta al ponerse también de rodillas.

—Por ninguno de los dos. —Rowen siguió sosteniendo la semilla en su mano—. Lo hago por mí.

El corazón, la sangre que golpeaba en su oído, desaparecieron, y los latidos de Tanalasta recuperaron un ritmo normal, como si hubiera vuelto a su pecho, al lugar al que pertenecía.

—Buena respuesta.

Extendió la palma de su mano para posarla encima de la de Rowen, y empezaron a entonar la invocación.

—Bendícenos, oh, Chauntea, tal y como nosotros bendecimos esta semilla, para que toda crianza crezca sana y fuerte.

Con las manos libres, Tanalasta y Rowen cavaron un agujero en el montón que ella había preparado. Después, la princesa cogió la cantimplora y regó el suelo.

—Preparamos este lecho con amor y alegría —dijo Rowen.

Juntos, colocaron la semilla en el agujero y la enterraron.

—En el nombre de Chauntea, que las raíces de lo que hoy plantamos arraiguen en lo más hondo... —empezó Tanalasta.

—Y que el tallo brote con fuerza...

—Y que la flor florezca radiante...

—Y el fruto sea abundante.

Terminaron juntos, después volvieron a regar el suelo y se besaron. En esa ocasión, fue Rowen quien quitó la túnica a Tanalasta.

Los huesos del mago supremo estaban a la altura de lo que podía esperarse de su edad. Después de más de diez días persiguiendo ghazneth, le dolía la espalda, tenía las caderas para el arrastre, y lo último que quería era ascender una ladera rocosa a cuatro patas para espiar la posición de una tribu de marranos. Para eso estaban los exploradores del rey... pero Vangerdahast se había quedado sin exploradores. Owden Foley había encontrado al último aquella misma mañana: reducido a un cuerpo ensangrentado y destripado, cubierto por un reguero de hormigas rojas. En aquella ocasión no se planteó la posibilidad de enterrarlo. Se limitaron a rociarlo con aceite inflamable y prender fuego a su cuerpo, después de encomendar su alma a Helm. Ahora el mago supremo tenía que apañárselas por sus propios medios para espiar las posiciones enemigas.

Vangerdahast coronó la cima de la colina, y observó una extensión enorme de terreno cubierta de niebla, que formaba parte del pantano del Mar Lejano. Hacia el horizonte era una extensión de hierba dorada y verde con canales de aguas bronceas, que discurrían entre bosquecillos diseminados de chopos y píceas de pantano. El lugar estaba poblado por cormoranes y garcetas negras, todas tan chillonas como una banda de trasgos, además de nubes amorfas de insectos negros que sobrevolaban la hierba a gran velocidad.

En la costa cercana, varias tribus orcas habían formado un campamento conjunto sobre un saliente de tierra rocosa que asomaba del pantano aproximadamente un millar de pasos. Los machos habían formado en cuatro grandes compañías y se retiraron a un extremo de la pequeña península para formar cuadrillas y adiestrarse en el uso de las armas. Las hembras y los niños estaban situados alrededor de los fuegos tribales o paseaban por la orilla en busca de peces y crustáceos. Una torre de dos pisos, edificada con barro seco, se erigía en el extremo de un promontorio, y desde ella se dominaba el pantano por tres lados, y en tierra estaba protegida por un puente levadizo de madera. Su vasta arquitectura y las troneras redondas recordaban a las obras que solían hacerse antiguamente en Cormyr. De las ventanas del segundo piso emanaba una extraña aura de oscuridad que cubría el lugar como un sudario.

El agua que fluía alrededor de la torre relucía a causa de los peces de escamas plateadas que la poblaban. Las nubes de insectos sobrevolaban los campamentos orcos emitiendo un zumbido que enloquecía a Vangerdahast, pese a la distancia que lo separaba de ellas. Una extraña red formada por pequeñas grietas se extendía a lo largo del centro de la península, y despedía gruesas cortinas de humo amarillento que se elevaba en el aire. Toda la vegetación que había en cien metros a la redonda del promontorio se había marchitado, y una alfombra de moho gris se extendía por la base. La ladera que había entre el escondrijo de Vangerdahast y la costa estaba llena

de restos de ciervo, todos tan podridos, que ni siquiera los orcos se los comerían.

El mago supremo de la corte hizo un gesto para llamar la atención de sus ayudantes, que rápidamente se reunieron con él. Eran el comandante en jefe de los Dragones Púrpura y el segundo de los magos guerreros. Alaphondar y Owden siguieron a la pareja, pese a que Vangerdahast no se lo había pedido, pero el mago no puso ningún inconveniente. El sabio supremo tomaría nota de lo que sucediera, mientras que las opiniones del maestro de agricultura Foley a menudo valían la pena, siempre y cuando Vangerdahast no se empeñara en contradecirle.

Vangerdahast señaló la torre de barro sin abrir la boca.

—¿Tanalasta está ahí dentro? —preguntó Owden.

—Lo sabré cuando entre.

—Supongo que es la única forma de descubrirlo —asintió Owden.

A Vangerdahast se le cayó el alma a los pies. Lo cierto es que ni siquiera sabía con seguridad si las ghazneth estaban allí, y esperaba que Owden tuviera una idea mejor para descubrirlo. En lugar de ello, parecía que tendrían que tomar la torre al asalto... y con menos de la mitad de la compañía que había partido de Arabel.

—Éste es mi plan —dijo Vangerdahast, después de respirar profundamente. Explicó rápidamente lo que pretendía, y pidió a los dos comandantes que lo repitieran palabra por palabra. Cuando lo hubieron hecho, se volvió hacia Owden para darle una última oportunidad de quedar en evidencia—. Doy por sentado que las ghazneth están ahí, ya que los orcos no suelen practicar con las armas.

—Ni comparten campamento, ni construyen torres que recuerdan el estilo arquitectónico de la antigua Cormyr —añadió Owden—, y también porque hace día y medio que no las vemos. ¿A qué esperamos?

—A nada, según parece. —Vangerdahast inclinó la cabeza ante sus comandantes, que se retiraron veinte pasos colina abajo para preparar a sus hombres.

—¿Supongo que ustedes dos se darán cuenta de que aquí hay más cera de la que arde a simple vista? —preguntó Alaphondar en cuanto se hubieron ido.

—¿Se refiere usted a la torre? —preguntó Owden—. No crea que se me ha escapado su significado.

—¿Qué significado? —preguntó Vangerdahast.

—Lo que supone esa torre —explicó Alaphondar—. Históricamente, las ciudadelas construidas en lugares tan desangelados sirven de cubil para espíritus que siempre están en guardia.

—Me parece una buena definición para referirse a una ghazneth —opinó Vangerdahast.

—Yo más bien diría que, como descripción, bien podría aplicarse al señor de todas ellas —dijo Owden—. Nos adentramos en el terreno del fantasma, amigo mío. Hará usted bien en escuchar la voz de su alma.

—Mi alma me dice que un antiguo espíritu no viviría en una torre construida con barro —replicó el mago, ofendido—. Con este clima, una construcción como ésta no tardará en derretirse.

—Por eso debemos considerar los motivos que haya podido tener la ghazneth para erigir la torre en un pantano como éste —señaló Alaphondar—. ¿Han leído el ensayo de Ali Binwar, titulado *De las cuatro naturalezas*?

—Lamentablemente he tenido cosas mucho más importantes que hacer que malgastar mi tiempo leyendo esos libros inútiles —respondió Vangerdahast mirando el cielo.

—Por suerte, yo no —dijo Owden—. ¿Se refiere usted al capítulo que habla de la amalgamación elemental?

—Exacto —respondió Alaphondar con un brillo en la mirada—. En el pantano tenemos la fusión entre la tierra y el agua, pero la ausencia del aire y el fuego. Los elementos pasivos están combinados, pero los activos están excluidos.

—Condiciones perfectas para la descomposición espiritual —admitió Owden—. Tendremos que andar ojo avizor.

—Por supuesto, pero no estaba pensando en usted. —Alaphondar señaló con la mano la ladera rocosa—. Hay un montón de piedras por aquí. ¿Por qué se ha construido una torre de barro?

—Porque el barro combina el poder de la tierra con las propiedades disolventes del agua —repuso Owden, abriendo unos ojos como platos.

—Sí... el medio ideal para la transformación. —Alaphondar señaló la torre de barro—. Dale forma, añade un poco de fuego y aire, y unos días después tendrás una torre.

—O proporciónale una chispa de vida, y tendrás una ghazneth —señaló Owden.

—¿De qué están hablando? —preguntó Vangerdahast, frunciendo el entrecejo. Al ver que ninguno respondía, su imaginación le dio la respuesta—. ¿Que pretenden hacer una ghazneth de Tanalasta?

—Eso podría explicar por qué motivo las ghazneth han estado trabajando tan duro para mantenernos apartados de este lugar —sugirió Alaphondar.

—¡No sea ridículo! —exclamó Vangerdahast, con una sensación de vacío en la boca del estómago—. La cripta de Boldovar no estaba precisamente cerca de un pantano.

—Muchos pantanos se han secado —replicó el sabio.

Vangerdahast quiso replicar a su vez que tampoco habían encontrado ni rastro de una torre, aunque desde luego un millar de años era mucho tiempo. Tantas estaciones de lluvias primaverales hubieran destruido cualquier rastro que pudiera indicar que la tumba había sido protegida por una fortaleza de barro.

—¿Y qué me dicen del árbol? Dudo que encontremos muchos poetas elfos en un

campamento orco.

—Esa reflexión se me antoja contradictoria —dijo Owden—, claro que hay tantas cosas que ignoramos...

—Incluyendo el propósito de la torre. —Vangerdahast empezó a descender lentamente la ladera de la colina—. No pienso escuchar más conversaciones filosóficas sobre el tema. Podríamos estar discutiendo todo el día y no aclararíamos nada. Si Tanalasta está en esa torre, debemos rescatarla.

—Y si no es así, tendremos que obligar a la ghazneth que nos diga dónde encontrarla —dijo Owden.

El clérigo siguió los pasos de Vangerdahast, y Alaphondar se dirigió a gatas hacia el puesto desde donde vigilaría la posición, entre un montón de piedras. Nadie sugirió la posibilidad de emplear la magia para localizar a la princesa. Si aún no la habían hecho prisionera, la magia conduciría a las ghazneth hasta ella como una flecha.

Al separarse, Alaphondar se detuvo.

—Buena suerte, amigos míos, vayan con cuidado.

—No se preocupe por nosotros —aseguró Vangerdahast—. Es usted quien asume cierto riesgo al quedarse aquí solo. ¿Recuerda mi señal?

—La estrella fugaz —asintió Alaphondar. Hizo un gesto para señalar el bolsillo de huida que incluía su capa—. Me reuniré con la compañía en cuanto la vea.

—Estupendo. Si tenemos a la princesa, no podremos demorarnos mucho —dijo Vangerdahast—. Si no la rescatamos, significará que tampoco tenemos tiempo para preocuparnos de usted.

—Y si las cosas se ponen feas, Alaphondar, ni se le ocurra reunirse con nosotros —añadió Owden—. No podrá usted ayudarnos, y alguien debe informar al rey.

—Preferiblemente en persona. —Vangerdahast acercó la mano al broche de la capa de Owden—. De modo que no lo utilice, a menos que sea necesario. Debería vivir usted lo suficiente para que pudiera escribir la crónica de todo lo que hemos descubierto sobre esas criaturas.

—Lo sé, lo sé —respondió Alaphondar, a regañadientes—... Mi espada es la pluma.

Volvió a desearles buena suerte y después siguió gateando. Vangerdahast y Owden regresaron al lugar donde habían dejado los caballos y montaron. Los supervivientes de la real compañía expedicionaria estaban subidos a la silla, esperándolos; cada uno de los jinetes llevaba puesta una capa con el broche del cuello abierto. Aunque las capas eran para los magos guerreros, la compañía había perdido tantos hombres, que ahora todos, incluido el Dragón de rango inferior que los acompañaba, disponían de una.

Vangerdahast inclinó la cabeza y los componentes de la compañía cerraron sus broches. Los magos guerreros empezaron a animar las armas de los Dragones

mediante su magia, y la atmósfera se llenó con el murmullo de los encantamientos mágicos a medida que entonaban los cánticos necesarios para proporcionar a todos un escudo mágico. El mago supremo hizo lo propio para Owden y él, antes de volverse hacia la cima de la colina. Alaphondar permanecía arrodillado entre unas piedras; entrecerraba los ojos para vigilar la torre, con el brazo en alto dispuesto a dar la señal.

—¡Preparados! —Vangerdahast emprendió el trote hacia la colina, animando a sus hombres a que lo siguieran—. Los rezagados lo pagarán.

Habían alcanzado la cima de la colina, antes que Alaphondar hubiera bajado completamente el brazo. Vangerdahast hincó los talones en los ijares de *Cadimus*, urgiendo al galope al caballo. La brisa trajo el ruido de los cascos. El clamor de una campana de alarma reverberó en el pantano, seguido por un tumulto de gritos y gruñidos.

El mago supremo coronó la cima de la colina y vio quinientos orcos que corrían hacia el istmo de la península. Delante de los marranos volaban cinco vetas oscuras, cuyas alas negras eran meros borrones al dirigirse a toda velocidad hacia la real compañía expedicionaria. A Vangerdahast se le cayó el alma a los pies. Hasta entonces jamás se habían enfrentado a más de tres ghazneth.

La carga emprendió el descenso de la colina y cobró velocidad. A Vangerdahast le dolían sus viejas rodillas de tanto hacer fuerza en la silla. Las ghazneth siguieron cobrando altura a medida que se acercaban, y se encontraban a unos treinta metros en el aire cuando la compañía cruzó el istmo de la península. El mago supremo deslizó una mano en el interior de su capa y encontró el bolsillo de huida, con el cuello inclinado para no perder de vista a las ghazneth. Finalmente, cuando calculó que debían de haber alcanzado los sesenta o setenta metros de altura, las ghazneth se inclinaron sobre un ala para caer en picado sobre la retaguardia de la compañía.

Vangerdahast miró al frente de nuevo y vio que los orcos formaban en apretadas filas en el istmo de la península, mientras sus oficiales se preocupaban de empujar y golpear a los cobardes, para evitar que abandonaran la posición. Los marranos iban armados con todo tipo de lanzas, espadas y picas, o cualquier otra cosa que llevaran en el momento en que sonó la alarma. Aunque no dispusieran de magia, romper las líneas les hubiera parecido cosa hecha, pero el mago supremo no estaba dispuesto a perder el tiempo enzarzándose en un combate cerrado con los marranos, sobre todo teniendo en cuenta que las ghazneth caían en picado por la retaguardia.

Vangerdahast clavó la mirada en uno de los campamentos tribales que distaba unos doscientos pasos de la torre, situado detrás de una línea larga de orcos que recorrían la península para frenar la carga. Apenas distinguía las siluetas lejanas, correspondientes a mujeres y niños, que volvían la mirada tras sus guerreros y hacían toda suerte de aspavientos para animarlos. Menuda sorpresa se iban a llevar.

Vangerdahast hundió la mano en el bolsillo de huida, y un gran cuadrado negro se

dibujó ante su mirada. *Cadimus* relinchó e intentó evitarlo, pero no tuvo tiempo. Penetró en el portal al galope tendido, y Vangerdahast experimentó esa sensación tan familiar en la que la oscuridad y el vacío iban cogidos de la mano.

En un breve instante volvió a salir a la luz; la cabeza le daba vueltas y tenía un pitido intenso en los oídos, al que acompañaban los gritos y quejidos de sorpresa que resonaban a su alrededor. *Cadimus* dio un traspie, algo chilló y Vangerdahast recibió un golpe en la espinilla. Bajó la mirada, pero aún veía borroso y no pudo saber lo que había sucedido. El sonido de los cascos empezó a envolverlo, y el mundo estalló en una cacofonía indescriptible de resoplidos y relinchos. *Cadimus* topó con algo blando pero resistente, y a continuación con otra cosa igual de blanda y resistente en el otro lado. En ese momento Vangerdahast empezó a vislumbrar ante él la forma redonda de la grupa de un caballo.

El mago sacudió la cabeza para aclararse las ideas, recordando que estaba en plena carga de caballería. Empezó a distinguir las formas de los caballos desorientados y los hombres de mirada vidriosa que los montaban. Avanzaban a galope tendido, ignorando la torre gruesa erigida en un extremo de la península, a unos cincuenta pasos al frente.

—¡Alto! —Vangerdahast tiró de las riendas de *Cadimus*, procurando guardar distancias con el caballo que lo seguía—. ¡Alto! ¡Deténgase!

Lentamente, los miembros de la compañía empezaron a ejecutar sus órdenes. Para cuando Vangerdahast alcanzó la torre, la carga había perdido bríos y los caballos daban bandazos a ciegas, mientras los hombres que los montaban sacudían la cabeza para librarse de la confusión subsiguiente a la teletransportación. El terreno en el extremo de la península estaba lleno de grietas, de las cuales surgía un humo amarillo que impregnaba el aire de un hedor acre a sulfuro. Nubes de mosquitos, avispas y moscas volaban de un lado a otro a través del humo, sin dejar de morder y picar a diestro y siniestro. Vangerdahast podía oír su zumbido enloquecedor.

Obligó a *Cadimus* a volver grupas y se encontró ante los restos del campamento orco. Vio pieles y comida a medio cocinar dispersas por doquier, y a las hembras aterrorizadas que agrupaban a los jóvenes aturridos empujándolos hacia el pantano. Cerca de dos docenas de machos y un número similar de fornidas hembras se acercaban a ellos, armados con lanzas de caza.

Vangerdahast condujo a *Cadimus* a través de un grupo de Dragones aturridos y agitó la mano en dirección a la parte ancha de la península, mientras formulaba una serie larga y compleja de conjuros. Al contrario que la mayoría de hechizos, aquél no requería un componente material, pero sí medio minuto de compleja cantinela. Antes de que terminara, los ancianos orcos empezaron a arrojar las lanzas contra él, y las ghazneth aparecieron arriba, sobre el promontorio, surcando el cielo de regreso a la torre. Aunque no podía ver el cuerpo principal del ejército orco, estaba seguro de que

estaría cargando península arriba para defender la torre.

Cuando Vangerdahast terminó el hechizo, un muro de un color muy vivo se levantó ante él, un muro que se extendía a lo largo de la península penetrando profundamente en el agua. No bastaría para detener a las ghazneth voladoras, por supuesto, pero el ejército orco se vería obligado a retroceder hasta el pantano para vadearlo. Cualquier guerrero lo bastante estúpido como para intentar escalarlo sería rechazado tan magullado que nadie podría reconocerlo.

Cuando Vangerdahast se volvió hacia la torre de barro, una lluvia de flechas orcas llovía de las troneras. La real compañía expedicionaria empezaba a recuperarse del aturdimiento y respondía al fuego enemigo, pero sin mucho éxito. El manto de oscuridad que parecía proteger el lugar, les impedía apuntar con efectividad, por lo que sus flechas eran, más o menos, tan efectivas como las de los marranos que alcanzaban las armaduras protegidas por escudos mágicos.

Vangerdahast cabalgó al frente para entrevistarse con los subcomandantes, que permanecían agrupados recibiendo órdenes de Owden. Con el entrecejo fruncido por la presunción del clérigo, el mago desmontó dejando a *Cadimus* en manos de uno de los Dragones más jóvenes, y se acercó a los oficiales.

—¡Dejen de perder el tiempo con el campesino! —Vangerdahast empujó al comandante de los Dragones Púrpura hacia el muro—. Las ghazneth llegarán en un par de minutos. Despliegue a los arqueros.

—A sus órdenes —respondió el otro, pálido.

Se dispuso a obedecer sin perder un segundo, y dio algunas órdenes a voz en cuello a los Dragones para que formaran en cuadro. Vangerdahast se volvió al comandante de sus magos guerreros y señaló las puertas de la torre. Para su sorpresa, tenía una capa de hierro negro. No comprendía por qué razón se le había escapado ese detalle desde la cima de la colina.

—¿Puede decirme por qué razón sigue la torre en pie?

—No. —El joven mago palideció—. La hemos atacado con fuego, rayos y deformación. Pero todo ha sido inútil.

—De hecho, los hechizos no hacen sino fortalecer las puertas. El hierro no apareció hasta que sus magos empezaron a hacer su trabajo —añadió Owden.

—¡Pues inténtenlo con las paredes! —bramó Vangerdahast—. ¡No hay tiempo que perder!

A medida que hablaba, el mago supremo sacó la piedra imán del bolsillo y cogió una pizca de polvo de la capa de Owden. Mezcló el polvo con la piedra imán, señalando la base de la torre, y murmuró un hechizo. Un rayo brillante y translúcido surgió de la punta de sus dedos, y envolvió el edificio formando un círculo de energía crepitante. El barro se volvió oscuro, liso, hasta el punto de que parecía estar a punto de fundirse cuando la magia del mago se desvaneció, y remitió hasta formar un disco

liso de mármol negro.

Vangerdahast profirió entre dientes una maldición cuando la flecha de un orco rebotó tras alcanzarle en el pecho.

—Igual que la puerta —dijo Owden—. Me temo que Alaphondar comprende mejor la naturaleza de la torre de lo que cree. Es como si empleara nuestra propia magia contra nosotros.

—Obviamente —resopló Vangerdahast.

Decidió probar la táctica opuesta, apuntó con la mano la pared de la torre y masculló entre dientes un conjuro rápido para disipar magia. El círculo oscuro se hizo mayor.

Una ráfaga de flechas lanzadas por los Dragones anunció la llegada de las ghazneth. Vangerdahast observó el muro y vio que los cinco fantasmas caían en picado sobre el pantano, con el pecho y las alas atravesadas por flechas con punta de hierro. Le pareció que dos de las criaturas volaban más lentas de lo normal, y una de ellas esparcía a su paso el reguero de sangre oscura.

—Si la magia no sirve, recurriremos al trabajo duro —dijo Owden.

El maestro de agricultura empuñó la lanza de punta de hierro que un Dragón había clavado en tierra y cargó en dirección a la torre, apartándose del círculo de oscuridad animado por Vangerdahast.

Una auténtica lluvia de flechas cayó sobre el clérigo, procedente de las troneras de la torre. La mayoría no le alcanzaron, pero incluso las que lo hicieron rebotaron contra la armadura mágica sin causarle el menor daño. Vangerdahast lo miró con expresión hosca, pero finalmente comprendió lo que se proponía hacer el clérigo y ordenó a una cuadrilla de hombres que lo siguieran.

—¡Vayan a ayudar a ese loco! ¡Tanalasta me arrancará las orejas si le ocurre algo!

Una docena de Dragones empuñaron las lanzas y salieron tras Owden, seguidos de un puñado de magos guerreros que rápidamente crearon un escudo mágico sobre sus cabezas para desviar el diluvio de proyectiles orcos. Vangerdahast permaneció inmóvil unos segundos para observar la respuesta del enemigo, pero el aura de oscuridad que envolvía la torre le impidió ver lo que sucedía en su interior. La única reacción consistió en un leve receso de la lluvia de flechas, cuando los marranos se cercioraron de la futilidad de su defensa.

Las andanadas de flechas le hicieron tomar conciencia de la proximidad de las ghazneth. Al mirar a su alrededor, Vangerdahast vio a los Dragones Púrpura formados en líneas dispersas a lo largo de la costa, empeñados en llenar el aire de flechas para defenderse de las ghazneth que sobrevolaban el terreno a ras de suelo. Detrás de cada línea de Dragones Púrpura había un mago guerrero que levantaba el dedo por encima de sus cabezas mientras entonaba el conjuro correspondiente al muro mágico.

Cuando los magos guardaron silencio, surgieron unas cortinas onduladas

alrededor de los márgenes de la península, encerrándola en un perímetro muy similar al que protege cualquier castillo formado por muros mágicos. Un par de ghazneth se dieron de cabeza contra estas barricadas, y en el lugar reverberaron sus gritos de dolor, aunque parecían más sorprendidas que heridas. Los otros tres fantasmas se dirigieron rápidamente hacia la costa para evitar los hechizos, y como un relámpago negro irrumpieron a través de una línea formada por algunos Dragones, para clavar sus garras en el mago guerrero situado en retaguardia.

Uno de los hechiceros lanzó rápidamente un hechizo de telaraña, uniéndose a su atacante en una especie de capullo formado por un filamento pegajoso y blancuzco. Los otros dos magos guerreros se vieron levantados del suelo; gritaron y agitaron brazos y piernas cuando las ghazneth remontaron el vuelo arrastrándolos a ellos. Una lluvia de flechas persiguió a los fantasmas superando el muro prismático como un relámpago de Vangerdahast, aunque eso no bastara para impedir que las criaturas soltaran a sus víctimas en medio del ejército orco. Después de un breve tumulto de magia apresurada, entre los gritos de los orcos, éstos lanzaron unos cuantos vítores, lo cual anunciaban la derrota de los magos guerreros ante un enemigo muy superior en número.

En la parte del muro que daba a Vangerdahast, una docena de Dragones se arrojó sobre la ghazneth que había quedado atrapada a la telaraña. Los filamentos empezaban a mudar su color, y los hombres emprendieron el ataque con reticencia. Finalmente, uno cogió su espada con ambas manos y la hundió en el capullo con todas sus fuerzas. El ataque fue sucedido de un grito estridente, pero cuando el soldado intentó recuperar la espada para volver a hundirla en el enemigo, ésta permaneció enganchada a la telaraña. Empezó a removerla de un lado a otro con la esperanza de agrandar la herida y causar todo el daño posible. Al ver que eso producía un rugido ensordecedor, varios de sus compañeros hundieron sus armas en la telaraña e imitaron la táctica. La ghazneth aulló de rabia y dolor, forcejeando con todas sus fuerzas, y los Dragones tuvieron que hacer verdaderos esfuerzos para no soltar la empuñadura de la espada.

De pronto, el fantasma dejó de forcejear. Un gran estruendo levantó a los Dragones del suelo cuando éste se abrió bajo sus pies, para dar paso a una columna de humo amarillento que los hizo volar por los aires. Los soldados trazaron un molinete como si estuvieran bailando una danza aérea, mientras golpeaban y gritaban al fantasma con la espada y el puño cubierto por el guantelete, enganchados a su enemigo por el hechizo de telaraña. Sus voces se volvieron roncas y rotas después de inhalar el humo amarillo y acre. Un par de guerreros se libraron de la telaraña y cayeron al suelo, mientras el humo desaparecía tan rápidamente como había aparecido.

La crisálida se hundió en el suelo arrastrando a hombres y armas, pero reapareció

al cabo de un momento cuando una columna de fuego la arrojó de nuevo por los aires. El hechizo de telaraña se disolvió al arder. Los Dragones se desintegraron en una maraña compuesta por la armadura quemada y cenizas aullantes que se precipitó de nuevo en el abismo. La ghazneth surgió como una silueta llameante, y permaneció flotando en pleno vuelo, extendió las alas y profirió un largo graznido. Cayó sobre un ala dejando a su paso una estela de fuego, con intención de atrapar al mago guerrero que estuviera más cerca con sus garras ardientes, momento en que desapareció de la vista de Vangerdahast.

Las demás ghazneth llegaron sobrevolando por encima de los muros mágicos, procedentes de los cuatro puntos cardinales, con las garras extendidas y dejando a su paso goterones de sangre oscura. El estruendo de la magia y las flechas que rasgaban el aire las obligó a batirse en retirada al instante, momento en que el suelo empezó a temblar. Unas cortinitas de fuego surgieron a lo largo de la columna de la península. El hedor a sulfuro se volvió asfixiante, y los hombres empezaron a toser, ahogarse y llevarse las manos a la garganta. Los caballos de la compañía, asustados y libres de las riendas que sujetaban los jinetes, huyeron al galope por la línea de la costa, topándose de vez en cuando con las paredes invisibles de los muros mágicos, en su empeño por buscar una salida que les permitiera alejarse de la península.

Los magos guerreros despejaron la atmósfera con una ristra de vientos mágicos, lo cual no impidió que Vangerdahast profiriera una maldición.

Hasta el momento, las ghazneth nunca habían recurrido a poderes semejantes para combatir a la real compañía expedicionaria, y no podía evitar preguntarse qué otras sorpresas les tenían reservadas. Toda su estrategia se basaba en la necesidad de mantener controladas a las criaturas el tiempo necesario para acceder al interior de la torre; Vangerdahast empezaba a pensar que ni siquiera podría alcanzar ese objetivo tan sencillo.

El mago supremo vio una ghazneth envuelta en llamas que sobrevolaba el muro prismático que había creado, y a la que tuvo que obligar a retroceder mediante una tormenta de hielo. Después echó a correr para unirse a Owden y los demás que estaban junto a la torre. El maestro de agricultura y otros dos hombres formaban hombro con hombro, atacando el barro como posesos con la punta de hierro de la lanza, aunque sólo habían logrado arrancar algunos pedazos de barro. Se las habían ingeniado para practicar un túnel que penetraba unos sesenta centímetros hacia el interior de la torre, y el muro cedía cada vez que lo golpeaban con las lanzas. Dispuesto a impedir que el clérigo de Chauntea entrara primero, Vangerdahast se introdujo en el túnel y apartó a Owden de su camino.

—Deje pasar a los Dragones Púrpura —dijo el mago supremo—. Tanalasta no me perdonaría que le ocurriera a usted algo malo.

—Claro, sería tan lamentable como permitir que otro pudiera liberarla. —Owden

se libró de la mano con que Vangerdahast lo cogía, pero se hizo a un lado y dejó de cavar—. Continúe con sus juegos si tanto lo desea. No creo que eso pueda alterar la decisión que ha tomado la princesa.

Vangerdahast se mordió la lengua para evitar replicar, consciente de que enfrentarse abiertamente a él sólo serviría para confirmar lo mucho que temía que el clérigo tuviera razón. Tanalasta siempre había sido una mujer perceptiva; ahora, que además se había vuelto tozuda, necesitaría algo más que un simple rescate para que reconsiderara sus convicciones.

Los soldados que cavaban la emprendieron con la pared de barro, y en cuestión de segundos lograron practicar un par de agujeros que daban al oscuro interior. Un olor a tierra húmeda inundó el túnel. Un zumbido extraño reverberó en el interior de la torre, cuando los Dragones gritaron y retrocedieron como pudieron, con las cabezas hundidas en sendas nubes de avispas negras.

Vangerdahast levantó una mano y sopló en la palma, dispersando las avispas con un rápido hechizo de viento: magia defensiva estándar para cualquier mago guerrero que se preciara de serlo. Los dos Dragones cayeron de espaldas, cubriéndose los ojos y gritando de dolor. Owden y algunos Dragones se las apañaron para apartar las manos del rostro, que lucían visibles muestras de picaduras. El clérigo rogó la piedad de Chauntea y empezó a rezar.

—Ahorre sus hechizos para Tanalasta —dijo el mago al poner la mano en su hombro—. Por mucho que lamente compartir su gratitud, la princesa podría necesitar de sus poderes curativos más que estos soldados.

Owden escuchó abatido sus argumentos. Vangerdahast no le dio elección, lo puso en pie y se volvió hacia el interior de la torre, de cuyo interior surgía una nube de avispas. Media docena de Dragones Púrpura se taparon la cabeza con la capa y cargaron contra el enjambre a la carrera. Superadas las avispas, golpearon la pared agujereada del túnel con el hombro por delante.

Los agujeros que habían practicado antes cedieron ante el empuje de los Dragones, y la pared se derrumbó para dar paso a un portal de apenas dos metros cuadrados. Dos guerreros cayeron de cabeza en la oscuridad, con la espinilla en el borde de la brecha que habían practicado. Allí donde sus piernas entraban en contacto con la pared, unos círculos de mármol negro empezaron a extenderse a medida que la torre absorbía la magia de sus capas y escudos mágicos. Las avispas cayeron sobre ellos, y los hombres empezaron a gritar y correr sin orden ni concierto.

Un mago guerrero dirigió una tormenta mágica hacia el agujero. Los bordes se volvieron de mármol oscuro, pero bastó para que el viento empujara a las avispas hacia lo más hondo de la torre. Varios Dragones se adentraron en la oscuridad y tiraron de sus camaradas por las piernas.

Una tempestad de flechas orcas surgió de la oscuridad a modo de recibimiento.

La mayor parte golpeó contra su objetivo sin causar ningún daño, salvo dos que hicieron blanco y sus víctimas gritaron de dolor al encajar las puntas de flecha. Cuando sus camaradas los sacaron del túnel, uno de ellos tenía una flecha alojada en el hombro, y en el otro atravesaba la garganta. Vangerdahast sacó un anillo de comandante de su bolsillo y se lo puso lo suficiente como para activar su magia, después se lo quitó y lo arrojó al interior del túnel.

El anillo brillante atravesó el túnel, superó la brecha, y cuando cayó al suelo empezó a remitir su fulgor. La luz duró lo suficiente para permitir a Vangerdahast ver la nube de avispas que giraba en torbellino en la pared exterior, y a una docena de orcos que se dirigían hacia una puerta.

—¡Bolas de fuego! —exclamó Vangerdahast, tras comprobar que Tanalasta no estaba en la estancia.

—¿Bolas de fuego? —se extrañó Owden—. ¡Pero si eso es precisamente lo que quieren! Ese tipo de magia convertirá toda la torre en piedra.

—¿Y qué más da? Ya hemos abierto una brecha —respondió el mago, haciendo un gesto de indiferencia.

Mientras los magos guerreros que estaban bajo su mando preparaban los hechizos, Vangerdahast comprobó que el curso de la batalla en la península le era desfavorable. Una densa nube de humo, que brillaba aquí y allá debido a las cortinas mágicas de color escarlata, cubría el campo de batalla. Los Dragones Púrpura yacían en el suelo a docenas, con las manos alrededor de la garganta o completamente inmóviles. Los pocos que quedaban de pie apenas podían ver nada a través de las llamas y el humo, estaban solos en la costa, formando líneas maltrechas, tosiendo y asfixiándose debido al aire envenenado. No había ni rastro de los magos asignados para apoyar a los soldados, y los caballos de la compañía galopaban de un lado a otro de la costa, más enloquecidos que nunca. Por supuesto, *Cadimus* lideraba la carga. Cuando Vangerdahast no pudo distinguir ninguna ghazneth en el cielo, se preguntó si los fantasmas habrían caído, víctimas de las armas de hierro de los Dragones.

Pero su esperanza se quebró al observar que el fulgor mágico que despedía el muro empezaba a disiparse. Aunque sus propios hombres bloqueaban su campo de visión, tuvo la certeza de que las ghazneth se habían acercado al muro para absorber la magia. A su espalda había una horda de orcos dispuestos a pelear, esperando a vadear la orilla y acabar con los supervivientes de la real compañía expedicionaria.

Vangerdahast pensó que los marranos no encontrarían demasiadas dificultades. Sufrirían un momento de confusión cuando *Cadimus* y los demás caballos atravesaran la línea de orcos, pero después tendrían la victoria en sus manos. No disponía de suficientes Dragones vivos para contener al enemigo, y caerían todos en cuanto los orcos llegaran a su altura.

Del interior de la torre surgió un gran estruendo producido por una bola de fuego.

Vangerdahast volvió la mirada y vio una lengua de fuego que salía del portal. Las paredes de barro sufrieron una transformación inmediata y adoptaron la textura del mármol negro, hasta la altura del segundo piso. Arrancó un trozo de la capa, lo enrolló formando un cono y se lo llevó a los labios. Susurró un conjuro rápido y se volvió hacia los supervivientes.

—¡Retirada a la torre!

Aunque pudo oír su propia voz sobre el estruendo de la batalla, los Dragones rompieron filas y corrieron hacia la torre tan deprisa como pudieron. Media docena cayó casi de inmediato, víctimas del humo amarillento y emponzoñado, o de las lenguas de fuego que surgían de las entrañas de la tierra. Vangerdahast comprendió que la mitad, quizás una veintena de soldados, conseguirían alcanzar la torre.

El mago supremo cogió al mago guerrero que tenía más cerca.

—Cuando entre en la torre, usted asumirá el mando. Bloquee la brecha con un muro de hierro, pero, cuidado, que no toque el muro de la torre... déjelo a un milímetro de distancia. Después, reúna a los supervivientes y teletransportense de vuelta a Arabel.

—A sus órdenes —respondió el mago, obviamente aliviado.

—¿Y qué me dice usted de Alaphondar? —preguntó Owden—. No ha enviado usted esa estrella fugaz.

—Alaphondar está a salvo en su escondrijo —respondió el mago, observando la carnicería que se producía a su alrededor—. Nos teletransportaremos desde Arabel y lo recogeremos.

Vangerdahast volvió a concentrar su atención en la torre, de cuyo interior surgían las llamas de la última bola de fuego. Sacó una pluma de cuervo del interior de su capa y se acarició con ella mientras pronunciaba un conjuro. Sintió un cosquilleo en sus brazos. Empezó a sentirse muy ligero, entonces sus pies se levantaron del suelo y se elevó en el aire.

Cuando Vangerdahast completó el hechizo, llegaron corriendo los primeros Dragones procedentes de la costa. Hedían a sulfuro y tosían con fuerza. Hasta el último soldado tenía la cara llena de picaduras de insectos, rojas como tomates, y lucían la expresión de una persona aquejada de fiebre recurrente. Al ver que Vangerdahast flotaba en el aire, uno de los soldados intentó agarrarlo de la túnica.

—¿Adónde cree que va? —preguntó el soldado con voz aguda y desentonada—. ¡La real compañía expedicionaria no abandona a los suyos!

—¡Cobarde! —acusó otro de los soldados—. ¡Vuelva aquí y luce como un hombre!

Algunos hombres más se sumaron a las acusaciones y salieron tras el mago, con intención de agarrarlo por la capa como fuera. Vangerdahast desembarazó su brazo y se alejó de su alcance con un chasquido de los dedos.

—¿Cómo se atreven a acusarme de desertor? —preguntó el mago, cada vez más furioso. Sacó una varita del interior de su capa y añadió—: ¡Cómo se atreven!

—¡Vangerdahast, es la locura de la ghazneth! —exclamó Owden, después de dar un paso al frente y levantar los brazos para impedir el ataque. El clérigo señaló los rostros magullados de los soldados—. Están enfermos y heridos, igual que usted lo estuvo en Arabel.

—¡Pues manténgalos bajo control! —ordenó Vangerdahast, que se sentía como un idiota y algo asustado por todo lo que ignoraba de las ghazneth—. Nos veremos en Arabel.

—¿Yo? —preguntó Owden, sorprendido—. ¿A qué se refiere? Necesita que alguien vigile su espalda.

—¿Cómo? —Vangerdahast movió los brazos como un pájaro y flotó en dirección a la brecha humeante abierta en el muro negro de la torre—. A menos que pueda usted volar, que lo dudo, no sería más que un lastre para mí, además de que perdería usted la magia de su capa.

—¡Espere! —exclamó el mago al que Vangerdahast había abandonado el mando—. Creo que puedo ayudarle.

Vangerdahast miró hacia atrás y vio que el mago guerrero se reunía con Owden y que, después, ambos echaban a correr siguiéndolo por tierra. El hechicero acarició con una pluma de paloma los brazos del clérigo. Un puñado de Dragones enloquecidos trastabillaron de un lado a otro siguiendo a la pareja, maldiciendo a Vangerdahast, acusándolo de cobarde y prometiendo vengarse en la otra vida. Detrás de ellos, en la orilla más cercana a la península, las ghazneth habían terminado de absorber la magia del muro mágico. *Cadimus* trotó a través del agujero, liderando a los demás caballos, que de vez en cuando miraban con ojos desorbitados a las ghazneth que se encontraban en lo alto, sobre ellos.

Owden se elevó algo inseguro en el aire, bloqueando la línea de visión de Vangerdahast. Por eso no pudo ver cómo seguía la carrera de *Cadimus*.

—¡Preparado!

—¡Ya le avisaré yo cuando esté usted preparado!

Vangerdahast se volvió y se alejó flotando hacia la oscuridad marmórea que envolvía la torre.

Desde la cima de la colina donde Alaphondar observaba el curso de la batalla, la torre parecía una cajita del tamaño de un pulgar, envuelta en una espiral lenta formada por la bruma de los pantanos. Los miembros de la real compañía expedicionaria (lo que quedaba de ello) eran diminutas figuras que de vez en cuando asomaban por entre el humo y las llamas que surgían del suelo. Los orcos formaban una masa compacta que esperaba en el agua, mientras que las ghazneth parecían cuatro sombras y una solitaria lengua de fuego recortadas contra la pared invisible del muro mágico. De vez en cuando, la colina de Alaphondar temblaba a causa de una explosión, o el aire llevaba impregnado el olor acre del sulfuro e incluso a carne quemada. Por otra parte, la batalla se había tornado tan confusa que ya no podía distinguir lo que sucedía, y temía por el bienestar de los suyos.

Pero lo único que distinguía claramente (la bruma del pantano que se elevaba en espiral hacia la torre) le preocupaba más que cualquier otra cosa. Aparte de que se le antojaba contranatural, sugería una ominosa concentración de esfuerzos, como si la torre absorbiera a la real compañía expedicionaria, a las ghazneth y a los orcos, e incluso a las propias energías corruptas que emanaban del pantano. Alaphondar no estaba seguro de que Vangerdahast cayera en la cuenta del asunto, aunque tampoco estaba seguro de que, si lo advertía, le diera la importancia que merecía. El mago supremo era un hombre esforzado y tenía muchas virtudes, pero el discernimiento filosófico no era una de ellas, sobre todo en plena batalla.

Alaphondar echó mano del broche de la capa, pero finalmente desistió y se incorporó. Aunque se pusiera en contacto con Vangerdahast, ¿qué podía decirle? ¿«He descubierto un fenómeno extraño»? El anciano mago le abroncaría por atraer sobre él la atención de las ghazneth, y no le faltaría razón. Para poder servir de alguna ayuda a los suyos, necesitaba más información.

Alaphondar descendió por la colina lo más deprisa que sus cansadas y viejas piernas le permitieron; después sacó un catalejo de las alforjas y volvió a subir hasta la cima. Cuando enseñó por primera vez su invento a Vangerdahast (de eso hacía décadas), el viejo carcamal se había burlado de su «monóculo de dos palmos», y después le preguntó por qué alguien podía preferir la imagen deformada que proporcionaba, a la sencillez de un hechizo de clarividencia, capaz de ofrecer una imagen real, clara como el agua. Alaphondar había encajado la crítica con resignación, y mascullado algo relacionado con las mejoras que debía realizar en el invento.

Cuando Alaphondar alcanzó la cima de la colina y se llevó el catalejo al ojo, la imagen no era nada confusa: tampoco daba los molestos saltitos del primer modelo, siempre y cuando mantuviera el extremo del catalejo apoyado en una piedra. La torre

se veía tan alta como su brazo, y pese a que no penetraba del todo el humo amarillento, distinguió la figura de Owden Foley atravesando en pleno vuelo, tras la estela de Vangerdahast, una brecha de la anchura de una ventana. Qué extraño le pareció ver que la puerta de la torre tenía un aspecto mucho más sólido que antes, como si estuviera fundida en metal, mientras que el piso inferior del edificio había adquirido el aspecto del mármol negro.

Una serie de destellos plateados destacaron la figura de Vangerdahast al recortarse contra el portal oscuro, cuando agitó una de sus varitas en el interior. Afuera, otros veinte centímetros de pared de barro se transformaron en mármol, y el sabio tuvo la sensación de que había supuesto adecuadamente por qué habían erigido la torre en aquel lugar. No le cabía la menor duda de que la habían edificado allí para proteger algo que podía surgir del pantano, y la magia de Vangerdahast contribuía a acelerar el proceso.

Un mago guerrero que apareció en su campo de visión, empezó a hacer gestos señalando el portal. Le pareció que estaba formulando un hechizo. Para sorpresa de Alaphondar, una docena de Dragones Púrpura cayeron de pronto sobre el mago. Apareció un muro de hierro sobre sus cabezas y, al cabo de un instante, se les vino encima. Varios guerreros situados en los bordes lograron salvarse por los pelos, después se incorporaron como pudieron y levantaron las espadas. Un par se volvieron hacia la torre y no tardaron en verse separados del portal por un rayo mágico. Los demás emprendieron la retirada en dirección opuesta.

Alaphondar hizo un gesto de impotencia ante semejante muestra de locura, y después descubrió a los caballos de la compañía galopando por el pantano. Los siguió con el catalejo y descubrió para su sorpresa que las bestias aterrorizadas cabalgaban en plena estampida hacia la horda de orcos que aguardaban en formación. Arremetieron contra los orcos que formaban en vanguardia y obligaron a los demás a retirarse o caer bajo la furia de sus cascos. La valiente montura del mago supremo, *Cadimus*, lideraba el asalto, y se movía de un lado a otro para estampar sus cascos contra cualquier orco que osara acercarse. Tan fiero fue el asalto del caballo, que Alaphondar se preguntó si Vangerdahast había recurrido a un hechizo para imbuir en el animal una especie de furia de combate.

Su curiosidad desapareció poco después, cuando una ghazneth surgió del agua por la grupa de *Cadimus*. El fantasma extendió las alas y levantó un brazo señalando al semental, después resbaló y estuvo a punto de caer cuando otro caballo le pisó las alas. La ghazneth se volvió rápidamente, y de la yema de sus dedos surgió una lengua de fuego con la que trazó un arco contra la estampida que se le echaba encima. Abrió una brecha negra, una brecha que se tragó a media docena de animales en un abrir y cerrar de ojos. Los huesos humeantes de los caballos reaparecieron poco después sobre una cortina cegadora de fuego rojizo.

Otra ghazneth surgió del agua, y remontó el vuelo batiendo sus alas, envueltas en una oscuridad que a Alaphondar le pareció borrosa. Empezó a trazar círculos de un lado a otro de la estampida, y tras ella vio un rastro negro que se paseó sobre las cabezas de los caballos. Los animales enloquecieron, se volvieron para morderse unos a otros o se detuvieron para empujar y cocear a los que los empujaban.

La carga perdió bríos. Una tercera ghazneth surgió del agua y se arrojó sobre los orcos, que no cejaban de chillar y señalar la estampida. Como un solo hombre, los marranos se volvieron contra los caballos, atacándolos con saña armados con espadas toscas, como si no les importara su propia vida. Los caballos respondieron de igual modo, y se detuvieron en medio de la horda para morder y cocear a los orcos; cuando no tenían a nadie a quien atacar, hacían lo posible por adentrarse aún más en la refriega. Sólo *Cadimus* y un puñado de robustos animales, situados al frente de la carga, se libraron de la influencia de la ghazneth y siguieron adelante.

La dos últimas ghazneth remontaron el vuelo desde un pedazo de suelo cubierto de hierba que había en el páramo. Una salió en pos de los caballos, que seguían huyendo, sobrevolando su posición desde la retaguardia y mojándolos como si lloviera porque el fantasma estaba empapado. Los animales se detuvieron casi en seco: tenían el hocico cubierto de espumarajos. Sólo *Cadimus* logró huir al galope hasta el pantano, en cuyas aguas se hundió.

Alaphondar no esperó a ver si el caballo salía a la superficie, sino que dirigió el catalejo hasta la última de las ghazneth que había visto. La criatura se había subido a lomos de una yegua fuerte que intentaba retroceder en pleno combate, con las mandíbulas cerradas en torno al cuello de un enemigo, mientras con los cascos anteriores mantenía a raya a otros dos. El feroz animal partió el cráneo a un orco, empujó al agua a otro, y de un mordisco quebró la espina dorsal de otro. Entonces decidió quitarse de encima al inesperado jinete, se volvió, forcejeó y coceó violentamente en un esfuerzo increíble por librarse de la ghazneth que la montaba.

El caballo se cansó al cabo de un momento. De pronto, la gualdrapa se tornó fea y perdió color, su rostro se volvió chupado y fue como si sus músculos se fundieran para desaparecer de su fisonomía. El animal cayó de lado y rodó por el suelo, intentando así librarse de la ghazneth, que se limitó a saltar encima de otra montura, dejando a la yegua a merced del agua, donde sin duda se ahogaría.

Alaphondar bajó el catalejo y se cubrió detrás de las piedras, con la sangre congelada en las venas por lo que acababa de ver: ira y fuego, oscuridad, enfermedad y muerte, cinco fuerzas primordiales esgrimidas por cinco fantasmas oscuros perseguidos por Emperel hasta el momento de su desaparición. Las implicaciones eran obvias. Emperel protegía a los Señores que Duermen, una compañía secreta de caballeros cormytas que se encontraban sumidos en estado de hibernación hasta el día en que se cumpliera la profecía anunciada por el gran sabio de Candlekeep, Alaundo

el Profeta:

Siete azotes (cinco desaparecidos tiempo ha, uno de nuestros tiempos y otro que está por venir) abrirán una puerta que el hombre no podrá cerrar. De ella saldrán las huestes de los muertos y las legiones del diablo hecho a sí mismo, para arrasar toda Cormyr y sumirla en ruinas, a menos que quienes murieron hace tiempo se levanten para defender la tierra del peligro que la acecha.

Boldovar era un azote que había desaparecido hacía tiempo, y que había regresado trayendo de la mano la oscuridad y la locura. Alaphondar no conocía los nombres de las otras ghazneth, pero parecía razonable pensar que podían corresponder a azotes del pasado de Cormyr. Podía enumerar de memoria doce posibles nombres, sólo limitándose a los reyes.

Por tanto, sólo quedaban dos azotes. Uno coetáneo y otro, el «que estaba por venir», para abrir la puerta que «ningún hombre podría cerrar». Su siguiente pensamiento provocó un escalofrío en el sabio. Tanalasta podía ser uno de esos azotes. Vangerdahast había predicho consecuencias terribles para el reino si la princesa no renunciaba a su plan de establecer un templo real, y Alaphondar conocía lo suficiente la historia del reino como para saber que, en estos asuntos, rara vez se equivocaban los magos supremos.

Alaphondar hizo un esfuerzo por plantarse. *Cadimus* se dirigía pesadamente hacia la orilla, después de eludir a los orcos y las ghazneth que sobrevolaban en círculos el pantano. El caballo andaba con la cabeza gacha por detrás de la hierba que crecía salvaje. Los demás caballos se encontraban cerca de la península, pero todos flotaban junto a la orilla, salvo los que habían caído muertos en la playa, obstaculizando el avance de los orcos. Las ghazneth parecían dispuestas a animar el avance de la horda, sin preocuparse de que Vangerdahast pudiera haber entrado en la torre. Claro que tenían pocos motivos de preocupación, puesto que mientras el mago siguiera lanzando hechizos, la piedra de la torre seguiría endureciéndose.

Alaphondar miró de nuevo a través del catalejo. La torre se había oscurecido hasta tal punto que sólo quedaba una cuarta parte de barro, envuelta por la bruma pardusca que surgía en espiral del pantano. A la altura del suelo, la nube era tan densa que ni siquiera distinguía la pared de la torre, tan sólo el crepitar argénteo producido por los hechizos de combate de Vangerdahast, que surgían de la brecha que habían practicado con tanto esfuerzo. Alaphondar lamentó comprobar que su amigo hubiera avanzado tan poco. Cuando consiguiera llegar junto a Tanalasta, la torre sería de mármol sólido y estaría completamente envuelta en la bruma pardusca.

Los supervivientes de la real compañía expedicionaria se habían agrupado a unos veinte pasos de la entrada de la torre. Le pareció increíble que tan modesta fuerza se dispusiera en aquel momento a emprender una carga contra el enemigo. Los

Dragones empuñaban sus espadas de hierro y se empujaban unos a otros para formar algo parecido a una columna. Los dos magos guerreros supervivientes permanecían juntos entre los guerreros, más bien en retaguardia, hablando entre sí y gesticulando con prisas. Alaphondar no pudo imaginar qué se proponían hacer los Dragones, pero sus esfuerzos cómicos por organizarse le hicieron pensar que habían caído presa de la oscura locura de Boldovar.

El sabio estaba a punto de abandonar el catalejo y descender por la colina cuando un enjambre de insectos atacó la retaguardia de la compañía. Los hombres, enloquecidos, salieron corriendo en todas direcciones, rompiendo la formación para sacudirse los insectos de encima, aunque en ocasiones ayudaban al compañero golpeando con la hoja de la espada plana. Los dos magos sacaron algunos componentes mágicos de sus bolsillos y giraron sobre sus talones, gesticulando hacia la parte alta de la torre. Ninguno de los dos logró terminar el hechizo. De pronto, uno cayó al suelo de rodillas con las manos en la cara, mientras que el otro fue alcanzado por un golpe de espada perdido en la nuca.

Alaphondar enfocó el catalejo a la torre, siguiendo la nube negra hasta una de las troneras del segundo piso. Aunque su interior permanecía sumido en una oscuridad impenetrable, tenía pocas dudas de lo que guardaba dentro: la sexta ghazneth, señora de los enjambres y el azote del presente.

Dejó el catalejo donde estaba y miró por encima de las rocas para descender por la colina. Entonces Alaphondar reflexionó con calma. Era preferible trazar un plan alternativo antes de enfrentarse al peligro. Sacó el diario del bolsillo de la capa, arrancó una hoja y garabateó un mensaje.

A quienquiera que lo lea, le ruego que se muestre leal al Dragón Púrpura y lleve a cabo un servicio de vital importancia para la corona. Si es usted uno de los pocos que conocen a la Espada Durmiente, vaya a despertarla de inmediato: han llegado los azotes y la puerta se abre. Si todo esto no significa nada para usted, le ruego que lleve esta nota al rey sin pérdida de tiempo, y se la entregue. Que el sabio Oghma cuide de este mensaje y vele por que caiga en las manos adecuadas.

Alaphondar Emmarask
Sabio supremo de la corte real de Cormyr

Alaphondar se las apañó para estampar su sello junto a la firma, y abrió de nuevo el catalejo y lo guardó en su interior. Si todo iba bien, recuperaría la nota él mismo. De lo contrario, la persona que enviara el rey a investigar su desaparición descubriría el mensaje cuando encontrara el artilugio. El sabio apoyó el catalejo entre dos

piedras. Antes de penetrar en el pantano, lo dejó en un lugar visible, lo suficiente para que llamara la atención de cualquier persona que pudiera rastrear la zona en busca de pruebas del final de la real compañía expedicionaria.

A juzgar por la situación del muro de Vangerdahast, tenía que alcanzar la falda de la colina antes de utilizar el bolsillo de huida, lo cual le proporcionaría tiempo suficiente para hacer un envío rápido. Abrochó el cierre de la capa y dibujó en su mente el rostro de Tanalasta.

Cuando Tanalasta descubrió el rastro, la compañía de Alusair se encontraba en uno de esos cañones pronunciados que serpenteaban interminablemente a través de los Picos de las Tormentas, convirtiendo cualquier viaje a través de las montañas en un ejercicio enloquecedor donde se combinaban a partes iguales la escalada y el sentido de la orientación. Como la mitad de la compañía, la princesa sufría continuos escalofríos y estaba empapada en sudor fruto de la fiebre, por lo que cuando miró más allá de los pinos y vio un surco de tierra removida en medio de un valle pantanoso pensó que se trataba de una alucinación causada por la fiebre. Habían pasado seis días desde la última vez que le habían practicado una cura, y sabía por experiencia que esas alucinaciones eran más frecuentes a medida que el enfermo empeoraba. Cinco días después de su boda (le pareció que habían pasado años enteros desde que se casó con Rowen, aunque creía recordar que no habían podido transcurrir más de diez días) se atrevieron a formular una ronda general de hechizos de curación, y como consecuencia de ello perdieron tres hombres durante el ataque de una ghazneth. Desde entonces sólo recurrían a la magia cuando estaban tan enfermos que eran incapaces de continuar, por lo que las ghazneth nunca perdían ocasión de cobrarse un alto precio por su salud.

Finalmente, Tanalasta surgió de los árboles trastabillando, y se adentró en una franja del valle cubierta de hierba, donde oyó a lo lejos el sonido del agua. A una docena de pasos había unos cuantos sauces que ocultaban un riachuelo. A treinta pasos del riachuelo se alzaba la pared sur del cañón, poblada de pinos, tan escarpada que le pareció imposible escalarla. Atraídos por la promesa de encontrar agua fresca con la que atemperar su fiebre, todos los miembros de la compañía caminaron entre los sauces a buen paso y se arrojaron despreocupadamente en la orilla del riachuelo, antes de empezar a beber agua formando un cuenco con las manos.

Tanalasta echaba su tercer trago cuando captó un olor familiar, dulzón, correspondiente al estiércol de caballo. Echó un trago más, se levantó y vadeó el riachuelo gracias a unas piedras que asomaban de sus aguas. Atravesó los sauces que había en la otra orilla y encontró el mismo suelo que había visto antes.

El rastro medía unos tres metros de ancho y estaba cubierto por una capa generosa de estiércol seco. Pudo distinguir tres grupos de rastros marcados en el

suelo. Los cascos de los caballos tenían la marca característica de las herraduras utilizadas por el ejército de Cormyr, mientras que un par de huellas destacaban por encima de las demás, superpuestas, huellas de botas de suela lista. Rowen.

Tanalasta se volvió para llamar a los demás, y descubrió a su hermana que se acercaba a ella entre los sauces. Alusair se agachó y cogió un poco de estiércol con sus manos.

—No hace mucho —dijo—. Diez días, como máximo.

—Pero era Vangerdahast. —Tanalasta señaló los tres grupos de huellas—: Según *La guía de campo de la princesa de acero para las tácticas de los Dragones Púrpura*, ésa es la formación de rigor para una compañía que incluya un importante contingente de magos guerreros, encargados de proteger a los magos.

—¿Lo has leído? —replicó Alusair, enarcando una ceja—. Dudo que la mitad de los capitanes de Dragones hayan acariciado la tapa.

—Quizá sea porque tu estilo es un poco descuidado —repuso Tanalasta—. Me gustaría mucho ayudarte a darle un poco de vida, si piensas revisarlo para la segunda edición.

—No habrá una segunda edición —comentó Alusair en un tono de voz tan lacónico como su sintaxis—. Lo que sí habrá es una orden. —Señaló las huellas correspondientes a las botas de explorador—. Supongo que también habrás leído mi librito sobre el arte de rastrear.

—Por supuesto: me di cuenta de que no habías leído el de Lanathar Manyon. —Ignoró la mueca de desagrado que hizo su hermana, y se agachó a su lado—. Creo que esta huella corresponde a Rowen. Como está superpuesta a las de los cascos de los caballos, sabemos que los estaba siguiendo. Al parecer goza de buena salud.

Tanalasta señaló la parte más amplia de la huella, donde una leve depresión sugería una zancada firme.

—Muy bien. —Alusair inclinó la cabeza—. Estarás contenta.

—Estaré contenta cuando vuelva a verlo. —Tanalasta se incorporó y observó la franja de suelo removido. No podía ver a Rowen, por supuesto, pero le reconfortó saber que pisaba el mismo terreno que él había pisado—. En su libro, Lanathar aseguraba que un observador avezado podía averiguar el tiempo que tenía una huella simplemente por lo deteriorada que estuviera.

—Más o menos —gruñó Alusair—. Y si decía lo contrario, era un vil mentiroso.

Tanalasta guardó silencio y permitió a su hermana estudiar las huellas. Entretanto, los demás miembros de la compañía vadearon el riachuelo y se reunieron con ellas. Dos de los hombres caminaron por entre el rastro que habían encontrado para hacer una valoración propia, pero cuando Alusair se levantó ellos aún seguían con el estiércol en las manos.

—Yo diría que hace de ocho a quince días que la compañía pasó por aquí. Las

huellas de Rowen son más difíciles de precisar, pero no creo que tengan más de ocho días.

—Entonces es probable que a estas alturas ya los haya alcanzado —pensó Tanalasta.

—¡Ni se te ocurra! —exclamó Alusair, ceñuda, después de observarla fijamente—. Nos dirigimos a la montaña del Trasgo, y no pienso cambiar de opinión. —Se volvió hacia sus hombres—. Bebed cuanto queráis y llenad las cantimploras. Tenemos que escalar esa colina antes de que oscurezca.

—¿Por qué? —preguntó Tanalasta, sorprendida—. Vangerdahast está muy cerca.

—A estas alturas, Vangerdahast puede estar en cualquier parte. Igual que Rowen.

—No, Rowen volverá con ellos a buscarnos. Eso es lo que pretende decirnos —dijo Tanalasta. Al ver que su hermana fruncía aún más el entrecejo, se dio cuenta de que estaba a punto de convencerla y señaló las huellas—: Rowen no es tan poco cuidadoso. Si ha dejado un rastro, es porque quería que lo viéramos.

—No podía saber que pasaríamos por aquí —respondió Alusair, haciendo un gesto de negación.

—Sabía que atravesaríamos el paso de Marshview, y sólo estamos a dos días al sur de allí —dijo Tanalasta—. Nos dirigimos al sur, mientras que este rastro se dirige hacia el oeste. En algún momento teníamos que cruzarnos con él.

Varios hombres empezaron a manifestar su conformidad.

—Muchas conclusiones sacas tú, a partir de un par de huellas de botas. Si te equivocas... —advirtió Alusair después de dedicarles una mirada contrariada de advertencia.

—No me equivoco —insistió Tanalasta—. Conozco a Rowen.

Fue lo peor que podía haber dicho. Las facciones de Alusair se endurecieron, después descorchó la cantimplora y se volvió para llenarla en el riachuelo.

—Ya he tomado una decisión. No pienso pasear a mis hombres por todos los Picos de las Tormentas, sólo porque tú tengas ganas de compartir la cama con un explorador.

Tanalasta abrió desmesuradamente los ojos, y no sólo porque no estuviera acostumbrada al hecho de airear públicamente sus asuntos amorosos.

—Por lo visto hemos llegado al quid de la cuestión. —Siguió a su hermana hasta la orilla del riachuelo—. ¿De veras te preocupa tanto que pueda encontrar a un hombre, como para estar dispuesta a someter a tus soldados a otros diez días de fiebre sólo por mantenerme separada de él?

—¡Si te refieres a Rowen Cormaeril, no tengo por qué preocuparme! —exclamó Alusair. Sus hombres empezaron a llenar las cantimploras y después se alejaron un poco, dispuestos a esperar mientras se miraban la punta de los pies u observaban el interior del bosque. La princesa los ignoró y añadió dirigiéndose a Tanalasta—:

Vangerdahast no permitirá que esa frivolidad tuya vaya más allá de lo que ya ha llegado.

—¡No es ninguna frivolidad! —escupió Tanalasta. De pronto sintió tal furia, que decidió demostrar a Alusair que había dos princesas tozudas en la familia Obarskyr—. Vangerdahast no podrá hacer nada.

—¿Acaso la fiebre ha consumido tu mente? Si insistes, Vangerdahast se encargará personalmente de que Rowen pase más tiempo en Anauroch que un cuidador de camellos de Bedine.

—Vangerdahast ya no tiene autoridad para hacer eso —dijo Tanalasta—. Al menos no sobre Rowen.

—¿De qué estás hablando? Ya sea legal o no, Vangerdahast tiene esa autoridad sobre cualquier persona en Cormyr... salvo, quizá, de los miembros de la familia real.

—Tú lo has dicho. —Tanalasta respiró profundamente, y añadió—: Supongo que ha llegado el momento de que lo sepas.

—¿De que sepa qué? —Alusair abrió unos ojos como platos—. ¿Qué has hecho?

—Vamos, Alusair. ¿No eras tú la princesa mundana? —Incapaz de borrar la sonrisa de su rostro, Tanalasta se volvió a los hombres de Alusair—. Quiero que se sepa que la princesa se ha casado. Rowen Cormaeril es príncipe consorte.

—Les ruego que disculpen a mi hermana —dijo Alusair, dando un paso ante Tanalasta—, estoy segura de que imaginarán cuáles serían las consecuencias de que repitieran lo que aquí se ha dicho.

Los hombres cerraron la boca, porque se habían quedado boquiabiertos, y parecieron más incómodos que nunca. Alusair los observó durante un instante, y después se volvió hacia su hermana.

—¡Y tú! —dijo—. ¿Prometida en secreto? ¿Nada menos que con un Cormaeril? Tu presunta boda durará treinta segundos cuando nuestro padre se entere... y entonces ya será tarde para el pobre Rowen. No se merece que lo exilien.

—Nunca ocurrirá tal cosa —dijo Tanalasta—. No, a menos que el rey esté dispuesto a infligirme el mismo castigo. No renunciaré a Rowen. Estoy enamorada de él.

—¿Enamorada? —Alusair enrojeció de ira—. ¡Eres la princesa de la corona, zorra egoísta! ¡Piensa en el reino por una vez en tu vida!

—¿Egoísta? —De pronto, una gran serenidad se adueñó de Tanalasta, que respondió a su hermana en un tono de voz normal, incluso sereno—: Alusair, no creo que seas quién para tacharme de egoísta. El miedo que veo en tu rostro habla por ti. ¿De veras estás dispuesta a sacrificar mi felicidad para poder seguir vagabundeando por las Tierras de Piedra, acostándote con el primer joven noble que cruce una mirada contigo?

El miedo desapareció del rostro de Alusair.

—Por supuesto que no —respondió Alusair, forzando una sonrisa—. Eso es lo que los demás esperan que haga. Tendría que olvidarme de ello. —Golpeó una piedra con la punta de la bota y la mandó directa al arroyo—. Lo que me preocupa es que no podré hacerlo tan bien como tú, que serías mejor reina.

—Si eso es verdad, ¿por qué intentas mantenerme lejos de Rowen? ¿No confías en mí lo suficiente como para creer que lo que hago es lo mejor para mí... y para Cormyr?

—No es por Rowen —dijo Alusair, mirando a su hermana a los ojos—. Yo también estuve una vez con él...

—¡Alusair!

—Lo sé —dijo Alusair, levantando la mano para silenciar a su hermana—. Lo único que digo, es que es un tipo estupendo... pero, Tanalasta, piensa en el cariz político del asunto. Su primo intentó derrocar al rey, ¡por todos los dioses!

—¿De veras crees que no he pensado en ello?

—Seguro que sí, siempre y cuando hayas leído algo al respecto en uno de tus libros, pero... —Alusair se encogió de hombros y no concluyó la frase—. Mira, lo único que te digo es que yo no voy a ser reina. Si solucionas el asunto con Vangerdahast y el rey, me harás feliz.

—Pero no piensas ayudarme.

Alusair extendió las manos en un gesto de indefensión, después cogió la cantimplora de Tanalasta y se agachó para llenarla en el riachuelo.

—Estupendo.

Tanalasta estaba a punto de señalar que Alusair tendría que apechugar con las consecuencias, cuando una imagen de Alaphondar Emmarask se materializó en su mente. El anciano sabio se miraba la punta de los pies y respiraba profundamente, y Tanalasta tuvo la impresión de que estaba asustado por algo. Las palabras de su mensaje empezaron a fluir por su mente.

«¡Tanalasta, no abras ninguna puerta! Las ghazneth son azotes, hacedoras del mal. Vangerdahast y Owden están dentro, los demás han muerto. ¡Espera o salta al pantano! Responde, por favor, por favor...»

—¿Tanalasta?

Era Alusair, y Tanalasta sintió que su hermana la cogía del brazo. Hizo un débil gesto a su hermana para que esperara, y después se concentró en la voz de Alaphondar y envió la respuesta.

«Alaphondar, estoy a salvo con Alusair en las montañas, a dos días del pantano. Comprendido que las ghazneth sean azotes. Conozco cuatro de sus nombres: Suzara, Boldovar, Merendil y Melineth. Xanthon Cormaeril las liberó.»

—¡Tanalasta! —Alusair tiraba del brazo de su hermana—. ¿Qué ocurre?

—Creo que debemos arriesgarnos a practicar algunas curaciones —dijo Tanalasta

—. Acabo de recibir un mensaje de Alaphondar.

—¿Qué?

—Al parecer está en el pantano del Mar Lejano con Vangerdahast y Owden Foley. —A continuación, Tanalasta repitió rápidamente el mensaje, y después añadió —: Cree que la profecía de Alaundo está a punto de cumplirse. Ya sabes, la de los siete azotes...

—«Cinco desaparecidos tiempo ha, uno de nuestros tiempos y otro que está por venir», sí, la conozco. La leí en cuanto supe que debíamos buscar a Emperel.

—Deberíamos informar al rey —dijo Tanalasta, cerrando el broche de la capa—. Será mejor que prepares a los hombres. Me ha parecido entender que las ghazneth estaban muy ocupadas con Vangerdahast, pero será mejor no correr riesgos.

Alusair hizo un gesto de asentimiento y se acercó a sus hombres dando órdenes a voz en cuello; entonces se detuvo en seco y se volvió hacia su hermana.

—Mira a ver qué dice de mí. Mi compañía podría seguir el rastro de Vangerdahast y alcanzar el pantano en un par de días. Quizá seamos los primeros en llegar.

—Se lo preguntaré.

Tanalasta se tomó algunos segundos para redactar un mensaje sucinto y completo, después cerró los ojos e imaginó la cara de su padre. De pronto, la imagen se quitó la corona y miró a un lado. Entonces envió el mensaje.

«Padre, Alaphondar informa de la presencia de los siete azotes. La compañía de Vangerdahast ha sido aniquilada en el pantano del Mar Lejano; Vangey y Owden están vivos. Alusair y yo nos encontramos a dos días de distancia, y nos acercaremos para ayudarlos.»

Al principio el rostro del rey rebosaba alivio al saber que sus hijas seguían con vida, pero después hizo una mueca ante tan imprevistas noticias. El rey hizo un gesto de negación.

«No, no podemos arriesgar a las princesas. Los magos guerreros y los Dragones no tardarán en llegar al campo de batalla. Regresad inmediatamente a Arabel. Tu madre está bien, quizás un poco conmocionada.»

—¿Y bien? —preguntó Alusair cuando la imagen desapareció.

Tanalasta ignoró su pregunta, fingiendo que seguía en contacto con el rey, y aprovechó la pausa para planear lo que iba a hacer. Alusair se acercó hacia ella y se quedó de pie, esperando a su lado.

—Dice que madre está bien, algo asustada —dijo Tanalasta al levantar la mirada.

—¿Y eso qué significa?

—Al parecer daba por sentado que lo sabíamos.

—En fin, supongo que son buenas noticias —dijo Alusair después de reflexionar un momento—. ¿Y qué órdenes te ha dado para mí?

—«El reino no puede permitirse prescindir de Vangerdahast y Alaphondar en este

momento» —citó Tanalasta, sin darse tiempo a reconsiderar su decisión. Quizá fuera más una interpretación propia, una opinión, que una mentira—. «Debéis hacer cuanto esté en vuestras manos por salvarlos.»

Alusair cerró los ojos, hizo un gesto de asentimiento y miró a su hermana.

—Y ahora, ¿qué voy a hacer contigo?

—Pues dejar que te acompañe, por supuesto. No ha tenido tiempo de ser más explícito —respondió Tanalasta, que extendió las manos en un gesto de indefensión.

La estancia estaba más oscura que una tumba, y la atmósfera era tan densa y olía de tal forma a orín de orco que a Vangerdahast se le revolvía el estómago sólo de respirar. El suelo estaba alfombrado de serpientes que siseaban al arrastrarse, mientras nubes de insectos zumbones flotaban allí donde no daba la luz, reprimidas por una magia que había activado Owden. Los cadáveres de los marranos calcinados yacían extendidos junto a las paredes, cubiertos por escarabajos y moscardones. Ribetes de humo amarillo se elevaban en espiral aquí y allá con un olor acre, cálido, como si del pantano se tratara.

Cuando no se presentaron más orcos dispuestos a ser ejecutados, Vangerdahast cruzó los brazos y se abrió camino lentamente. La oscuridad que reinaba en el lugar parecía engullir la luz que brillaba en la punta de su varita, reduciendo lo que por regla general hubiera supuesto una esfera de seis metros de luz a un huevo deforme que tenía una cuarta parte de intensidad. Un gruñido constante y ronco resonaba en las paredes de la torre, como si aquella luz sobrenatural constituyera una ofensa para el edificio. El intenso calor hizo que Vangerdahast sudara copiosamente, y un flujo de sudor constante caía de sus cejas al suelo. Las serpientes siseaban y se esparcían sobre el sudor.

Al acercarse a la puerta, Vangerdahast vio que el dintel y las bisagras de madera estaban podridos, y las paredes cubiertas de un residuo ceniciento producido por una especie de hongo maloliente. La puerta que daba a la habitación contigua estaba abierta, y colgaba de la única bisagra que parecía cumplir con su función. Vangerdahast hizo una seña a Owden para que estuviera preparado, y después entró flotando en la habitación.

Estaba en la esquina de un corredor angosto que se abría en dos direcciones: una, que giraba a la izquierda, conducía a una escalera de mármol y la otra, que discurría recta, terminaba ante una puerta cerrada. Las paredes estaban impregnadas del mismo moho blancuzco que había visto en los campos azotados por la plaga al norte de Cormyr. Un flujo constante de humo amarillento surgía de las escaleras y giraba en espiral al doblar la esquina, para desaparecer en el recibidor oscuro, y la atmósfera era aún más cálida y fétida que en la habitación que acababan de dejar atrás.

Vangerdahast flotó por el pasadizo e intentó abrir la puerta. Se quedó con el tirador en la mano, dejando un boquete de la madera podrida. Unos escorpiones pardos salieron de la cavidad y cayeron al suelo.

—Quizá deberíamos probar antes por las escaleras —sugirió Vangerdahast, deshaciéndose del tirador.

—Sí, es lo mejor.

Ninguno de los dos mencionó el obvio final que esperaba a quien se quedase

encerrado en una habitación llena de escorpiones. El mago supremo se deslizó por el corredor y se encontró ante el hueco de las escaleras. Había poco espacio, era asfixiante y estaba cubierto de cieno y moho, como el resto de la primera planta de la torre, por no mencionar la densidad del humo, cuyo hedor hizo toser a Owden. El mago se tapó la boca y flotó escaleras arriba aguantando la respiración. Incluso así el hedor le hizo sentirse febril y aturdido.

Cuando Vangerdahast se acercaba a la parte alta, un par de flechas surgieron de la oscuridad y rebotaron contra su escudo mágico para ir a clavarse en las sucias paredes. Una voz gutural gritó una orden, y las lanzas de punta de hueso pasaron silbando a su alrededor, procedentes de una docena de agujeros cubiertos de hongos, ocultos en la pared interior. Aunque algunas lanzas también chocaron contra su capa, la fuerza del ataque estuvo a punto de empujarlo contra las paredes de la escalera, que sin duda absorberían su magia.

Vangerdahast tocó con la varita la lanza que tenía más a mano, y desató un conjunto de rayos que atravesaron los agujeros por los que los habían atacado. El trueno reverberó en las paredes de la torre, y el hueco de la escalera se llenó de destellos azulados y gritos ahogados al atravesar uno tras otro a los orcos. La atmósfera se hizo más densa con el hedor a cerdo quemado, y las lanzas con que habían sido atacados cayeron al piso inferior. Si alguno de los marranos había conseguido sobrevivir a la réplica del mago, guardó silencio y se mantuvo oculto.

—¡Arriba! —gritó Owden.

Vangerdahast levantó la mirada y vio a los dos últimos orcos que saltaban por las escaleras tras la luz de su varita. Se acercó un poco más al techo y dejó que pasaran de largo, lo cual le permitió despachar a uno de ellos con un golpe seco de varita. El otro cayó víctima de un mazazo, cortesía de Owden.

—Esto ya me parece más prometedor —dijo Vangerdahast—. Al menos intentan detener nuestro avance.

Siguió flotando delante de Owden, escaleras arriba, y al subirlas se encontró en una estancia espaciosa, encima de una mesa cuadrada llena de cangrejos de río, anguilas y toda clase de peces pescados por los orcos en el pantano. Allí también zumbaban innumerables insectos, que producían un estruendo ensordecedor capaz de levantar un terrible dolor de cabeza a Vangerdahast. El radio de alcance de su hechizo de luz era escaso, impidiéndole iluminar todas las paredes, pero junto al hueco de la escalera encontró abierta la puerta de hierro de una celda minúscula. Hizo un gesto a Owden para que se pusiera a su espalda, y el mago supremo entró flotando para inspeccionar su interior.

A un lado había un jergón y una docena de anillos de diversos tipos, cálices y armas. Aunque eran de una factura exquisita, su condición actual era lamentable y todos ellos habían perdido su lustre y estaban oxidados. Al otro lado del jergón, de

una trampilla que daba al pasadizo donde habían intentado tenderles una emboscada, surgía un hedor a carne chamuscada. En la pared opuesta de aquella habitación había una tronera, desde la cual Vangerdahast pudo ver a los caballos cuando emprendieron enloquecidos la carga contra la horda de orcos en el pantano, pero no vio a las ghazneth por ninguna parte.

Vangerdahast se retiró de la tronera e inspeccionó la habitación. En las paredes laterales encontraron otras cuatro celdas, cada una de ellas con un jergón y diversos objetos de plomo que en otros tiempos fueron mágicos. En el extremo opuesto, sólo una de las puertas de hierro estaba abierta. La otra estaba cerrada. El mago supremo formuló un hechizo de telaraña e hizo un gesto a Owden para que abriera la puerta cerrada.

El maestro de agricultura agarró el tirador y tiró con fuerza, pero no cedió. Se disponía a empujar la puerta, cuando un ruido metálico resonó en su interior.

—¿Tanalasta? —Vangerdahast apenas oyó su propia voz, debido a la fuerza con que latía su corazón—. Soy Vangerdahast.

—Y Owden —añadió el clérigo, con los ojos desmesuradamente abiertos.

No recibieron respuesta, e intercambiaron una mirada llena de inquietud.

—Tanalasta, tenemos que abrir esta puerta —advirtió Vangerdahast—. Si no puedes responder, da el golpe real. De lo contrario, Owden se pondrá muy nervioso.

—Puedo responder. —La voz parecía más grave y ronca que la de Tanalasta.

—No me parece su voz —susurró Vangerdahast, entrecerrando los ojos.

—Y dudo que Owden sea de los que se ponen nerviosos —dijo Tanalasta antes de que Owden pudiera responder.

—¡Es ella! —exclamó el clérigo con una sonrisa.

—Mejor será asegurarse —dijo Vangerdahast, precavido, haciendo un gesto a Owden para que se pusiera sobre la puerta, con la maza preparada.

—¿Así el que quedará mal seré yo? —Owden hizo un gesto de negación—. ¿Cuánto tiempo lleva encerrada ahí dentro? Claro que tiene la voz ronca.

—La cautela no es ningún insulto —insistió Vangerdahast.

Owden levantó la mirada y flotó hacia el techo a regañadientes, para ponerse sobre la puerta. Vangerdahast señaló el tirador y murmuró una palabra mágica. La puerta se abrió, pero Tanalasta no salió de la celda.

—¡Tanalasta! —llamó Owden, dando al traste con la sorpresa que hubiera deparado su posición—. Vamos... no tenemos mucho tiempo.

—No.

—¿Qué? —Owden bajó del techo e intentó abrir más la puerta.

Vangerdahast lo cogió del brazo y tiró de él para apartarlo del tirador.

—¿Princesa? ¿Hay algún problema?

—No quiero que me vean así —respondió la voz—. No me podéis ayudar, así que

dejadme a solas. Os lo ordeno.

—Sabéis que no podemos obedeceros.

Vangerdahast empujó la puerta para abrirla, y vio una figura sombría agazapada en la oscuridad, que lo miraba con ojos inyectados en sangre y cuyo rostro estaba rodeado por un cabello negro como el azabache. Tan duras eran sus facciones, las mejillas marcadas, la nariz afilada como una daga, la boca... que el mago tardó unos segundos en reconocerla como la de Tanalasta. Incluso entonces no pudo evitar interponer la varita entre ambos.

La princesa se apartó rápidamente, descubriendo un par de alas pequeñas como de vampiro, que surgían de la espina dorsal.

—¡Os lo advertí! Ahora, dejadme en manos del único destino que merezco.

Owden se recuperó mucho antes que Vangerdahast. Empujó la varita para apartarla y entró flotando en el interior de la celda.

—No os merecéis nada de esto. —El clérigo extendió los brazos para abrazar a la princesa—. ¿Qué os hace pensar así?

—¡No me toques!

Tanalasta se apartó de Owden de un salto, rápida como una serpiente, y se encaramó a la tronera. De pronto la vieron gracias a la luz que se filtraba del exterior. Estaba desnuda, temblorosa, y los observaba con ojos rojos. Su figura flacucha era una burla comparada con la que Vangerdahast había entrevisto en Estanque del Orco, y ante la comparación no pudo evitar sentir náuseas. Ella se cruzó de brazos para tapar su desnudez y bajó la mirada.

—Si me tocáis, absorberé todos vuestros hechizos. —Señaló con la barbilla puntiaguda el piso—. Y ya sabéis qué sucederá a continuación.

—Sí, lo sabemos. —Vangerdahast hizo ademán de desabrocharse la capa, pero recordó lo que ocurriría con la magia que guardaba en los bolsillos y desistió de su propósito—. No podemos dejaros aquí. Vendréis con nosotros de una u otra forma.

Arrancó la capa de los hombros de Owden y se la tendió a la princesa, pero ésta no se molestó en cogerla.

—¡Tanalasta Obarskyr! No he perdido a toda una compañía de soldados del rey para permitir que os convirtáis en una ghazneth. —Vangerdahast le arrojó la capa—. Ahora poneos eso y acompañadnos. Sea lo que fuere en lo que os convirtáis, lo haréis en Cormyr aunque tenga que teletransportaros de vuelta a Arabel envuelta en una telaraña.

—Dudo que seas tan rápido, viejo —replicó Tanalasta, cuyos ojos rojos brillaron desafiantes. Pese a lo que había dicho, se puso la capa para ocultar su desnudez, cerró el broche, que perdió el lustre inmediatamente. Entonces bajó de la tronera hasta el suelo. Los insectos y las serpientes no le prestaron atención, limitándose a hacerse a un lado o deslizarse por encima de sus pies—. Tú delante, fisgón.

Tan aliviado se sentía el mago supremo de haber recuperado a Tanalasta (aunque fuera en ese estado), que hubiera querido cogerla y teletransportarla de regreso a Arabel en aquel mismo instante. Sin embargo, intentar semejante cosa en el interior de la torre no le pareció muy adecuado. Dada la naturaleza de la torre: su facilidad para absorber la magia, podían acabar encerrados de por vida entre aquellas cuatro paredes. Vangerdahast regresó a la estancia principal y flotó en dirección al techo polvoriento.

—¿Sabéis si hay aquí alguna trampilla? —preguntó—. Habrá algún modo de llegar al techo, digo yo.

—¡No! —exclamó Tanalasta como si se tratara de una orden—. Es decir, no podemos utilizarla. Es su puerta.

Señaló el extremo opuesto de la habitación, y Vangerdahast comprendió cuál era el problema. La puerta estaba centrada sobre las escaleras, por lo que la única forma de usarla era volando. Si intentaba sostener a Tanalasta lo suficiente como para pasarla por la trampilla, ella absorbería la magia del hechizo que le permitía volar, y los dos quedarían atrapados en la torre.

—Podemos recurrir a la puerta del pantano. —Tanalasta pasó debajo de Vangerdahast y empezó a bajar las escaleras—. No creo que cuenten con eso.

Al bajar por las escaleras, la capa de Tanalasta empezó a desintegrarse: se volvió polvorienta y seca, y se rasgaron los bordes. Vangerdahast se dio cuenta y pensó que lo más prudente era llegar a un ala poco transitada de palacio; después se olvidó del asunto. La alegría de haberla encontrado empezaba a desvanecerse, y su dolor de cabeza hizo acto de presencia con energías renovadas. Le temblaban las sienes y cada vez veía más borroso. Le dolían las articulaciones y tenía el estómago revuelto. Cuando llegaron al pie de las escaleras, se sentía tan débil como una anciana.

—¿Alguno de vosotros se siente débil? —preguntó.

—Es la torre —respondió Tanalasta—. Este lugar está impregnado del mal de las ghazneth... los enjambres, la oscuridad, la plaga, todo.

—Si no rechaza usted una ayudita de la diosa, yo podría ayudarle —se ofreció Owden, poniendo la mano en el hombro del mago.

—Después. —Vangerdahast se dispuso a doblar la esquina—. Salga...

Oyeron a alguien gritar asustado en la habitación contigua.

—¡Vangerdahast, ayuda! ¿Está usted ahí?

—Parece la voz de... —dijo Owden, apartando la mano del hombro del mago.

—¡Alaphondar! —exclamó Vangerdahast.

Olvidando el dolor de cabeza, Vangerdahast dobló la esquina volando y echó un vistazo al interior de la habitación por una brecha que había en la pared de la torre. Allí estaba la figura delgada de Alaphondar, recortada contra la intensa luz procedente del exterior. El sabio se sacudía las avispa a manotazo limpio y corría a

ciegas en círculos, mientras intentaba recuperarse de los efectos derivados de la utilización del bolsillo de huida de su capa. A una docena de pasos, los últimos supervivientes de la real compañía expedicionaria se retorcían de dolor, víctimas de los enjambres de avispas que los atacaban. Eran una presa fácil para los orcos y las ghazneth, que los perseguían por la península.

—¡Tráigalo aquí dentro! —exclamó Vangerdahast, empujando a Owden hacia la brecha.

Cuando el clérigo se apresuró a obedecer, Vangerdahast guardó la varita brillante en un bolsillo y sacó un pequeño cuadrado de hierro de otro. Frotó la hoja entre sus palmas y empezó a entonar un largo conjuro.

Owden atravesó la brecha para acercarse a Alaphondar, y las avispas se dispersaron al instante. El clérigo bajó la mano y la puso en el hombro del sabio.

—Ya estoy aquí, amigo mío.

Alaphondar se volvió hacia su salvador. El rostro venerable del sabio estaba lleno de picaduras de avispa que empezaban a hincharse y enrojecer de tal modo que, pese a no tener los ojos cerrados, de la hinchazón lo parecía.

—¿Owden? —preguntó Alaphondar. Afuera, las ghazneth advirtieron lo que sucedía y remontaron el vuelo—. ¡Dígame que Vangerdahast está con usted!

—Así es, y no es el único —respondió Owden.

Esta respuesta empujó al sabio a adoptar una expresión intrigada, expresión que no tardó en mudar cuando Owden lo levantó del suelo y se lo llevó hacia la torre. Cuando Vangerdahast ocupó su lugar en la brecha, las ghazneth sobrevolaban por encima de los supervivientes de la real compañía expedicionaria, y viraban sobre un ala en dirección a la torre. Vangerdahast volvió la punta de la hoja de hierro hacia abajo y, tras soltarla, pronunció la última palabra del hechizo.

La península desapareció detrás de un muro de hierro, y acto seguido se oyeron una serie de golpes ensordecedores que reverberaron en el interior de la torre.

Vangerdahast se retiró al interior de la estancia con un zumbido en los oídos y un ojo puesto en el muro de hierro que había creado. La barrera estaba iluminada en su interior por algunos rayos de luz que se filtraban a través de su superficie oscura y la pared de la torre, pero el espacio era demasiado pequeño para una ghazneth. Al menos, eso esperaba él. Cuando no volvieron a oír ruidos procedentes del otro lado, volvió a empuñar la varita de luz del bolsillo y se dirigió hacia los demás.

—Quizá se hayan roto el cuello —sugirió Owden—. El muro era de hierro.

—¿De veras crees que tendremos tanta suerte? —preguntó Tanalasta—. Ese muro también está hecho de magia. Ahora mismo estarán... absorbiéndola.

—¿Tanalasta? —preguntó Alaphondar, sin tenerlas todas consigo—. ¿Qué haces aquí?

—Vaya pregunta. Creo que vuestra intención era rescatarme —replicó Tanalasta

en tono ácido—. ¿Me oyes? ¿O te has quedado sordo como una tapia?

Vangerdahast enarcó una ceja. La princesa lo había tratado a él de esa forma en más de una ocasión, pero siempre había sido respetuosa con Alaphondar. El sabio era como un padre para ella.

Alaphondar se sentía tan dolido que no pudo disimularlo ni aun con el rostro tan hinchado. Apretó las pestañas con fuerza y quiso explicarse... pero titubeó.

—Es culpa mía. —Miró a su alrededor sin ver nada—. Por alguna razón pensaba que estabais con Alusair. Acaba de decirme que ha descubierto los nombres de las ghazneth, gracias a los signos que había en las demás criptas.

—¿De veras? —preguntó Vangerdahast. Evitando mirar directamente a Tanalasta, deslizó la mano en su bolsillo para coger una madejita de seda—. No sabía que le hubiera enseñado usted a leer los signos élficos.

—Oh, sí, por supuesto que sí —respondió Alaphondar—. Los signos correspondientes al período posterior a Thauglor debe conocerlos cualquier princesa que se precie de poseer una buena educación.

Los ojos de Tanalasta pestañearon rápidamente cuando estudió la expresión de todos y cada uno de sus acompañantes. Vangerdahast se cuidó mucho de mantener una expresión neutra. Alusair no distinguiría un signo antiguo de una runa, de modo que tenía muy claro lo que había querido decirle Alaphondar.

Pero Owden no fue tan perspicaz.

—¿Signos correspondientes al período posterior a Thauglor? —preguntó, incrédulo—. ¿Por el dragón Thauglor?

—Un campesino como usted no lo entendería —gruñó Vangerdahast. Siguió mirando a Alaphondar, mientras sacaba la madeja del bolsillo—. ¿Le dijo alguna otra cosa?

—Me preguntó por la profecía de Alaundo. —El sabio miró en dirección a Tanalasta. Titubeó un momento, proporcionando a Vangerdahast más tiempo del necesario, y añadió—: ¿La conoces, verdad, Xanthon? «Siete plagas, cinco que fueron, una del presente...»

—¡Xanthon! —Vangerdahast se volvió rápido como el rayo, arrojando la madeja de hilo de seda contra la ghazneth impostora.

De no haber estado limitado por el terrible dolor de cabeza que tenía y lo mucho que le dolían las articulaciones, quizás hubiera podido ser lo bastante rápido para atrapar al fantasma. Pero la realidad era que Xanthon había desaparecido. La telaraña mágica de Vangerdahast se extendió por el suelo y el muro, atrapando a docenas de serpientes e innumerables insectos.

Alaphondar profirió un grito de dolor, y al volver Vangerdahast la varita luminosa, vio al impostor agarrando al sabio por detrás, con las garras hundidas en los costados de Alaphondar. El peso extra hacía descender a Alaphondar y a Owden

hacia el suelo repleto de bichos, pero Xanthon no parecía dispuesto a esperar a que sucediera lo inevitable, que sus insectos terminaran el trabajo, sino que echó hacia atrás la cabeza y después se impulsó para hundir los colmillos en el cuello de Alaphondar.

Vangerdahast apuntó la varita a la sien de Xanthon y pronunció la palabra mágica. Se produjo un crujido ensordecedor seguido de un destello cegador, y a continuación se escuchó el ruido de un cuerpo al golpear contra la pared. Pestañeando para librarse de las chiribitas, el mago extendió la mano y cogió a Owden de la parte posterior de la capa.

—¿Sigue volando? —preguntó.

—Por ahora —respondió el clérigo.

Cuando a Vangerdahast se le aclaró la vista, vio que su rayo había empujado a Xanthon contra el lecho pegajoso formado por la telaraña que antes había arrojado al fondo de la habitación. El impostor colgaba boca abajo de la pared, y forcejeaba para librarse de la telaraña profiriendo maldiciones contra Azoun. Aún tenía un leve parecido con Tanalasta, pero la ilusión ya no era tan fuerte. La ghazneth no había sufrido daños, por supuesto, y el filamento de la telaraña empezaba a perder color, pero al menos pasarían unos segundos más antes de que consiguiera desembarazarse.

Vangerdahast se volvió para comprobar el estado de Alaphondar. El anciano sabio colgaba inerte de los brazos de Owden, y las heridas que tenía a los costados empezaban a cubrirse de pus. El mago colocó suavemente la mano en el hombro de su amigo.

—¿Está bien Tanalasta?

—Por ahora —respondió el sabio—. Está con Alusair.

—¿Seguro?

Cuando el sabio hizo un gesto de asentimiento, Vangerdahast desenvainó la daga de hierro y se volvió de nuevo a Xanthon. Los ojos del fantasma adquirieron una tonalidad anaranjada a causa del miedo, y empezó a forcejear con más fuerza. Consiguió librar uno de sus brazos, y empezó a golpear la telaraña con sus garras afiladas.

—Esta vez no, traidor —siseó Vangerdahast—. Ahora vas a pagar tu insensatez.

El mago supremo lanzó un rápido conjuro y arrojó la daga contra la ghazneth. El arma atravesó la habitación y se clavó en mitad de su pecho, penetrando su esternón y hundiéndose hasta la empuñadura. La ghazneth forcejeó de un lado a otro como una loca, profiriendo angustiosos aullidos e intentando librarse de la telaraña. Al pasar algunos segundos sin que el monstruo perdiera ni un ápice de sus fuerzas, Vangerdahast comprendió que tenía que poner algo más de su parte para rematar la faena. Xanthon había conseguido librar una de sus piernas.

—Necesito algo duro. Permítame su maza —dijo el mago a Owden, dándole a

cambio la varita luminosa.

Eso fue suficiente para Xanthon. Arrancó la daga de hierro de su pecho y con ella lanzó tajos a diestro y siniestro, a menudo hiriéndose él mismo en su intento de liberarse de la telaraña. Vangerdahast estuvo algo torpe a la hora de sacar la maza de la tira en que Owden la llevaba colgada del cinto, sobre todo teniendo en cuenta que no quería herir a Alaphondar, que aún colgaba del clérigo. Cuando liberó la cabeza de la maza, Xanthon se había puesto en pie; de su pecho manaba un reguero de sangre negra.

El fantasma arrojó la daga de hierro contra Vangerdahast, después se dio la vuelta y salió corriendo por la puerta. Sólo el escudo mágico del mago impidió que el cuchillo le abriera el cráneo.

Vangerdahast profirió una maldición, después intercambió una mirada con Owden y fijó sus ojos en Alaphondar.

—¿Podrá usted salvarle la vida?

—Por supuesto —respondió Owden, molesto, pues se sintió insultado por la pregunta—, pero necesito un lugar más seguro para trabajar... y para que pueda descansar.

—Entonces le proporcionaré uno. —Vangerdahast volvió a colgar la maza de Owden de su cinturón, y alargó la mano para introducirla en el forro de la capa de Alaphondar—. Perdóname, amigo mío.

Cogió el bolsillo y lo arrancó, después sostuvo el retal en el aire. Vigiló la puerta por si a Xanthon se le ocurría volver y extendió el retal mientras entonaba un elaborado conjuro. Cuando terminó, el bolsillo que había arrancado había adoptado la forma y el tamaño de una trampilla. Vangerdahast soltó la trampilla, que siguió flotando en el aire.

—Pueden refugiarse en ella. Tire usted de la puerta en cuanto haya entrado, nadie podrá tocarle: ni siquiera sabrán que está usted ahí. —Vangerdahast soltó la maza del cinto de Owden—. Y no se le ocurra salir hasta que yo le llame por su nombre, aunque le parezca que han pasado diez días. Ahí dentro el tiempo fluye de forma extraña, por lo que lo que aquí sean tan sólo unos segundos, ahí pueda parecerle días.

—¿Y qué piensa usted hacer? —preguntó Owden, mirando la maza y enarcando una ceja.

—Voy a vengar una traición —respondió Vangerdahast—. Y erradicar una plaga.

—¡No! —La voz de Alaphondar apenas parecía un susurro—. Es la puerta que ningún hombre puede cerrar... ¡la abrirás!

—Parece ser que Xanthon ya ha abierto esa dichosa puerta. —Vangerdahast apartó la mirada, para observar el interior oscuro del pasadizo por el que había desaparecido la ghazneth—. Y me he propuesto cerrarla en sus propias narices.

La piedra imán osciló en la palma de la mano de Vangerdahast, señalando al otro lado de la esquina, hacia la oscuridad envolvente que engullía la parte baja de la torre. El mago flotó hasta la pared exterior para echar un vistazo al siguiente tramo del corredor. Cuando vio que no le habían tendido ninguna emboscada —sólo había los habituales insectos y serpientes—, avanzó por el pasadizo. Con tres hechizos distintos que lo protegían de cualquier daño, no le preocupaba demasiado la posibilidad de que lo atacaran, pero un cazador sabio aprende a respetar a su presa.

El corredor continuaba a lo largo de media docena de puertas, todas tan podridas y cubiertas de moho como la primera que había visto. La atmósfera era más cálida y fétida que nunca, aunque por suerte el mago ya se había acostumbrado y no se sentía tan mal. Antes de separarse, Owden había insistido en formular algunos hechizos de cosecha propia e invocar a Chauntea para que protegiera al mago contra la enfermedad, el veneno y el mal que impregnaba en el lugar. Para sorpresa de Vangerdahast no tardó en recuperar las fuerzas, e incluso ese humo amarillo se apartaba de su camino cuando recorría el corredor. Esta pequeña ayuda no le haría cambiar de opinión sobre el templo real de Tanalasta, por supuesto, pero cuando volvieran a Suzail tenía planeado ofrecerle una o dos plegarias de agradecimiento.

A medida que Vangerdahast se acercaba a la siguiente esquina, la piedra imán que tenía en la mano se volvió hacia él. Esto le dejó perplejo, hasta que dobló la esquina y la pieza de madera volvió a oscilar y después giró sobre sí misma para señalar de nuevo hacia la esquina que acababa de doblar. El mago se volvió y descendió un poco para inspeccionar el área. Había cambiado la varita luminosa por el anillo de comandante de Alaphondar, a fin de tener ambas manos libres para luchar, pero la luz del anillo era más débil que la de la varita. Tuvo que descender casi hasta la altura del suelo para percatarse de las franjas de humo amarillo que trazaban una espiral descendente, y que se filtraban a través de un montón de serpientes.

Vangerdahast golpeó el suelo con la maza. Advirtió un leve temblor y una resistencia momentánea, pero la maza atravesó el suelo y se perdió de vista. Vangerdahast frunció el ceño, preguntándose si aquélla sería la «puerta del pantano» a la que se había referido Xanthon cuando asumió la fisonomía de Tanalasta. Obviamente, la ghazneth había intentado engañar a sus «rescatadores» para llevarlos a una trampa, y el mago supremo sospechaba que aquel propósito había estado en la mente de todas las ghazneth desde hacía algún tiempo... al menos desde que había regresado de Arabel.

Pero ¿por qué? La razón le pareció obvia: la religión de Tanalasta era la séptima plaga de la profecía de Alaundo, «la que estaba por llegar», y tan sólo Vangerdahast podía impedir a la princesa que abriera «la puerta que ningún hombre podría cerrar».

Decidido a librarse de la única persona que podría detenerlas, las ghazneth habían tendido una trampa al mago. La explicación le pareció pertinente y lógica, y estaba decidido a impedir que las ghazneth dispusieran de una sola oportunidad de convertir a la princesa en una de ellas.

Vangerdahast arrancó la maza del suelo y la colgó del cinto; después sacó una semilla de manzana del bolsillo de la capa y la dejó caer. Cuando aún no había tocado fondo, realizó un pase mágico con ambas manos y pronunció algunas palabras de naturaleza arcana. De pronto se formó un remolino en el suelo, y se abrió un agujero del tamaño de un hombre. Vangerdahast escogió una de sus varitas, lanzó una bola de fuego por si a alguien, o a algo, se le ocurría tenderle una emboscada, y siguió a las llamas a través de la oscuridad.

La bola de fuego pareció caer y caer hasta el centro de la tierra; se hizo más y más pequeña al alejarse de Vangerdahast. Aunque el mago no llegó a tocar ninguna pared, tenía la sensación de atravesar un pozo para adentrarse en un vacío ardiente y lóbrego, impresión confirmada por el hecho de tener la espiral de humo amarillo a tan poca distancia. Finalmente, cuando la bola de fuego había quedado reducida al tamaño de apenas un pulgar, tocó fondo y se expandió formando un disco de luz rojiza que iluminó fugazmente una plaza rodeada por toscos muros de piedra, además de algunas entradas cuadradas a túneles.

Como no se había deshecho de la piedra imán, Vangerdahast siguió descendiendo hasta que el hedor acre de su propio hechizo de fuego alcanzó su olfato y el humo amarillo se perdió en la oscuridad. Se detuvo flotando a unos metros de un suelo llano y fangoso, acompañado por el goteo del agua y el zumbido constante de los insectos. No había nada por encima de su cabeza, excepto una oscuridad total, no había ni rastro del pozo por el que había descendido. Alargó la mano hacia arriba y tocó algo blando: al empujarlo, cedió bajo la presión de su mano; no era agua, era demasiado elástico para que fuese barro, pero era mucho más sólido que el pozo por el que había descendido.

—Hay muchas formas de entrar, pero sólo una de salir —siseó Xanthon Cormaeril. A juzgar por el tono de su voz, estaba tan enfadado como dolorido—. Pero ¿por qué preocuparse? ¡Seguro que un gran mago como tú puede encontrar el camino de vuelta a casa!

Vangerdahast se volvió raudo hacia la voz y vio una red tosca que volaba en el diminuto radio de acción de su hechizo de luz. Reaccionó sin perder un segundo, bajó la varita y pronunció la palabra mágica. La bola de fuego atravesó la red y explotó al chocar contra el pecho de la silueta oscura, arrojándola hacia atrás hasta que topó con una pared de piedra. El estruendo reverberó en la estancia, y a continuación los restos de la pared impulsaron con fuerza al mago contra el techo, y después, al rebotar, lo arrastraron hacia una pared.

Vangerdahast cayó boca abajo sobre el suelo fangoso, y al estirar los pies descubrió que topaba con otra pared, postura dolorosa para un hombre de su edad. No perdió el tiempo en cambiar de postura, pero empujó la varita a través de la red y rodó sobre sí mismo mientras se extendía el fuego.

Las llamas no alcanzaron a Xanthon, pero iluminaron toda la plaza. Era un círculo enfangado que no mediría más de diez pasos, estaba lleno a rebosar de insectos y abundaban las chozas destartaladas que habían servido de hogar a los trasgos hacía mucho tiempo. Los edificios compactos presentaban una fachada sólida de piedra apilada, sólo quebrada por las ventanas entrecerradas y los dinteles de las puertas que llegaban a la cintura de un hombre. En mitad de la plaza había una depresión con agua estancada.

Cuando el fulgor de los proyectiles de fuego lanzados por Vangerdahast empezó a desaparecer, Xanthon se incorporó de entre los restos de las chozas y asomó la cabeza por encima de un muro. A aquellas alturas, cualquier parecido con Tanalasta había desaparecido. El rostro de Xanthon había adquirido una monstruosidad esquelética, su nariz parecía la punta de una flecha y una barba de días asomaba de vez en cuando por entre la nube de insectos que lo rodeaban. Apenas era visible la herida de daga que Vangerdahast le había infligido: no era más que una cicatriz oscura.

—¿Qué sensación de libertad te proporciona toda esa magia, viejo amigo? —preguntó Xanthon.

Vangerdahast apuntó de nuevo con la varita y disparó otro proyectil ígneo que recorrió la plaza hasta alcanzar su objetivo. Xanthon levantó la mano y atrapó el proyectil, pero desapareció tras el muro a causa de la fuerza del impacto.

Vangerdahast desenvainó la daga de hierro, empezó a cortar la red y entonces se dio cuenta de que aquella cosa estaba construida con serpientes vivas. Aunque sus colmillos eran incapaces de atravesar su coraza mágica, las supervivientes lo atacaban con denuedo. Al verlas, no pudo evitar proferir un grito.

Xanthon apareció entre las ruinas, al otro lado de la plaza con el proyectil mágico de Vangerdahast en la palma de la mano.

—¿Sabías que esto es ambrosía para mí?

Xanthon echó la cabeza hacia atrás y engulló el resto del fuego. Vangerdahast dejó de cortar la red y se incorporó, rogando para que aquel lugar no absorbiera la magia como lo hacía la torre. Descubrió aliviado que podía remontar vuelo, pero al hacerlo rebotó contra el techo.

—La magia no te salvará, viejo estúpido —advirtió Xanthon, engullendo el fuego—. Ven aquí y solventaremos la cuestión como hombres.

—Uno de nosotros ya no es un hombre. Uno de nosotros es un traidor... y no sólo ha traicionado a este país.

—Soy lo que el rey hizo de mí —respondió Xanthon, haciendo un gesto de

indiferencia.

La ghazneth se acercó al mago. Vangerdahast levantó la daga de hierro y, cegado por la rabia, empezó a recitar el conjuro de un hechizo que hundiría el arma en el ojo del traidor.

Pero Xanthon estaba preparado. La ghazneth se refugió en uno de los túneles abiertos en las paredes de la plaza y desapareció, privando al mago de un objetivo. El mago supremo interrumpió el conjuro, y profirió una obscenidad. Sólo podía emplear aquel hechizo tres veces al día, y acababa de malgastar la segunda.

Vangerdahast sacó la maza del cinto y pasó el siguiente cuarto de hora inspeccionando la plaza, mientras esperaba a que Xanthon volviera. Finalmente, se dio cuenta de que la ghazneth le había amenazado en vano, de que había jugado de farol y confió aún más en sus posibilidades de éxito. El traidor estaba asustado, porque de lo contrario habría regresado para concluir el combate. El mago pasó otro cuarto de hora buscando la piedra imán que había utilizado para seguir el rastro de su presa, después descendió flotando y se adentró en el mismo pasadizo por el que había desaparecido el fantasma.

El portal conducía a los confines de una callejuela de los trasgos... un túnel minúsculo que no era más ancho que los hombros de Vangerdahast, y que apenas llegaba a su cintura. Tuvo que avanzar flotando con la cabeza por delante, mientras el humo amarillento lo hacía a unos pasos delante de él. El suelo hedía a barro y moho, y en las paredes resonaba el vuelo de los insectos. El mago intentó no pensar en la cosa roja que recorría el techo, y que en una ocasión le rozó la espalda.

Vangerdahast persiguió a su presa doblando una docena de corredores y un centenar de puertas entreabiertas, después salió a otra plaza y se dio cuenta de que no necesitaba la piedra imán para seguir al fantasma. Incapaz de volar, Xanthon dejaba un rastro muy claro en el barro. Es más, una corriente imperceptible arrastraba el humo amarillo a través de varios túneles, y al parecer la ghazneth seguía al humo. El mago guardó la piedra imán, cogió la varita de repulsión en una mano y la daga de hierro en la otra.

Xanthon intentó tenderle una emboscada tres plazas más adelante, arrojando sobre él una pared que cayó a sus espaldas cuando salía del túnel. El mago se limitó a tocar el costado de la ghazneth con la punta de la varita, y la envió volando hasta la otra pared; después, la siguió al interior de otro túnel. El mago consultó la piedra imán mágica antes de entrar en la plaza. En dos ocasiones logró sacar ventaja a su adversario, y acercarse a él por la espalda para atacarle. En la segunda ocasión consiguió propinarle un buen golpe con la maza que le había prestado Owden.

Xanthon logró escurrirse por los pelos en el siguiente túnel. Después, Vangerdahast pudo mantenerse a la distancia adecuada para oírlo. Lo siguió por el ruido característico que hacía al arrastrarse por los pasadizos fangosos. A medida que

se alargaba la persecución, el sonido fue haciéndose más y más imperceptible y menos constante. Finalmente, cesó por completo, y cuando el mago se detuvo para consultar su piedra imán mágica, el brazo de la ghazneth surgió de la puerta contigua y le arrebató la varita de repulsión.

Vangerdahast quedó tan sorprendido que se alejó una docena de pasos de la puerta. Cuando finalmente se aseguró de que la ghazneth no le atacaba, Xanthon ya había vuelto a escurrirse por los túneles, moviéndose con mayor rapidez que nunca. El mago encontró su varita a unos centenares de pies de distancia, estaba deslustrada y hundida en el barro. Había desaparecido toda su magia, y el fantasma se había alejado tanto que ni siquiera podía oírlo.

El mago decidió dejar su magia a salvo en el interior de sus bolsillos, y reemprendió la caza. Con el tiempo, Vangerdahast tuvo que renovar su hechizo de vuelo, después los hechizos de protección y por último continuar a pie la persecución. Estuvo a punto de renunciar y teletransportarse al interior de la torre de barro, pero no podía permitir que Xanthon no recibiera el justo castigo por su traición.

La persecución continuó hasta que Xanthon empezó a acusar el cansancio y Vangerdahast escuchó sus resoplidos y sus pasos torpes en el fango. Decidido a no cometer el mismo error que antes, el mago tomó la iniciativa y apretó el paso tras el fantasma. Cayó sobre su espalda y extendió los brazos para hundir la daga en su garganta.

Pero por muy cansado que estuviera Xanthon, seguía siendo más rápido que el mago supremo. Cogió a Vangerdahast del brazo y lo arrojó contra el barro con la cabeza por delante, hundiendo la daga en su propia clavícula, pero librándose de encajar el tajo en el gáznate.

Vangerdahast se vio sacudido por un peculiar hormigueo cuando la magia empezó a abandonar sus hechizos de protección. Cogió a Xanthon del pelo e intentó tirar su cabeza hacia atrás para liberar su brazo, pero su fuerza no era nada en comparación con la de la ghazneth. La criatura cerró sus mandíbulas alrededor del antebrazo del mago, pero no pudo penetrar con sus colmillos su magia de protección, aunque, por supuesto, Vangerdahast sabía que eso cambiaría cuando la ghazneth absorbiera toda su magia.

Vangerdahast rodó de lado y libró parcialmente su brazo de la presión de la ghazneth, ganando al mismo tiempo espacio para maniobrar. Deslizó la mano en la capa y cogió una varita del bolsillo, después tocó a la ghazneth en la cabeza y pronunció una única palabra de origen arcano.

Un destello silencioso de luz mágica y dorada iluminó el túnel, cegando momentáneamente a Vangerdahast y arrojándolo contra la pared. Al aflojar la ghazneth sus mandíbulas pudo liberar su brazo, y propinó un tajo al pecho de Xanthon. Rogó para que su hechizo de vuelo tuviera la magia suficiente como para

aguantar el tiempo necesario, y se impulsó hacia el techo.

Xanthon aún no se había sacudido la luz mágica de los ojos, pero cayó de espaldas mientras movía los brazos a la defensiva, apenas a unos centímetros de la nariz de Vangerdahast. Las nuevas heridas del fantasma empezaron a sanar: gracias, sin duda, a la dosis de magia que acababa de absorber. Los hechizos de protección mágica de Vangerdahast desaparecían rápidamente, y no podría renovarlos hasta que descansara y tuviera ocasión de estudiar su libro de hechizos. Consciente de que había desperdiciado la oportunidad de vencer al fantasma en un combate físico, Vangerdahast decidió que lo mejor era retirarse para salvar el pellejo y poder luchar otro día.

Cerró los ojos y evocó una imagen del patio del palacio de Arabel. Mañana regresaría en busca de Alaphondar y Owden, y volvería a la carga con otra compañía de Dragones Púrpura. A veces era posible retrasar la justicia del rey, pero nunca eludirla... no cuando el mago supremo decidía que era asunto suyo aplicarla. Un gruñido le dio a entender que Xanthon se había librado de la ceguera, y Vangerdahast decidió formular el conjuro de teletransportación.

Experimentó esa sensación familiar de caer a un pozo sin fondo, después sintió algo blando y pegajoso en las suelas de sus botas. El aire parecía estancado y húmedo, y tuvo la horrible sospecha de que conocía la fuente de ese zumbido intenso. El mago intentó aclararse las ideas, y se encontró de pie ante una cuesta fangosa, observando un estanque de agua sucia y una serie de chozas destartadas, construidas por los trasgos. Por un momento creyó haber vuelto a la misma plaza por la que había entrado a la ciudad abandonada, pero tras una inspección rápida de la zona, comprendió que no había ni rastro de la pared en la que se había escudado Xanthon. El mago supremo se había perdido.

—Hay muchas formas de entrar, pero sólo una de salir. —La voz de la ghazneth reverberó a través de los túneles hasta llegar a la plaza, tan ronca y sibilante como el siseo de una serpiente—. Tú o yo, estúpido viejo... y ahora yo soy el cazador.

En algún lugar en el interior de la torre se produjo un golpe seco ahogado, y después la puerta de bisagras de hierro se abrió, formando remolinos en el agua fétida, y apartando los cadáveres chamuscados de media docena de Dragones Púrpura. El olor a moho y piedra húmeda llegó hasta la nariz de Tanalasta, produciéndole unas irreprimibles arcadas. Había sentido esa sensación más de una vez durante los últimos dos días, en los momentos más inesperados. Por ejemplo, cuando encontraron el caballo de Alaphondar atado al pie de una colina, pero no cuando vadearon el pantano lleno de cadáveres en avanzado estado de descomposición. La princesa empezaba a pensar que mentir a Alusair le había afectado los nervios más de lo que pensaba. Aunque había vuelto a tener fiebre, nadie

más en la compañía parecía sufrir esos accesos de náuseas.

Alusair apareció en la puerta, de pie sobre los escalones negros y recortada su figura en color plata contra el interior en penumbra de la torre.

—Nada... aquí no están.

—¿Está vacía? —Tanalasta cerró el catalejo roto de Alaphondar y añadió—: Esto no tiene sentido.

Habían encontrado el catalejo en las rocas, no muy lejos de donde Alaphondar había dejado el caballo hambriento. El catalejo estaba partido en dos mitades, una junto a la otra. Al parecer el sabio había estado observando la torre, que no distaba ni kilómetro y medio de la orilla, medio hundida en el pantano y rodeada de los cadáveres flotantes de los miembros de la compañía de rescate al mando de Vangerdahast. Una inspección más exhaustiva del área circundante no ofreció ninguna prueba de que los hubieran matado. Casi tan intrigante como eso era el hecho de que, después de registrarlo todo a conciencia, no habían encontrado los cadáveres de Vangerdahast, Alaphondar u Owden. Era como si se hubieran desintegrado.

Tanalasta subió las escaleras para entrar en la torre y descubrió el lugar oscuro y mohoso que había previsto. A la izquierda había una escalera que conducía al piso superior, y un corredor que daba a una puerta después de doblar a la derecha. Había insectos por todas partes y más serpientes de las que desearía ver, cosa que le pareció normal en un lugar así; además, ninguna parecía especialmente peligrosa. Los hombres de Alusair estaban por todas partes, golpeaban las paredes e inspeccionaban el suelo en busca de pasadizos secretos.

Tanalasta caminó por el recibidor hacia la derecha.

Alusair la siguió de cerca produciendo aquel ruido metálico característico de las armaduras cuando rozan las paredes de piedra.

—Hay un dormitorio corrido y siete celdas individuales arriba, y media docena de almacenes en esta planta. No hemos podido encontrar una entrada a las mazmorras, pero probablemente se haya inundado hace tiempo.

Tanalasta dobló la esquina y echó un vistazo a la primera habitación. La luz cálida de la tarde se filtraba por una gran brecha, del tamaño de una ventana, abierta en la pared opuesta. Los bordes estaban redondeados por el paso del tiempo y cubiertos de moho.

—¿Alguna señal de Rowen? —preguntó Tanalasta a su hermana en un tono normal y sin mirarla.

—Rowen puede cuidar de sí mismo. —Aunque Alusair también respondió como si le preguntaran por el tiempo que hacía, cogió a Tanalasta del hombro y le dijo—: Lo más probable es que nos esté esperando en la montaña del Trasgo con Vangerdahast y Alaphondar.

—Si de veras Vangerdahast está allí, dudo que Rowen esté con él —respondió

Tanalasta.

Cuando la princesa estaba a punto de dirigirse a otra habitación, escucharon un susurro apenas perceptible.

—¿Tanalasta? —preguntó una voz que le era familiar.

Tanalasta se volvió rápidamente, y en apenas un segundo su hermana entró en la habitación, espada en mano.

—¡Identifíquese! —exigió Alusair, que, ante la mirada atónita de Tanalasta, levantó la punta de la espada para amenazar a una cabeza sin tronco que surgía de un diminuto círculo oscuro que había en el techo. Era una visión tan espeluznante, que Tanalasta tardó unos segundos en reconocer el rostro de Owden Foley.

Owden no quitaba ojo a la espada de Alusair.

—Ma... maestre de agricultura Owden Fo... Foley, a vuestros pies.

Alusair bajó la espada, pero siguió observando al clérigo con desconfianza, hasta que Tanalasta se adelantó situándose entre ambos, y Owden pudo soltar un suspiro de alivio.

—Gracias, querida. —Sonrió a Tanalasta, y después inclinó la barbilla ante Alusair—. Es un honor para mí conocerlos, princesa Alusair. Por favor, os ruego que me consideréis a vuestros pies.

Owden sacó un brazo del círculo flotante y acercó la mano a Alusair, que se limitó a observar aquel brazo que había surgido de la nada, sin intención alguna de estrechar su mano.

—¿Podría decirme exactamente qué es usted? —preguntó.

Owden se sonrojó y bajó la mirada. Finalmente comprendió el aspecto que debía de tener.

—¡Disculpadme! Vangerdahast nos pidió que esperáramos aquí dentro hasta que volviera.

De pronto, el círculo negro que había detrás de la cabeza de Owden se hizo más grande, mostrando un bolsillo enorme que flotaba en pleno aire. El clérigo volvió a desaparecer en su interior, aunque de inmediato cayó al suelo con los pies por delante. Volvió a inclinarse ante las princesas y se acercó a Tanalasta.

—¡Por la semilla, cuánto me alegro de veros! —La abrazó cálidamente, y después miró hacia el pasadizo—. ¿Dónde está ese viejo gruñón?

—Esperábamos que usted nos lo dijera.

—Se fue tras Xanthon Cormaeril, para impedir que abriera la puerta de Alaundo —dijo Owden, cuya alegría se difuminó inmediatamente.

—¿Cuánto hace de eso? —preguntó Alusair.

Owden se encogió de hombros, haciendo un gesto vago para señalar el bolsillo oscuro que colgaba encima de su cabeza.

—Unos minutos después de que Alaphondar se pusiera en contacto con Tanalasta.

—Hace dos días —dijo Tanalasta, después de intercambiar una mirada de preocupación con su hermana.

—Y ahora, ¿qué? —preguntó Alusair.

—Daremos por sentado que se ha perdido, siempre con la esperanza de equivocarnos —dijo una voz familiar. Un momento después, la anciana cabeza de Alaphondar apareció en la boca del agujero flotante. Tenía los ojos hundidos y cansados, y su piel estaba tan pálida como el alabastro—. ¿Qué otra opción tenemos? Ya habéis leído mi nota.

—¿Qué nota? —preguntó Tanalasta.

—La del tubo —respondió señalando el catalejo—. En la que decía a quien la encontrara que despertara la Espada Durmiente.

—No había ninguna nota. —Tanalasta separó las dos piezas del catalejo—. Así es como lo encontramos.

—Al menos sabemos qué ha sido de Rowen. Debió partirla de un tajo —dijo Alusair al coger los pedazos del catalejo e inspeccionarlos.

—¿Y ese tal Rowen sabe dónde encontrar la Espada Durmiente? —preguntó Alaphondar.

Alusair guiñó un ojo a Tanalasta.

—No tenía ningún motivo para mencionarlo —dijo Tanalasta.

—Entonces debe de estar de camino para informar a tu padre —suspiró Alaphondar—. Y puesto que no sabemos dónde está Vangerdahast, cualquier retraso supondría un desastre para Cormyr. Debemos informar al rey.

Alaphondar asomó de pronto la mano para cerrar el broche.

—¡Espere, Alaphondar! —exclamó Tanalasta, consciente de que su engaño resultaría evidente en cuanto el sabio se entrevistara con el rey—. Hace dos días informé de sus temores a su majestad.

—¿Y os dijo si despertaría a la Espada Durmiente? —preguntó el sabio.

Tanalasta sintió una sensación de vacío en la boca del estómago, puesto que sabía cuál iba a ser la reacción del sabio en cuanto respondiera. Además, había demasiado en juego como para intentar convencerle de lo contrario.

—No, no exactamente.

—En tal caso, debemos asegurarnos.

Alusair gritó unas cuantas órdenes después de asomarse por la puerta, y ordenó a la compañía que se preparara por si el envío del mensaje llamaba la atención de una ghazneth.

—Póngase en contacto con la reina, en lugar de con el rey —dijo Alusair a Alaphondar—. Ella conocerá sus planes, y no debemos atraer a las ghazneth a su posición si ya estuviera en las Tierras de Piedra. Si aún no se ha marchado, dígame que con su caballo podría plantarme en un día en cualquier parte.

—Alusair, debo decirte una cosa —dijo Tanalasta a su hermana, incapaz de seguir soportando los remordimientos.

—Ahora no, Tanalasta. Esto es importante.

—También lo que debo decirte. —Tanalasta se preparó para la tormenta que iba a desatar—. Quizá te haya dado la impresión de que...

—¡Después!

Alusair se apartó de ella, impidiendo a su hermana revelar la verdad. Alaphondar abrió los ojos unos segundos después.

—La reina nos asegura que el rey Azoun llegará antes que nosotros a la Espada Durmiente. —El sabio se volvió a Alusair con expresión de extrañeza—. Estaba un poco nerviosa. Parece pensar que a estas alturas deberíais estar cerca de la montaña del Trasgo.

—¿La montaña del Trasgo? ¿Y por qué iba a creer algo así? El rey en persona nos pidió que investigáramos... —Alusair dejó colgada la frase y se volvió como un rayo hacia Tanalasta, lívida de rabia—. ¡Voy a cortarte la lengua, zorra mentirosa!

Vangerdahast despertó sin permitirse el placer de recordar lo que había sucedido. Supo la verdad en cuanto oyó el zumbido de los enjambres de insectos y olió el aire estancado que reinaba en el interior de los túneles. Su libro de hechizos de emergencia seguía abierto por el último hechizo que había estado estudiando, un hechizo poderoso de viento que esperaba emplear para alejar a los insectos si no le permitían conciliar el sueño. Al parecer, no había sido necesario.

El mago no tenía forma de saber cuánto había dormido, pero a juzgar por la rigidez de sus articulaciones y el dolor de huesos, había sido bastante. Su estómago rugía de hambre y no tardaría mucho en tener tanta sed que sería capaz de beber el agua estancada que había en mitad de la plaza, pero al menos el sueño le había rejuvenecido mentalmente. Ya no se sentía disperso ni confundido como cuando había intentado teletransportarse a Arabel, e incluso empezaba a formular algunas teorías para encontrar la salida. O bien había seguido a Xanthon a un plano distinto, o no podía teletransportarse a causa de una especie de barrera mágica que se lo impedía. Lo único que tenía que hacer era imaginar cuál, después empezar a trabajar en el problema de determinar dónde estaba o cómo superar la barrera.

Y si eso fallaba, siempre podía recurrir al anillo de los deseos, aunque los hechizos de deseos eran muy peligrosos, y había aprendido por la dura experiencia que era mejor evitarlos en lo posible, excepto en circunstancias muy controladas. Si un simple hechizo de teletransportación no funcionaba allí dentro, no podía ni imaginar qué sucedería si intentaba utilizar un hechizo de deseo.

Vangerdahast cerró el libro de hechizos y volvió a guardarlo en el interior de su capa, después comprobó el estado de las armas de hierro y se levantó para desperezar

su cuerpo rígido. Al incorporarse, escuchó un ruido metálico, procedente de la otra parte del muro contra el que se había apoyado. Dio un salto del susto y se volvió hacia la pared, donde vio un par de ojos rojos que lo observaban a través de una ventana entreabierta.

—¿Has descansado? —susurró Xanthon.

Vangerdahast olvidó de pronto el dolor de huesos y empezó a correr por la plaza, entrando en el primer túnel que encontró. Cayó en plancha sobre la barriga y se deslizó unos cinco pasos por el suelo embarrado, volviéndose después como pudo sobre sí. El mago continuó arrastrándose por el pasadizo, con tanta rapidez como sus viejas piernas le permitían, mientras formulaba un conjuro para guardarse las espaldas.

El techo se vino abajo con un estruendo ensordecedor, y el túnel se llenó de una nube negra de polvo. Vangerdahast rompió a toser, después se recuperó y consiguió formular el hechizo de vuelo, por si acaso. Se impulsó del suelo y se deslizó flotando por el estrecho corredor tan rápido como se atrevió a hacer por no contar con los hechizos de protección. Hasta que no llegó a la siguiente plaza, no se le ocurrió pensar que, en caso de haber estado en peligro, a aquellas alturas ya estaría muerto.

Una de las últimas cosas que había hecho cuando se dio cuenta de que estaba a punto de quedarse dormido, fue lanzar un hechizo sencillo de protección contra el mal, prolongando su duración con un par de hechizos de ampliación. Había contado con ese hechizo para mantener alejado a su enemigo el tiempo suficiente para despertar y huir, pero al parecer el hechizo había impedido a Xanthon ponerle la mano encima. Ni siquiera una ghazneth podía absorber una fuerza mágica que no pudiera tocar.

Empezaba a comprender cómo podía derrotar al fantasma, y Vangerdahast se detuvo para formular otro hechizo y protegerse de forma permanente. No había recogido todos los ingredientes de su bolsillo, cuando oyó que Xanthon se acercaba. El mago guardó los ingredientes que tenía en la mano y se dirigió hacia otro túnel.

—¡Espera! —gritó Xanthon—. Tenemos algo de que...

Vangerdahast derrumbó el techo como había hecho antes, ahogando las protestas de la ghazneth en mitad de la frase. Después, siguió corriendo por el pasadizo, en dirección a la siguiente plaza.

Cincuenta pasos después, Xanthon apareció ante él en un cruce de caminos. Se puso de cuclillas y levantó las garras en una grotesca imitación de una demanda de tregua.

—Detente y escúchame, que siempre tendremos tiempo de luchar.

—No me interesa nada de lo que puedas decir. —Pese a la réplica, Vangerdahast no hizo ademán de atacarle o huir; se limitó a mover los dedos en un gesto que concluyó lanzando una rociada—. Dudo que quieras entregarte a la justicia del rey.

—Y haces bien... Además, eso no sería posible, porque tal justicia no existe. — Xanthon señaló con una garra los pases mágicos del mago, y esperó a que terminara de mover la mano—. Más bien pensaba en todo lo contrario.

—¿Que yo me rinda? —se burló Vangerdahast—. Creí que el loco era Boldovar.

—De hecho —sonrió la ghazneth ante el comentario del mago—, no sería una rendición. Necesitamos un séptimo miembro, y Luthax asegura...

—¿Luthax? —preguntó Vangerdahast, sin aliento. Luthax había sido un antiguo señor del castillo de la Guerra de los Magos en Cormyr, el único miembro de elevada posición en la hermandad que había traicionado al reino—. ¿Lo has resucitado?

—¿Yo? —Xanthon se echó a reír—. No, en absoluto. El señor... digamos que yo sólo soy una pieza más del engranaje.

—¿De qué?

—Ya conoces la profecía —dijo Xanthon como quien habla con un niño al que es necesario repetir las cosas cientos de veces—. «Siete azotes... cinco del pasado, uno del presente, uno que está por venir...» ¿De veras necesitas tantas explicaciones?

—¿Y quieres que sea yo? —Incapaz de dar crédito a sus oídos, Vangerdahast miró por encima del hombro. Sin duda la conversación tenía que ser una jugarreta para distraerlo—. Eso es un insulto.

—Yo preferiría matarte —confesó la ghazneth haciendo un gesto de resignación —, pero... si me dices que no, sin duda habrá otro candidato. En Cormyr no escasean los traidores... seguro que no hace falta que te lo recuerde.

—¿Yo, un traidor? —Vangerdahast estuvo a punto de empuñar una varita, pero hizo un esfuerzo por contener su ira. Sólo había una explicación posible para el comportamiento de Xanthon: intentaba engañar a Vangerdahast para que actuara con violencia de una vez—. ¿Qué ha pasado con el «tú o yo, estúpido viejo»?

—Olvidas eso de que «hay muchas formas de entrar, pero una sola de salir» —replicó Xanthon—. Tenías que comprender la inutilidad de tus esfuerzos. Sólo hay un modo de salir de aquí... y consiste en hacerlo con nosotros.

—¡O por encima de tu cadáver! —gritó Vangerdahast, incapaz de aguantar por más tiempo que lo insultaran de ese modo—. Ya tienes mi respuesta.

El mago retrocedió corriendo por el túnel, y lo hizo porque no se atrevía a atacar hasta haberse protegido con toda su magia de protección. Asaltar a la ghazneth tan sólo disiparía el hechizo de protección contra el mal, y pese a la rabia que lo inundaba, seguía decidido a salir de aquella situación con vida. Cuando alcanzó la siguiente intersección, eligió un túnel al azar y corrió por él a toda velocidad. Ya no le importaba en qué dirección huir. Estaba perdido girara por donde girara.

Pero a Xanthon sí le importaba. La ghazneth había empezado a seguir tan de cerca a Vangerdahast que podía oír sus pasos, a pesar de encontrarse fuera del alcance del anillo luminoso del mago. De vez en cuando el fantasma aparecía en una

intersección para burlarse de Vangerdahast con ruegos teatrales en los que le pedía que reconsiderara su decisión. El mago ni siquiera se molestaba en contestar. Simplemente se limitaba a retirarse hasta la última intersección por la que había pasado y lo intentaba por otro lado. Xanthon procuró mantenerlo siempre en movimiento, para impedir que formulara un hechizo y mantenerlo alejado de las plazas y otros lugares donde pudiera tener espacio suficiente para luchar con cualquier otra arma que no fuera la magia.

Vangerdahast intentó en varias ocasiones distanciar a su perseguidor derribando el suelo sobre su cabeza, pero Xanthon siempre advertía sus emboscadas y se adelantaba para absorber la fuerza mágica del hechizo. El mago no tardó en comprender que no hacía más que saciar la sed de magia de su oponente, y guardó las varitas para concentrarse en procurarse la magia de protección. Perdió dos hechizos debido a sendas interrupciones (uno que lo protegería contra el veneno, y otro contra las armas de contusión), pero se las apañó para formular un hechizo que lo protegiera de las garras y los colmillos. De hecho, lo consideró toda una victoria.

Al cabo de un tiempo, expiró el hechizo de protección contra el mal. Xanthon empezó a volverse más atrevido, a veces incluso intentó tender una emboscada a Vangerdahast cuando éste pasaba por los cruces de caminos; otras se abalanzó por la espalda del mago para repetirle su «invitación». El mago resistió la tentación de renovar su hechizo. Percibía el nerviosismo creciente de la ghazneth, y sabía que la batalla estaba a punto de alcanzar un punto crítico. Cuando eso sucediera, debía disponer de un par de sorpresas guardadas en la manga para sacar ventaja de la situación.

Vangerdahast vio su oportunidad cuando los corredores angostos desembocaron en una genuina avenida de los trasgos, un pasaje cubierto de lodo, lo bastante ancho como para que pudieran caminar tres hombres juntos, con una altura de más de tres metros (tal y como pudo comprobar cuando se impulsó hacia arriba y de pronto se golpeó contra un techo negro, blando y amorfo). Xanthon se detuvo al salir por uno de los túneles más pequeños, y levantó la mirada para observar al mago con odio mal disimulado.

—Escóndete ahí arriba todo el tiempo que quieras —susurró—. Cuando empieces a morirte de hambre, quizá te unas a nosotros.

—Me temo que voy a decepcionarte. —Vangerdahast rebuscó en sus bolsillos—. Estaba pensando que quizá vaya siendo hora de castigar tu traición.

El mago sacó un pellizco de hierro explosivo del bolsillo y lo dispersó por encima de su cabeza pronunciando el conjuro apropiado. Los ojos de Xanthon adquirieron un fulgor escarlata, y se retiró en el túnel siseando y soltando un enjambre de avispa zumbonas en el interior de la avenida. El mago rió y bajó al suelo para renovar su hechizo de protección contra el mal (el encantamiento requería dibujar con polvo de

plata especial un círculo en el suelo), después añadió un par de ampliaciones por si acaso, y se dirigió hacia el túnel por el que había desaparecido Xanthon. Había llegado el momento de convertirse en el cazador.

Xanthon intentó en dos ocasiones saltar sobre Vangerdahast para absorber toda su magia de protección. En ambas ocasiones, el fantasma se vio rechazado por el hechizo de protección contra el mal, que le impedía tocar al mago. Vangerdahast pisaba los talones de su presa, sin dejar de hablar de los castigos que iba a imponerle por su traición. Durante media hora, Xanthon no pudo hacer otra cosa que huir. Una hora después empezó a trastabillar. La desesperación hizo presa en él e intentó detener a su perseguidor con enjambres de insectos y redes de serpientes, pero todo ello le restaba fuerzas, y el mago no tenía que hacer más que apartarlas de su camino con un simple ademán de la varita.

Finalmente, Xanthon volvió a la avenida de los trasgos, que atravesó a toda prisa en un intento desesperado por alejarse de Vangerdahast. La estrategia hubiera funcionado si la carretera principal de los trasgos no hubiese desembocado también allí, en una enorme plaza en mitad de la ciudad subterránea. El círculo era, con mucho, el mayor de toda la ciudad, rodeado de edificios destartados con pilares de mármol y pórticos de piedra arenisca, cuyos techos alcanzaban casi los dos metros y medio de altura.

En el centro de la plaza había un estanque de unos dos metros, cuyo contorno estaba delimitado por una amplia franja de arena dorada. Estaba lleno de un agua negra y brillante, tan estancada que cuando Xanthon corrió hacia ella ni siquiera se hundió. La superficie simplemente se agitó un poco como gelatina sólida, y sus pies se pegaron a la superficie en cuanto los puso encima. Dos pasos más y se detuvo en seco en medio del estanque.

Vangerdahast ni siquiera aminoró el paso al verlo. Se limitó a sacar del cinto la maza de Owden, y se arrojó sobre su enemigo para propinarle un mazazo en la nuca. Se escuchó un crujido, seguido de un chorro de sangre negra. Xanthon cayó de rodillas hacia adelante.

Vangerdahast pasó por el borde dorado del estanque y se volvió para contemplar a su oponente arrodillado en el centro. El cráneo de Xanthon estaba medio quebrado, tenía un aspecto de hueso roto y negro que asomaba por la herida formando ángulos imposibles, un ojo colgando de la cuenca y una sonrisa torcida en un rictus burlón.

—Última oportunidad —dijo Xanthon—. Si me dejas ir, podrás cambiar de opinión.

—¿Y qué te hace pensar que te dejaré ir? —preguntó Vangerdahast, descargando un nuevo golpe con la maza.

Xanthon sonrió y se arrojó hacia adelante, para desaparecer entre la breña lanzándose de cabeza. Vangerdahast logró golpearle en un pie, a la altura del tobillo,

antes de que las piernas de la ghazneth desaparecieran por completo. Ya había visto a la ghazneth desaparecer a través de un suelo de piedra, por lo que no se sorprendió de que también pudiera desaparecer en un estanque lleno de brea.

Vangerdahast ni siquiera consideró la posibilidad de permitir la huida del fantasma. Xanthon Cormaeril era un traidor de la peor calaña y, algo que era tan importante como eso, era la mejor opción que el mago tenía para regresar a Cormyr antes de que los azotes arruinaran el reino. Sacó dos anillos de la capa, uno para respirar bajo el agua (si eso era aquella cosa tan negra) y otro para permitirse la libertad de movimientos que necesitaría en ese medio. Después se hundió de cabeza en medio del estanque.

El mago estaba apenas a unos centímetros de hundirse en el agua, cuando una capa perlada de magia apareció sobre el líquido oscuro. Apenas tuvo tiempo de levantar la cabeza y ganar la superficie antes de golpearse contra ella. Sintió un golpe que recorrió todo su cuerpo, y que llenó de angustia todo su ser. Entonces volvió a flotar hacia el techo.

Vangerdahast recuperó el control poco a poco, y después aprovechó el respiro para sacudir la cabeza y ver si estaba herido. El golpe había dejado su viejo cuerpo para el arrastre, pero lo peor había sido el susto, aparte del hombro dislocado. Voló en círculos sobre el estanque y descendió lentamente.

Cuando se acercó a treinta centímetros del agua, volvió a aparecer la barrera de color perla. Sin duda se trataba de un hechizo diseñado para impedir la entrada a seres de intenciones honorables, a personas leales.

—¡No te saldrás con la tuya, Xanthon! ¿Me oyes? —Vangerdahast intentaba recordar las palabras arcanas que dispersarían la barrera mágica—. ¡Voy a por ti!

Después de tres días sin levantarse de la silla de montar, Azoun no dio crédito a sus ojos cuando al cabalgar por los estrechos confines del cañón de la Cimitarra encontró un caballo flacucho que permanecía a la entrada de la caverna secreta de la Espada Durmiente. El impresionante caballo tenía la mirada vidriosa y estaba agotado después de su incesante cabalgar por los caminos. También estaba cubierto de espumarajos, después de haber cabalgado casi hasta reventar, de manera que a duras penas conseguía mantenerse de pie. Sin embargo, el rey hubiera reconocido al noble animal en cualquier parte.

—¡*Cadimus!*

Azoun tiró de las riendas de su agotado caballo para frenar el paso. Saltó de la silla y antes de acercarse al caballo del mago supremo, entregó las riendas a uno de los Dragones que lo acompañaban.

—¿Cómo estás, viejo amigo? —preguntó al tiempo que acariciaba cariñosamente al caballo.

Cadimus respondió con un relincho suave, y después movió la cabeza para señalar su silla de montar. El rey vio sangre en ella, mucha sangre, la mayoría seca y de color marrón, pero no era sangre reciente.

—¡Kuceon! —llamó Azoun a una de las clérigos de Owden Foley—. ¡Venga aquí, rápido!

La muchacha se acercó al trote hasta la vanguardia de la compañía, y saltó de la silla antes de que el caballo se detuviera. Dejó las riendas en manos de quien pudiera cogerlas, se acercó hasta donde estaba Azoun y tocó con las yemas de los dedos la sangre incrustada.

—Está herido. Lo más probable es que se haya infectado, y sin duda es una herida grave.

El rey iba a preguntar si la víctima pudo haber conjurado un hechizo de teletransportación, cuando cayó en la cuenta que Vangerdahast nunca habría hecho tal cosa desde ese lugar en particular, sin tener en cuenta la cercanía de las ghazneth. Con el corazón en un puño, escogió a una docena de Dragones y a un par de magos guerreros para que entraran con él en la caverna, después hizo un gesto para pedir a uno de sus hombres que encendiera las antorchas para iluminar el camino. Estuvo tentado de ponerse un anillo de comandante de Dragones Púrpura e invocar la luz mágica que proporcionaba, pero habían pasado los últimos tres días cabalgando día y noche precisamente para evitar que el uso de la magia pudiera atraer a las ghazneth al lugar donde reposaba la Espada Durmiente. Hubiera lo que hubiese en su interior, podría esperar a que encendiera las antorchas.

El rey cogió la primera antorcha encendida y se dirigió hacia unas piedras que alguien había movido no hacía mucho, situadas en la entrada de la caverna. El aire hedía a podredumbre y muerte, y Azoun supo antes de dar el tercer paso que algo terrible había sucedido a los Señores Que Duermen.

—¿Vangerdahast? —llamó a voz en cuello.

No hubo respuesta, de modo que doblaron la esquina que desembocaba en la Caverna de la Cimitarra.

El lugar se parecía a cualquier otra cripta que pudieran haber visitado. Estaba a rebosar de huesos, trozos de armaduras herrumbrosas y pedazos de tela. Era lo único que quedaba de los quinientos valientes caballeros que se habían prestado voluntarios para la hibernación, en espera de que llegara el momento en que fueran necesitados. Sólo encontró una capa, intacta pero ensangrentada, correspondiente al real cuerpo de exploradores.

—¡Sire! —gritó Kuceon, incapaz de pronunciar una palabra más.

Consciente del efecto que su reacción tendría en quienes le acompañaban, Azoun contuvo la desesperación y cogió la capa ensangrentada, antes de volverse a la joven clérigo que se encontraba a su lado.

—Encárguese de proporcionar a estos hombres un entierro decente —ordenó—. Aunque nunca llegaron a luchar, todos eran unos héroes de los pies a la cabeza.

Vangerdahast rodeó lentamente el estanque, con la voz vacilante y los brazos temblorosos al moverlos por encima de aquella capa de magia perlada. Hacía décadas que no se enfrentaba a muerte con nadie, y ahora que sentía próxima la victoria estaba tan nervioso que apenas podía entrelazar los dedos para formular un simple hechizo de disipar magia. Xanthon debía de estar muy malherido, porque de lo contrario nunca se hubiera refugiado en el estanque, arriesgándose a que Vangerdahast descubriera el modo de salir de la ciudad de los trasgos. La ghazneth era demasiado inteligente para quedarse atrapada, por lo que tenía que haber un portal oculto bajo la superficie. Con un poco de suerte, en el otro extremo lo esperaba Cormyr, el lugar ideal para hacer caer la justicia del rey sobre su presa.

El mago permaneció inmóvil en medio del estanque y extendió las manos para repetir las sílabas arcanas de su hechizo una y otra vez, recurriendo para ello a las postreras reservas de magia de que disponía. La barrera mágica parpadeó, siseó y empezó a vacilar, permitiendo a Vangerdahast atisbar la oscuridad abismal que ocultaban las negras aguas. Recitó el conjuro una vez más, extendiendo los brazos al mismo tiempo. La superficie mágica desapareció. El mago juntó ambas manos y se hundió en el agua en persecución de Xanthon.

Una membrana amarilla se deslizó por el estanque y bastó para detener en seco a Vangerdahast. Una larga serie de taponazos reverberaron en el interior de su cerebro, después rebotó en el aire y se encontró de espaldas al techo de la estancia. Le dolían terriblemente el cuello y los hombros, y sentía las manos flojas y adormiladas. La maza empezó a deslizarse por entre sus dedos.

—¡Por el colmillo púrpura! —maldijo Vangerdahast.

Hizo un esfuerzo para apretar los dedos e impedir que el arma cayera al agua, y lentamente extendió las extremidades para recuperar el control de su cuerpo. Entonces advirtió la sensación de vacío que tenía en el estómago, en cómo reverberaba acompasado a un latido extraño que ni siquiera alcanzaba a oír. Al principio achacó esa sensación al haberse golpeado con la membrana amarilla, pero empezó a sentir la vibración en los huesos y los dientes, y no tardó mucho en comprender que era debido a un rumor intenso, un rumor demasiado bajo y sonoro para que el oído humano pudiera captarlo.

Vangerdahast se sintió mareado. Echó el cuello hacia atrás y pensó que la caverna se le caía encima. El rumor siguió aumentando su intensidad, hasta convertirse en un gruñido ominoso y apenas audible que le recordó vagamente al de un gato, o a un terremoto oído en la lejanía. Volvió a dirigirse al techo y encontró el paso bloqueado por la misma sustancia esponjosa. La tocó. Estaba inmóvil. Como el aire de un ataúd.

Vangerdahast observó la superficie del estanque. La membrana amarilla había dividido el centro y se había retirado hasta los bordes opuestos del estanque, confiriéndole un aspecto similar al de un ojo. El centro conservaba su color negro habitual y estaba tan inmóvil como un espejo, permitiendo a Vangerdahast ver el reflejo de sí mismo flotando en el techo. Estaba ojeroso, tenía las mejillas hundidas y bolsas rojas de cansancio bajo los ojos. También había algo más, algo que había experimentado muy a menudo desde que se enfrentaba a las ghazneth: miedo.

Vangerdahast siguió contemplando la imagen hasta que finalmente cesó el rumor. Entonces cayó en la cuenta de que no había pensado en lo que haría a continuación, en que no había recuperado fuerzas y que en ese momento no hacía nada útil. Simplemente había titubeado. Sacudió la cabeza en una silenciosa reprimenda por haberse comportado como un novato. Era el mago supremo de Cormyr, y los magos supremos no podían permitir que el miedo los paralizara.

Vangerdahast torció la cabeza con la intención de estirar los músculos del cuello dolorido, y después cerró los dedos en torno a la empuñadura de la maza. No tenía las mismas fuerzas que antes, pero probablemente sería muy capaz de propinar dos o tres golpes antes de perder el arma.

En el interior de su mente, Vangerdahast imaginó el rostro terrible de Xanthon, y después cerró el broche de la capa. Para alivio del mago, la imagen enarcó una ceja sorprendida.

Vangerdahast recurrió al habla del pensamiento, para preguntar:

«Dime qué debo hacer.» Huelga decir que el mago no tenía la menor intención de unirse a las ghazneth, pero no sería la primera vez que ganaba una batalla recurriendo al engaño. «No traicionaré a Cormyr, pero podría unirme a...»

«Demasiado tarde —dijo la voz de Xanthon, cada vez más distante—. Ya lo has hecho, viejo idiota... la has traicionado y te has unido a nosotros.»

Xanthon soltó una risotada estridente que cesó de inmediato, dejando a Vangerdahast completamente solo en la oscuridad de la ciudad de los trasgos. El corazón del mago empezó a latir con fuerza, pero se esforzó por reprimir el pánico que se adueñaba de él y se concentró en la siguiente opción. Clavó la mirada en el estanque, intentando descubrir más allá de la superficie negra de sus aguas las profundidades estigias donde Xanthon había desaparecido. Apretó con fuerza la maza una vez más, e introdujo la mano en el bolsillo de huida.

Sobrevino ese instante atemporal de caída, seguidos de unos segundos de aturdimiento sosegado en los que Vangerdahast se limitó a recordar adónde iba y de dónde venía, y después vio un par de membranas amarillas cubiertas de escamas que surgieron de ambos lados opuestos del estanque que había bajo él. Se deslizaron por la superficie hasta encontrarse brevemente en el centro y replegarse, cubriendo las aguas de una capa de color negro brillante. Vangerdahast volvió a observar su propio

reflejo. Se vio solo y débil, y ni siquiera se dio cuenta de que la maza resbalaba de su mano y caía en las aguas del estanque. Las membranas amarillas volvieron a tocarse, y la maza golpeó contra la superficie rebotando en el suelo.

Cuando las membranas volvieron a formar el dibujo de un ojo, el reflejo de Vangerdahast vaciló en la superficie del estanque oscuro durante un segundo, volviendo a situarse en el centro. No gritó.

El mago supremo de Cormyr era demasiado orgulloso como para gritar.

Epílogo

Tanalasta enjuagó el sabor acre de su boca, y después se lavó la cara con el agua fría del arroyo. Ya no tenía fiebre (Owden se había encargado de que todos los miembros de la compañía recuperaran la salud), pero era la tercera vez aquella mañana que cualquier olor un poco desagradable le provocaba ganas de vomitar. En aquella ocasión había sido la campanilla de montaña, antes un campo alfombrado de émula campana. Empezaba a preguntarse si su viaje a las Tierras de Piedra no le había provocado una fuerte alergia a las flores.

—¿Os encontráis mejor, querida? —preguntó Alaphondar a su espalda.

—No es nada —respondió Tanalasta—, sólo estás flores de montaña. —Volvió a enjuagarse la boca, se incorporó y se acercó al sabio—. ¡Su perfume es tan empalagoso!

—Extraña aversión para una hija fiel de Chauntea. —El anciano sabio estaba sentado a horcajadas sobre el caballo, mientras observaba pensativo a Tanalasta—. Muy extraña, sí señor.

—Estoy segura de que se me pasará si rezo —respondió Tanalasta, inflexible, porque no era la primera vez que el sabio la observaba de esa forma desde que partieron del pantano. Señaló el vendaje que tenía el sabio alrededor de las costillas —: ¿Y usted?

—Lo bastante bien como para caminar, lo cual cada vez se hace más necesario. —Señaló con la cabeza una pradera que había al final del valle, donde Alusair y el resto de la compañía permanecían tendidos sobre el campo de campanillas de montaña que había movido a Tanalasta al vómito—. Ayudadme a bajar, si sois tan amable.

La princesa le ofreció el hombro y el sabio se deslizó de la silla y la condujo de nuevo hacia las campanillas. A Tanalasta volvió a revolvérsele el estómago, pero como ya lo había echado todo, no creyó necesario volver a retirarse.

—... Seguro que son los cascos de *Cadimus* —dijo Alusair, sin prestar atención a su hermana—. Pero no sé por qué razón Rowen cabalgó hacia el norte, cuando estaba tan cerca de la montaña del Trasgo.

Después de escuchar la descripción que hizo Alaphondar sobre la huida de *Cadimus* del pantano durante la batalla, habían supuesto que Rowen había cogido el caballo para partir al galope y llevar el mensaje al rey.

—Quizá no tuvo elección —dijo Owden. Se incorporó en mitad del grupo, con un manojo de flores que tenían manchas marrones—. Esto es sangre.

—¡No! —Tanalasta se abrió paso hasta llegar a su altura—. Déjeme verlo.

Owden le tendió las flores, y después cogió sus manos.

—No hay mucha, por lo que no sabemos lo que significa.

—Yo sí —replicó Tanalasta. Pese a la magia que habían empleado en la torre, no vieron ni rastro de ninguna ghazneth, y todos los integrantes de la compañía se habían preguntado adónde podían haber ido los fantasmas—. Tenemos que ir tras él.

—No hables en plural —dijo Alusair—. Tú volverás a la montaña del Trasgo con los demás.

—No —dijo Tanalasta—. Rowen es mi esposo, y...

—Mi explorador —interrumpió Alusair, mirándola fijamente—. No discutas. Si fueras cualquier otra persona, tendrías que regresar a Arabel cargada de cadenas, después de la jugarreta que me hiciste... y ten en cuenta que siempre estoy a tiempo de cambiar de opinión.

—Si fuera cualquier otra persona, no hubiera tenido que engañarte como lo hice —replicó Tanalasta, que también la miró a los ojos sin perder la compostura. Aunque la princesa de la corona ardía en deseos de reprender con dureza a su hermana, hizo un esfuerzo para mantener un tono de voz sosegado—. Alusair, me disculpo por haberte engañado, pero ha llegado el momento de que tanto tú, como el rey, como Vangerdahast, me concedáis el mismo privilegio que siempre has exigido para ti.

—¿Y de qué privilegio se trata, si puede saberse? —preguntó su hermana con el entrecejo fruncido.

—Del privilegio de llevar su propia vida, por supuesto —señaló Alaphondar. El anciano sabio cogió a ambas hermanas de la mano y las apartó del corro que formaban los soldados y exploradores, y, por suerte, de las flores que tanto molestaban a Tanalasta—. Queridas mías, Cormyr se enfrenta a una crisis. Si queremos que el reino sobreviva, necesitará a sus dos princesas.

—Podrá contar conmigo —dijo Alusair.

—Estupendo, pero no podréis hacerlo sola —dijo Alaphondar—. Si el reino debe sobrevivir, es necesario que Tanalasta y vos trabajéis juntas... algo que no podréis conseguir si no confiáis la una en la otra.

—No soy yo quien ha mentido —repuso Alusair, mirando a su hermana con frialdad.

—Pero sí sois responsable de esa mentira —replicó Alaphondar con dureza—. Si no concedéis a vuestra hermana el respeto que merece y confiáis en ella para hacer lo que crea necesario, ¿qué otro remedio tiene que rebelarse o manipularos?

—O dejarme en paz —añadió Tanalasta. Ya de joven, Alusair se había cansado de las obligaciones inherentes a su condición de miembro de la realeza, de manera que prácticamente había abandonado el reino—. Y éste no es momento para eso.

—Estupendo. Puedes acompañarme, pero el resto de mi compañía... —dijo Alusair después de mirarla sorprendida y morderse el labio.

—Aún no he terminado —interrumpió Alaphondar. Levantó la mano para hacer callar a Alusair, y se volvió a Tanalasta—. Respecto a vos...

—Lo sé. Mi valor para el reino no estriba en mi habilidad con la espada.

—Muy astuta —alabó el sabio enarcando una ceja—, pero lo que quería decir es que como fiel a Chauntea creo que no os conviene vagabundear por las Tierras de Piedra con vuestra hermana.

—¿Y qué tiene que ver Chauntea con esto? —preguntó Tanalasta, confundida.

—Las náuseas, querida. Esta mañana las flores, ayer mi caballo y anteayer el olor que desprendían los pinos.

—He tenido náuseas, sí —admitió Tanalasta—. Por supuesto que sí. Si llevara usted un tiempo combatiendo las fiebres intermitentes y la gripe, también se sentiría mal de vez en cuando.

Alaphondar no añadió una sola palabra, y Alusair se limitó a mirar a su hermana con el entrecejo fruncido.

—¿Qué pasa? —preguntó Tanalasta—. ¿Por qué me miráis así?

La respuesta la encontró en cuanto acabó de formular la pregunta. Era la única persona de la compañía de Alusair que seguía quejándose de su salud, y la verdad es que ya no tenía fiebre ni ningún otro mal, ni siquiera estaba cansada. Sencillamente, su estómago se había vuelto impredecible, estaba mareada cada dos por tres y, de vez en cuando, vomitaba... sobre todo por la mañana.

—¡Por el arado! —exclamó.

—Sí, supongo que ésa es una forma de describir lo que pasó —dijo Alaphondar—. No creo que debáis viajar por las Tierras de Piedra en semejante estado.

Tanalasta apenas escuchó sus palabras, porque tenía la cabeza en otra parte y calibraba las consecuencias de su «condición». No podía haber elegido un momento peor. Vangerdahast había desaparecido, y los azotes estaban a punto de emprenderla con el reino, por lo que era vital para Cormyr mostrar un frente unido en los meses venideros. Las noticias de su embarazo no harían sino empeorar la situación. Si confesaba el nombre del padre, los nobles leales se sentirían insultados y podían mostrarse reticentes cuando llegara el momento de apoyar a la corona. Si no confesaba el nombre del padre, la gente dudaría de la legitimidad de la criatura, y cuestionaría su posición como heredero de la corona. Hiciera lo que hiciese, el rey se vería obligado a nombrar heredera a Alusair, precisamente cuando el reino más necesitaba de su destreza en combate para enfrentarse a las ghazneth y dar confianza al pueblo.

Tanalasta se sorprendió al descubrir que nada de todo aquello le importaba lo más mínimo. Se sentía bendecida, feliz e inundada por una calidez especial, y en el fondo de su corazón sabía que había hecho lo más adecuado para sí misma, para el reino y para su pueblo. Había adquirido la fuerza necesaria para que Cormyr afrontara la crisis, no pese al hijo que crecía en su interior, ni siquiera por él... sino a través de él. Aquél era el verdadero significado de su visión.

—¿Por qué sonríes de ese modo? —preguntó Alusair. Puso una mano en el hombro de su hermana, y añadió—: Cuando el rey se entere de esto, desearás estar en las Tierras de Piedra, perseguida por una horda de ghazneth.

—No lo creo —rió Tanalasta, volviéndose hacia su hermana—: Aquí, tú la guerrera de la familia. Por favor, ve a buscar a mi marido y no te olvides de decirle que va a ser padre.